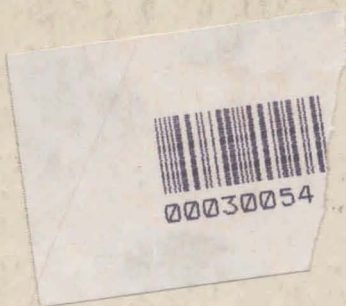


ARTURO CAPDEVILA
JULIAN GARCIA VELLOSO

PATRIA GRANDE

EDITORIAL
KAPELUSZ & CIA. S.A.
Precio: \$2,50



Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación Exp. 5020, C. 1933. Edición 1934.

Supr.
2/8/50
ARTURO CAPDEVILA
JULIAN GARCIA VELLOSO

30.585

Año 1934

PATRIA GRANDE

EVOCACIONES - ESTAMPAS - ESCENAS - DESCRIPCIONES

TEXTO DE LECTURA PARA 5.º Y 6.º GRADOS

Ilustrado por Wladimiro Acosta

Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación

Tercera Edición



Editorial A. KAPELUSZ & Cía.
Bmé. Mitre 1242-48 -- Buenos Aires

LIBRO DE REGISTRO
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

7092 y 9510

Queda hecho el depósito que
marcan las leyes 7092 y 9510.



Palabras preliminares escritas para los maestros y donde se habla del contenido y significado de la obra.

En mí no ha tenido otro origen mi afición a instruirme que el haber aprendido a leer muy bien.

DOMINGO F. SARMIENTO.

He compuesto esta obra con páginas escritas por Arturo Capdevila para ofrecerlas a los alumnos que cursan los grados superiores de la enseñanza primaria. Ellas pertenecen, pues, a un autor nuestro, consagrado como uno de los valores más puros y que honra a la producción del habla española.

Entran, así, en el ambiente escolar, las expresiones más genuinas de nuestro acervo literario. Y si aquéllas llegan cuando en el niño se perfila su propia personalidad, es efectuar una obra de consolidación espiritual.

Entre nuestros escritores, pocos son los que como Capdevila pueden realizar, tan cumplidamente, con la belleza, eterna fuente de bienes, esa nobilísima función educadora. La fecundidad de su obra; la riqueza de sus formas de elocución; la abundancia de su léxico; la graciosa y fina elegancia de su frase; el suave y fresco candor de su poesía; la honda y tierna emoción de sus paisajes; la sabiduría y nobleza de su pensamiento, denso de idealidad ética, dicen, eloquentemente, que es uno de los autores dignos de llegar al mundo alado de los niños.

Para llenar eficientemente ese cometido, ha sido necesario dar a cada lectura una unidad ideológica y artística. Todas se han inspirado en nuestra tierra; han recogido la múltiple variedad de sus colores y líneas y han hecho revivir los héroes que pasaron sobre ella labrando la heroicidad de sus vidas. Junto a esa emoción vernácula, aparece, también, la visión profética del poeta que ilumina con la claridad de su ideología el derrotero de las nuevas generaciones en marcha hacia magníficos destinos. Por eso, su título PATRIA GRANDE, es la síntesis y el significado de su contenido. Extiéndese a través del mismo el sincero sentimiento, tan intenso como generoso, de la

conciencia nacional. Esa es su unidad; es también, su intención.

Las figuras que desfilan aparecen en su propio ambiente. Viven. Producen en el lector honda emoción. Sugieren multitud de pensamientos porque han vivido con aquél un instante. Y esta impresión viva y profunda, impregnada de belleza moral, se grabará en la subconciencia del niño para luego, con el tiempo, hacerle brotar quién sabe qué profundas reflexiones o qué fecundo sueño o qué nobles audacias...

Si son paisajes, el cuadro adquiere los contornos de la misma realidad. Y ya describa el mar, la montaña, la llanura, el río, las sierras; ya capte el rasgo inconfundible de la ciudad, el pueblo, la villa, tendrá todo un ritmo palpitante de vida, con acento propio y marcada fisonomía regional.

No son éstas, lecturas "ad usum scholarum", ni tampoco encierran los áridos preceptos de las especies didácticas. El concepto doctrinario, la intención docente, diluidos en cláusulas impecables, surgen sin estiramientos académicos, del mismo relato, episodio o evocación. En contacto con esas páginas llenas de emoción, el alumno formará, sin esfuerzo, el hábito de leer, adquirirá la capacidad crítica para aquilatar valores y educará sus sentimientos estéticos.

Todas las lecturas se adaptan a la capacidad del niño. No hay nada superior a su comprensión y emotividad. Sencillez y claridad, concisión y fuerza, son sus atributos esenciales. Fórmase de esa manera, un permanente paradigma de buen gusto literario. En su estructura idiomática el ingenio y la originalidad dan a aquel panorama el tono de la suficiencia artística.

*

* *

Las exigencias de un plan preconcebido y un principio de sistematización adoptado, obligaron a dividir el texto de la obra en tres partes correspondientes a sendas concepciones cardinales:

Primera parte: Visiones y descripciones de la patria.

Segunda „ Lecturas históricas y evocaciones.

Tercera „ Sugestiones cívicas y morales.

Sobre estos sillares de la nacionalidad descansa la arquitectura del libro. Abre su pórtico, la sentenciosa prosa pa-

ra los maestros, HACIA EL CAMINO DE LA RESPONSABILIDAD y corona su ábside el hexasilabo heroico de PATRIA, Aquélla preparando el espíritu para realizar y éste elevando los corazones para amar.

Fijados así los límites de la obra, tuve que escoger sus materiales. Empresa erizada de riscos, será siempre ésta, la de querer ofrecer al niño, en un libro, elementos que según Claparede, despierten ese profundo interés "que renueva al individuo y le excita a la acción", y especialmente, encaminados a poner en función las tendencias de desarrollo del niño, que dicho por aquél con todo acierto, son, "los sucesos naturales de los móviles exteriores que rigen la conducta del adulto".

Como no quería delinear una crestomatia, circunscribi la búsqueda a una exploración de temas que encerraran en nuestro espacio geográfico los vértices del tiempo: lo que somos, lo que fuimos y el vatinicio augural de lo que seremos. En esa área de dispersiones, encontrados ya los elementos temáticos, comencé a recoger aquella producción de Capdevilla que por la cordialidad rectora de sus ideas y sentimientos, tuviese una temperatura sensible a los intereses diferenciales del niño. Siendo la estructura de éste distinta a la del adulto, adapté ciertas situaciones para que el niño pudiera aprehenderlas y hacer, por la misma razón, algunas acotaciones ligeras, breves esgarces pueriles o bien, fugaces etopeyas esquemáticas. Vertí así la experiencia del adulto, en términos que pudiesen ser recogidos por el espíritu del niño. Podría la acción y la sabiduría magisteril llevarle a aquel el problema descifrado — y a veces tendrá que hacerlo — pero he querido darle esos rudos elementos para que el escolar, con su propia capacidad animica, indague sobre la hoja del libro, los recónditos acentos del pensamiento, habiendo cuidado, "de no embarullarle el espíritu con explicaciones e ideas superiores a su inteligencia, o proponiéndole cantidad de cosas que no tengan ninguna relación con lo que él desea saber en ese momento". (John Locke, *Quelques pensées sur l'éducation*, tra. Compayré, 1882. Pág. 197). Y en ese descubrir de intenciones y sugerencias coordinará una serie de procesos psíquicos, como también, con la alegría del hallazgo, se abrirá su corazón.

*

* *

Comienzan las lecturas con algunas visiones de la primera infancia. Ellas llevarán al niño a la zona de su emotividad específica. El adormecido encanto de las primeras fruslerías; el cercano recuerdo de las iniciales excursiones por la vecindad y el suburbio; la tímida salida en una "clara mañana de Marzo", rumbo a la escuela son, como tantos otros, motivos que lo conducirán, insensiblemente, al mundo del panorama natural y humano.

Luego, las descripciones solariegas. Aquí, frente a la creación nativa, recibirá las emociones de sus cambiantes formas; admirará su grandiosidad agreste y la fuerza domadora del hombre. Sus ojos aprenderán a contemplar el mundo circundante, y su alma, huyendo a sí misma, a percibir la belleza del sentimiento de la naturaleza. En ciertos pasajes, el niño, tocado de perfil aparece animando el cuadro. Una ingenua pregunta; un inocente juego, lo sitúan en aquél. Desde ahí infunde al cuadro, suavemente, un dulce soplo arroba-dor.

A continuación inserté la segunda parte. Son lecturas históricas y evocaciones. En las primeras líneas de su gran obra LA SANTA FURIA DEL PADRE CASTAÑEDA, ha dicho Capdevila: "Para países como el nuestro, en que buena parte de los argentinos son hijos de extranjeros que no oyeron de pequeños el eco de las tradiciones de la patria, en el recogimiento del hogar, que es donde pasa, de padres a hijos, el sentimiento de los antiguos lares, no viene mal que el escritor de historia supla con evocadora palabra el silencio de aquellas voces que no pudieron hablar. Siempre será bueno cuanto se hiciere por salvar la continuidad del espíritu nacional. Lo que yo sé de seguro es que donde no hay cariñosas memorias no hay patria. El sentimiento del pasado es la poesía del patriotismo. Sin esta poesía la continuidad de los pueblos no existe, ni sabe existir la patria, como no sea en forma de promesa. Realidad sin pasado embellecido de historias es apenas proyecto de realidad. Por otra parte, patria que no sabe de dónde viene, será difícil que sepa a dónde va".

Vienen, pues, esas "cariñosas memorias" a escanciar "la poesía del patriotismo". Sus modulaciones canalizarán en el espíritu del niño, la huella de la tradición. Al hecho histórico únese un inmanente hálito vital. Al frío y árido relato de los

malhadados manuales, lo reemplazará un subyugante dramatismo humano.

Lo presente y lo pasado; el suelo y la tradición; el contorno geográfico y las hazañas legendarias, todo, en una fusión indivisible, plasmada con vibrante exaltación, formará en las generaciones, al frisar en la adolescencia, la conciencia de la argentinidad.

Por último, aparecen, en la tercera parte, las sugerencias cívicas y morales, consagradas a formar la aptitud para la acción social, substantivo problema éste de la educación del niño. Reconociendo el poder motor de las ideas y admitiendo con Claparede que todas, con el solo hecho de su presencia en la conciencia, tienden a realizarse, serán, estas sugerencias, las imágenes que en el cerebro del niño formarán "la conciencia del deber".

Distribuidas en el texto del libro, interpolé diez composiciones de Capdevila escritas en verso, y que por la variación de su metro, la riqueza de su rima y la soltura de su ritmo, forman el verdadero y natural lenguaje de la poesía. La simplicidad de la estructura técnica y la objetividad de la creación poética, son los atributos sobreindicados para que esas especies literarias figuren aquí.

Entre estas lecturas, tres ofrecen netos acentos subjetivos: el Nocturno, la Elegía y el poemita MADRECITA, tan breve como profundo, inserto, porque el motivo es de aquellos que por el caudal de su ternura, nunca deben faltar en un libro para niños. Las restantes composiciones son de carácter descriptivo. El poeta traza el paisaje de la naturaleza. Y en algunas, como LA CANCIÓN DEL CARRETERO, ha idealizado un mismo motivo que inspira una prosificación evocadora.

*

* *

Mas, para que la altísima intención que me alienta se cristalice y pueda reverberar el lampo de su pureza, colócase esta obra bajo la advocación del magisterio, en cuya edificante eficacia tengo profunda fe, porque, glosando a Jonas Cohn, el espíritu del maestro ha alcanzado ya entre nos-

otros la suficiente claridad sobre su querer, su deber, su poder y su destino, y también, porque sabe que el alumno, es "como una ascua, que sólo hay que soplar para que siga ardiendo".

Cambiarán las posiciones filosóficas de los pedagogos; los sistemas de educación, según aquéllas sufrirán cambios y evoluciones, ya lentos, ya bruscos. Pero cualesquiera que fueren, esas transformaciones no alterarán el objetivo inmutable de las técnicas escolares, entre las cuales, la lectura, en sus áiferentes procesos, ocupa un lugar de privilegio. Por eso, su instrumento, el libro o las colecciones de "lectura libre", deben favorecer, dentro de lo posible, el despertar espiritual del niño. A eso tiende esta obra. Su aplicación dará cuenta de los resultados que se obtengan.

Mientras tanto, con PATRIA GRANDE, la esclarecedora voz de un poeta, llegará a vibrar en el alma impoluta del niño, en su alma inquieta y anhelosa, cuyas resonancias, están, como en la inolvidable rima:

*"Esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas".*

JULIÁN GARCÍA VELLOSO.

Abril de 1933.

Introducción

(Para los Maestros)

Hacia el Camino de la Responsabilidad

La ciudad se ha poblado de colegiales, de niñas y niños que por primera ocasión van a sentarse en los bancos de la escuela.

Pasan con los flamantes cuadernos bajo el brazo. Nunca hasta ahora dejaron el calor de la casa, el amor de la madre. Se sentirán como en el límite del mundo al encontrarse en medio de unos grandes patios desconocidos. Se imaginarán, de pronto, abandonados a sí mismos. Habrá niños que rompan a llorar de improviso, en los recreos, con el susto de tanta cosa nueva y enigmática. En la clase, una voz nunca oída — la voz del maestro, la voz de la maestra — resonará profundamente en el alma infantil. El buen escolar se entregará a un arrobamiento religioso, oyendo ese acento. En un éxtasis escuchará esa música incomparable de la iniciación en la verdad.

Está bien. Pero quisiéramos, de veras, que estos niños adquiriesen desde hoy mismo el primer sentimiento y la primera noción de una vida responsable y digna. Porque el patio de la escuela se asemeja mucho más de lo que se supone a la plaza de la ciudad. Acostumbrar a los niños desde temprano a que respondan de sus acciones y palabras, en la justa medida de su capacidad, vale tanto como enseñarles a leer.

Por eso queremos que desde temprano nazca y crezca en cada uno el sentimiento de la responsabilidad. Tener bien neto este concepto conduce de por sí a llevar cuentas honradas con el destino. Los pueblos que se preparan a una hercúlea acción deben llevar honradamente estas cuentas. Dejar de vivir como en los sueños; dejar de ser juguetes de pueriles contingencias; pesar los actos; medir las palabras; meditar y revisar los juicios; limpiar la voluntad, acrisolar los anhelos; hacer cotidiana gimnasia, desnudo el busto, bajo el clima fuerte de la responsabilidad; querer averiguar con certeza quiénes somos y de qué somos capaces; contar con nosotros mismos; todo

eso es, en lo privado y en lo público disponerse de veras al cumplimiento de un extraordinario destino.

¿Acaso la vida de este pueblo no dejará memoria? ¿Acaso el hombre escribirá sobre el agua su pensamiento? ¿Acaso nuestros hechos serán como humo en el aire? Yo no veo otro camino para aprontarse a ser algo, que el muy áspero — sí, pero muy seguro — de la responsabilidad.

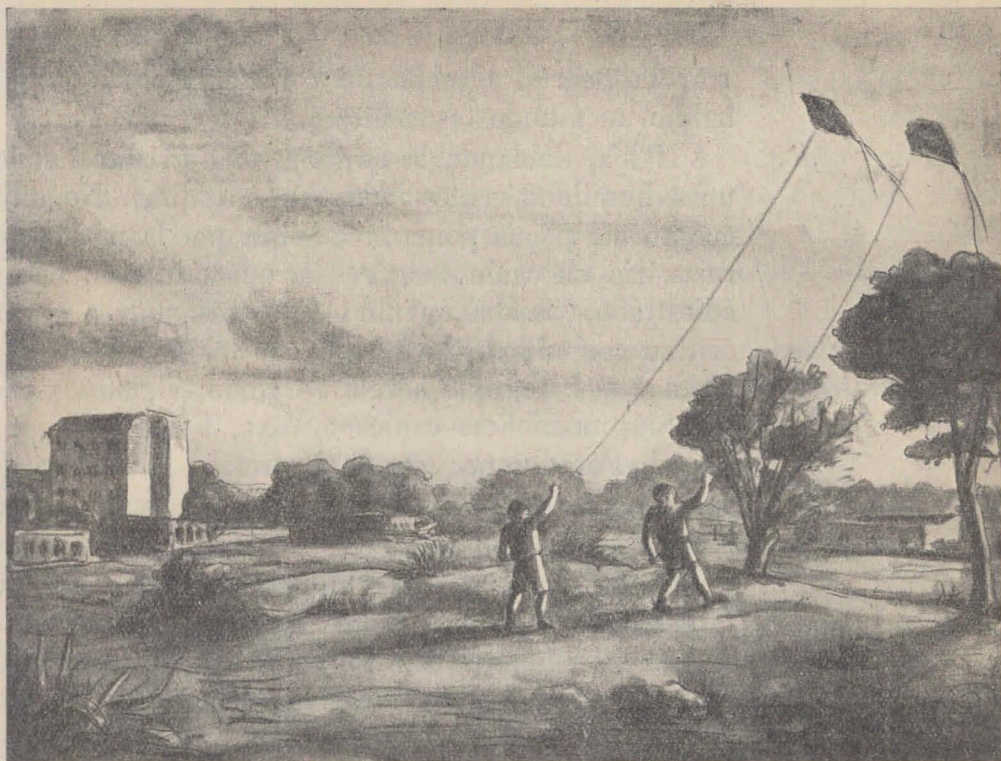
La ciudad se ha poblado de colegiales, de niños y de niñas, que por la primera ocasión, van a sentarse en los bancos de la escuela. Es tu hora, maestro. Al cabo del año, por la virtud de tu obra, la Patria será más grande. ¡A engrandecer la Patria!

ARTURO CAPDEVILA.

Abril de 1933.

Primera Parte

Visiones y Descripciones de la Patria



Infancia.

A pocos pasos y en la misma acera de casa había un sitio baldío, tapiado con mala tapia, y cuya puerta, atravesada de rajas y rendijas, se aseguraba por de fuera con potente candado. En él situaba yo un mundo fascinante. Cuando el propietario llegaba a abrir, nos metíamos tras él los niños del barrio. Crecían altas las hierbas, saltaba un sapo al acaso; y acá y allá veíanse oprimiendo el herbazal, tarros herrumbrados y tiestos imposibles.

Todo el encanto se desvanecía. Mas vuelta a ce-

rrar la puerta, tornaba mi corazón a situar en el baldío un mundo fascinante.

Había, doblando la esquina, un terrenito donde unas humildes gentes cuidaban hortalizas. No diré cuánto me placía ponerme a mirar por la puerta de rejas. En un cajón con ruedas, que tiraba un perro adiestrado, viajaba un niño de meses, muy a gusto con su can niñoero. La abuela, de lejos, arrodillada, junto a la batea que hervía en jabón, vigilaba y dirigía las maniobras caninas: Vaya, Clavel. Venga, Clavel. Por ahí no, Clavel. Y trotaba Clavel entre las plantas, ufano y orgulloso de su importancia providencial.

De día, en las tardes, en las largas y apacibles tardes, íbamos a las lomas a remontar barriletes. Subían las vibrantes cometas en la paz del ambiente, con su lengua cola de trapos multicolores.

Muchas veces, en las tardes serenas, mi madre me llevaba a visitar las viejas tías.

Tomábamos el tranvía; un tranvía tirado a sostenido trote por dos sufridos caballos criollos. Llevaba cada uno al pescuezo un collar de cascabeles que resonaban con estridor. En cada bocacalle tocaba el conductor la corneta dando al aire un son lastimero. Luego animaba con las riendas a la yunta o le cruzaba las ancas a rebencazos, sin otro objeto que frenar en seguida con sobresalto.

Así llegábamos. Estorbaba el paso un perro, echado en el umbral del zaguán; y en el sofá de la sala, donde se escurría un vivo rayo de sol, estaba durmiendo el gato.

Veíase, hacia el fondo, en la huerta, el empa-
rrado y la higuera.

Hacíasenos pasar a algún inmenso aposento:
desnudas y blancas las paredes; los muebles, recios
y negros. Erguíase flaca y desgarrada la tía. Una
mano marchita me acariciaba la cara. Unos labios
sin color me declaraban precioso.

Nos sentábamos. Se hablaba de enfermedades y
de entierros. Cuando languidecía la conversación, el
tic-tac de un reloj chato y solemne, se ponía a bailar
en la inmensidad del silencio.

Rajas: hendeduras, aberturas. — *Fascinante:* que engaña, ofus-
ca, alucina. — *Herbazal:* sitio poblado de hierbas. — *Tiestos:* pe-
dazo de cualquier vasija de barro. — *Ujano:* arrogante, satisfecho,
contento. — *Luenga:* larga. — *Estridor:* sonido agudo, chirriante. —
Desgarrada: sin gallardía, sin gracia.

Juguete.

Dejadme ver en el confín del recuerdo la mesa
llena de soldaditos de plomo, alineados para la ino-
cente batalla. Dejadme ver los reductos y fortalezas
que yo levantaba imparcial para uno y otro campo,
con los cubos de mis juegos de ingenio. Dejadme ver
los pequeños cañones de cureña verde y la escurri-
diza munición de los granos de maíz, único proyectil
de mis artillerías. Dejadme ver aún por el cristal em-
pañado de la habitación cómo de pronto en la fría
y oscura mañana empieza a caer en blandos copos la
nieve. Dejadme salir a recogerla; dejadme amonto-

narla sobre la mesa en blanca accidentada cordillera y vedme al frente de mis tropas, estremecido de júbilo, hacer todo el simulacro del pasaje de los Andes por San Martín libertador.

Militarista ingenuo yo, que, de no hallar siempre ilesos a todos mis soldados en el recuento de la lista mayor, no hubiera permitido haber batallas en la tierra. Entretanto, parecíanme encantadores deportes las peleas armadas.

Pero donde mejores operaciones y maniobras disponía y acababa era en el escritorio paterno, en medio de sus libros. El alto tintero, la redonda regla, la carpeta de hule, servíanme de preciosos accidentes para ejercitar a mis soldados en las varias artes de la emboscada y del asedio. Allá, rodeado de tantos libros, sentía de pronto imponente ese peculiar silencio de las bibliotecas. En largas hileras como en batallones, los tomos subían hasta cerca del techo.

Tenía yo además en la casa mi caballo; el caballo de mi velocípedo de tres ruedas, en que recorrería interminablemente ambos largos patios desde el prohibido zaguán hasta la leñera remota.

¿Cómo cambiar la casa por la calle? En la calle era yo uno de tantos insignificantes seres a pie. En mi casa todo un hombre de a caballo.

No me faltaba tampoco silla de ruedas que hacer rodar, trocada en coche o tranvía, según conviniera a mi intención momentánea.

Así paseaba por toda la casa (ella creería que por todo el mundo) a la hermanita menor. Yo era en tal caso, en conciliación de opuestas naturalezas, caballo y cochero a la vez, a buen trote de mis pier-

nas y a buen galope de mi imaginación. De esta suerte, desde niño me sé que nada tiene más fuerza bajo los cielos, que una verdad convencional.

Y junto con los juguetes, la visible providencia maternal y la regularidad de las costumbres paternas dábanme, para perfección de mi dicha, la noción de la dulzura y de la seguridad.

Confin: lejano, último término. — *Cureña*: armazón sobre ruedas y en la cual se monta el cañón de artillería. — *Escurridiza*: que se desliza con facilidad. — *Empañado*: que no tiene diafanidad. — *Simulacro*: acción fingida. — *Ilesos*: que no han recibido ninguna lesión o daño. — *Emboscada*: ocultación de una o varias personas para atacar luego por sorpresa. — *Aseño*: acción de cercar un punto fortificado, para impedir que salgan los que están en él o que reciban socorro de afuera. — *Peculiar*: propio o privativo. — *Providencia*: disposición anticipada.

Recuerdos de la escuela.

Una clara mañana de marzo, la bondadosa maestra de primeras letras que vivía en la más próxima vecindad, llamó a la puerta de calle en busca mía. Yo esperaba con nerviosa zozobra mi estreno de escolar. Al oír el llamador, el corazón me dió un salto. El padre y la madre me acompañaron hasta el umbral con sus últimos consejos y recomendaciones, tal como en una página de De Amicis. La madre me besó cien veces y el padre no supo ocultar que se conmovía. La señorita me dió la mano y tomamos juntos la dirección de las quintas.

Mírenme bien, que ya me voy, con la pizarra

bajo el brazo, con la cartera vademécum a la espalda, a manera de mochila, y el lápiz de manteca boyando entre bolitas de cristal, en el abultado bolsillo de la blusa.

Tomamos, dije, el camino de las quintas; luego doblamos a la derecha, y enderezando después por 9 de Julio, penetramos, de la mano siempre, a una casa con jardín frontero, por donde discurrían los pequeñitos alumnos en multitud bulliciosa.

Qué mundo a la vez revuelto y uniformado: enjambre en el recreo; batallón al primer toque de la campana. El tiempo se me iba en padecer la nostalgia de mis juegos.

La desconfianza me sobrecogía en los recreos; el miedo de ser interrogado me embargaba en la clase.

Y es que, pobre de mí, yo sufría de unos nervios enfermos que me inhibían de pronto, impidiéndome hablar. ¡Cuántas veces, sabiendo mejor que muchos lo que me preguntaban — la tabla de sumar o el silabario — no me quedé en despreciable silencio ignorando a ojos de todos que dos más dos son cuatro o que la eme es la eme! Defecto que poco a poco lo gré corregir, como lo puede corregir todo niño.

¡Qué descanso y qué dicha en las infernales clases, cuando la señorita nos hacía escribir! Entonces el afán del desquite me impulsaba imperiosamente a la excelencia.

¡Qué descanso, también, cuando la directora comenzaba a contarnos algún cuento ejemplarizador!

Zozobra: inquietud, aflicción y congoja del ánimo. — *Vademécum*: cartera en que llevan los niños de escuela los libros y los cuadernos. — *Frontero*: que está situado enfrente. — *Sobrecogía*: sorprendía. — *Embargaba*: paralizaba los sentidos. — *Inhibían*: estorbaban. — *Silabario*: librito o cartel con sílabas sueltas y palabras divididas en sílabas, que sirve para enseñar a leer.

Carnaval.

Desde meses antes de carnaval, los mozos de la criollada organizaban sus comparsas, entre las cuales recuerdo que eran las más populares estas dos: La Estrella del Norte y Los Negros Africanos. Era de oír en las noches el acompasado ruido de los candombes: largos tamboriles de cuero y latón, a cuyo ritmo golpeado (lalála, lalála, lalála, lalá) ensayaba la mozada el baile negrero, epiléptico, erizado de contorsiones, con que después recorrería la ciudad.

Y llegaba el Domingo de carnaval. Y desde la plena siesta, bajo el solazo de febrero, la comparsa pasaba. Y venía adelante un racimo de chicuelos haraposos. Y abría la marcha el “escobero”, con un delantal de plumas que apenas le cubría el muslo, con camiseta negra y peluca hirsuta, bailando como un rey David, mientras pincelaba el aire con su escobilla conjuradora, y gesticulaba sudoroso las muecas de una alegría bárbara. Y venía en pos el portaestandarte con el lábaro social de terciopelo escarlata, donde brillaba en áureas letras la divisa de la pandilla y resplandecían las medallas de los concursos. Y le seguían el rey y la reina, ambos de manto plu-



vial, — obispos de farsa, monarcas de mojiganga — éste con la espada en alto, aquélla con el cetro en la diestra. Y los rodeaban las “bailarinas” de cara pintarrajeada y exigua falda de tul, haciendo cabriolas. Y venía después el orfeón, en que los “orfeos” con trajes de raso azul a franjas blancas, marchaban muy trovadores, sonando mandolinas, guitarras y flautas. Y venía en pos un coro de odaliscas. Y seguían atrás los “candomberos” — veinte, treinta, cien — golpeando locamente los parches de los atambores (¡lalálá! ¡lalálá! ¡lalálá! ¡lalálá!) entre saltos y piruetas, como posesos. Y adelante, y en medio, y por todas partes, iban, venían, saltarines, ágiles, cascabeleantes, cornudos, coludos, elásticos, ubicuos, revueltos, en caterva atronadora, los “diablos” de la comparsa; los diablos negros, los diablos amarillos, los diablos rojos, los diablos azules, los diablos verdes, los diablos tornasolados, los diablos benditos de mi infancia, que me daban tanto miedo, y me hacían tan feliz... después que habían pasado.

Candombe: tamboril largo y angosto, generalmente de latón que usaban en las fiestas carnalescas los *candombes*. — *Epiléptico*: con movimientos bruscos. — *Solazo*: sol fuerte y ardiente que calienta y se deja sentir mucho. — *Lábaro*: estandarte. — *Aureas*: de oro. — *Pandilla*: grupo de muchachos que se forman con el objeto de divertirse. — *Manto pluvial*: parecido al que suelen usar ciertos prelados y que lleva una cenefa ancha en los bordes delanteros y capillo o escudo por la espalda. — *Orfeón*: grupo de cantantes en coro. — *Muy trovadores*: iguales a ciertos poetas (trovadores) que escribían y cantaban sus propios versos. — *Odaliscas*: esclavas turcas. — *Poseso*: poseídos, muy compenetrados del papel que hacían. — *Caterva*: grupo de personas sin orden.

Legendas de Córdoba.

Contábanos la madre algunas noches, antiguas crónicas locales, y por lindes de la leyenda, cuentos de milagrería y de misterio, que eran los que me gustaban más.

Este que era, para citar algún caso, el doctor M., a quien una noche se le apareció el demonio en la forma de un negrito, cuyo sombrero de paja hubo de crecer de tal manera que sus alas rozaban los muros de la habitación.

Como este caso, muchos. Yo sólo sé que después del relato, me era cosa suprema entrar a un cuarto obscuro y aun atravesar el patio.

Y nótese, que no se trataba de sepultas antiguallas sino de cosas de completa realización actual. Córdoba era entonces, y hasta hace poco lo ha sido, insignie oficina de fantasmas. La Viuda ha dejado en el alma popular una impresión indeleble. Se aparecía por los Altos, y todo aquél que la topaba se transía de terror. Todavía hoy se dice, “te va a salir la Viuda”, cuando se quiere amenazar con un peligro avasallador.

Era yo muy niño cuando, allá por 1895, la Pelada, otro espeluznante espantajo, comenzó la serie de sus apariciones... Su hora era el anochecer y también la medianoche; su campo de correría el Abrojal y cualquier otro suburbio. Mostrábase como una abandonada criatura, que con voz débil imple-

raba auxilio al pasajero. Después sobrevenía lo portentoso, que no se sabía en qué consistiera, pero que infundía un pavor inexpresable que obligaba a huir. A lo que parece, la Pelada conocía por su nombre a la gente, pues recuerdo que un tal don Fermín, de mi vecindad, había sufrido la persecución de la estantigua que le musitaba a compás: Deme la mano, don Fermín... Deme la mano, don Fermín...

Por cierto que la criada estaba más al tanto y más preocupada que nadie con aquel endriago o lo que fuera. En el mercado, por las mañanas, le relataban las fechorías que en la víspera hiciera el fantasma, y el día se le iba en comentarlas y temerlas. Una noche, ya cerrada la puerta de calle, oímos que tocaban. Salió ella a abrir, y a punto estaba de hacerlo, cuando quiso ser precavida y preguntó quién era. Oyó, tembló y huyó. La estoy viendo azorada, sofocada, llegar al comedor, diciendo:

—¡Señor!... ¡Señora!... ¡La Pelada! ¡La Pelada!

Y como teníamos precisamente una tía que por rara ocasión venía a la ciudad, y a quien llamábamos la Pelada por mote cariñoso, mi madre contestó en el acto:

—Ábrele, hija, ábrele, que es mi hermana...

—¡Jamás, señora!

Y la pobre mujer se escapó persignándose.

Leyenda: relación de sucesos más tradicionales o maravillosos que históricos. — *Antigualla:* cosa o noticia antigua. — *Indeleble:*

imborrable, indestructible. — *Espeluznante*: que hace erizarse el cabello. — *Estantigua*: visión o fantasma que espanta. — *Endriago*: monstruo fabuloso. — *Mote*: apodo.

Baño serrano.

*Cuando se pone el sol, bajo al arroyo
y al agua, nadador, feliz me entrego.
¿Me visteis zambullir? ¡Ah, qué delicia
en el rostro mojado el aire fresco!*

*¡Qué alegría en la tarde calurosa
la fresca del agua y el sosiego
de los divinos montes solitarios,
mientras se queman de arrebol los cielos!*

*¡Qué alegría y qué fiesta en el crepúsculo,
sacudir empapados los cabellos
y quedarse tendido en la corriente,
oliendo arroyo y escuchando viento!*

*Luego el campo se llena de susurros
y se diría que no pasa el tiempo.
En la paz de la tarde, toda el alma.
En la dicha del agua, todo el cuerpo.*

*Mas ya se apaga el arrebol lejano
y se oscurecen los pesados cerros.
La tarde se corona de violetas
y echa en el agua pensamientos negros.*

Entonces, a puñados generosos,
agua levanto y la salpico lejos.
Quiero esparcir su claridad postrera
entre las sombras del paisaje inmenso.

Entretanto se eleva en el ribazo
la música del grillo. Y floreciendo
desde la eternidad sobre este mundo,
azucena de Dios, brilla el lucero.

Y murmura el arroyo entre las piedras...
Y un murmullo sin fin colma el silencio.
He salido del baño, me he vestido.
Monto a caballo y a las casas vuelvo.

¡Cómo está de luciérnagas la noche!
Vívidas bullen por los campos negros,
y el tuco enciende su esmeralda errante
allá por lo fantástico del cielo...

Sosiego: quietud, tranquilidad, serenidad. — *Arrebol*: color rojizo que se ve en las nubes heridas por los rayos del sol. — *Susurros*: Ruidos suaves y remisos que naturalmente hacen algunas cosas. — *Esparcir*: Separar, extender lo que está junto o amontonado. — *Ribazo*: Porción de tierra con alguna elevación y declive. — *Bullen*: se mueven, se agitan con excesiva viveza. — *Luciérnagas*: insectos que se caracterizan por emitir, durante la noche, de la parte posterior de su abdomen, una luz fosforescente. — *Tuco*: este vocablo es un argentinismo. Proviene de una voz quichua que significa brillante. Equivale a la palabra cocuyo, insecto coleóptero de unos tres centímetros de largo, oblongo, pardo y con dos manchas amarillentas a los lados del tórax, por las cuales despiden de noche una luz verdosa bastante viva. — *Esmeralda*: su luz verde, como el fulgor de la piedra preciosa del mismo nombre.

Temas del mar.

¡Pobres peñas!

¡Pobres peñas en medio del mar! ¡Qué historia, acaso, la suya más digna de contar que tantas que repite la fama! Rocas perfiladas por la tormenta, acuchilladas por la espada de los relámpagos, partidas y rajadas al tajo del rayo, serruchadas por las mareas, mordidas y heladas por los huracanes, ¡ya saben cosas!

¿Qué fueron en un remoto tiempo, estas dolorosas peñas que ahora fingén la figura de un buque encallado? (Encallado, a la verdad que no, sino anclado para todos los siglos en la imposibilidad de la muerte.) ¿Qué presencia fueron? ¿Cuál pasado fué el suyo? ¿De qué sumergida grandeza son el final vestigio? ¿De qué ausencia enorme son la concreta soledad? Las olas se agolpan a lamer ese dolor de sepulcro y el viento aúlla y brama vigilando este confín de pesadilla.

Densa lluvia

Suena sobre el buque y alrededor del buque la música densa de la lluvia.

El cielo es como un pequeño toldo, bajo, exiguo, precario; improvisada tienda de lona en yermo sin color: tanto envuelve la lluvia al barco en el cerrado aguacero.

Mientras tanto, salta el agua por entre las jar-

cias, baja a chorros por los mástiles, se teje en el humo de la chimenea. Lo que no se moja, se humedece y trasuda.

¿No hay bosques en los mares? ¡Sí que los hay!

Ved aquí el bosque de la lluvia que vamos atravesando; el bosque de un pálido follaje que se desgaja sin cesar.

Audaz hidroavión

Un hidroavión del ejército se remonta sobre el cerúleo mar. Gira y ronda sobre él, mientras late alborozado el corazón del motor. Gira y ronda, y ya quiere amarrizar y ya se eleva y huye. Es una fiesta. Es un juego. Es una dulce travesura. Ahora cesa de latir el corazón de la máquina y el hidroavión se desliza por ilusoria pendiente en la dirección del muelle, y baja, y pica en el agua, y se diría que se chapuza en ella, y resbala y corre y se remonta otra vez, y de nuevo le palpita el motor como un alegre corazón, sobre alegre turbulento.

Niños en la playa

Bien está traer los niños a la playa. Estos que veo tienen justamente esa edad en que el primer fondo de recuerdos se empieza a fijar en la todavía movediza memoria. Admirable cosa que el recuerdo de este mar, de este espacio, de aquellas nubes, de esta libertad, de aquel buque, sea mañana la última lejanía de estas conciencias.

—¡Ve! — me dice uno de los niños señalando allá lejos.

—Sí. Es un buque en la tarde brumosa; buque de viaje hacia un remoto país.

—Ve, allá lejos.

—Sí. Allá lejos va. Es un buque del viaje que no hacemos nunca.

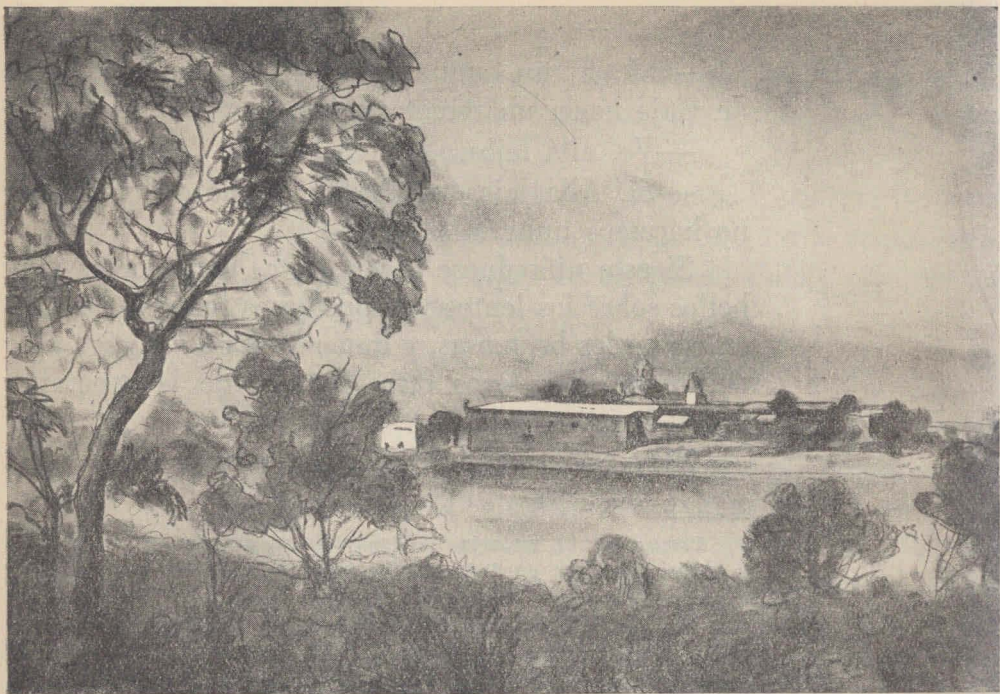
Si este niño fuese a ser poeta, hará versos muy bellos sobre los lentos y majestuosos buques, de viaje en las tardes brumosas, y quién sabe no nos diga algo definitivo sobre esos otros buques de la esperanza y del deseo.

Bien está traer los niños a las playas.

Tema: asunto, materia. — *Peña:* piedra grande. — *Encallado:* la embarcación ha quedado sin movimiento, entre las piedras y las arenas. — *Vestigio:* indicio o seña que queda. — *Confin:* último término. — *Exiguo:* insuficiente, escaso. — *Precario:* de poca estabilidad o duración. — *Yermo:* zona inhospitalaria. — *Jarcias:* aparejos y cabos del buque. — *Mástiles:* palos. — *Hidroavión:* aeroplano que lleva en lugar de ruedas uno o varios flotadores para posarse sobre el agua. — *Cerúleo:* color azul del mar en calma. — *Chapuza:* se sumerge en el agua. — *Brumosa:* nebulosa. — *Remoto:* distante, apartado. — *Definitivo:* concluyente, resuelto.

Alta Gracia.

Buenos días, Alta Gracia, aldea de Córdoba. Tú fuiste antaño un establecimiento jesuítico. Había aquí un molino famoso. Tu iglesia data del siglo XVI. Tu plácido tajamar, del mismo tiempo. Eras roca pelada. Tus primeros árboles fueron plantados por tus fundadores, los jesuitas, que juntamente con algún fresco verdor quisieron darte un limpio nom-



bre — Alta Gracia — que brotó como una flor del aire...

Buenos días, Alta Gracia. Tú tienes historia, breve cuanto ilustre historia. Por ambas razones cabe entera en la inscripción de una piedra, y es extraño que no la hayan grabado sentenciosamente en uno de tus abundantes mármoles negros, en tu plaza mayor. Aquí vino a afincarse, pasadas las invasiones inglesas, el propio don Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires. Vino buscando una paz que no encontró; hasta que salió de aquí una mañana por el camino de su ingrata suerte, rumbo al patíbulo de Cruz Alta.

Buenos días, Alta Gracia. Eres amable y ondulante. El desnivel de tus calles te da un alegre aspecto. Ora subes, ora bajas, ora enderezas, ora tuerces.

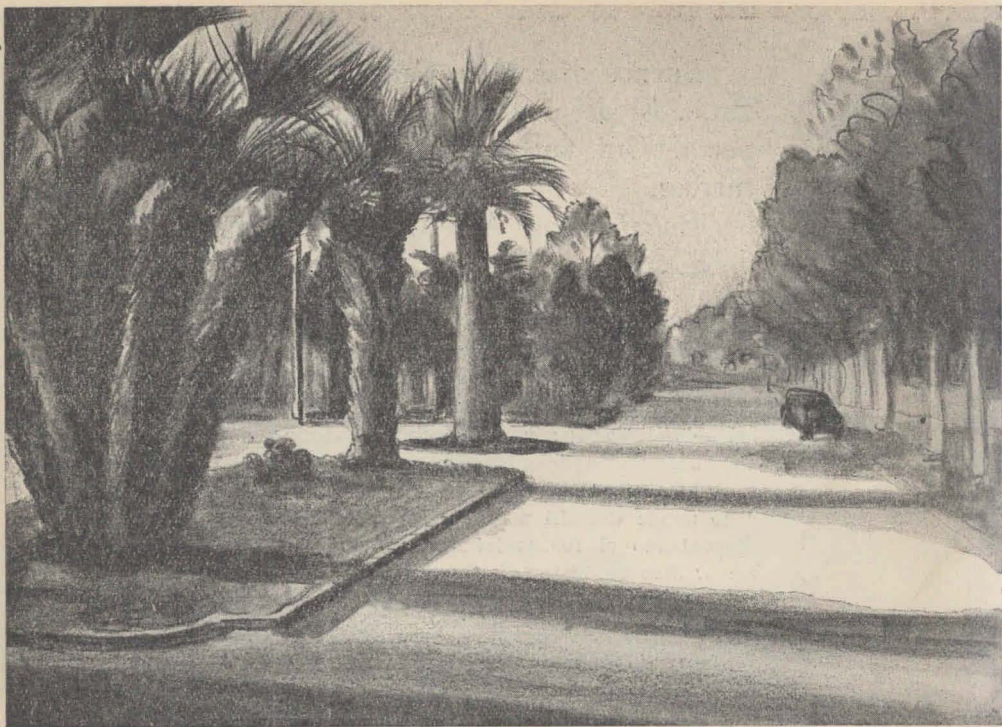
Buenos días, Alta Gracia, limpia aldea de Córdoba...

Jesuitico: perteneciente a la Compañía de Jesús, orden de clérigos regulares fundada por San Ignacio de Loyola. — *Plácido*: quieto, sosegado, grato, apacible. — *Tajamar*: malecón, dique, presa. — *Inscripción*: escrito sucinto grabado en piedra, para conservar la memoria de una persona o suceso importante. — *Patíbulo*: tablado o lugar en que se ejecuta la pena de muerte. — *Cruz Alta*: sitio donde Castelli mandó cumplir la orden de la Junta de Mayo disponiendo el fusilamiento de Santiago Liniers. — *Santiago Liniers*: dice un historiador que éste fué un noble varón que, sin ser propiamente un grande hombre, llenó un gran destino, y que tuvo sus horas de heroísmo que le aseguraron la inmortalidad, durante las Invasiones Inglesas.

Rosario.

Rosario es entre todas las ciudades argentinas, la ciudad de mi orgullo. Lo que otras ciudades realizan muy a la larga, Rosario lo efectúa de un solo golpe de voluntades individuales. Cuando se dice Rosario en la Argentina se dice Fuerza. Cuando se dice Rosario en el extranjero se dice Honradez. Todos vivimos seguros de las virtudes altísimas de Rosario. Si estamos ciertos de su grandeza material, como que salta a los ojos, más lo estamos aún de sus formidables fuerzas morales.

La República sabía bien que en Rosario se es-



taban cumpliendo destinos antes no alcanzados por ninguna otra ciudad del interior. Sin que allí hubiera oro, como en una afiebrada California, allí iban los buscadores de oro. Me corrijo: los hacedores de oro, que es mejor gente que la otra. Aquello era la epopeya del trabajo. Un coro de voces nuevas entonaba himnos nuevos. Se hablaba de fortunas fabulosas, de progresos gigantescos, de transformaciones estupendas. ¡Qué placer! Desde principios del siglo que vivimos, hombres rosados de salud y de bríos empezaban a pasear por la patria el nombre victorioso de su ciudad. Las estadísticas universales se

trastornaban con las osadías de sus datos. Crecimiento vegetativo y afluencia inmigratoria, que ni Buenos Aires conocía, trocaron de la noche a la mañana un villorrio en gran ciudad. Su natalidad llegó a señalarse como la más alta del mundo. Si la ciudad de Santa Fe era “la vieja puerta de un mundo nuevo”, según la frase de De Amicis, Rosario era la llave de oro de todas las puertas. Y Rosario no hace más que crecer.

La opulencia rosarina reluce en sus calles. Andamos por ellas y con frecuencia nos sentimos en plena metrópoli. Cualquiera de las calles céntricas adquiere de noche, cuando se encienden los letreros luminosos, un auténtico aspecto de calle Florida. El bulevar Oroño evoca la Avenida Alvear, y el parque vecino, en sus primeros jardines, da una exacta impresión de Palermo. Ved ahí una plaza para los niños, con todos sus juegos, y, por esa otra parte, un tinglado de teatro infantil. Resuena el tráfico en las calles del centro y en toda la zona del puerto. Se alza en la calle San Martín el vocerío de los vendedores de diarios. Y mientras tiritita el telégrafo números bur-sátiles, abre y cierra su ojo alerta la cotización. Yo sólo sé que entre guiño y guiño, la grandeza de Rosario resplandecerá más vivamente mañana, para general gloria argentina.

Rosario tiene muchos centros de cultura, pero hay uno, “El Círculo” que realiza una importante obra de divulgación cultural y artística. ¡Qué no ha hecho “El Círculo”! Porque no se ha limitado a organizar conferencias y conciertos. Suyas son muchas otras notables y aun diré, trascendentales iniciativas:

la creación del salón de Bellas Artes; la colocación de un busto de Beethoven en el parque Independencia (primera ciudad que en América rendía tal homenaje); las exposiciones nacionales de fotografía artística, de todas celebradas; la exposición de artes retrospectivas, en que se vió cuantas preciosas reliquias atesoraban silenciosamente los rosarinos, y el desarrollo de ciclos de conferencias y conciertos gratuitos para ilustración del pueblo.

Orgullosos, ciertamente, podemos estar de Rosario los argentinos.

Fuerza: vigor, robustez, capacidad. — *Honradez*: proceder recto, con muchas virtudes. — *Afiebrada*: con excesiva actividad. — *California*: región situada al oeste de la América del Norte, sobre el Océano Pacífico, muy rica en minas de oro, plata y mercurio. — *Himnos*: cantos de alabanza. — *Estupendas*: admirables, asombrosas. — *Estadística*: recopilación de datos sobre la población, industria, comercio, etc. — *Osadías*: resolución, audacia. — *Crecimiento vegetativo*: aumento de la población producido por los nacimientos. — *Afluencia inmigratoria*: núcleo de individuos que proceden del exterior. — *Villorrio*: población pequeña. — *Natalidad*: número proporcional de nacimientos teniendo en cuenta la población y cierto tiempo determinado. — *Tinglado*: cobertizo, sitio cubierto rústicamente para resguardarse de la intemperie. — *Bursátiles*: concerniente a los negocios. — *Cotización*: precio de los valores públicos y de otros que tienen curso público. — *"El Circulo"*: institución de cultura fundada en la ciudad de Rosario el 25 de septiembre de 1912 por iniciativa del Dr. Rubén Vila Ortiz. — *Beethoven Luis Van*: fué uno de los más grandes compositores de música. Nació en Prusia (Alemania) el 17 de diciembre de 1770 y murió en Viena el 26 de marzo de 1827. Vivió una vida llena de sufrimientos y amarguras. A raíz de su sordera se alejó del contacto de sus semejantes. Fué entonces, cuando compuso las obras musicales que admira el mundo entero. — *Ciclos*: períodos.



Retiro en el año 1893.

¿Retiro!

El tren prosigue su marcha. Estamos a dos horas de Buenos Aires. Vamos mirando los campos desde los amplios ventanales del coche comedor. Están recién despiertos; ricos, opulentos de mieses. Ríen las arboledas, sonríen los cielos. Pacen por los alfalfares los lustrosos caballos, las pintadas vacas.

Estos son los campos del Himno, aquellos campos del Sur, donde resonó como un trueno, antes que por otros lindes, el clarín de la epopeya. ¿Recuerdas los versos?: “El clarín de la guerra cual trueno — en los campos del Sur resonó”.

Y de pronto, a la izquierda del tren que corre, ni próximo ni distante, he ahí, resplandeciente al sol matinal, bruñido como el escudo de un dios; he ahí,

en una sola luminosa lámina, el río bien querido; el río divinidad protectora, el río fuente bautismal de los argentinos, el sagrado, el histórico, el bendecido río de la Plata.

Y ya está Buenos Aires por doquier, sea que miremos a la derecha, sea que miremos a la izquierda, buscando nuevamente el Plata. Buenos Aires se proyecta, se derrama, se esparce por todo el redor. Vino en espíritu a darnos los buenos días en la estación Victoria con los diarios de la mañana. Toda la llanura está, por decirlo así, salpicada de Buenos Aires en el anuncio de propaganda, en la campaña verdegay, en las arboledas tan bien peinadas, en los caseríos sucesivamente más limpios, más dignos, hasta ser el mismo acicalamiento en las tendidas barreras cada vez más frecuentes, por donde vamos rompiendo calles, cortando rieles, rozando cercos y muros...

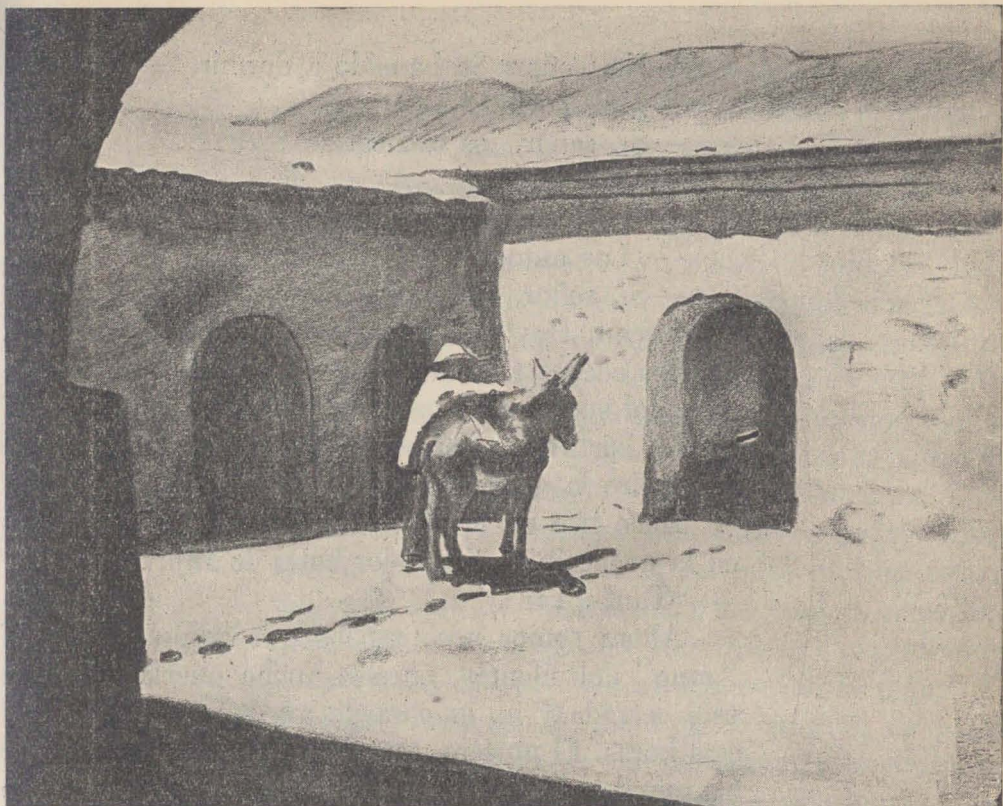
En una de esas, la sorprendente vista del primer tranvía eléctrico. Todo verde, con un motorista también vestido de verde, detenido junto a nuestro tren que huye.

Luego, oímos, cortante, la voz del inspector:

—¡Retiro!

Y estamos en Retiro.

Opulentos: con abundancia. — *Mieses*: plantas. Frutos que están maduros. Sembrados. — *Lindes*: límites. — *Epopeya*: hechos gloriosos dignos de ser cantados. — *Bruñido*: con brillo, lustroso. — *Doquier*: donde quiera. — *Redor*: rededor. — *Verdegay*: de color verde claro. — *Acicalamiento*: con mucha limpieza y arreglo esmeradísimo.



Jujuy.

Viajamos de noche por los campos de Jujuy, ciegos nosotros y ciego el paisaje. Finalmente llegamos a la ciudad con un atraso de siete horas. Nos asomamos casi de puntillas a la ciudad, vacía en su sueño, dormida en su vacío. Son las primeras horas de la madrugada. Nos asisten unos soñolientos mozos de cordel. Hablábamos en voz baja para no despertar al caserío.

—¿Qué? ¿No hay coche?

—No, señor. Se han ido a dormir.

—¿Los coches?

—Sí, señor, los coches.

—¿Y los autos?

—También están durmiendo.

—¿Los autos?

—Sí, señor, los autos.

Bueno. Hay que irse a pie, rumbo al hotel, ya que los coches y los autos se han disuelto en el misterio del sueño. El mozo de cuerda caminará en pos, con los bártulos. ¿Vamos? ¡Tan! ¡Tan! Todavía está en el aire la vibración de las campanadas.

Hace frío en la desierta noche. Y nos dirigimos en la noche jujeña al mejor hotel de Jujuy.

¡Tan! ¡Tan!

Ahora somos nosotros los que golpeamos en el “gong” del silencio, pues la ancha puerta del hotel está cerrada y no es cosa de quedarse en la calle a esas horas. El portero, que dormía en el zaguán, abre maquinalmente. Es un mocetón de cobre. Nadie me quita la idea de que no he llegado a Jujuy, sino al Cuzco de los incas. Se abre la puerta y penetramos en un zaguán inmenso. La puerta, pesadota, se cierra otra vez. Estamos a punto de cruzar el desmesurado patio, grande como una plaza, cuando alguien toca a la puerta (¡tan! ¡tan!) como habíamos tocado nosotros. El mocetón de cobre se vuelve. Se oyen del lado de la calle unas palabras aymaraes o quichuas.

El portero franquea la puerta. Y ¡oh, delicia! una familia indígena penetra en el portalón enorme. Todos visten el poncho autóctono y van tocados con el chambergo regional: el padre, la madre, los hijos.

Como hay niños, el portero da la preferencia a estos huéspedes. Y he ahí, desparramada en el inmenso patio con luna, la familia aborigen: Tata Sarapura, mama Charamesca y los cinco o seis minúsculos Coquenas de los chiquillos, cargados de leyendas, todos de poncho y chambergo — padres e hijos — todos extrañamente piramidales, todos pequeños a más no poder; y los niños, pequeñitos, enanitos, increíbles, verdaderos duendecitos de la sombra con luna. ¡Ah! Yo quisiera saber lo que traen en sus talegas y alforjas estos encantados viajeros que como una aparición repentina van cruzando el patio con luna.

Ahora salid conmigo. Una calle de Jujuy. Echamos a andar por una acera tan alta que no estaría mal para ceja de un barranco. La ciudad, poco después de la aurora, está invadida por el cielo inocente. Cielo en las calles; cielo al alcance de la mano. En el límite, contorno de montaña y cinturón de pastos verdes. Viene en la dirección opuesta un indio típico. En el fondo de la calle, una loma. Avanzando, avanzando, llegamos a una casa que está allá arriba. Ríe la casa con su jardín frontero, todo cubierto de enredaderas, entre macetas y floridos tiesos. El jardín es la punta de aquella loma echada al borde mismo de la ciudad. Así, sobre ser jardín, es terraza, y se alza por florida atalaya de los inmensos campos que más allá del caserío suben por el valle a la montaña.

Bártulos: enseres que se manejan; muebles, utensilios. — *"Gong"*: este vocablo es un anglicismo por ser una palabra propia del idioma inglés. Con él se designa un instrumento musical de percusión, de origen chino. — *Cuzco*: antigua capital del imperio de

los incas, conquistada por Pizarro en 1534. — *Aymaraes*: pertenecientes a una raza de indios de la región del lago Titicaca. — *Quichuas*: lengua de la raza reinante en el Perú durante la época de la conquista y todavía usada por muchas tribus indígenas. — *Autóctono*: originario del país donde viven. — *Tocados*: cubiertos la cabeza. — *Talegas*: bolsas anchas.

Una tempestad de granizo.

Estábamos en la sierra. Hacia la media noche empezó a relampaguear en un denso nublado que sólo semejaba anunciar una de tantas lluvias. Sin embargo, cosas extrañas pasaban en el firmamento. Había en la lengua del relámpago que acá o allá lamía el pardo pellejo de los nubarrones sucios, un algo inexplicable. Yo no he visto un harapo más sucio, más triste, más cubierto de remiendos que el andrajoso jergón de aquel nublado en que la noche se arrebujaba como una bruja, poco antes de la tormenta. Muy luego principió a llover como tantas veces en la noche, para que mejor descansan los labradores al son de la lluvia. Pero, a poco, una tempestad deshecha se rompía en inmenso fragor de firmamentos que se parten y rajan.

Hubo un enorme crujir como de vidrios — de montes de vidrio, de nubes de vidrio, de mundo de vidrio — que por todas partes se rompía y crujía en un solo despedazamiento de luces y sombras. Entretanto, los relámpagos andaban a tajos persiguiéndose los unos a los otros. El cielo era una sola claridad quebradiza, como de mica, palpitando sin cesar. Todas las cavernas de arriba y de abajo — y aun las del alma — iluminadas de esta luz.

De pronto, el granizo. Granizo que empieza a caer en sueltas guijas como si un gandul anduviese revolviendo su honda a orillas del guijarral. Y sin transiciones, lo descomunal, lo ciclópeo. Parecía que cayeran toneladas de hierro sobre los techos. Este fragor formidable, este signo maldito, eran indicios de que en alguna parte de la sierra estaba ocurriendo algo irreparablemente siniestro.

No hay labio que no pronuncie algún nombre santo, por él o por los otros, mientras el cielo se derrumba en hierro de maldición sobre los pobres techos del hombre. Nada más que este fragor uniforme, sólido, macizo, durante no sé cuántos minutos realmente eternos; y los relámpagos que se persiguen a tajos los unos a los otros por los riscos de las nubes. Si truena ¿quién lo podrá oír?

Aunque se parta el cielo ¿quién lo podrá saber?

Pasa mucho tiempo en una obscuridad absoluta.

Entonces, por hacer algo, uno quiere dar luz en la habitación. No se puede. Ya no debe quedar ni un cable sano en las instalaciones de la luz eléctrica. Lo único que puede hacerse es ir encendiendo la linterna de pila que todos tenemos en estas sierras para las noches sin luna.

Como oímos ruido inusitado y vocerío, nos levantamos. Nadie ha quedado en el hotel, que no ande por el comedor, por las galerías, a luz de linterna.

Atrás de la casa pasa el cauce de una torrentera. Ahora que ha cesado el granizo se oye el trueno del torrente. El torrente truena y se hincha pavorosamente.

Los caminos han quedado convertidos en pedre-

gales. Piedras de dos, de tres y hasta de cinco metros de alto bajaron de la montaña, no se sabe cómo, en catarata de peñascos.

Por mucho tiempo vendrán los turistas a contemplar estas enormes moles que precipitó la montaña.

Harapo: andrajo; muy despreciable. — *Fragor*: ruido, estruendo. — *Cavernas*: concavidad profunda. — *Guijas*: guijarros; canto rodado. — *Gandul*: vagabundo, holgazán. — *Transiciones*: cambios más o menos rápidos. — *Descomunat*: extraordinario, enorme. — *Ciclópeo*: gigantesco. — *Siniestro*: avería grande, destrucción y pérdida de personas y propiedades. — *Inusitado*: no usado. — *Torrentera*: cauce de un torrente. — *Torrente*: corriente impetuosa de aguas que sobreviene después de muchas lluvias o de copiosos aguaceros. — *Pedregales*: sitio o terreno cubierto casi todo él de piedras sueltas. — *Moles*: bultos grandes, corpulentos.

Los pescadores y su pueblecito.

En la parte Norte de la ciudad de Mar del Plata, hállese el muelle de los pescadores. Aquí traen la pesca y la encajonan para Buenos Aires. Vense a lo largo del malecón las lanchas enfiladas. Entretanto revuelan incesantes las gaviotas de pechuga blanca y alas grises, buscando desperdicios en el agua; o se posan en montón sobre las ondas y comen y flotan y se dejan mecer y balancear.

Es ruda y noble la vida de estos mal pagados pescadores. Es toda gente que se levanta de madrugada; gente de la estrella del alba. No ha salido todavía el sol cuando ya ellos, en grupos de a cuatro o de a seis, aparejan las lanchas y salen a bogar en busca de la carnada, que la da siempre el camarón. Luego, penetrando en el mar, tienden las redes y es-

peran lo que ha de ser... Esperan horas y horas. Es medio día y esperan aún. Es la siesta y siguen esperando. No vuelven nunca antes de las tres. Y es tal la suerte de esta gente del lucero, que al cabo de doce horas de peligros y de afanes, mientras más pesca se trae, menos ganancia se consigue. La ley de la oferta y la demanda, también rige para ellos. La abundancia del mar, es por esto, con frecuencia, la pobreza del pescador.

¡Y cómo viven estos sufridos pescadores! Justamente del lado Sur de la gran bahía de Mar del Plata, tienen su pueblo. Queda pegado al puerto. Fórmanlo cuatro incompletas manzanas. Predomina en el caserío el color del cinc. Todo es madera y latón. Se ve alguna fachada verde, algún cortijo amarillo, alguna techumbre roja. Lo demás, entre chimeneas y molinos, es uniformemente gris, así la choza como el galpón. En los patios sin tapiar, las hacendosas mujeres lavan ropa en la batea. Veo un niño que da de beber a un puerco. Es un minúsculo niño de tres años, de cara alegre y rosada. Lleva pantalón largo sostenido por cruzados tiradores y una burda camiseta. Un chambergo color lechuga le hace sombra hasta la nariz. Es la simpatía misma. Le dicen Chila y goza de mucha popularidad.

Recorro con Chila las calles del pueblecito. Miro acá y allá pocilgas y covachas. Se conoce al primer examen del moblaje que en estas mesas sin lustrar, el pan es duro; que en ese mostrador de escasa tienda, tarde o nunca los escasos níqueles llegan a enterar el peso; que en ese banco del remendón ya no

tiene compostura el infeliz zapato sin taco ni suela por la quinta vez.

Llégase una mujer a colgar en los alambres ropa recién lavada.

—¿Es suyo este niño, señora?

—No, señor. Es de mi amiga. Yo tengo mujeres no más. Siete mujeres.

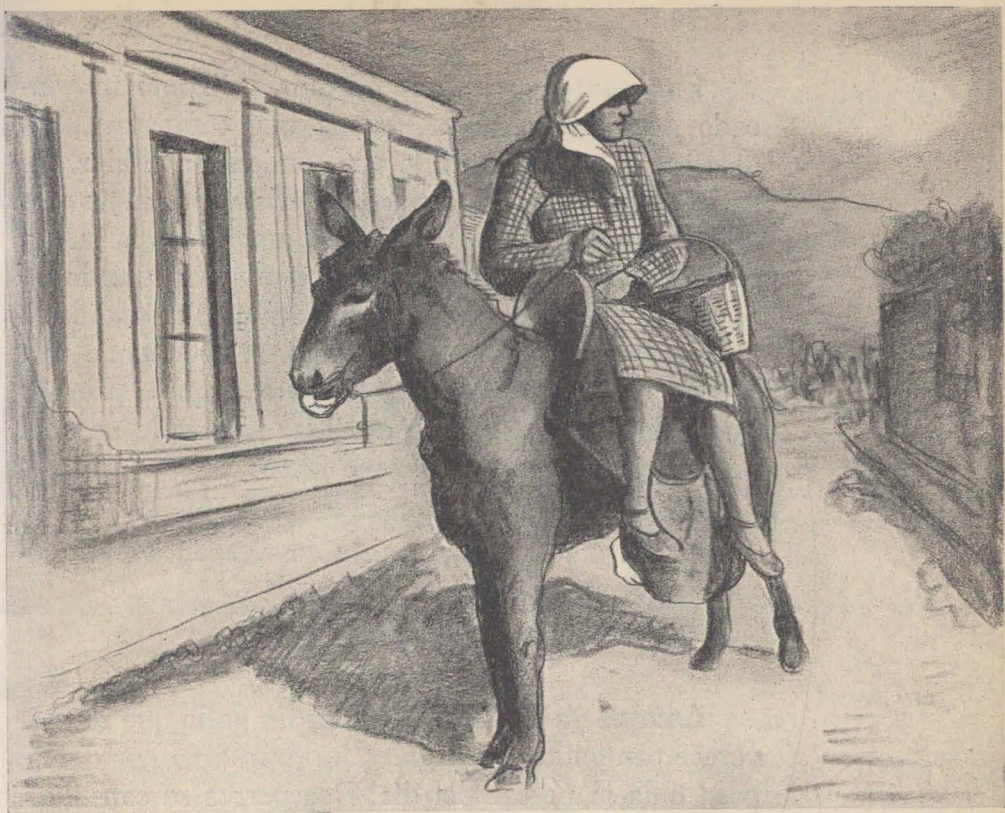
Y muy cerca de ahí siento el alborozo de los hijos de los pescadores que juegan, alegres y contentos, sin cesar.

Malecón: murallón o terraplén que se hace para defensa de los daños que puedan causar las aguas. — *Aparejar*: poner a las lanchas su aparejo, es decir, colocar el conjunto de palos, vergas, jarcias y velas de la embarcación. — *Camarón*: crustáceo marino comestible, de tres a cuatro centímetros de largo, de color pardusco. — *Latón*: aleación de cobre y cinc que adquiere mucho brillo. — *Cortijo*: posesión de tierra y casa de trabajo. — *Burda*: tosca, ordinaria. — *Popularidad*: muy conocida y estimada por el pueblo. — *Pocilgas*: parajes muy sucios, donde se cría ganado de cerda. — *Covachas*: cuevas pequeñas.

Tres estampas riojanas.

Nos encontramos en La Rioja. Veámosla vestida en el percal de una clara mañana.

Por todas direcciones vienen o van los lindos burritos de los repartos matinales. Este que pasa a nuestro lado lleva en las árganas cargas de repollo y de cebolla, y soporta a la grupa el peso de la vendedora; la del pañuelo a la cabeza, toalla al cuello, blusa a cuadros y falda rosa. Nada más plácido que estos pequeñitos asnos de La Rioja en su trabajo, o por mejor decir, en su paseo matinal. Por acá, por



allá, por todas partes vienen. Una vendedora va diciendo de puerta en puerta: “¡Zapallo! ¡Leche!”

—Y tú, chico, ¿qué vendes?

—Lechuga y cilantro.

—¿Y tú, allá?

—Repollo y achicoria.

Pero ya viene el más digno de ver entre todos los asnos de la mañana. Es un burrito plateado. Trae por bozal un chambergo en el hocico, y aguanta, a manera de montura, gran carga de cebada que se le va como derramando por ancas e ijares.

Entretanto, corre una acequia orillando un cercado de alambre tejido. Suenan una campanita. Podría ser la voz de un niño que comienza a hablar. Da un repique bisílabo, insistente, cristalino. Estas dos sílabas podrían ser el nombre del agua si no lo fueran del aire azul. En todo caso, la acequia del cercado no oye más y se echa a la calle con su hilo, costearlo la acera. Tropieza en cada piedrecilla; lo detiene una brizna. No parece sino que se fuera parando a oír el piano de la niña, que de espaldas a la calle no cesa de repetir la misma uniforme frase:

“Ladomido... Ladomidola-Re...!”

En cuyo punto la pianista se atrabanca para comenzar de nuevo:

“Ladomido... ladomidola...”

Aunque ya es tarde, no falta un gallo que se desmerece cantando. El canto es un gran arco por donde pasa toda la pereza del día. Dos perros se consultan en la esquina a tiempo que yo llego. En la acera de enfrente juegan seis niños a montarse en un buzón.

Cae la tarde. El cerro se ha oscurecido y se ha agravado su presencia. Pasan en livianos automóviles niñas sin sombrero, las manos en el volante. En una tienda sin clientes, toda vacía, si no es que la llena por completo la hora crepuscular, una muchacha a la luz de una lámpara, lee a otra, que bien será su hermana, la página de una novela.

Grupos de niños juegan en el medio de la calle. Niñas del brazo caminan por la acera de una casa. Pasa al galope un gendarme levantando tierra. Se

encienden los focos. Respiramos paz. La simpatía de la ciudad nos gana el corazón.

Arganas: alforjas. Especie de saco ancho abierto por el centro y cerrado por sus extremos, los cuales forman dos bolsas grandes y ordinariamente cuadradas donde, repartiendo el peso para mayor comodidad, se llevan algunas cosas de una parte a otra. — *Grupa*: anca. — *Plácido*: grato. — *Cilantro*: hierba cuyas flores rojizas son aromáticas y tienen virtudes estomacales. — *Ijares*: cavidades colocadas entre las costillas falsas y los huesos de la cadera. — *Acequia*: zanja o canal por donde se conducen las aguas para regar. — *Brizna*: filamento, hebra o partecilla delgada de una cosa. — *Informe*: que no tiene la perfección que le corresponde. — *Atrabanca*: ejecuta de prisa, sin reparar si lo hace bien o mal. — *Gen-darme*: individuo destinado a mantener el orden y la seguridad pública.

Ushuaia.

Como me dicen que ese excelente muchacho criollo ha sido guardián en el presidio de Ushuaia, me le acerco y le interrogo. Con palabra sencilla y simple aire de veracidad me cuenta lo que ha visto.

—Sí, señor... Me alisté como guardián... Ofrecían cien pesos mensuales, ropa y comida. Como no hay trabajo, se toma lo que se puede. Zarpamos de Buenos Aires a fines de enero en un transporte nacional. Fueron once días de agua y cielo. Tuvimos mar muy fuerte en los golfos; muchas veces las olas inundaron los camarotes. No tocamos más puerto que Comodoro Rivadavia, para alzar petróleo. A los once días dejamos el mar abierto y entramos en el canal de Beagle. Después de varias ho-

ras vimos un caserío de casas de madera. Era Ushuaia, lugar triste. Aunque llegábamos en tiempo de verano, hacía frío, tanto frío como aquí en invierno. Hacía frío, corría viento y brillaba el sol. . . El sol no se puso hasta las diez de la noche. Se puso, pero no dejó de verse en el cielo la vislumbre que hacía mientras daba la vuelta en el mar. Al poco tiempo amaneció. Las noches del verano son muy cortas en Ushuaia. En invierno es al revés. Todo es noche. Noche, viento y nieve. Apenas si brilla el sol dos horas entre dos cerros. . . Ushuaia es lugar triste, donde no hay más que montes nevados.

De tarde en tarde llega algún transporte de la escuela que trae abastecimientos y cartas para los que esperan. Buque de otra bandera yo no vi, salvo una fragata escuela de Inglaterra, que ancló un día y se hizo de nuevo al mar.

—¿Y los penados?

—Al toque de diana se levantan los penados, para ir custodiados por los guardianes, a cortar robles en el bosque.

Van pisando hielo. Para no resbalar se ponen largos clavos en los tacos. El monte queda lejos. Como hace tantos años que se hacha, el monte queda cada día más lejos. La marcha es dura.

. . . Y siempre hay que ir. Aunque nieve, hay que ir. Aunque haya un metro de nieve, hay que ir, con la ropa de todos los días, a trabajar con el hacha. . .

Los domingos son muy tristes. La banda de música de los presos toca a las ocho de la mañana, el

Himno Nacional. En ese instante un hombre iza en la torre del presidio la bandera argentina.

Así habló aquel excelente muchacho criollo que había sido guardián en el presidio de Ushuaia.

Excelente: que sobresale en bondad, mérito. — *Transporte*: buque que se usa para llevar mercaderías de un paraje a otro lugar. — *Camarotes*: divisiones pequeñas que hay en el barco para poner una cama. — *Vislumbre*: reflejo de la luz, suave resplandor. — *Fragata*: buque de tres palos, denominándose éstos, cada una de las perchas principales que constituyen la arboladura de un buque. — *Escuadra*: conjunto de buques de guerra para determinado servicio.

San Luis.

San Luis, tú tienes como Córdoba, un horizonte de sierra para que sueñen tus niños. Te doy los buenos días en una mañana fresca bajo un cielo claro. Vine viendo en el tren gredosas barrancas, erizadas de penachos de paja. Por la barranca trepaban tus niños pastores, más ágiles que sus cabras. Y allá en el campo abierto, el ranchito. El ranchito asistido de un molino, de un desmelenado sauce y de unos álamos que el viento encorva. Entramos en un paisaje de serranía, corazón adentro de una sierra que en seguida se acaba. Cruzando esa sierra llegamos a ti, ciudad. En la estación, garrulería de bocinas de automóviles. Tomamos una amplia avenida que lleva al centro. Vamos descubriendo una limpia capital de provincia, limpia y tersa, en que circulan automóvi-

les y ómnibus. Damos con un suntuoso edificio. Preguntamos:

—¿Es la casa de gobierno?

Nos responden:

—No; es la Escuela Normal de niñas.

Celebramos el caso. Descubrimos muchas casas con pretil, y nos place. También mucho árbol. Largas, largas las cuadras. Las casas no saben qué hacerse con tanto fondo: los patios se vuelven huertas. Conocemos el cinematógrafo, que es también billar y confitería.

Pasamos por la deliciosa plaza del Coronel Pringles, toda verdor como un bosque. Allá cerca, la estatua de bronce del héroe. Verde el caballo, verde el jinete, verde el evocado mar, espanto del corcel y desafío a muerte del caballero.

San Luis, ciudad de la gente mansa, sobria, sin hechos policiales (¡buen granito para el edificio de la patria!); ciudad que conoces la nieve, que es pureza y salud, y el chasquido del látigo del chorriero, ese viento recio que hace fuertes a los hombres; viento que pasa a ras de suelo como una escoba, a cuyo azote hay que cerrar los ojos porque castiga el rostro la arena que va moliendo. La danza de este viento me place. Se acomoda con los ritmos que necesitamos para andar a prisa hacia donde debemos ir. . .

San Luis, provincia tan hermana de la mía, tú eres como un altar de ofrendas de la fraterna tierra limítrofe: Mendoza te brinda sus viñedos, Córdoba te rinde sus trigales, la Pampa sus alfalfares, La Rio-

ja su salitre. ¡Bien que lo mereces todo, tierra del mármol verde!

Yo, por mi parte, que nada tengo, escribí esta página para ti, imaginando que quienes la lean te amarán.

Gredosas: con abundancia de greda, arcilla arenosa. — *Erizadas*: cubiertas de asperezas. — *Alamo*: árbol que se eleva a considerable altura, de hojas anchas con largos pecíolos. Crece en poco tiempo, y su madera blanca y ligera, resiste mucho al agua. — *Garrulería*: ruido continuado, en este caso, producido por las bocinas de los automóviles. — *Tersa*: clara, resplandeciente. — *Sobria*: moderada, templada. — *Chorrillero*: viento característico de San Luis. — *A ras*: casi tocando, casi al nivel del suelo. — *Ritmos*: orden acompasado en la sucesión de las cosas. — *Suntuoso*: magnífico, grande, costoso.

Campo amanecido.

*Se dobla al fin la noche y ya una gasa malva
se aclara leve y grácil entre la obscuridad.
Sube el lucero de oro, mística flor del alba...
Sube el lucero de oro, lleno de eternidad.*

*Junto al hinchado río la orilla de los berros
y de las piedras lajas se tiende, pastoral;
mientras se azula el aire por lo alto de los cerros
y abajo el río pasa bruñendo su metal.*

*Ondulan mansamente los pastos en la vega
ya cuando está dorada la luz crepuscular,
y el ruido de las hojas mientras el día llega
con un suspiro leve se endulza en el pinar.*

*Ya la pastora ordeña la mugidora vaca.
Cae la leche al tarro en hilo desigual.
No lejos el caballo nochera se destaca,
contento con la dura morralla del morral.*

*Frescura mañanera de la quebrada sube.
Se dora en el oriente la nube matinal.
Está pagando ahora el oro de esa nube
el precio de mi dicha si no comprendo mal...*

*Y como el sol asoma, hace el gallo alharaca
en tanto que en los sauces va callando el zorzal.
Pasa un olor a menta; a menta y albahaca...
De rosa está el durazno; de blanco está el peral.*

*En el desierto campo, recién amanecido,
es jugueteón el viento, la acequia riendo va.
Aquí es donde da sombra la planta del olvido.
Aquí es donde un olvido feliz florecerá.*

*Me quedaré en los campos y asentaré cortijo.
Seré tranquilo y bueno: agua de manantial.
Me enseñará la alondra su claro regocijo
y a darme todo en mieles la abeja servicial.*

*¡Destino, buenos días! El mundo está de fiesta
bajo las puras rosas del ámbito oriental.
De todas mis mañanas la más hermosa es ésta:
¡Destino, buenos días!... Destino matinal...*

Vega: parte de tierra baja, llana y fértil. — *Pinar:* lugar poblado de pinos. — *Bruñendo:* dando brillo. — *Morralla:* mezcla.—*Mo-*

rral: saco o talego para dar de comer a las bestias. — *Alharaca*: ruidosa demostración que con ligero motivo exterioriza la vehemencia de su estado. — *Grácil*: sutil, delicado. — *Lucero*: el planeta Venus; cuando reaparece precediendo al Sol recibe el nombre de "lucero de la mañana" y en las últimas horas de la tarde, "lucero de la tarde". En ambas circunstancias alcanza el mismo esplendor. — *Berros*: plantas que crecen en lugares aguanosos. Sus hojas de un gusto acre, se comen. — *Lajas*: piedras en hojas planas y de poco grueso, a manera de tablas, que salen de las canteras. — *Cortijo*: ver la lectura "Los pescadores y su pueblecito". — *Alondra*: ave de seis a ocho pulgadas de largo, de un color casi pardo. Es un pájaro muy aficionado a cantar; vuela admirablemente y corre con mucha rapidez. Es perseguida por las aves de rapiña. — *Ambito*: contorno o perímetro de un espacio. — *Oriental*: perteneciente al Oriente, punto cardinal del horizonte por donde aparece el Sol.

Formosa.

Había dicho el capitán que estaríamos en Formosa a las 16 horas. Bajamos en el paquete de la carrera, navegando al favor de las aguas por el río Paraguay como nunca crecido. Esto facilitaba extraordinariamente la navegación. Se ganaba tiempo, mucho tiempo, porque la crecida permitía acortar la ruta por los riachos ahora practicables.

Lástima que en tierra las cosas no tuvieran el mismo aspecto. En tierra se anegaban los caseríos; en tierra la gente huía sin saber adonde; en tierra la gente se moría en la mitad del sueño, si esperaba una noche más para ponerse en salvo. Había regiones en que los ranchos parecían flotar sobre las aguas de la inundación. Otras veces parecían hundidos hasta medio muro. En tal caso se les veía bien ridículos: la



puerta, pequeñita, como podría serlo la del habitáculo de un enano; la techumbre pajiza, desproporcionada, enorme, como el sombrero de un duende.

Eran las 16 horas cuando avistábamos Formosa, ese emporio de la patria. Según avanzábamos hacia el puerto, se nos ofrecía la capital de la madera como en una larga fila de vastos depósitos. Después dominamos la extensión. Formosa — daba gusto contemplarlo — se alzaba digna y floreciente, con muchísimas casas de pisos, galpones de almacenamiento, an-

chas calles y una flamante estación ferroviaria. Allí estaban a la vista los vagones de la nueva ferrovía argentina, descargando vigas de quebracho. Trenes inmensos de largos, que habían cruzado todo el territorio de la gobernación tropical, por unos campos en que pacían a millones las ovejas, las vacas, los caballos, a la sombra de los quebrachales o a la vera del lapacho y el urunday.

Se veía también, desde la borda, conforme enfrentábamos el pueblo, la anchurosa calle de acceso al puerto, envuelta por instantes en la ciega polvareda de un estrepitoso tráfico de automóviles, de disparada hacia el puerto. Como era lógico, la llegada del barco rompía el monótono ritmo de la vida formoseña, y sin más, toda la población se congregaba en el muelle. Merced a los pontones flotantes con que el Gobierno de la Nación dotó a las poblaciones fluviales, Formosa se puede lisonjear de poseer un embarcadero tan cómodo como el de Buenos Aires.

Pero aunque estábamos frente a Formosa, en Formosa misma, no podíamos llegar al muelle. Una y otra vez fracasaba la virada. El remanso que hay allí, a la mitad del río, tan conocido de los marineros, no dejaba pasar el buque. Dos, tres veces más fracasó la maniobra. La popa volvió a describir un vasto arco, arrastrada por la corriente. En vista de ese tropiezo, el capitán resolvió subir él mismo a la timonera. Luego operó, mandó tirar un cable a un vaporcillo auxiliar, y éste con mucha maña nos fué llevando al pontón, con tal lisura que a poco se hizo el amarre y atracamos.

Borda: borde de la nave. — *Pontones*: barcos chatos para que las embarcaciones puedan atracar a la costa. — *Lisonjear*: dar motivo de envanecimiento y agrado. — *Virada*: acción y efecto de virar, cambiar de rumbo o de bordada. — *Remanso*: detención o suspensión de la corriente del agua. — *Popa*: parte posterior de la nave, donde se coloca el timón y están las cámaras o habitaciones principales. — *Timonera*: sitio donde se coloca la bitácora, (especie de armario en que se pone la aguja de marcar) y está el pinzote (barra o palanca) con que se gobierna el timón. — *Paquete*: paquebote, embarcación que lleva la correspondencia pública, y generalmente pasajeros también, de un puerto a otro. — *Duende*: espíritu que el vulgo cree que habita en algunas casas y que travesa, causando en ellas trastornos y estruendo. — *Emporio*: lugar donde concurren para el comercio gentes de diversas procedencias. — *Quebrachales*: montes de quebracho. — *Lapacho*: árbol de la América meridional, cuya madera, fuerte e incorruptible, se emplea en construcción y en ebanistería. — *Urunday*: árbol que alcanza mucha altura. Su excelente madera, de color rojo oscuro, se emplea en construcción y ebanistería. — *Amarre*: atar y asegurar la embarcación por medio de cuerdas, cadenas, etc.

Ayer, fortines; hoy, ciudades.

Hay muchas poblaciones del interior de la República cuyos próceres son de hoy, o de ayer, todo lo más lejano. No anduvieron valerosos capitanes de la conquista mezclados en sus orígenes. Para fundarlas, no cruzaron la cordillera de los Andes fastuosos séquitos en pos de linajudos funcionarios, ni vinieron hidalgos de calzón corto, zapatos con hebillas y medias de seda. Nacieron cuando todo esto había pasado. Ni tampoco se fundaron para ciudades, sino tan sólo por fortín avanzado hacia el desierto, para que peleasen con el indio. Una barbacana en la nada

de la soledad: eso fueron. Llamábanse entonces meramente cantones.

Entretanto, dábanse fácilmente por sus contornos la cebada y el maíz. Era lo que más importaba: el pienso. La guerra al indio había que hacerla con buena y muy bien comida caballería. El caballo lo valía todo en aquella lucha de centauros.

Sus destinos guerreros se acentuaron: fueron fortines, reductos.

A sus destinos guerreros había de unir la suerte de unas recias gentes de bronce. Se peleó, ¡y cuánto! Se anduvo a lanza y a sable con el salvaje. También a lazo y boleadora. Y aun a puñal en los revuelcos de la refriega.

Después se acabó eso; y se acabó de la mejor manera el mismo indio, incorporado a la civilización arrolladora. Arrolladora, y tanto más que sus malones.

Por consiguiente, fortines acabados. Mas quedábanles sus soldados, indios mansos por la vecindad, y algunos gauchos pastores que traían sus ganados por allí. Unos y otros necesitaban cosas y efectos. Entonces, con alegre ánimo, las gentes de los fortines se pusieron a comerciar y a dar posada. Llegaban y salían carretas, en convoyes de más en más numerosos. Se cruzaban allí mismo varios caminos. No pocos años siguieron los fortines comerciando y dando albergue.

Pero un día se vió subir por el confín del desierto una extraña humareda. Pensaron los pobladores en los viejos malones del indio. Era la locomotora que avanzaba desmelenándose por los campos.

¿Bueno? ¿Malo? ¡De parabienes! Si ayer se encontró el fortín con que era cruce natural de caminos, hoy se hallaba con que había de ser a breve plazo llave de ferrocarriles. Y el fortín siguió comerciando. Y se puso a cargar sus productos, tren a tren. Pujaban los mozos a quién tenía más vigorosos hombros para cargar panzudas y grandes bolsas de cereales.

Los modestos pobladores siguieron comprando y vendiendo, cargando sacos y descargando mercaderías de retorno que el intercambio iba volviendo más y más nobles. Del casinete se pasó al algodón, del algodón al hilo. Los trenes empezaban a traer también pulidos muebles de la metrópoli. Al catre lo reemplazó pronto la cama, a la tirante lona el mullido colchón. Se alhajaron las posadas. Se levantaron edificios y se construyeron caminos.

Y por último, se fundaron escuelas para llevar la luz a los espíritus.

Linajudas: que se precian de ser de gran linaje; nobles. — *Hidalgos*: nobles. — *Barbacana*: muro bajo para defender alguna plaza. — *Pienso*: porción de alimento que se da a ciertos animales. — *Pujaban*: hacían fuerza para sobresalir. — *Casinete*: paño ordinario.

Entre las ciudades de la provincia de Buenos Aires, que fueron otrora fortines, podríamos citar a Olavarría, trazada sobre la margen del arroyo Tapalqué allá por los años de 1866. Debido al desarrollo de su comercio y a la riqueza de sus industrias ganadera y agrícola, la legislatura de la provincia, por una ley del 16 de mayo de 1879, creó, en su zona de influencia, el partido del mismo nombre. La ciudad de Azul, fué en su origen, el fortín denominado "Fuerte Azul de San Serapio", establecido en el año 1832 y declarado ciudad el 8 de noviembre de 1895. La ciudad de Junín, declarada como tal el 28 de diciembre de 1905, se edificó junto al antiguo fortín Federación fundado en el año 1823 sobre la margen izquierda del río Salado. La ciudad de Mercedes tuvo también su origen en un fortín fundado con el nombre de "Guardia de Luján".

Celia Rivas.

Llegamos a Miramar. Se ve, entre molinos, el caserío. Bajamos en la limpia estación. Con nosotros se esparce una ancha muchedumbre en el ancho andén. La gente excursionista vuela a los coches, que son cinco o seis y no alcanzan para todos. Muchos, así, en mangas de camisa ganan lisa y llanamente a pie, bajo el solazo, los campos polvorientos en dirección a la playa.

Mientras espero carruaje, quiero resolver una duda. ¿Cómo se llama a los naturales de Miramar? ¿Miramareños, como quien dice porteños? ¿Miramarenses, como quien dice matritenses? ¿O miramarinos, como quien dice sanjuaninos? Con esta mira trabo amistad, junto a la verja del jardín de la estación, con una linda niñita que ha venido a mirar la llegada del tren detrás de la verja.

Entonces le pregunto:

—¿Cómo hay que llamarte, nena: miramarense, miramareña, o miramarina?

A lo que responde orondísima:

—Celia Rivas me llaman a mí.

Y me fuí sin saber.

Solazo: Sol fuerte y ardiente que calienta y se deja sentir mucho. — *Naturales*: nativos, originarios del pueblo. — *Matritense*: madrileño, el natural de Madrid, capital de la República Española. — *Orondísima*: muy satisfecha de sí misma.

El Zonda.

El viento zonda está soplando desde las 9... oímos en San Juan. Y luego agregó la misma voz: Nosotros los sanjuaninos estamos familiarizados. Ahora los forasteros...

Zonda es el nombre de una quebrada, y el viento zonda nace en ella. También hay un valle así llamado. Por allí nace, maléfico y misterioso este viento, levantando polvaredas y arenas. Por encima de todo — del valle y de la quebrada — el viento maléfico, cuyo soplo abrasador alza más de tres grados la temperatura, apenas corre. Este viento, quiero decir, este demonio, es hermano del Siroco, del Harmattan, del Simoun, del Khamsín. Hermano de todos estos demonios. Es uno de los cinco vientos que soplan directamente del infierno. Cada demonio se entretiene con lo que puede. El Siroco, ese fuego hecho viento, marchita y seca toda la vegetación; adonde alienta, quema. El Harmattan quisiera deshacer una a una las arenas del desierto, y las muerde y las roe. El Simoun se entretiene en tapar las caravanas que cruzan el desierto. El Khamsín en ser el contracanto de la inundación del Nilo durante cincuenta días justos. El Zonda, juega al trompo con el aislado cono del Pie de Palo, y allá al final de los tiempos, lo arrojará a hurta cordel sobre la toda extendida mano de la nada.

Por lo general, ese viento sanjuanino, descansa

de noche. No gusta recorrer la tierra en tinieblas. Prefiere ser tiniebla por sí mismo. Lo ordinario es que se levante a las nueve y dure hasta el término del día. Diríase que todo su pleito es con el sol. Ofende su gloria y roba su luz. Fuera de esto, va arrastrando consigo toda la aridez de los Andes; y con ella, venenosos efluvios capaces de agitar hasta el delirio rojo el corazón de los hombres, mas nunca el de los sanjuaninos. Ellos hablan del zonda como de un genio agradable. Jamás le tendrán por destructor de cosa alguna, salvo de los brotes nuevos en las vides. Dicen en su abono que es una lenta corriente de aire; al punto que no consiste en un viento sino más bien en un ambiente. El que no lo quiera, con cerrar su habitación tiene bastante. No se modificará la temperatura de su aposento. El zonda no entra sino donde lo dejan entrar. Ante una ventana cerrada sigue de largo; él no es de los que silban y atisban por las rendijas. Ni anda buscando guerra a los hombres. Lejos de enardecer, deprime y enerva en una grata molicie. Hasta se ha visto quien levantase especialmente una terraza para gozar del zonda.

—¿El zonda, un demonio? No, — continúa la voz — ¡es el perro manso de las llanuras de San Juan!

Forasteros: las personas que no son del lugar, que vienen de fuera. — *Quebrada*: abertura estrecha y áspera entre montañas. — *Maléfico*: que ocasiona daño. — *Siroco*: viento cálido que se origina en el desierto de Sahara y que sopla especialmente durante el verano. Atraviesa el Mediterráneo a razón de 10 a 12 m. por segundo, pasa por Sicilia y llega al Sur de Italia, dejando, así, la

humedad que recogió al cruzar el mar. Cuando sopla el Siroco, los hombres y animales sienten una acción enervante (que debilita).— *Harmattan*: por la Guinea y el Sudán francés, cruza este viento generalmente cálido y seco. — *Simoun*: en los desiertos de Sahara y Arabia nace; cruza la Libia con una velocidad de 20 a 30 m. por segundo. Su sequedad, alta temperatura y las sustancias que arrastra, lo hacen perjudicial para las zonas que atraviesa. — *Khamsin*: este es un viento con caracteres semejantes al anterior y que sopla en el Egipto. — *Nilo*: este río que cruza el Egipto, tiene una extensión de 6500 Km., nace en el lago Victoria y después de favorecer a la agricultura egipcia con sus inundaciones periódicas, desemboca en el mar Mediterráneo, cerca de Alejandría.

A hurta cordel: modo adverbial; en esta cláusula, usado en sentido figurado, significa repentinamente, y sin ser visto ni esperado. — *Aridez*: sequedad, esterilidad. — *Efluvios*: emanaciones, irradiaciones. — *Rojo*: muy exaltado. — *Atisban*: observan con cuidado. — *Enardecer*: excitar, avivar. — *Enerva*: debilita, quita las fuerzas. — *Molice*: afición al deleite.

La Plata y sus barrios más lejanos.

Para ir a Berisso, desde la capital de la provincia de Buenos Aires, se toma un tranvía verde, largo y angosto. La una fila de asientos es para dos pasajeros; la otra para uno solo. Va por anchas avenidas: por la del Colegio Nacional, que huele a paraísos en flor; por la de las Facultades, que trasciende silencio y meditación. Se cruza los rieles del tren, y al campo. Molinos en el paisaje verde y llano. Caballos y vacas que pacen. Pájaro que silba al pasar. Al fondo, chimeneas tiznando el aire quieto. Humo que se pierde en un cielo ya blanquizco de tarde que se acaba. Ráfaga de frescura vespéral entre los cardales junto a la vía, y en el canal que costeamos, chicuelos

con cañas de pescar. Hacia el ocaso, un aeroplano ya oblicuo que aterriza.

Y al fin, Berisso. ¿Qué cosa? Hojalata y madera. Pero también olor a madreselvas. Y anunciando prosperidad y dicha, mucho fonógrafo y mucha radiotelefonía. Con esto, algarabía de cruzadas canciones, gritándose de vivienda a vivienda, las verdades del barquero...

Otro día. Caldeada reverberación del sol en las chapas de cinc. Un nublado que ataja, ora sí, ora no, la fuerza de la canícula. De pronto, el chubasco. El chubasco de verano que se echa a reír a carcajadas entre tanta lata, resonante como un teclado sin fin. Chaparrón alegre, de un inocente cristal, que se rompe en prodigalidad de abalorios sobre los techos y las calles. Aguacero que se ríe enloquecido de su propia salud, y que apenas sopla viento, se ase de él como de las crines de un caballo de circo, y entre brincos y saltos, como vino se va...

Es cruzar los rieles del tren, en dirección a la Ensenada, frente a la Estación Central, y desgarrarse y volverse andrajos el plano de la ciudad. Tras los últimos remiendos de la albañilería, el caserío, ya harto ruin, desaparece en el ejido.

Pero a una legua de este desamparo está la Ensenada, que es puerto y pueblo, mitad por mitad, del muelle a la plaza y de la plaza al muelle. Y así, aunque el pueblo esconda al puerto durante el día y ni aun lo deje sospechar, el puerto invade al pueblo con las primeras sombras, en tumulto marinesco, y no lo suelta hasta el amanecer.

Como lo primero que se descubre destacadamente es la iglesia, parece justo comenzar por aquí la visita. Iglesiasuela de un azul casi blanco. Por dentro, las paredes un solo tizne. Acá y allá, un olor a capilla mortuoria, a flores ajadas y a rosas que fueron. A la izquierda, elemental a más no poder, el púlpito. Púlpito sin tornavoz, puro antepecho, y al cual se sube por precaria escalera de tablas. Imágenes de mezquino bulto. Allá un San Antonio. Acullá una Santa Teresita. En el altar mayor, Nuestra Señora de la Merced entre rayos de oro. Todo muy pobre. Desnudas de toda alfombra las tarimas de los altares. Allá en los tragaluces, unas vidrieras de colores sin ningún encanto soñador. En el último escaño de la iglesia, un reclinatorio donde un anciano canónigo está rezando con el breviario entre las pálidas manos.

Saliendo, dos minúsculas pilas para el agua bendita, y de nuevo un olor a capilla mortuoria, a sepulcro quizás.

Afuera, el atrio sin pretil. A la vera, un jardín. Al frente, la plaza.

Pero es algo más que puerto y pueblo la Enseñada. Es también lugar histórico. Histórico a causa del fuerte de Barragán. Para llegar a este sitio es lo mejor tomar una lancha y echar por los arroyos al caer de la tarde. Se va por el río Santiago.

A la palpitación del motor se levanta un vuelo de biguás tras el sauzal hacia la anchura de un cielo límpido. Se endereza luego por el arroyo de Doña Flora, el de los ribazos vestidos de madre selvas, y se desembarca en una verde costa. Siguiendo por un sen-

dero, se da al fin con la vieja muralla del fuerte. Una placa conmemorativa enseña que en 1806 Santiago de Liniers rechazó desde allá el desembarco de las tropas de Beresford. Sea o no exageración de la leyenda, lo cierto es que en aquel día de invierno, brumoso, medio ciego de nieblas, en que la temeraria flotilla exploraba la costa, tronó la batería de tierra y con ésto se desbandaron los buques del inglés.

Mas se equivoca el que espere ver cañón o sombra que lo parezca en lo que un día fué baluarte. Sólo queda, de la que fuera temida plataforma del reducto, una plácida terraza, y en esta plácida terraza, sonriendo sin recuerdos ni noticias, una clara rosaleda.

Se hace de noche. Arde en innumerables luces la costa. Es Berisso. Es la Ensenada. Es Cambaceres. Son tus barrios más lejanos, ciudad.

Blanquizco: blanquecino. — *Cardales*: cardizal, sitio en que abundan los cardos, plantas de hojas grandes y espinosas. — *Algarabía*: gritería confusa de varias personas que hablan a un mismo tiempo. — *Caldeada*: cálida, caliente. — *Reverberación*: acción de reverberar, reflejar la luz de un cuerpo luminoso en otro bruído. — *Canícula*: calores muy fuertes. — *Chubasco*: Chaparrón o aguacero con mucho viento. — *Abalorios*: pequeñas cuentas de vidrio con un agujero en el centro; canutillo de vidrio agujereado. — *Ejido*: campo lindante con el pueblo. — *Marinesco*: perteneciente a los marineros. — *Púlpito*: plataforma pequeña con antepecho y tornavoz (techo) que hay en las iglesias para predicar desde ella. — *Tornavoz*: techo que cubre el púlpito, dispuesto para que la voz del predicador repercuta y se oiga mejor. — *Reclinatorio*: mueble acomodado para arrodillarse y orar. — *Breviario*: libro que contiene el rezo. — *Biguás*: aves palmípedas de color negro con alguna mezcla de blanco en la cabeza y cuello. — *Ribazos*: porciones de tierra con alguna elevación y declive.



Catamarca.

¿Y Catamarca?

Preguntábamos por Catamarca, y tanto los riojanos como los catamarqueños nos respondían de un mismo tenor. Quien ve a La Rioja, ve a Catamarca. Así nos decían riojanos y catamarqueños. Hallaríamos allí también una ciudad muy apacible, adornada a la vista de la montaña. Catamarca y La Rioja parecieron siempre dos hermanas gemelas. Antaño, tan heroica la una como la otra: hogaño, tan dulce aquélla como ésta. Por lo demás, ambas rodeadas

por la misma atmósfera de la tradición y la leyenda... Acaso, acaso, Catamarca nos mostraría algún mayor progreso que La Rioja, pues allí está la Virgen que lleva tanta gente... Pero nada: el que ha respirado el aroma de La Rioja, ha respirado el aroma de Catamarca.

Así nos decían.

Sí. También Catamarca es dulzura. También aquí es gratísimo caminar, recién llegado, por unas calles apacibles que baña la luz. También aquí resuenan las palabras y los gritos desmesuradamente en la desmesurada pereza del aire. Dulzura es ver de un lado la tierra de Ancasti y a la otra parte la del Ambato, y sentirse pastor. Dulzura es encontrar el Paseo de Navarro. Y lo es, hallar de improviso un tranvía de caballos como hacía tiempos no veíamos: un tranvía angosto, endeble, rechinante, arrastrado por unos caballos pequeños, a lo largo de unos rieles que luego salen de la ciudad hacia las quintas. Dulzura es también la seda de este aire y la haraganería del azul de este cielo...

¿Qué haremos? Querríamos visitar alguna de estas casas catamarqueñas, cualquiera de éstas, tan recogidas en su limpieza y su honradez.

Penetramos a un zaguán. De hecho, el patio invade el zaguán con sus macetas. Dos metros más allá, la huerta invade el patio. Nos acoge un olor a plantas por florecer y también a naranjos y a rosas. Tocamos las manos. Un perro asoma su cara chata entre unas guías de madre selva. Se alarma y ladra. Aparece una chiquilla. Se nos hace pasar a una sala que

huele a nobles maderas. Pisamos una alfombra calchaquí. Podemos elegir para sentarnos entre un sofá y dos sillones, a cual más muelle, en la molicie de sus cojines bordados. Mas ¿quién se sienta sin mirar primero estos retratos de las paredes: retratos de clérigos y frailes de rostros bonachones y redondos? Nos sentamos. Tenemos a nuestra izquierda un Niño-dios que se despereza y sonrío envuelto en tules y gasas bajo un fanal. Tenemos al frente dos retratos de familia: uno de recién casados, otro de primera comunión: ambos de gran tamaño. Entra apenas ese poco de luz que se necesita para mirar soñando.

De pronto, una anciana que es la dueña de casa. Damos el pretexto de nuestra visita. Venimos a comprar una chalina de vicuña. Nos han dicho que ella vende.

—¿Chalinas?

Nos han equivocado. ¡Qué va a vender ella! La hace sonreír la sola idea. Y quitándose la bufanda que lleva al cuello nos declara que es la única que tiene. Pero no la vende. Nos la muestra para que apreciemos el tejido.

—Ésta es la única que tengo. Estita...

Y bajo el encanto del increíble diminutivo, nos reintegramos a la calle. A caminar de nuevo.

Hogaño: en este año. — *Endeble*: de poca fuerza. — *Madreselva*: planta cuya flor es muy perfumada. — *Muelle*: blando. — *Cojines*: almohadones para sentarse. — *Fanal*: farol grande. — *Chalina*: especie de chal que sirve para abrigar la garganta, el pecho y a veces la espalda. — *Bufanda*: pañuelo de lana para abrigar el cuello en el invierno.

La montaña.

Sí que es bella la carretera cordobesa de las Cumbres. El automóvil acaba de doblar el camino del lago de San Roque y endereza rumbo a los viejos departamentos serranos. La mañana está de oro, y el lago de San Roque no es más, en efecto, que un inmenso diamante. El automóvil corre como un ser libre y alegre. Vemos al frente una gigantesca montaña. Hacia ella nos dirigimos. Tenemos que alcanzar en dos horas una altura de 2.200 metros sobre el nivel del mar. La montaña, según andamos, se abrillanta, se azula, se tornasola. El sol del verano empieza a subir, quemando los aires. Quemando los aires y reverberando en las piedras, porque el paisaje ha cambiado. Ya no hay árboles, ya no hay arbustos; apenas si crecen pastos y algunas gramíneas en escaso césped. Adiós el coco y el espinillo y el algarrobo. Estamos entrando a un mundo de piedra. El reino mineral es este reino. He ahí, por ejemplo, la boca de una mina; la boca de una mina de mica. Reluce la mica por todo el contorno en chispazos de espejo roto. Podría ser aquel boquete la cueva encantada de un cuento en que cupiesen incontables tesoros. El automóvil repecha una cuesta; jadea y brama. Lejos, en una hondonada, bañados por el sol, hemos dejado en línea de órgano los últimos álamos. Entramos definitivamente en un mundo de piedra y soledad.

La soledad, una soledad realmente divina, baja del cielo y asciende asimismo abismal de la hondura de los precipicios. El automóvil debe pasar por el límite justo en que se funden esas dos soledades: la de la tierra y la del cielo. Es una cosa divina esta soledad; y aquella nube blanquísima — blanquísima y solitaria — que se abre como una corola de nieve en lo más alto del firmamento ¿qué será sino la solitaria flor del aire, del infinito? Entretanto, se extiende toda quebrada la montaña. Ahora la montaña, tal como es aquí, debería llamarse de un solo modo: el mar quebrado de la montaña; o bien, el mar despedazado de la soledad. Los cerros se levantan en olas inmensas; los valles no son más que arrastradas resacas. Y a todo esto el aire cruje sobre nosotros; y el viento agita banderas colosales sobre la soledad y el silencio.

Por aquí reina un viento implacable: un viento que barre, un viento que serrucha, un viento que barre, serrucha y arrasa.

Pero de pronto nos encierra la montaña. Los cerros suben en paredones verticales. Tiene algo de altar mayor esa piedra del término. Baja cantando de lo alto de un peñón un chorro de agua perenne. Estamos en medio de una soledad majestuosa. La montaña se ha hecho templo.

Hemos seguido subiendo. Así, llegamos a Copina, entre cerros traspasados de miedo. Siguiendo adelante empezamos a ver como un moho sobre las piedras, como una herrumbre sobre las rocas. Mohos y herrumbres de la eternidad sobre unas piedras ve-

tustas, cruzadas como de cicatrices y costurones. Vemos un arroyo, lustral, en lo hondo de una barranca. Pero luego desaparece detrás de estas fantásticas peñas que nos rodean y que no parecen sino desmesurados y colosales sapos de piedra.

Tornasola: refleja diversos colores. — *Reverberando*: reflejando. — *Altar mayor*: lugar levantado y en forma de mesa más larga que ancha, ya de madera, ya de mármol, donde el sacerdote celebra la misa. — *Perenne*: continuo, incesante. — *Moho*: capa que se forma en la superficie de un cuerpo por alteración química de su materia. — *Vetustas*: muy antiguas.

Villa Mercedes de San Luis.

¡Albricias, argentinos, por Villa Mercedes! He venido enamorado de su alegría.

Como zagala afanada en la faena, no tuvo tiempo aun de calzarse. Quiero decir que las calles de Villa Mercedes son casi todas de tierra, como los campos. Pero el pie descalzo no le es desdoro para el decoroso indumento — y más bien parece capricho de rica su descalcez — ni le impide bailar jubilosa. En cuanto al día de mañana, esta zagala calzará, si lo quiere, el zapato de cristal de la sabida princesa.

Tiene dos lindos barrios Villa Mercedes — el de la estación y el del centro — y en ambos reina la misma confianza dichosa. Es de noche, Pasaron los afanes del día. Villa Mercedes, que trabaja tanto sus mañanas y sus tardes, se echa de noche a los cafés, a

las plazas. Por eso en la linda noche de verano castañetean las bolas de los billares, ríen los parroquianos, vienen y van las niñas en la retreta, resuenan los fonógrafos, brillan las salas de las confiterías. Hay mesas de café hasta en la plaza. Y hasta los niños burlan el sueño. Pues en una esquina da vueltas sin cesar, para fiesta de ellos, el inocente armatoste de las calesitas, triturando valeses y polcas al girar.

Y todo esto a gran luz: que pocas ciudades se podrán ver tan perfectamente iluminadas.

Lo propio en el barrio de la estación. Refulgen los escaparates de los negocios y los tableros de las fotografías. Incitación general a ilustrar con un bien posado retrato la fugaz felicidad de la vida.

Los comercios llevan nombres optimistas: "El Progreso", "La Fortuna"... Es lo justo. He aquí una justificación entre mil. El simple camino que ayer no más unía ambos barrios es ya una calle, una verdadera calle edificada a uno y otro lado. Corren por ella los ómnibus y los automóviles, y Villa Mercedes a todo lo largo, canta que canta y se engalana lo mejor que puede.

Como en la otra barriada, no descansa la música. Ríen las pianolas. Se alzan las voces de tenores, de barítonos. Toca la banda. Y como estamos en vísperas de carnaval, todos se aprestan a jugar y a ser felices. No hay gente triste, no. No hay gente desaliñada, tampoco. Pronto venden sus buenos trapos los tenderos, pronto sus perfumes los perfumistas. En cuanto a los barberos, sí que deben darse prisa para descañonar tanta barba, para alisar tanta crencha,

para atusar tanto bigote, mientras no acaban de pulverizar esencias los pulverizadores.

Colonos ricos traen aquí su dinero y su alegría así para las fiestas como para el trabajo. De este modo se va acelerando el ritmo de la vida de San Luis. Llegan las ferias ganaderas y es un mundo de gente el que acude. Esto, dos veces por mes. Los subastadores deben turnarse, y aun así lleva cuarenta y ocho horas la puja. Es la feria más grande de la República. Pidiendo está poeta que la cante. Ven-se en ella tantas bombachas como polainas. Y en torno, el más riente paisaje: la campiña, la era, las dehesas.

Albricias para los argentinos y canciones para Villa Mercedes.

Albricias: expresión de júbilo por traer alguna buena noticia. — *Zagala*: este vocablo está usado en sentido traslaticio. Su acepción recta equivale a muchacha fuerte y animosa. — *Faena*: trabajo. — *Indumento*: vestidura. — *Afanes*: trabajos excesivos. — *Castañetean*: suenan como las castañuelas, instrumento músico de percusión. — *Parroquianos*: individuos pertenecientes a determinada parroquia y que acostumbran a concurrir siempre a determinados sitios. — *Retreta*: reunión de familias que se verifica en días determinados, por la tarde o por la noche, en una plaza o paraje público, donde una banda de música hace oír sus piezas y las personas se pasean por los viales (calles), unas, formando una especie de corso de peatones, y otras permanecen sentadas. (Diccionario argentino por Tobías Garzón, 1910. Pág. 434.) — *Armatoste*: máquina o mueble tosco, pesado y mal hecho. — *Refulgen*: resplandecen. — *Barriada*: parte de un barrio. — *Desaliñada*: desaseada, descuidada.

Tormenta.

*Mientras la lluvia arrecia se enlodan los caminos.
Rueda el pesado carro, chirriando sin cesar.
Con tardo paso arrastran el carretón los bueyes.
Cae la lluvia y sopla la ráfaga invernal.*

*Atardeció de pronto por la llanura inmensa.
Noche empapada y fría cerró en los campos ya.
Mas aguijando el anca de los tardíos bueyes,
cantando el buen boyero por la tormenta va.*

*Con cárdeno destello relampaguea el cielo
en largo, parpadeante relámpago total.
El carretón perfila sus formas vivamente.
Canta el boyero. Y truena desde la inmensidad.*

*Hoy dejaré cerrado mi Séneca profundo,
mi Marco Aurelio grande; mi Epicteto inmortal.
Mientras la lluvia arrecia, meditaré, boyero,
en ese canto tuyo bajo la tempestad.*

Boyero: encargado de los bueyes. — *Aguijando:* picando con la aguijada (vara larga con un pincho de hierro en la punta) á los bueyes. — *Cárdeno:* morado claro. — *Séneca, Lucio:* nació en España, en el año 3 de la Era Cristiana, durante la época en que aquélla era una colonia romana. Escribió, por consiguiente, usando el idioma latino. El estudio y la meditación fueron sus principales placeres. De sus obras se han recogido muchas sentencias, máximas y apotegmas llenas de verdades morales. Fué un escritor que escribía para dar normas a la conducta humana. — *Marco Aurelio:* fué un emperador romano que nació en la capital del Imperio el año

121 de la Era Cristiana. A pesar de las complicaciones de su reinado y de las luchas guerreras contra los germanos y cristianos, dedicaba algunas horas de la noche a estudiar y escribir. Compuso una obra "Pensamientos de Marco Aurelio" donde expresó profundas reflexiones morales. — *Epitecto*: fué éste un moralista que vivió en Roma a principios de la Era Cristiana. Siendo esclavo, soportó una juventud llena de privaciones y sufrimientos. Predicaba el desprecio a los bienes materiales y el amor a la dignidad del alma. Un discípulo suyo recogió y redactó sus meditaciones. Hoy, leyéndolas, fortalecemos nuestro espíritu con sus sabias verdades.

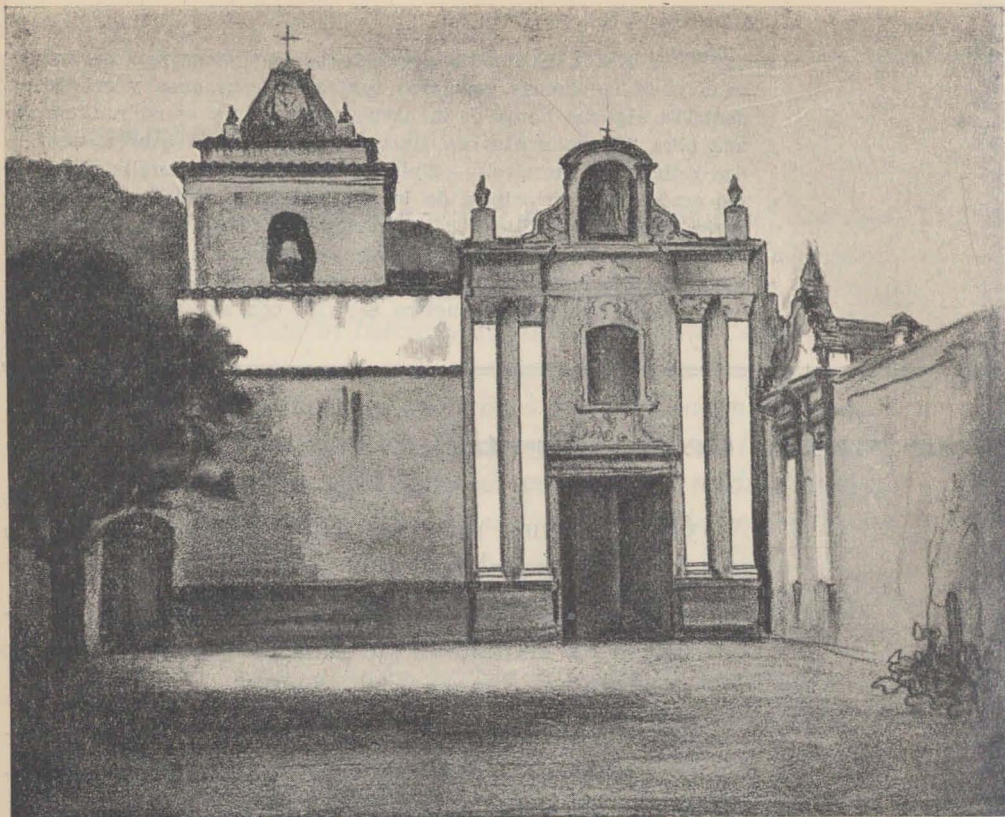
Una puerta de la libertad.

Caminábamos por una calle de Salta. Nuestro acompañante, señalando una casa, díjonos:

—Desde el balcón de esta casa, el general Tristán divisó los batallones de Belgrano en las vísperas del combate.

Salta es desde entonces una de las grandes puertas de la patria. Resonaron sobre su bronce aldabonazos formidables.

De tener algún nombre esta puerta de la patria, tendría el de puerta de la Libertad. Belgrano y Güemes por testigos. Belgrano, el que erigiera la cruz del campo de Castañares a los vencedores y vencidos. Güemes, el que hubo de recibir y rechazar "las más opulentas ofertas de los españoles que le querían para instrumento de su vasallaje". Puerta de la Libertad tendría que ser el nombre que se le diese a Salta, glorioso portal de la Patria, pues por ella salió al mundo para los primeros vuelos la bandera argentina, agitando cielo y sol sobre los escuadrones patricios. En



esa puerta se estrelló después impotente la rabia de los tiranos, cuando Güemes y sus gauchos se volvieron jauría para defenderla.

Ciudades como esta de Salta, son las que trazan una semejanza continental entre los pueblos de América. Algo hay en esta ciudad de Salta substancialmente fraterno con San José de Costa Rica o con Managua y Caracas. Salta es una de las cuentas del collar de América. En su silencio repercute el eco de

las remotas ciudades hermanas, acaso mucho más que en Buenos Aires.

Por la común cadena andina, Salta se hace solidarias señales con Quito, con Bogotá o El Salvador. Está como de atalaya para las alertas de unas seculares guardias. No en vano lleva Salta uno de los nombres heroicos de las batallas emancipadoras.

Campo de Castaños: en este sitio fué donde el general Manuel Belgrano libró la batalla de Salta, el día 20 de febrero de 1813, contra las fuerzas realistas que dirigía el brigadier español Pío Tristán. Aquel lugar está situado en las inmediaciones de la ciudad de Salta, capital de la provincia del mismo nombre. — *San José de Costa Rica:* este es el nombre de la capital de Costa Rica. Tiene 52.000 habitantes y está situada en el centro del país. Costa Rica es una república centroamericana que tiene 59.570 kms. cuadrados y está poblada por 600.000 habitantes. — *Managua:* es la capital de Nicaragua. Su población es de 50.000 habitantes. Encuéntrase situada a orillas del lago del mismo nombre. Nicaragua es una república de la América Central. Su superficie es de 150.652 kms. cuadrados y su población de 800.000 habitantes. — *Caracas:* capital de Venezuela. En esta ciudad, situada a orillas del río Guaire, nació Simón Bolívar. Está poblada por 150.000 habitantes. Baña las costas de aquel país, el mar de las Antillas. Su población es de 3.000.000 de habitantes y su extensión de 1.020.400 kms. cuadrados. — *Quito:* esta ciudad es la capital del Ecuador. Está situada al pie del volcán Pichincha y es una de las ciudades más importantes del antiguo imperio del Perú. Tiene una población de 100.000 habitantes. Ecuador, república situada en la costa occidental del continente americano, tiene de superficie 710.000 kms. cuadrados y está poblada por 2.500.000 habitantes. — *Bogotá:* es la capital de Colombia. Es una ciudad con 200.000 habitantes y fué fundada casi a mediados del siglo XVI. Colombia, país situado en la región N. O. de la América del Sur, presenta una extensión de 1.283.475 kms. cuadrados y una población de 8.000.000 de habitantes. — *El Salvador:* es la capital de un país republicano de la América Central que tiene el mismo nombre. Es la más pequeña de las naciones centroamericanas. Su extensión es de 34.126 kms. cuadrados y su población de 1.700.000 habitantes.

Una balsa me llevó...

Por las limpísimas calles de Corrientes, sigo andando, esta vez en la dirección del río. Resuena mi solitario andar sobre el sonoro asfalto. Pero en todo hay ya otro eco; un eco en que ya comienza a despertar la mañana. De pronto, pasos en la noche. Pasos en la noche que se acaba. Pasos apenas deslizados sobre el pavimento. ¿Pasos de duendes? Y con los pasos, un rumor de voces humanas, parecidísimas a un murmullo de pájaros. Vuélvome. Veinte, treinta fantasmas que llenan mi propia calle y rumbo, me alcanzan y me ganan la delantera. Estos son los que hablan como pájaros. Así me suena por la primera vez el eco del guaraní. Cosa curiosa estos fantasmas, estos duendes en el límite de la noche. Llevan el poncho al hombro y portan grandes chambergos. Bajo estos chambergos, resaltan extrañamente sus facciones sombrías y duras. Cíñenles las pantorrillas unas polainas de lona. Marchan de dos en fondo, a toda prisa, diciéndose y picoteándose cosas de pájaros en guaraní.

¿Quiénes son? Van a tomar la primera balsa de la mañana para irse al Chaco. Vienen de todos los departamentos de la provincia. Los trae la cosecha del algodón chaqueño. Forman la conscripción del trabajo, la leva de la cosecha para la batalla grande del algodón. En las estaciones del Chaco les saldrán al cruce los empresarios y patrones con sus ofertas: tan-

tos peones, tantos pesos. Y cada uno se irá detrás de su destino.

Me voy con esta tropa de grises fantasmas. Yo también quisiera pisar tierra del Chaco y conocer la ciudad de Resistencia. Es obra de cuarenta minutos cruzar. Ya viene el día, ya clarea el alba sobre Corrientes. Se agrupan los fantasmas en la balsa. Ahora los considero largamente y me entero de muchos pormenores. Este poncho que llevan es para todos los usos y esas polainas de lona son para que no los muerdan las víboras en el algodonal. Siguen hablando como pájaros. Hay momentos en que hablan como a picotazos. ¡Qué duda cabe! Si los gorriones, si los picaflores hablasen, hablarían así: con esas íes y esas úes.

Salimos en la madrugadora balsa. Empiezo a ver con delicia aspectos nuevos de Corrientes. Casas humildes, a la propia orilla del río, entre los árboles que coronan la barranca, están como lavándose los pies de barro en el agua. Ropas puestas a orear comentan en ingenuos cromos las luces de la mañana, flotando a placer del viento. Hay ancones revestidos de verdor, donde me gustaría tener una barca escondida. Pide una estrofa aquella tapia de los ramos del naranjo. Ahora ved aquellos dos escalones que suben del río, y encima del umbral, aquella puertecita verde. Mirad la tapia de la casita encantada: ¡toda llovida de madreselvas!

Una balsa me llevó, otra me trajo...

Balsa: embarcación de poco calado que se emplea para navegar en ríos. — *Leva*: conjunto de gente para la cosecha. — *Empresa*:

rios: personas que contratan a otras para realizar un trabajo. — *Poncho*: manta con una abertura en medio para meter por ella la cabeza, de modo que, calzada aquélla, descansa sobre los hombros y caiga un poco más abajo de la rodilla.

“El poncho hace en la vestimenta paisana el papel de sobre todo, y para todo le sirve a su dueño, así en la paz como en la guerra porque lo mismo es abrigo contra la intemperie o cobija en el sueño, que escudo, enrollado al brazo...” (Eleuterio F. Tiscornia. *Martín Fierro*, comentado y anotado, pág. 464). — *Gorrión*: pájaro de unos doce cm., con el pico fuerte, cónico y algo doblado en la punta; plumaje pardo con manchas negras y rojizas, negro el pecho. Abunda mucho en las ciudades, y en los campos, a veces, constituye una verdadera plaga. — *Picaflor*: avecilla muy pequeña y de pico arqueado. Se le designa así porque siempre se le ve libar el néctar de las flores. Llámasele también colibrí y tentenelaire (tente en el aire) porque no se posa al tomar alimento, sino que permanece en el aire, delante de cada flor, sin pesarse sobre ella ni aun moverla. — *Orear*: dar el aire sobre la ropa para que se seque o se le quite la humedad. — *Cromos*: colores variados. — *Ancones*: enseñadas pequeñas en donde se puede fondear. — *Tapia*: pared hecha con tierra amasada y apisonada. — *Madreselva*: planta con tallos largos, sarmentosos y trepadores; hojas de color verde oscuro de forma elíptica; flores olorosas con largo pedúnculo.

La sierra de Pie de Palo.

La sierra de Pie de Palo, situada en la provincia de San Juan, es, con seguridad, la comarca de la soledad suprema.

Su designación suena a mote de mendigo folletinesco, a miserable apodo de bajo fondo. Pie de Palo podría llamarse un rey de bandidos o un patriarca de limosneros: cualquier desecho del hampa.

Pie de Palo puede ser también lisa y llanamente el mal barajado nombre de una pesadilla. ¿El mal barajado nombre de una pesadilla? Pues eso mismo es. Por las laderas del cerro, ni viñas, ni huertas,

ni jardines: solamente la soledad absoluta. ¿Y no es como un trompo este cerro? Lo iba a decir. Este cerro es el trompo donde se envuelve, para un baile que nadie sabe cuándo será, el interminable cordel sin fin del viento zonda.

Este cerro está aislado. Sepáranlo de la cordillera los valles de Tulún y de Ampacama. Setenta leguas es lo que mide de circunferencia. Dicen que sus faldas están cubiertas de algarrobales. Yo no los vi. Yo no vi más que una soledad patética. El río que cruza el valle no es menos seco, salvo épocas brevísimas, que la cumbre desnuda.

Arden los médanos por el contorno. Echa humo el calcinado yermo. De día las arenas no dejan caminar de abrasadas. Haga de noche la travesía el que por allá se aventure.

Pasábamos orillando el cerro del Pie de Palo, en tren, por la línea férrea que va a Córdoba. Pasábamos a una hora de cenicientas penumbras por lugares de desamparo y de muerte. Se había puesto el sol. La montaña se hallaba ennegrecida entre las tintas del crepúsculo. ¡Entonces supe lo que era una soledad absoluta y suprema! Desde la plataforma del coche se dominaba aquellos negros y vanos espacios. El tren rodaba lenta, lentísimamente, atravesando el páramo. No había nada en redor. Sobre la tierra, ni árbol ni rastro de árbol, ni sombra tampoco de ser viviente. Por los aires, ni pájaro, ni sombra de pájaro. Nada. Imposible imaginar lugares más solitarios y más tristes. ¿Y allá lejos, sobre la cresta del monte? Allá lejos, en la azulada lonta-

nanza, ¿un murciélago inmenso, desmesurado? ¿Un murciélago que abría unas negras alas desoladas?

Diré lo que era: la negra noche que llegaba.

Por todas partes el abismo. Abiertas por todas partes las inconmensurables puertas de la nada y el no ser.

Mote: apodo. — *Folletinesco:* complicado como suelen ser las novelas que se publican en los folletines y que se insertan en la parte inferior de las planas de los periódicos. — *Bajo fondo:* gente ordinaria, vulgar, innoble. — *Desecho:* lo que queda después de haber recogido lo mejor. — *Hampa:* vida de holgazanería y maleante. — *Pesadilla:* sueño angustioso y tenaz. — *Patética:* que agita el ánimo infundiéndole dolor y tristeza. — *Calcinado:* sometido al calor. — *Yermo:* tierra inhabitada. Páramo. — *Travesía:* viaje.

La dulce Rioja.

¡Qué gran emoción aquélla, qué gran emoción la de llegar a La Rioja en una mañana de agosto, en la comitiva de una misión nacional, llevando al solar nativo las cenizas de Joaquín V. González, el preclaro hijo de la montaña riojana! ¡Qué gran emoción aquélla de caminar, lento el paso, al son de una vieja marcha fúnebre, en medio de un pueblo conmovido y silencioso! Verdad que fué intensa emoción: la bandera argentina envolvía el ataúd, la banda del 15 de infantería tocaba adelante, y todos, recogidos y aun también sobrecogidos por aquella solemne sencillez de almas y cosas, íbamos paso a paso. Por único adorno en las esquinas, unos ga-



llardetes azules y blancos, de papel, crujían al soplo del viento. Y aquel solar tan lejano era también patria nuestra, dulce patria... Y avanzábamos lentamente, bajo las acacias que bordean la calle de la estación, gobernantes, senadores, diputados, jurisconsultos, artistas, poetas, reunidos allí para depositar un poco de ilustres cenizas en un camposanto aldeano. Andar por esas calles humildes, así, procesionalmente, con esas banderas, al ritmo de esa música, debajo de esos árboles, era cosa patética. La montaña al fondo se alzaba como un numen, y a cada esquina crujían sobre nuestras cabezas los al-

midonados gallardetes de papel, a cuya vibración comprendíamos de nuevo que toda esa modestia era también patria nuestra y dulce patria. Un cielo azul, un poco desteñido, se abría inmenso y alto sobre nosotros. También desteñidas flameaban tristemente las banderas en las azoteas de las humildes casas.

Y mientras seguimos la marcha al son de los fúnebres compases, La Rioja, nos va acogiendo en su dulzura. Detrás de las tapias, los duraznos están en flor, y los naranjos, cargados del oro de su fruto, se elevan verdes y relucientes. Vemos bajar una purísima luz de los cielos y respiramos una paz nunca tan hondamente respirada. Juntas bajan la luz y la tranquilidad de este cielo riojano. Luego, doblando la calle, encontramos a los niños de las escuelas formados a lo largo de las aceras, muy correctos y muy limpios en sus blancos delantales, cada uno con su banderita argentina en la mano.

Camino de la casa de gobierno, damos con la plaza. También aquí relucen los naranjos cargados de oro. También por aquí se asoman a las tapias los duraznos en flor.

Por todo esto y en todo esto se nos revela el alma pura de esta ciudad. ¿Y es algo menos que un santuario patriótico? Pues, así nos parece, más tarde en la Escuela Normal, cuando coreamos entre todos el Himno Nacional que cantaban los niños. Fué conmovedor cantar así la canción de la patria, en el patio de la escuela, con un fervor del alma.

Comitiva: acompañamiento, séquito. — *Preclaro:* Digno de admiración y respeto, famoso, ilustre. — *Acacias:* árboles que crecen

en las zonas templadas y tropicales. La madera de la acacia blanca es lustrosa, dura, pesada y elástica. Se utiliza por estas cualidades para la fabricación de ruedas y en las construcciones navales. — *Jurisconsultos*: los que profesan la ciencia del derecho. — *Patética*: conmovedora. — *Numen*: dios adorado por los gentiles. — El homenaje a González se realizó en 1926, y la comitiva nacional fué presidida por el entonces Ministro de Instrucción Pública, Dr. Antonio Sagarna.

Amanecer en el mar.

Subo listo a la cubierta que unos marineros madrugadores baldean y lavan. El mar está negro, inviolablemente negro. Corre fría la brisa. Del lado de babor, muy lejos, palpitan y llamean los faros de una costa. Casi da miedo.

Por fin quiere amanecer. Ahora hay una barra de lacre en el horizonte, que el mar refleja en rojizo borrrón.

Va amaneciendo. Veo tenderse el mar en círculos siempre más anchos, morado, vinoso, de un color de higo. “No. No es esto lo que yo quiero. Quiero que te azules, mar, quiero que te azules”. Así grita mi alma, suspensa en la desteñida aurora. Se ha vuelto pájaro y reclama esto, no sé cómo, en lo alto del mástil, entre las cuerdas del palo mayor.

Mas no se azula el mar. He aquí solamente en el nublo amanecer, por todo mar, una inmensa lámina gris, llena de abolladuras y de arrugadas ampollas; movable chapa de cinc que ondula con tristeza. Algo en mí se ha vuelto pájaro y sigue reclamando: “¡Que te azules, que te azules, mar!”

Pero no ocurrirá como deseo. El cielo de mayo

está plomizo. El mar, que es su espejo, no parecerá sino una triste lámina de estaño.

Hoy no veremos el rostro azul del mar.

Cubierta: parte de la embarcación que está a la intemperie. —

Babor: costado izquierdo de la embarcación, mirando de popa a proa. — *Palo mayor*: el más alto del buque y que sirve, en los veleros, para sostener la vela principal. — *Nublo*: nublado.

Un hijo de la sierra Grande.

Allá, por la sierra Grande... oía, de niño, en Córdoba; y los ojos se me abrían a la leyenda y al ensueño.

¿Cómo sería la sierra Grande? Yo no conocía otra que la riente y azul sierra Chica, la que se veía desde el umbral de mi casa en una soñadora línea de añil.

Pero, a las veces, apeábase de su caballo a las puertas de casa, en busca de mi padre algún hombracho corpulento, de botas, bombacha, pañuelo al cuello, barba hirsuta y fiera guedeja. Este hombrachón entraba imponente en el zaguán, el sombrero en la mano. Yo, niño, retrocedía estupefacto a su tremenda vista. ¿De dónde venía ese hombre que acababa de manear el caballo a las puertas de casa? Aquel hombre venía de la sierra Grande.

Este serrano fumaba en chala y era en todo trance y peligro hombre de mucho pelo en pecho. Vivía del pastoreo sobre las mesetas o se andaba los días enteros a caballo por valles inmensos. De via-

je dormía a campo raso. También se le veía, rocas arriba, con la carabina lista, en las cacerías de cóncores. Tenía el ojo certero y el pulso sereno. Cóncores se vieron a sus pies, de tres metros de alas abiertas, medidas de punta a punta. Y aunque este gaucho pareciera como el patrón o el capataz de aquella áspera naturaleza, era de hecho nada más que un criado suyo, o por mejor decir, un hijo.

—¿Y de *ande* viene ese hombre? — preguntábanse las cholas del barrio.

—De tras la sierra viene — contestaban. Y la figura del gaucho se agrandaba hasta lo novelesco.

Venía acaso de Mina Clavero, trayendo agua en damajuana; agua de aquella del río de Mina Clavero, que por tan maravillosa se reputaba.

Y el niño, y todo el barrio, y las cholas de la casa, se asombraban del hombre de tras de la sierra, acabado de apearse. Y si aquel hombre, invitado a comer, pasaba a la cocina, entonces era la hora de sus relatos. Y sonaban nombres de valles y cerros: valle de San Ignacio, valle de Calamuchita, cerro de los Gigantes, cerro de Champaquí; siempre nombres de santos, o nombres indígenas, o nombres de cosas desmesuradas, o palabras que sonaban a verso. Y el hombre se mostraba entero en las ruedas de las criadas, y cantara si le diesen guitarra. Y si le preguntaban podía dar un buen consejo para curar o aliviar dolores. Y conocía las virtudes medicinales del malvavisco, del suspiro, del romero, de la yerba mora, del palán-palán, de la raíz de las buenas tardes. Y se veía también que la rudeza de sus há-

bitos no le llegaban al corazón. Y, era, en suma, un buen amigo del zorzal, de la calandria, del jilguero y del chingolo.

A la mañana siguiente se volvía el arriero y no tardaba menos de siete u ocho días en llegar a su cabaña.

Leyenda: relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos. — *Añil*: color azul obscuro. — *Bombacha*: pantalón ancho cuyos pernils terminan en forma de campana abierta por el costado y con botones y ojales para cerrarla. — *Hirsuta*: pelo disperso y duro. — *Guedeja*: cabellaera larga. — *Estupefacto*: atónito, pasmado, asombrado. — *Mañar*: atar con una correa las manos del caballo para que no huya. — *Chala*: membrana que envuelve el choclo. — *Pelo en pecho*: persona vigorosa, robusta y denodada. — *Campo raso*: al descubier- to, a la intemperie. — *Chola*: muchacha mestiza. — *Relatos*: narra- ciones, cuentos. — *Malvavisco*: planta perenne de las familias de las malváceas, con el tallo de un metro de altura próximamente; hojas suaves, ovaladas, de lóbulos poco salientes y dentadas; sus flores son de color blanco rojizo y su fruto con muchas semillas. Su raíz, generalmente gruesa, se usa como emoliente (medica- mento que sirve para ablandar una dureza o tumor). — *Suspiro*: especie de enredadera, con hojas alternas y flores de diversos co- lores. — *Romero*: arbusto de un metro próximamente de altura; hojas opuestas, lineales, gruesas, dentadas, lustrosas, verdes por la faz y blanquecinas por el revés, de olor muy aromático y sabor acre; flores de color azulado y fruto seco. Se utiliza en medicina y perfumería. — *Yerba mora*: planta anual, con tallos de tres a cuatro decímetros de altura, ramosos y velludos; hojas lanceoladas, den- tadas; flores en corimbos poco poblados, de corola blanca, y fruto en baya negra. Se la emplea en medicina como calmante. — *Zorzal*: pájaro de unos veinte centímetros de largo, cuerpo grueso, cabeza pequeña, pico delgado, amarillo y de punta negra. Su plumaje, pardo por encima, rojizo con manchas grises en el pecho y blanco en el vientre. Su canto es muy agradable. — *Calandria*: pájaro semejante al mirlo, pero de plumaje pardo y con las extremidades de las alas y la cola, el pecho y el vientre blancos. Su canto es muy variado y melodioso. Este pájaro tiene la particularidad de imitar el canto de las demás aves. — *Jilguero*: pájaro que mide doce centímetros

de longitud y veintitrés de envergadura; tiene el pico cónico y delgado, plumaje pardo por el lomo; las plumas de sus alas son amarillentas en su parte media. Su canto es parecido al del canario. — *Chingolo*: pájaro muy semejante al gorrión, pero de agradable canto.

Córdoba de los aquilones.

EL HURACÁN

En la alta noche de verano, mientras duerme la ciudad, el huracán se abate de pronto; el huracán que cierra con fragor ventanas y puertas. Es un viento que brama, que aúlla, que zumba, que silba. Cae sobre la ciudad, repentino y formidable dando vueltas espantosas y ciegas. Elige la noche. Se entra de noche, salvando de un salto el valladar de los barrancos. Sacude fieramente los árboles. Enloquece al jamelgo del coche nocherniego. Envuelve y vela los focos eléctricos. Es la violencia y la oscuridad. Echa su aliento primero, un vaho caliente, luego un soplo frío. Si este viento diabólico halla por delante un muro, se da locamente contra él. Por momentos parece un gigante que empujara un murallón con su hombro inmenso; que lo empujara rabioso, con los dientes rechinantes y la respiración hecha jadeo.

Pero a tiempo que cierra con estrépito las puertas de las alcobas, este viento ululante abre de par en par las del sueño. Se entra en el alma como un mal espíritu. Amenaza y atolondra. Agita y enerva. Despierta y aturde. Alarma y sofoca.

Luego parece que ha pasado.

Pero retorna. Y da en la noche un clamor de fiera malherida. Y ruge y muge y gruñe. Y sacude puertas, y las araña y las muerde y las roe. Tremola bramando como desmesurada bandera, y se hace jirones en la soledad. Huye el viento, y el sueño se va con él, aventado y barrido. La ciudad entera ha sido levantada por esta fuerza del espacio y vuela con el aquilón.

PASA LA TORMENTA

En la mitad del día se oscurece el horizonte y un negro ciclón que viene levantando nubes de polvareda tétrica cubre el firmamento. El sol se va apagando como un signo funesto y ya no parece más que una cenicienta luna de alucinación. El ciclón se ha tragado el mundo. El mundo está en el fondo de un abismo.

Y de día o de noche, en días o noches de una atmósfera enrarecida, tiembla la tierra; y sobre el suelo que ondula y sobre las casas que trepidan, comienzan a oscilar amenazantes los campanarios y las cúpulas.

Y muy pronto la tempestad compensadora se agolpa arrastrando truenos, toda cruzada de rayos. La imaginación pueril da en el acto con el mito adecuado. Se diría que la tormenta es un enorme carro de hierro y bronce, que rueda por pedregales a todo el galope de una cuadriga enloquecida. Al choque de aquellos cascos en aquellas piedras, saltan cárdenas las centellas. Un luminoso látigo, al

restallar sobre los cuadriles de las bestias, abre relámpagos sin límites. Y de improviso, cuadriga y carro se desbarrancan no se sabe en qué despeñadero. Entonces el universo se hace palidez y espanto. Y revienta un trueno nunca oído. Y se parte en dos el firmamento. Y se rompe el eje de la tierra. Y cae más pesada que si fuera de plomo, una lluvia torrencial.

Aquilones: vientos que soplan del N. — *Valladar*: obstáculo. — *Jamego*: caballo flaco y desgarrado, por hambriento. — *Nocher-niego*: que anda de noche. — *Vaho*: vapor que despide. — *Jadeo*: con trabajoso e impetuoso movimiento. — *Ululante*: que ulula, es decir, que produce ruidos como de gritos o alaridos. — *Tétrica*: triste, grave, melancólica, demasiadamente seria. — *Mito*: fábula, ficción alegórica. — *Cuadriga*: carro tirado por cuatro caballos de frente, y especialmente el usado en la antigüedad para las carreras del circo y en los triunfos.

Cruzando el Paraná.

Como en los cuentos de la infancia, para llegar a Paraná desde la ciudad de Santa Fe, hay que cruzar un río, un inmenso río (de tal modo inmenso que vadearlo llevará más de una hora). Es el atardecer. Salimos de Santa Fe entre grandes buques mercantes e islotes de achaparrados arbolillos. Navegamos, y mientras navegamos hacia el canal empieza a salir la luna. Está subiendo ancha, redonda, roja. La soledad la saluda:

“Buenas noches, fantasma”. Y eso mismo es: un fantasma del cielo. Se ven enormes sus man-



chas; sus manchas que cobran todo su antiguo significado de terror y de misterio. Y la luna sale ancha, redonda, roja, con sus manchas dilatadas. Sube, y según va subiendo se aclara y se achica. Ya no es globo de fuego. Aquella maravilla, que dejara atónita a la planicie, se está volviendo simplemente la luna. Era un portento; es un astro. Entre tanto, han sido escritas con tiza de oro en el pizarrón del negro cielo, las estrellas y las constelaciones.

Hemos navegado una hora. Hacia estribor, la barranca famosa. Se levanta negra, de sinuoso

perfil. Alta. Negra. El río le propone una fiesta de luz, plateado de luna. La barranca está de ébano junto al río de plata. Al frente, a proa, un collar de focos eléctricos. Seguimos navegando sobre una gran estela lunar. Todo el río, un solo camino claro. La barranca se ilumina a su vez. Es que pasamos frente al parque General Urquiza. Luces, luces por todas partes. Y está bien: mañana es 25 de Mayo, y en ciudad tan histórica como Paraná es necesario que brille la cívica noticia con los debidos fulgores.

Achaparnados: bajos. — *Canal*: la parte más profunda y limpia del río a la entrada de un puerto. — *Atónita*: pasmada, espantada. — *Constelaciones*: grupos de estrellas fijas que ofrecen ciertas figuras y nombres. — *Estribor*: costado derecho del barco mirando de popa a proa. — *Ébano*: de color negro, como la madera del árbol que lleva el mismo nombre. — *Proa*: parte delantera del barco. — *Parque General Urquiza*: este parque, trazado sobre la barranca del río Paraná, perpetúa la memoria del general Justo José de Urquiza, a quien, en el mismo sitio se le ha levantado un grandioso monumento. El general Urquiza nació en Concepción del Uruguay (E. Ríos) el día 18 de octubre de 1801. Fué gobernador de su provincia y después de haber librado al país de la dictadura de Rosas, con su triunfo en Caseros, fué proclamado por un Congreso Constituyente, Presidente de la Confederación Argentina. Prestó juramento y asumió el cargo el 5 de marzo de 1854. Durante los seis años que desempeñó la primera magistratura del país, realizó una obra fecunda. Se crearon colegios nacionales, se fomentó la instrucción primaria, se fundaron colonias, se proyectaron vías férreas, se fundó un Museo de Historia Natural, se ordenó la publicación oficial de las obras de Juan B. Alberdi, se canalizaron los ríos, se establecieron relaciones diplomáticas con las potencias extranjeras. El 5 de marzo de 1860, el general Urquiza ponía en posesión del cargo de Presidente de la República al doctor Santiago Derqui. Al mes siguiente, era designado Gobernador de Entre Ríos. Murió el día 11 de abril de 1870, cruelmente asesinado por una turba de sesenta individuos que violentamente penetraron en su palacio de San José.

Desde el tren, amaneciendo.

*¡Rosal de la mañana!... Flota en las nubes
del cielo matutino color de rosa.
Desde el tren miro cómo despierta el campo.
Aullando va la rauda locomotora,
y el tren es como un viento sobre el paisaje:
un vértigo de ruedas conquistadoras.*

*En las verdes llanuras pace el ganado.
Una luz inocente tiembla en las cosas.
Junto a las parvas rubias—¡mi Dios, qué fiesta!—
ya comienza el trabajo la gente moza.
¡Vergel de la mañana!... No es más el mundo
que un rosal milagroso que se apimpolla.*

*Cantando por los campos ya se adelanta
la procesión alegre de unas pastoras.
Van, la guadaña al hombro, riendo a la vida,
y les baña los rostros el sol que asoma.*

*¡Oh, procesión pagana de campesinas!
De las cosas más claras, adoradoras.
Caben sus esperanzas en un suspiro,
y todos sus amores en una copla.*

*El tren rueda que rueda. Ya está muy lejos
la procesión alegre de las pastoras.*

*Vamos pasando un puente. Mirad qué umbrío
sauzal sobre las aguas vuelca las hojas.
Mirad... cruza los cielos amanecidos,
un vuelo de zorzales y de palomas.*

Rauda: rápida, precipitada. — *Vergel*: huerto, jardín. — *Paganas*: se toma en el sentido de alegres y despreocupadas. — *Copla*: conjunto de versos. — *Umbrío*: sombrío.

Canciones riojanas.

—¿Lustrar, patroncito?

Y un niño de cobre, un niño de cara de cobre, de manos de cobre, de desnudas piernas de cobre, se sienta en un taburete, si lo es, y comienza la faena. Ha cruzado las desnudas piernas de cobre y ha puesto la cara de cobre entre absorta y dormida, mientras no diré que trabajan sino que sueñan sus manos de cobre.

Pero la cosa grande que hallamos en La Rioja fué el coro de las tres indias de la montaña. Estábamos no lejos de las obras del Dique, al medio de la carretera, cuando a la parte de adentro de unos galpones que hay allí empezó la quejumbre de un acompasado canto. Pusimos oído atento y sentimos que la canción poco a poco se acercaba. ¿Qué decía?... Decía, según se trasoía:

*Mis compañeras y yo
(¡Ay! ¡Ay! ¡Tengo penas!)
hemos bajado del monte...*



Era un canto muy lamentoso y resonaba al compás de unos secos y apagados golpes de tambor. Y como se acercaran más y más las voces, ya vimos también que doblaban por el patio las cantoras, viniendo hacia nosotros. Eran tres mujeres de manto y rebozo. La del medio traía un tamboril sobre el pecho y no cesaba de golpear el parche. Las otras dos, cantando, se acompañaban también con sordas palmadas.

Era el tiempo diaguita que venía hacia nosotros.

No fué otra la primera sensación. Cierto es que ninguna de las tres mujeres vestía con particular usanza y que las tres cantaban en castellano, y que éste es su idioma y que no hablan palabra en otra lengua alguna. Pero el canto nos sonaba a cosa indígena, y era, a no dudarlo, porque el tamboril no podía ser más autóctono.

Llegaron por fin adonde habían de cantar, y las rodeamos. Dos eran muy indias y la tercera más criolla. La más viejecita era toda arrugas y un solo temblor. Puede ser que dos dientes le bailaran aún en la contraída boca. Las manos le temblaqueaban, ásperas, sarmentosas, puros nudos. Tenía los ojos como escalfados en llanto. Así. No es que tuviera lágrimas en los ojos. Es que los ojos le sobrenadaban en lágrimas.

La del tamboril, comenzó finalmente a regañarla:

—Bueno, pues... no llore tanto... Vaya... Cantemos...

Y la temblorosa centenaria tornaba a chillar por todas las rendijas de su ya rota voz; pero muy luego se le ahogaba el chillar en afónicos suspiros.

Con lo que tornaba a regañarla dulcemente la del tamboril:

—¿Ha visto? Lo que llora, no puede largar la voz...

Entonces nos dirigimos a la anciana:

—¿Qué edad tiene usted, señora?

—Y no sé, pues, señor...

—¿Nunca ha sabido?

—Nunca, señor.

—¡Qué raro!

—¿Ha visto? Es que siempre he sido *descu-
riosa*, señor...

A todo esto golpea el parche la del tambor y arranca con la vidala. Es el suyo un tambor de cuero de oveja. Le cuelga al hombro y le cae la caja sobre el regazo. El parche de abajo va atravesado en diámetro por un hilo. Atado a éste hay una cola de víbora, que a la percusión del palillo da un chasquido que entristece el compás. El palillo lleva el percutor envuelto en trapo para dulcificar el son. Y ese pedazo de marlo... Ese pedazo de seca mazorca está ahí por amuleto, para que ahuyentado sea el mal.

¡Ah! Pero ahora que ha comenzado el canto, comprendemos que nada tiene él de incaico ni de preincaico. El motivo musical, rudimentalísimo, pertenece por entero al siglo XIX. ¡Y de qué manera! Consultamos nuestra sospecha con Carlos López Buchardo que escucha a nuestro lado, y nos da la razón. El toque del clarín, el toque de llamada, es el que está sonando en la vidala, y no hay en ella otro eco. Una por una suenan las notas del toque de clarín; de aquél de las guerras civiles, de aquél de las caballerías de Quiroga, o de los cívicos de Lamadrid o de las soldadescas del Chacho. ¡Todavía se acuerda de aquellos tiempos la montaña! Bien lo revela el estribillo de la vidala:

¡Pobres riojanos, los van a sortear!

Y éste es el canto:

Vamos, vamos, vamos
al campo a dormir.
¡Pobres riojanos, los van a sortear!
Porque la justicia
nos va a perseguir.
¡Pobres riojanos, los van a sortear!

Sí que los sorteaban; sí que los llevaban a morir en fratricidas batallas. Sí que era estentóreo, como para no olvidarlo nunca, el clangor del clarín.

Y me veo de niño, leyendo con poético espanto las *Memorias* de La Madrid... “Y entonces mandé tocar a degüello y los valientes riojanos...” Se comprende muy bien. Esta vidala de la montaña no es más que un eco lúgubre de aquellos tiempos feroces.

Taburete: especie de asiento que no tiene brazos ni respaldo. — *Tamboril*: tambor que sirve especialmente para las danzas y suele tocarse con sólo una baqueta. — *Parche*: el pergamino o piel con que se cubre el tambor o tamboril. — *Autóctono*: de la misma tierra de los indígenas. — *Diaguíta*: vasta región norteña ocupada por indígenas que recibían el mismo nombre y que constitufan muchas parcialidades con nombres particulares. — *Clangor*: el sonido de la trompeta o el clarín. — *Carlos López Buchardo*: es un compositor argentino. Después de estudiar piano en Buenos Aires, su ciudad natal, perfeccionó sus estudios de armonía y contrapunto en París. Entre sus obras, algunas premiadas, se destaca “Escenas argentinas”, formadas por “Día de fiesta”, “El arroyo” y “Campera”. Sus vidalas, vidalitas y nocturnos ofrecen un sabor netamente argentino. Nació en 1881, y actualmente es el director del Conservatorio Nacional de Música y Declamación. — *Quiroga, Facundo*: nació en La Rioja el año 1788. Fué asesinado en Barranca Yaco, el día 16 de febrero de 1835. David Peña, en su libro “Juan Facundo Quiroga”, defiende la obra realizada por este caudillo tan combatido. — *La Madrid, Gregorio Aráoz*: fué un general argentino que nació en Tucumán el día 28 de noviembre de 1795. Comenzó a actuar en la

guerra por la independencia, cuando tenía 14 años de edad. Después se destacó por su pericia y valor militares. Animaba a los soldados con canciones guerreras que él mismo hacía para cantarlas. En la batalla de Caseros dirigió una división de Caballería. Murió en Buenos Aires el día 5 de enero de 1857. — *El Chacho*: este es el apodo del caudillo riojano Angel Vicente Peñaloza. Peleó en las guerras civiles. Fué comisionado por el presidente Derqui para restablecer el orden constitucional en la provincia. Según varios publicistas (Domingo F. Sarmiento, Antonio Zinny) no sabía leer ni escribir. Lo asesinaron en Olta (Pcia. de La Rioja) el día 12 de noviembre de 1863 y su cabeza fué colocada en una pica, en la plaza del mismo pueblo.

Corrientes asomada a su río.

Voy, por fin, llegando a Corrientes. He dado un inmenso rodeo desde Buenos Aires. Vengo de Posadas, adonde vi amanecer el día antes. Navegamos todo ese día aguas abajo del Paraná. El río era un impoluto espejo entre las islas de perpetuo verdor. Veníamos viendo las casitas ofrecidas a la paz en los ribazos donde se dobla la tacuara y da su amarillo fruto el pindó. Parecía reír en la claridad del día ese delicioso arbolillo que llaman el amba-y, de cuya hoja corre fama que cura la tos. Lapachos de flores rosadas iluminaban el verdor de los sotos. Una tras otra iban pasando las dulces islas. Ninguna aguantaba aquellos inmensos bosques de que me hablaron; todas proponían simples jardines de llevadera selva, cuando no eran meramente bandejas a medio colmar. Tampoco era cierto que la espesura anonadase al río y que éste huyera como sofocado bajo la verde bóveda de apretados follajes. Corre el Paraná de Posadas a Corrientes en

anchos y claros espejos. Las nubes se copian por manera perfecta bajo su cristal sin una arruga.

Nos acercamos a Corrientes, pasada la media noche. Y según íbamos llegando, ¿qué parecías, ciudad heroica? Parecías apenas un montoncito de luces a la margen izquierda del río. ¡Ay, ni siquiera semejabas un montoncito de luces, porque yacías en la sombra y el sueño! A todo esto, nuestro vapor ha atracado sigilosamente junto al muelle, con un sigilo de bandido. (Así también en ese año de 1865, en ese 13 de abril, buques del Paraguay bajaron, y mientras unos se echaban al abordaje sobre dos navecillas argentinas allí ancladas, otros bombardeaban la indefensa ciudad con sus cañones.) Mas yo no tengo que hacer la historia de las proezas que luego levantaron el nombre de Corrientes sobre el mundo. Sólo digo que me fué imposible no pensar en aquella dura noche, ahora que veníamos a quedar como al acecho frente a la ciudad dormida...

Si me dejan bajar, bajaré. La noche se ha hecho para conversar con las ciudades. No seré yo quien me acueste en esta noche de marzo propicia a las confidencias que busco. Tengo ganas de verme solo a estas horas, sin más compañía que la de mi sombra, por esas solitarias calles iluminadas, que desde el buque domino. Quisiera preguntarle muchas cosas al alma de la ciudad y decirle con instancia: "¡Contéstalas antes de que la luz me diga lo que todos saben! Yo quiero algún secreto tuyo,

noche... Ningún color sabe más que la sombra; ninguna voz más que el silencio”.

Como me dejaron bajar, eché a andar por las bien pavimentadas calles de Corrientes. Muchas cosas fuí sabiendo de calles y plazas. Y tal como lo presumía, fuí sabiendo que en la mansuetud de la noche dormía un aire profético. Nada aconseja mejor el rumbo que la propia marcha. Al azar de los pasos hube de recorrer a todas las direcciones unas calles limpiísimas. Y yo ponía el oído atento a las cosas que sólo se oyen de noche. Y el alma de la ciudad me declaraba inconfundiblemente la verdad esencial de su alto destino: “He sido puesta por juramento perpetuo de libertad entre los pueblos de la patria”.

Atención. Suena un grillo en las últimas tibiezas. Ladra un perro. Resuena mi solitario andar sobre el sonoro asfalto. Buscando estrellas, advierto que los focos del alumbrado eléctrico penden altos, altísimos. Cruzo una plaza de estupendos árboles. Levantan éstos un alto rumor, no sé si para darme las buenas noches. Mientras cruzo la plaza y me envuelve el susurro, se derriban sobre la ciudad las 2 de la mañana. Sí. Son las 2 de la mañana, redondas y enormes, derrumbándose sobre los techos de la ciudad dormida. Se desploman desde la torre del reloj público. Se desploman, y vibran los aires. Las dos de la mañana, claras, cristalinas, enormes, se hacen pedazos sobre los techos de la ciudad. Llego después a un caserón que es el Correo. Entro por los fondos. Entrando por

los fondos, se da con una como cuadra de cuartel. En el otro patio hay un pozo con brocal de mármol. Como tiene mirador este caserón solariego, subo a lo alto. Toda la ciudad, todo el río, todo el campo se extiende ahora a mis pies... Gran casa debió ser antaño, esta casa. ¿La de qué gobernador? ¿La de cuál conspiración? ¿La de qué cosas de la historia? Si entrecierro los ojos, veo sombras antiguas. Y de pronto, allá, surge la dulce Corrientes, asomada a la margen de su río enorme, abanicada de naranjos. Júntase a la sombra de este patriarcal hogar una gente buena y fuerte, y alza su estampa el correntino, desafiando riesgos, en la intrepidez de una confianza magnífica.

Impoluto: limpio, sin mancha. — *Ribazos*: porción de tierra con alguna elevación y declive. — *Tacuara*: planta gramínea, especie de caña. — *Pindó*: árbol de la familia de las palmeras. Abunda en las islas de los esteros de Corrientes. Alcanza una altura de 8 a 12 m. — *Amba-y*: árbol que alcanza cerca de 5 m. Sus hojas son medicinales y su madera tiene varias aplicaciones. — *Lapacho*: árbol, cuya madera se emplea en construcción y ebanistería. — *Sotos*: sitios que en las riberas están poblados de plantas y arbustos. — *Proezas*: hazañas, acciones valerosas. — *Mansuetud*: mansedumbre, apacibilidad. — *Brocal*: antepecho alrededor de la boca del pozo, para evitar el peligro de caer en él. — *Mirador*: corredor, galería o pabellón para explayar la vista. — *Solariego*: antiguo. — *Conspiración*: movimiento organizado contra las autoridades constituidas. — *Patriarcal*: que tiene dignidad y antecedentes virtuosos. — *Estampa*: figura. — *Intrepidez*: arrojo, esfuerzo, valor en los peligros. — *Confianza*: ánimo, aliento y vigor para obrar.

Patria en el mar.

El sol del 25 de Mayo despunta para nosotros en el mar. Es día domingo. Entre sueños oímos primero, imprecisa, lejana, seguramente soñada, mansa música de metales. Aceptamos con lentitud la verdad. Es la banda del buque, tocando matinal, según poética costumbre de la marina alemana, una plegaria dominical. Ya pasa. Ya se va. Todavía, entre sueños, ideas grandes, echan su sombra dulce y liviana sobre el alma. Luego, nada. El sueño cierra su manto de nuevo.

¿Y ahora? Ahora suenan compases marciales. Por toda la nave, despertando a todos, pasa la banda, al claro y robusto son de la marcha guerrera de San Lorenzo. Nos despertamos totalmente a respirar esta ráfaga bravía. ¡Arriba! El mar, para conmemorarnos, ha querido amanecer de un azul brillante y no cesa de florecer espumas. En cuanto al cielo, ¡es todo nuestro!

De noche, a los compases del Himno Nacional, que abre la fiesta, a la que todos acuden con los colores argentinos en el pecho, los ojos se empañan de incontenible y ardiente humedad de lágrimas. Nos sentimos más buenos, más justos y más dignos: más capaces de una acción generosa.

Marcha de San Lorenzo: esta marcha militar argentina, es quizás, una de las más celebradas y difundidas. La compuso Cayetano Alberto Silva y apareció, dedicada al general Richieri, el día 1º de

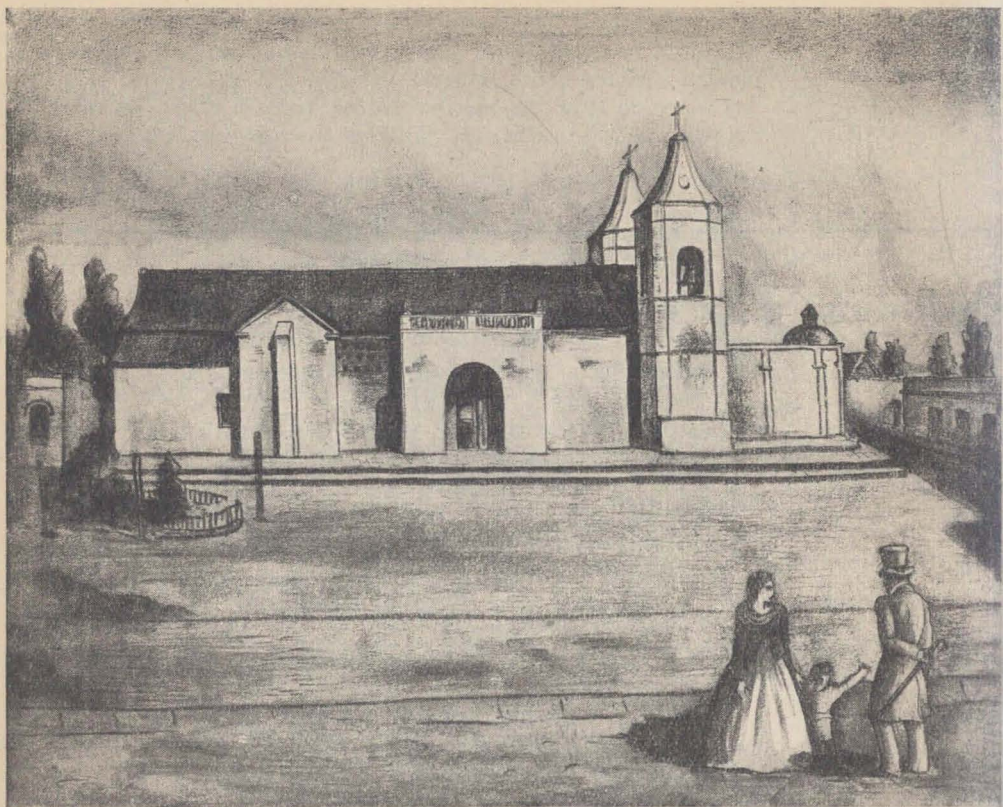
enero de 1902. Su autor, que fué maestro de banda de varios regimientos de infantería, falleció en la ciudad de Rosario el día 12 de enero de 1920. La marcha de San Lorenzo forma parte del repertorio de muchas bandas militares de países extranjeros.

Mendoza y la catástrofe del año 1861.

Lo primero que supe de Mendoza fué su aislamiento. Primero que nada, ese montón de cenizas. Templos reducidos a polvo, y plazas de traspasadas multitudes sin hogar: tales las primeras visiones. Todo eso en las narraciones familiares, en la palabra viva de los padres, que allá vivieron y allí alcanzaron a escuchar, todavía horrísono, el eco de la catástrofe. La madre contaba episodios que las propias víctimas le narraron.

La cosa siniestra había sido el 20 de marzo de 1861. La cosa siniestra había sido a las 18.30 horas, acabando de entrar la noche. Mendoza no resistió ni un minuto al cataclismo: toda se vino al suelo como hecha de naipes. La gente de un momento a otro se encontró sin ciudad y sin casa; lo que se dice en un pestaño. A poco, la rotura de las instalaciones del gas determinó por todas partes el incendio.

Ardían las ruinas por los cuatro costados. No había más luz en la noche que la de esas hogueras: teas funerarias sobre la ciudad deshecha. Después sobrevino con la obstrucción de los canales, la inundación. Mientras tanto no se apagaban las llamas.



Ocho días duró el fuego; no se sabe cuántos, el humo. Hedores irrespirables brotaban de entre las ruinas. Diez mil muertos se hallaron bajo los escombros. La cosa siniestra había sido el 20 de marzo de 1861.

Eso fué lo primero que supe de Mendoza: su asolamiento; pero también su resurrección.

Contáronme después que las calles de la nueva ciudad se hicieron muy anchas para burlar a la muerte en las nuevas catástrofes — ¡pluguiese, pluguiese a

Dios que no las hubiere! —; y de todo esto surgía una formidable lección de coraje ante la fatalidad, que convertía a Mendoza en un claro símbolo argentino.

Y así surgió luego Mendoza, más bella, más fuerte y más grande.

El día 20 de marzo del año 1861, la ciudad de Mendoza fué sacudida a las 9.10 de la noche, por un terremoto. La mayor parte de sus edificios se derrumbaron y perecieron debajo de sus escombros 10.000 personas. A esa gran catástrofe le siguió el incendio y la inundación de la ciudad. — *Asolamiento*: destrucción, ruina. — *Horrisono*: que con su sonido causa horror, espanto. — *Siniestra*: funesta. — *Cataclismo*: gran trastorno. — *Teas*: antorchas. — *Obstrucción*: impedimento para el libre paso del agua. — *Hedores*: olores repugnantes. — *Resurrección*: acción y efecto de resucitar.

A Tucumán

¡ADIÓS!

Fuga de colegiales... Colegiales del último año del Colegio Nacional de Córdoba. Por otro nombre, peregrinación a Tucumán. Peregrinación estudiantil para celebrar en la Casa Histórica el día grande de la Independencia. La prensa de Tucumán ensayará nuestra primera especificación: llegaron los peregrinos cordobeses. Los peregrinos... Será muy encantador oírse llamar peregrino.

Ya nos vamos. Para muchos, es el primer viaje largo por ferrocarril; el primer viaje con camarote; el primer viaje con billete con cama; el primer

y aunque juzgamos que todo el mundo lo sabe, quiéramos repetir con insistencia, hasta lo inútil, que ahora estamos de viaje a Tucumán; de viaje sancionado con fuerza de ley. Si nos acodamos en la ventanilla mirando el campo, esa mirada que paseamos por las extensiones va diciendo a las cosas, a los seres y a los elementos — a la vaca pensativa, al trigo que ondea, al carricoche que rueda por la carretera, al viento, a la luz —: “Adiós, adiós, adiós. ¡Nos vamos, nos vamos a Tucumán!”

Vamos a Tucumán en peregrinación que nos parece histórica. Uno entre nosotros será el orador de la caravana, el que elevará su palabra de fuego en la Casa del Juramento, hombreándose con gente seria y oficial. Será oído por los manes de la independencia argentina. Penderá de su palabra la atención de muchos centenares de ciudadanos.

Todo esto se considera y calcula, mientras la fantasía se pierde por la llanada. De pronto el paisaje cambia. Pero no es que asomen las primeras lozanías del jardín tucumano. El paisaje, más que de aspecto, cambia de color. Después la poca arboleda desaparece. Del árbol hemos pasado al matorral, y la tierra se ha vuelto monda y calva, sin un arbusto, erizada de una que otra mata acá o allá. La tierra se ha ido volviendo negra. El suelo trasuda una leve humedad. Se diría que el suelo está llorando. Brilla al sol esta humedad sobre la abierta superficie. Brilla la humedad como en láminas de plata sobre la tierra negra. Y no acabamos nunca de atravesar esta tierra de so

ledad y de silencio, bañada de una menlancólica agua que espejea extrañamente al sol de la tarde... Es un desierto de sal el que atravesamos. Son las Salinas Grandes las que vamos cruzando. Acaso, acaso un escenario de espectros. De noche es impresionante hollar este proscenio de la nada, de la blanca nada. El ruido de la sal va siguiendo los pasos del que se aventura: el ruido de las moléculas de la sal que el viento hace rodar sobre la lisa superficie salada. Día y noche se alza el ruido misterioso de la sal por esta llanura, no bien sopla una ráfaga. Y si de noche la sombra nada sabe, de día una blancura se confunde con otra, y tampoco se ve lo que sea. Otras veces, cuando el viento sopla con fuerza, flota el polvo de la sal en el aire. Y es otro espectro invisible. Invisible y maléfico: sus impalpables átomos hieren los ojos o se pegan en el paladar y abren sutiles llagas.

Por esos confines fuimos dejando la provincia de Córdoba.

EN TUCUMÁN

Al otro día, Tucumán. La fuga de colegiales, la estudiantina, la peregrinación patriótica ha llegado. Abrazos de confraternidad en el andén lleno de voces. Después, la ciudad bañada en luz matinal. La población toda ojos, nos ve pasar en los fiacres abiertos. Si en Córdoba hacía frío, aquí calienta el sol. Da gusto de todas maneras, posesionarse de una ciudad como ésta, limpia, clara. ¿Y esa calle? La calle

Muñecas. ¿Muñecas? Tiene gracia el imprevisto nombre del prócer. ¿Y esta otra calle? La calle Crisóstomo Alvarez, que todos llaman familiarmente la calle Crisóstomo por su mero nombre de pila. Esta familiaridad con una calle, esta cosa de “che” y de tuteo con ella, es acaso el primer detalle realmente típico que advertimos en la ciudad conquistada.

Hotel. Para muchos peregrinos, es una novedad absoluta trasponer el umbral de un hotel en calidad de huéspedes. Importancia personal al penetrar en el vestíbulo. Gran importancia al elegir habitación. Gran importancia personal dentro y fuera del hotel. En los diarios de la mañana están nuestros nombres y apellidos. Altísima cotización social. No acabamos de arribar, y ya tenemos invitaciones para bailes y tertulias. Grande, solemne importancia personal al tender al gerente la tarjeta para el tarjetero.

Tardes abanicadas de naranjos en la plaza de Tucumán. Tardes fragantes. Tardes que viste de blanco el azahar. Las niñas de sociedad van y vienen de un extremo a otro por un solo costado de la plaza, hasta que entra la noche. Es la retreta. La retreta que marea con su vaivén. Y en todo lo que se oye, mareo también. Mareo de tonada tucumana. Música esdrújula que canta en todas las palabras con una dulce arrobadora cadencia.

De pronto, solo, elegante, muy hidalgo, viva la pupila, pálida la tez, fiero el bigote, ancho el sombrero, ensortijado el cabello, todo de negro, un poeta: don Ricardo Jaimes Freyre. Inclinaciones y cabezas

descubiertas a su paso. Es la ciudad que lo saluda en la gracia de sus mujeres y en la devoción de sus varones. Es el maestro de literatura de esas generaciones en flor. Por la virtud de su enseñanza hay bardos jóvenes que hacen versos y los dicen con portentosa memoria y cálido acento, cuando la plaza tan poética se queda sola. Por la virtud de su doctrina, resucitan para Tucumán las fiestas de la poesía.

Al día siguiente, nos iremos, no lejos de la ciudad, a conocer quebradas y valles de inolvidables verdos. Valles y quebradas de una luz vibrante y de unos horizontes inmensos. Valles y quebradas en que la selva tucumana le abre paso a la caña de azúcar, que se dilata a la distancia en grandes zonas de un maravilloso verdemar.

Matorral: campo inculto cubierto de matas y malezas. — *Mon-da*: limpia de árboles. — *Proscenio*: escena, lugar. — *Sutiles*: delgadas, tenues. — *Arrobadora*: encantadora. — *Cadencia*: cierta distribución agradable de acentos y pausas. — *Ricardo Jaimes Freyre*: ilustre poeta y escritor boliviano. Vivió muchos años en Tucumán, en cuyo Colegio Nacional fué profesor. Publicó en Buenos Aires, el año 1899, un libro de poesías titulado "Castalia Bárbara" que tuvo mucha resonancia. Más tarde, aparecieron otras obras de distinto género. Había nacido en Tacna el año 1863 y murió en la ciudad de Buenos Aires, el día 24 de abril de 1933. — *Verdemar*: color semejante al verdoso que suele tomar el mar.

Santiago del Estero

Ya estamos en Santiago del Estero. Es de noche. Respiramos un aire quieto y cálido, un aire re-

posado y hondo. En las calles ni un solo ruido. Lejos, solamente la voz estentórea de un niño vendedor de diarios. ¿Qué dice? Dice, debe decir *¡El Liberal!*, pero pronuncia *¡El Iberá!* Su voz se acerca: la voz alada del niño que trota en pos de su grito; la estentórea voz del niño que pasa corriendo por la acera, desalado en pos de un grito que deja escapar de los labios, diríase que sólo para correr tras él. *¡El Iberá!*, *¡El Iberá!* Después, nada.

Santiago es un regazo de leyenda y misterio. Por eso, apenas hicimos cosa más puesta en razón que dedicar una mañana a visitar los conventos de la ciudad.

Visitamos el convento de los mercedarios. Un frailecito de gran bondad nos recibe atentísimo. Es una sola blancura en su saya blanca; y pende pesado de su capilla el escudo de la Orden: corona del rey, cruz del arzobispado y barras de oro en campo de gules.

Estamos en un patio recogido, silencioso, familiar, encerrado por cuatro galerías y cercado de una verja de madera como un rústico jardín.

Ahí tratamos el misterio de los restos de Ibarra.
—Pero, ¿qué fué de ellos?

—No se sabe absolutamente nada — responde el mercedario. — Desaparecieron. Se ha removido todo, y no hay nada.

Después pasamos al convento de los franciscanos, a cuya ancha portería hemos llegado. Sale a abrir-

nos el hermano lego, orlada la frente de cabellos blancos, bien ceñido el hábito en el enjuto cuerpo, desnudo el pie, en la sandalia.

Muy solícito, nos hace pasar a la sala de espera. Nos envuelve un aire seco, sin olor ni alma; ese mismo aire seco, sin un solo ruido, que ahora envuelve a la ciudad que tuesta el sol. Reina un perfecto silencio de siesta; un perfecto silencio en que oímos sucesivamente el zumbido de una mosca, el silbido de un pájaro y el toque de corneta de un vendedor de helados. Después, la puerta que se abre, y el padre guardián que nos saluda, tan escaso de palabras como sobrio de ademán.

Lástima de escasez y de desgana, porque con él pasamos a visitar el oratorio de San Francisco Solano, el santo angelical de los indios y dulce apóstol del violín; y todas sus cosas, desde la casulla que le tejieron los aborígenes hasta el ventanuco de su celda, están pidiendo palabra efusiva y manos cordiales que, por así decirlo, remonten y ensalcen con unción la palabra.

Visitados los conventos, una familia nos dió albergue, y desde allí respiramos un inconfundible aroma cordial y hospitalario.

A todo esto había pasado el tiempo del lapacho florido, que se viste todo de rosa por agosto. Sus deliciosas flores habíanse deshecho al sol y al viento. En compensación, florecía el tarco de altos ramos lilas y estaban por madurar los algarrobos.

Gules: rojo vivo que se usa en los escudos. — *Ibarra, Juan Felipe*: guerrero de la Independencia y gobernador de Santiago del Estero. La guerra civil lo consolidó en el poder hasta el día de su muerte que ocurrió el 15 de julio de 1851. A sus restos se les dió sepultura "en el cementerio de la Merced, cuyo templo edificó por devoción". — *San Francisco Solano*: fué un franciscano español, nacido en 1549 y que vino al continente americano, durante la conquista española, a civilizar al indio. Por espacio de catorce años vivió en la región salvaje del Tucumán y el Río de la Plata, predicando el Evangelio. Vivió en Santiago del Estero, donde construyó una ermita. En lo que fué su celda, hoy se levanta un altar que lo presenta a Francisco Solano con los atributos que usaba en sus misiones evangélicas. Murió en Lima (Perú) el año 1610 y fué beatificado en el año 1675 e inscripto en el catálogo de los santos, el año 1726. — *Tarco*: árbol que crece en las selvas subtropicales y con cuya madera se fabrican muebles.

El viejo Paseo de Julio y la ribera.

En los comienzos se llamó Paseo de la Alameda; después, y hasta hace pocos años, Paseo de Julio; en nuestros días lleva el nombre de Leandro N. Alem.

Describámoslo como era, veinte años atrás, cuando se llamaba Paseo de Julio. Tengo aquí unos apuntes tomados allá por 1908; de ellos me serviré.

¡El Paseo de Julio! . . . Bien hallado sea . . . Todo él es como una ribera de la ciudad; ribera donde pulula una multitud de resaca. Debajo de sus arcadas, esta ribera tiene algo de interminable barracón. A cada paso hay una puerta, en cada puerta una covacha, en cada covacha un bazar, en cada bazar un mercader inverosímil. Pasan y circulan por allí, bajo aquellas arcadas claustales, todas las marinerías del mundo: todas las blusas, todas las gorras azules de todos los bergantines y gabarras sin otra patria que el mar. Relucen en los tenduchos,

ofrecidos en bandejas, inconcebibles objetos: todas las vituallas, toda la hojalatería, todos los trebejos y trastos, y toda la cacharrería del globo, entre percales y lienzos que asoman por los marcos de las puertas, y salen y se inflan rameados y floreados cubriendo y tapizando los muros a lo planta trepadora. Y entre la gente que circula, muchos se paran delante de unos grandes pizarrones borronados de tiza, llenos de cifras y nomenclaturas, en que constan las ofertas y demandas de peones para las cosechas.

A pocos metros de aquí, encontraremos el puerto. Sigamos hasta dar con él.

¡He aquí, por fin, el bosque de mástiles! El puerto, por fin alcanzado, es un asombro de buques, un susto de proas, una locura de banderas y una selva de palos, a cuya vera se levantan torpes las grúas como negros pajarracos sin nido. El puerto es el asedio y el bloqueo del mundo. Gran sol en rededor escamando las aguas. Olores lejanos. Raros. Olores de toda la tierra. Y no cien metros de muelle, ni doscientos, ni trescientos, sino más de una legua de muelle, en que los navíos de nombres hermosos se recuestan y agolpan, banda en banda, pegadas las popas y las proas, vueltos una sola cubierta, trocados en un solo puente, ofrecidos como en un solidario abordaje. Es la patria visitada por el mundo. En el homenaje del mundo a la patria, y es también, el mundo múltiple y rival reconciliado en la patria.

El 28 de noviembre de 1919 el Concejo Deliberante de la Capital Federal dió el nombre de Leandro N. Alem a la antigua ave-

nida denominada Paseo de Julio. Alem nació en la ciudad de Buenos Aires el 26 de febrero de 1842. Tenía 25 años cuando se recibió de abogado. Tuvo una destacadísima actuación pública. Fué un gran orador político; además, poeta y periodista. Murió trágicamente el 1º de julio de 1896. Su estatua se levanta en la intersección de la avenida que lleva su nombre y Maipú.

Ribera: margen del río. Se denomina así, también, la tierra cercana a los ríos. — *Puluta*: abunda. — *Resaca*: como los desperdicios que deja el mar en su movimiento. — *Arcadas*: conjuntos de arcos. — *Barracón*: corralón techado para depósito. — *Covacha*: cueva pequeña. — *Claustales*: galerías que cercan el patio de un convento. — *Marinería*: conjunto de marineros. — *Gobarra*: lanchón grande, de vela y remo usado para transporte. — *Vituallas*: conjunto de cosas necesarias para la comida. — *Trebejos*: utensilios de que nos servimos para algo. — *Cacharrería*: conjunto de loza ordinaria. — *Abordaje*: tocar una embarcación con otra.

Segunda Parte

Lecturas Históricas y Evocaciones

La tertulia de Manuel Belgrano.

Dos cafés había en Buenos Aires: el de los Catalanes y el de Mallcos. El café es un club revolucionario. ¿Quién entra ahí? Ese que entra es Manuel Belgrano. Cuando él se sienta en rueda de amigos hay un corro que lo escucha. Y no es un corro de señoritos. Quienes lo escuchan son los chisperos, como se decía entonces de los jóvenes exaltados y resueltos. Difícil será que no esté en esa rueda Rivadavia. Ya tiene más de veinte años don Bernardino. Abogado en ejercicio, pone sus ambiciones tan alto como el que más. Será por eso que es tanta la dignidad de su persona. Ahí está. Lo podemos distinguir entre cien, por el aire grave y la alta frente.

En esa rueda habla Belgrano, y por ventura el que más hondamente lo escucha es Rivadavia. Belgrano frisa en los treinta y dos años, y es lo cierto que nadie en la ciudad merece más que él la atención de los jóvenes. El futuro general argentino, por el momento no tiene nada de futuro general, a pesar de sus despachos de capitán de milicias. ¿Qué era, pues? Era un hombre de leyes que había visto mundo. Había estudiado en Salamanca, en Madrid y en Valladolid. Se aplicó al estudio dentro y fuera de las aulas; dentro, como aprovechadísimo alumno; fuera, buscando, como quien busca oro, la amistad de los "hombres amantes del bien público".

Ese era también su grande amor: el bien público. Y lo leía todo, en mira de ser útil a su patria algún día.

Pasan vanamente los años. Poco puede en el Consulado un paladín reformador; pero Belgrano sigue fiel a su ensueño. Fomentar la agricultura, animar la industria, proteger el comercio: he ahí los caminos del engrandecimiento rápido. La sala del Consulado es sorda a su palabra; pero los muros del café vibran y resuenan con ella. El café se llena con los ecos de su apostolado. No hay materia más útil que la agricultura; tan digna, que siempre fué la delicia de los grandes hombres. Vieytes asiente con la cabeza. Y Rivadavia escucha profundamente. Hacen rueda también, como contertulios o como chisperos, don Vicente López, don Esteban de Luca, don Matías Patrón, don Agustín Donado; Chiclana, el de la palabra inflamada; Paso, el de las destempladas impaciencias. Están todos, excepto Moreno que anda por Chuquisaca. Están todos, y no se pierde la palabra del prócer. Pero, tocante a las cosas de la agricultura, uno solo será el discípulo genuino, el que reciba la antorcha y alumbre nuevos senderos: Rivadavia.

Belgrano da definiciones precisas y enlaza sus verdades, unas con otras. “¿Qué cosa es comercio? Es el cambio de lo sobrante por lo necesario”. Pero, ¿cómo habrá comercio en el Plata si no florece la agricultura? Había que enamorarse de estos ideales.

En ambiente como aquel de la colonia, familiar,

casero, de un Buenos Aires aldeano, la palabra viva adquiere, quizás, un valor diferente de la palabra escrita. Por eso he querido figurármelo a Belgrano en el café con sus amigos. Yo no sé si necesito saber cuánto vale por su poder dialéctico o polémico una página de Manuel Belgrano. Pero bien se me alcanza cuánto puede en sus labios, y en aquel teatro silencioso, una sola frase suya, sentenciosamente dicha. En épocas como aquéllas, las palabras son relámpagos, y aunque nada sepamos de los espacios que alumbraron, nosotros, los que un siglo después oímos el último apagado rumor del primitivo trueno, jamás pondremos en duda su luminosa potencia.

Mas no nos olvidemos de Rivadavia. La palabra de Belgrano caía en su espíritu como una rica semilla en un fecundo surco.

Dignidad: excelencia, decoro. — *Por ventura*: por suerte. — *Frisa*: se acerca. — *Despachos*: títulos. — *Mundo*: *Ver mundo* es una frase equivalente a *viajar por varias tierras y países*. — *Dialéctico*: forma de razonar y maneras de expresar los pensamientos. — *Polémico*: capacidad para la controversia. — *Bien público*: la hacienda, la riqueza, el caudal, perteneciente a todo el pueblo. — *El Consulado*: esta institución colonial de Buenos Aires se creó el 30 de enero de 1794. "Se componía de un prior, dos cónsules, nueve conciliarios, un síndico, un secretario, un contador y un tesorero. Tenía el doble carácter de tribunal de justicia a cuyo cargo estaba "la más breve y fácil administración de justicia en los pleitos mercantiles, y de junta de protección y fomento del comercio en todos los ramos". Lecciones de Historia Argentina. Ricardo Levene. Tomo I, pág. 271. 1923. Fué su secretario don Manuel Belgrano, quien en tal carácter, debía leer anualmente una memoria sobre asuntos económicos. — *Apostolado*: campaña de propaganda. — *Contertulios*: personas que concurren con otras a una reunión o tertulia. — *Genuino*: puro, natural, legítimo, propio. — *López y*

Planes, Vicente: es el autor de la letra del Himno Nacional Argentino. Nació en la ciudad de Buenos Aires el año 1785. Fué Secretario del Primer Triunvirato y luego diputado en la Asamblea General Constituyente. Ejerció también la función de Ministro Secretario del Director Pueyrredón. Durante varios años, y hasta la caída de Rosas, fué Presidente del Superior Tribunal de Justicia. Estuvo a su cargo la gobernación de la Provincia de Buenos Aires. Falleció en el año 1856. — *Vieytes, Hipólito*: este escritor y político argentino nació en la Ciudad de Buenos Aires; aquí hizo sus primeros estudios. En reemplazo de Moreno, fué designado el 18 de diciembre de 1810 Secretario del Primer Gobierno Patrio. En su casa de la calle Venezuela se reunían los patriotas para preparar la Revolución de Mayo. Para promover la riqueza del país, fundó el periódico "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio", cuyo primer número apareció el 1º de septiembre de 1802. Vieytes falleció en el año 1815. — *Luca, Esteban de*: poeta argentino. Nació en Buenos Aires. Se educó en el Colegio de San Carlos. Actuó durante las invasiones inglesas como subteniente del 3er. Batallón de Patricios. Escribió himnos y cantos patrióticos inspirados en los triunfos de la Revolución de Mayo. En 1823 fué designado Secretario de la delegación que el Gobierno envió al Brasil. A su regreso, se embarcó en el bergantín "La Agenoria", y pereció trágicamente al naufragar la nave en los bajíos del Banco Inglés, del Río de la Plata, el 14 de marzo de 1824.

Mariano Moreno.

Moreno se va. Mariano Moreno — el primer meteoro de nuestra revolución — debe extinguirse en el mar. Pero como en la plácida aldea de Buenos Aires poquísimos son los que saben algo profundo sobre Moreno, las gentes se entretienen, superficiales y ligeras, comentando la partida.

Algunos se atreven a preguntar:

—Pero, ¿por qué se va Moreno?

Las respuestas se bifurcaban hacia dos metas: la conveniencia personal; el sacrificio a la patria.

Y la gente hablaba de ciertos presagios fúnebres. Y era que daban en decir que no volvería...

Una noche, aun no embarcado Moreno, he ahí que llaman misteriosamente a la puerta de su casa y una persona desconocida entrega un paquete sellado. Va dirigido a la señora de Moreno y contiene dos prendas: un abanico de luto y un velo negro. El anónimo billete adjunto dice así:

“Mi estimada señora:

“Como sé que va usted a ser viuda, me tomo la confianza de remitirle esos artículos que pronto corresponderán a su estado”.

Y no faltaban quienes dijese que Moreno sería asesinado por cuenta y orden de sus mortales enemigos...

A todo esto, había llegado el día de partir. Parece que entre suspiros y tristes silencios confesara varias veces una secreta inquietud: “No sé qué cosa siniestra se me anuncia en mi viaje”.

*

* *

De conformidad con todos estos signos, los presagios se cumplieron, El 4 de marzo de 1811, a la hora del amanecer, a los 28° 27' Sur, en la inmensidad del océano, Moreno cerraba sus ojos. Alto el sol, el pabellón inglés era izado a media asta. Más tarde, descargas de artillería anunciaban a los mares la muerte de un héroe. Al declinar el sol el cuerpo era arrojado a las olas, amortajado en la

bandera británica: que la nuestra no era aún nacida, si bien, con la muerte de Moreno fué como revelada por primera vez, en aquel bello cielo paseado de nubes y en aquel mar azul galopado de espumas.

Mariano Moreno: nació en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1778. Estudió en el Colegio de San Carlos. Después se trasladó a Chuquisaca, en cuya Universidad, cursó Derecho. Ya doctorado, se instaló en su ciudad natal. Aquí ejerció su profesión de abogado. El 30 de septiembre de 1809, suscribió la célebre "Representación". Fué elegido en 1810 secretario de la Primera Junta de gobierno. Fundó la Biblioteca Nacional y la "Gaceta", órgano oficial del primer gobierno patrio. — *Presagios*: señales que indican o anuncian un suceso. — *Anónimo*: escrito en que no se expresa el nombre del autor. — *Siniestra*: infeliz, aciaga, funesta. — *Pabellón*: bandera nacional. — *Amortajado*: cubierto con una mortaja, lienzo en que se envuelve el cadáver.

La casa colonial.

Vamos a describir una vieja casa colonial. Elegiremos la del virrey de Sobremonte, en la ciudad de Córdoba.

CASA PARA EL VIRREY.—

No sólo el virrey de Sobremonte, sino a su lado todos los virreyes que fueron, tienen casa en Córdoba. Podrían levantarse de sus tumbas y continuar viviendo la misma vida de antaño.

Por si esto aconteciere, todo ha sido dispuesto con un cuidado extremoso en la casa colonial. Nada falta. Nada sobra. Está en ella todo el pacífico mundo doméstico del siglo XVIII.



BALCÓN.—

Se ven primero, mirando desde la plaza mayor hacia la parte del Este, unas paredes lisas y unas estrechas ventanas de reja. Se ve también un balcón voladizo.

Por un instante nos sentimos vivir en la paz aldeana de la Córdoba de mil setecientos y tantos.

Por un momento creemos que se asoman al balcón sombras redivivas.

—Pero no es cierto.

ZAGUÁN.—

Zaguán es éste, de vieja casa ilustre. Podría llamársele *zaguán de los anchos poyos de piedra*.

Predominan en la bóveda del techo, como únicos motivos de adorno y decoración, recuadros y hojas de palmera.

Hay un farol de hierro. Comprendemos que cuando se hace de noche, su pobre luz apenas brilla.

PATIO.—

Ved aquí el lindo patio cuadrado, empedrado de piedra bola. Caen a él las rejas andaluzas del comedor y de la sala.

En el centro, se alza un granado florecido.

Respiramos esta alegría.

ESCALA.—

En aquel rincón del patio está la escala. Sube pegada al muro. Protégela una obscura galería. Hay una campana en el descanso. No nos animamos a tañer.

Vemos, no lejos, un hachón. Pensamos lo que será su fulgor por estas bóvedas en noche de tormenta.

BIBLIOTECA.—

Adueñémonos de la casa y del espíritu de su tiempo. Los libros están aquí. Ahora bien; los libros de una época son su alma misma.

Entremos a la sala de lectura. Magnífico es el escritorio de caoba, el de los cajones torneados. Hay un mapa en el muro: el mapa de la América Meri-

dional: el de don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla. Al otro extremo están los libros.

COMEDOR.—

Como en los cuentos, el comedor está listo. Me gusta la mesa de *orejas de perro* y de patas de cabra. Y la cómoda de marquetería. Y el sillón de vaqueta estampada, en cuyo respaldo se ve el antiguo Cabildo de Buenos Aires.

A la mano tenemos la jícara. A la mano, el botellón de cobre. Y de este lado el vaso de cuerno. Y de este otro, el vaso de palo santo.

Sobre la consola está el reloj inglés, con sus siete piezas de música.

DORMITORIO.—

Sobre la tarima, la inmensa cama de dosel. En el rincón más próximo, el enorme quitasol de seda escarlata con que iba orondísima su dueña a la misa de la Compañía.

¡Qué cosa! De este arcón que aquí veis, sube un inconfundible olor a siglo XVIII.

SALA.—

Mas ved la sala de las audiencias, el salón de las visitas de abolengo. Subamos al estrado. Ocupemos el sillón señorial. Aquí está la característica mesa de los estrados; la mesa retacona y pigmea de los sorbetes.

Y aquí están los velones. Y aquí los tapices regionales teñidos de tintura vegetal. Y aquí en el rincón el arpa abandonada. Y aquí el espejo que

mira y no recuerda lo que miró, el espejo que recoge y borra lo que recogiera.

EL TESORO.—

¿Y esta arca poderosa y pesada? Y este arcón de recia madera guarnecida y claveteada de hierro?

Este era el arcón del tesoro oficial, en años del gobierno de Sobremonte, que fué, como sabéis, gobernador intendente.

¡Arca del tesoro! ¡Tres llaves la cerraban! Una que tenía el procurador general; otra que no salía del poder del secretario; otra que llevaba consigo el tesorero. Para abrir o cerrar, los tres funcionarios se reunían, solemnes y meticulosos.

TESTIMONIO.—

Esta casa que llaman del virrey Sobremonte no fué nunca suya.

Mandóla edificar en el primer tercio del siglo XVIII una rica y linajuda señora, una Ladrón de Guevara. Más tarde pasó a ser propiedad de Don José Rodríguez, comerciante que tuvo en la esquina bajo el balcón voladizo, negocio de lencería. Compróla luego la Junta de Temporalidades y mero inquilino suyo fué el señor Gobernador Intendente, Marqués de Sobremonte.

Ahora, en cambio, aquella casa es “la casa del Virrey”.

Voladizo: que sobresale de la pared del edificio. — *Poyos*: bancos de piedra que generalmente se fabrican arrimados a las paredes, junto a las puertas de las casas en los zaguanes. — *Hachón*: especie

de brasero alto, fijo sobre un pie vertical y que servía para encender materias inflamables. — *Juan de la Cruz Cano y Olmedilla*: Grabador español de láminas que vivió en el siglo XVIII. Son notables sus colecciones de estampas, mapas y cartas geográficas. — *Jicara*: pequeña vasiya de loza que sirve especialmente para tomar chocolate. — *Arcón*: caja grande; su tapa asegurada con bisagras, se cierra por delante mediante una cerradura o un candado. Generalmente es de madera sin forro interior ni exterior.

Cómo se viajaba antaño al interior.

¿Quieren ustedes tomar conmigo una galera, como se llamaba entonces al carruaje de posta, y aventurarse en mi compañía, rumbo a Córdoba, por esas llanuras desiertas de la patria, al desbocado galope de los caballos, fustigados sin cesar por el ágil postillón? Días y noches cruzaremos con fatiga el desierto, abrumado por la inmensa soledad. A las cansadas, encontraremos alma viviente que nos alcance un mate, o nos sirva de comer, o nos apronte catre para pernoctar. Mas de hallar a alguien, más fácil será que hallemos, en algún puesto de guardia, al teniente de campaña, ignorante y tímido, que leerá con desconfianza ladina el inseguro papelucho de nuestro pasaporte.

Por esos campos vivía, indolente y díscolo, el gaucho malo de la pampa. Si acaso necesitaba carona o pellón para su montura, carneaba en seguida al animal de su conveniencia, sin preguntar de quién era. El churrasco de su almuerzo costaba una res al día. Comido su asado, continuaba la marcha nómada. Lo demás quedaba para podredumbre.

Blanqueaban por los trebolares las osamentas de sus desperdicios.

Se divertía en el pago en jugar a la taba, en beber y en cantar. Si le buscaban pendencia se dejaba encontrar de buen grado. Si lo querían por las buenas, también se dejaba encontrar, porque era blando de corazón aunque duro de pellejo.

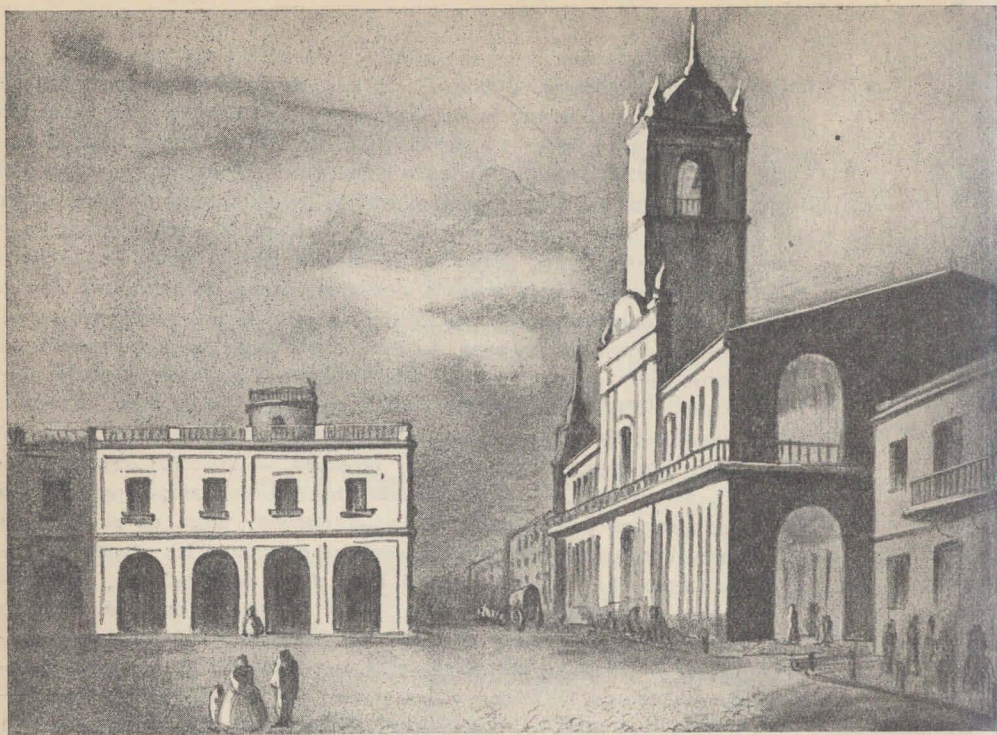
Y solía ocurrir por día de algún santo milagroso, que se organizara baile; y muy de bota lustrada los enganchados, y muy de limpio percal las muchachas, y muy de rebozo nuevo las viejas siempre casaderas de la fiesta criolla, rompía a zapatear el gato con relaciones, o hacía donaires la forastera zamba en que la niña mueve con abandono el pañuelo.

Pero hemos llegado a Córdoba.

De etapa en etapa, tras una decena de días, después de cruzar muchos ríos, como en los cuentos, vemos por fin alzarse, rodeada de tristes barrancas, la siempre doctísima ciudad de Córdoba, con sus torres, sus cúpulas, sus miradores y su cinturón de ranchos.

Galera: coche grande para transportar personas, de cuatro ruedas y de asientos, con elásticos, cubierto de madera, con ventanillas laterales y pescante. Algunas de estas galeras o diligencias que se utilizaban fueron traídas al país hacia el año 1857 de los Estados Unidos de Norte América. Estos vehículos iban a Rosario, Mendoza, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Salta. Las tres que trajo don Timoteo Gordillo recibieron el nombre de Iniciadoras. Estas se conservaban en el Museo Histórico Nacional, pero por decreto del P. Ejecutivo se cedieron al Museo Histórico de Luján,

donde existe una colección histórica de transporte que cuenta con cuarenta vehículos. — *Posta*: conjunto de caballerías apostadas en los caminos a distancia de dos o tres leguas, para que, mudando los tiros, los correos y otras personas no tengan tropiezos en el viaje. — *Postillón*: mozo que va a caballo delante de los que corren la posta, o montado en una caballería de las delanteras del tiro de un carruaje, y sirve en el primer caso para guiar a los caminantes y en el segundo para llevar en buena dirección el ganado. — *Catre*: cama para una sola persona que tiene lecho de arpillera, lona o cuerdas entrelazadas y armazón compuesta de dos largueros y cuatro pies cruzados en aspa. — *Pernoctar*: pasar la noche en alguna parte, fuera de su domicilio y especialmente viajando. — *Taimado*: astuto, disimulado, hábil para engañar. — *Ladina*: astuta, sagaz. — *Pasaporte*: licencia por escrito que se da para poder pasar libremente. — *Indolente*: perezoso. — *Discolo*: avieso, indócil, perturbador. — *Gaucha malo*: hombre de campo, pendenciero que provoca peleas sangrientas. — *Carona*: pieza de suela o de cuero crudo, generalmente labrada que cubriendo las caronillas (tela gruesa que se pone sobre el lomo de la cabalgadura), va inmediatamente debajo del recado o basto. — *Pellón*: cuero de carnero que conserva la lana y que se coloca sobre la montura de la caballería. — *Nómade*: sin rumbo fijo. — *Podredumbre*: calidad dañosa que toman las cosas y las pudre. — *Trebolares*: terrenos cubiertos de trébol. — *Osamentas*: conjuntos de huesos que forman los esqueletos de los animales. — *Pago*: región en el campo, donde ha nacido, se ha criado o hace mucho tiempo que vive el paisano. — *Taba*: (astrágalo). Hueso corto en la parte superior y media del tarso y articulado con los huesos de la pierna y que sirve para un juego, la taba, muy difundido entre los campesinos. — *Enganchados*: Gendarmes. — *Zapatear*: dar golpes en el suelo con los pies calzados, haciendo con ellos cabriolas y mudanzas con la punta y el talón. — *Gato*: baile muy difundido en el campo. Suele bailar lo una pareja o dos, solamente danzando o bailando y cantando a la vez. De ahí las dos clases de baile: gato corrido y gato con relaciones. Este baile comenzó a ser bailado por los gauchos allá por el año 1830.



Evocación.

El buen vecino de aquellos primeros años de la patria, salió de San Francisco en la linda mañana de invierno. Saliendo de San Francisco hacia el Colegio — el Colegio, por antonomasia — pensó cuán finamente acababa *El Argos* de bautizar a la manzana toda, “la manzana de las luces”, por su biblioteca pública, por sus academias de dibujo, de francés y de inglés, por su Universidad, por su escuela de Láncaster, por su famoso templo de San Ignacio... Después entró a comprar rapé extran-

jero en el almacén del polvillo habano y del tabaco de hoja, allá en la esquina.

Caminó luego hasta la calle de la Defensa y entró por ahí a la plaza mayor. Olía, o mejor dicho, hedía a comistrajos la Recova. Negras que vendían pasteles con miel, y negros que ofrecían roscas de maíz, con los canastones en la acera, lo saludaron a coro — que era persona conocida — sentados en cucullas sobre un suelo cubierto de cáscaras de naranja. Fué milagro pasar. Más allá, bajo los soportales, aquellos armatostes que llamaban las bandolas (y *bandoleros* a sus dueños), especie de estanterías portátiles, mostraban al transeúnte su carga-zón de trapos y baratijas entre rosarios, escapularios e imágenes. Mas no era aún la hora de las compras. Poca gente y poco tráfico. Apenas si entre la Recova y la Pirámide cruzaba la plaza una lenta carreta de bueyes al chirriar de las llantas. Por la esquina del Cabildo salían arrastrando grillos unos desarrapados presos seguidos de un centinela. Iban a los trabajos forzados del radio urbano: que cegar una zanja, que echar cascajo en una calle. Ese lado del Cabildo correspondía a la cárcel. De allí partían precisamente, a tiempo que pasaba el buen vecino, unos clamores que no por siempre oídos dejaban de perturbar el ánimo. Eran ayes y gritos que profesían ciertos esclavos a quienes la policía azotaba por petición de los amos, como en el cumplimiento de una función social naturalísima.

Torció después por la calle de las Torres ya en camino derecho a su casa, sita en el barrio de

San Miguel. De los comercios inmensos, cuadrados, con algo de enormes patios, salía un vaho de humedad entre un espeso olor a géneros.

Siguió andando. Por una esquina dobló un desdichado — ¿mendigo?, ¿loco? — a quien hacía escolta una pandilla de gandules. Era Carancho, el loco típico de la ciudad, popular hasta todos los escarnios de la popularidad vuelta ludibrio. Verle los perros, y ladrarle y amenazarle, y jugar a morderle, todo era uno. ¿De qué vivía Carancho? Difícil saberlo. Pedía limosna de puerta en puerta, pero lo arrojaban perros de zaguán en zaguán. Y después no querían que gritase denuestos con una boca de infierno.

*

* *

Como era sábado, pululaban por la ciudad los vendedores. Se paraban a proferir estentóreos pregones en los umbrales:

—¡Chicha! ¡Tortas!

En el almacén inmediato una chinita descalza urgía al pulpero con voz chillona:

—¡Vamos, pues! Una muestra de aguardiente y una botijuela de aceite sevillano...

Acabada la acera, fué trance imposible pasar. Allí mismo comenzaba un pantano de cuadra y media, formado con todavía recientes lluvias. Los mendigos a caballo, y sólo ellos — una verdadera institución porteña — se aventuraban por esos charcos sin límites, exhibiendo en alto el certificado del

cura o del alcalde. Un pordiosero de los de a caballo andaba justamente a esa hora chapaleando barro, pidiendo de portal en portal, medrando como podía. Orilló el buen vecino la inmensa charca hasta dar con el vado, que lo había de endebles y mezquinas tablas.

En la opuesta acera vió un caballo enjaezado: la cabalgadura del médico. ¿Quién estaría enfermo en el barrio? Este era uno de los pocos hechos importantes de la ciudad de entonces. ¡Ah, ya! En casa de los mendocinos. Entraría en el acto. Anduvo a saltos por unas piedras y estacas, cumplió varias proezas más, y al fin se encontró ante la puerta del caserón. Dos anchos patios y una huerta se veían desde el zaguán. Salió el perro doméstico a festejar la visita y fué cosa de muchísima diplomacia zafarse de él.

*

* *

Lo hicieron entrar a la sala del recibimiento; pero como se restregara las manos agarrotadas del frío, hicieron pasar al comedor, siempre más tibio. Debíó atravesar todos los aposentos: blanqueadas las paredes; de ladrillo, pero alfombrados, los pisos, y en lo más penumbroso de cada alcoba el humo soñador, sutil, sedeno, de los pebeteros. Y como un alma que flotara en el aire, el característico olor de las casas porteñas: a viejos arcones, a gastados tapices, a fragantes maderas.

La señora estaba grave. Ya era venido el sa-

cerdote. Había sido cosa repentina, únicamente sabida de poquísimos parientes. Quiso averiguar más el vecino. Pero lo dejaron solo, no sin acercarle antes el anafe o braserillo de barro para que se calentara los pies. Junto al anafe, vino a dormir placenteramente el gato de la casa, y a poco roncaba dulce y profundamente.

Del casi desnudo huerto vecino, llegaba, ora sí, ora no, el lamento de la hojarasca.

* *

*

El confesor y el médico salieron juntos: el médico sin curar y el sacerdote sin tiempo ni para administrar los óleos: tan de prisa se había de ir al otro mundo la enferma. Confesor, médico y vecino filosofaron sobre la nada del vivir y ese arribar tan callado de la muerte.

En la casa de enfrente — ¡oh contrastes de la vida, motivo también de reflexión! —, en la casa de enfrente, la niña que daba lección de piano y canto con un maestro moreno, cantaba que más cantaba, como si tal, como si la muerte no fuera cosa de este mundo, los versos de moda, aquellos de la zarzuela de “El abuelo y la nieta”:

*Mis pucheritos,
mis suspiritos,
mis lagrimitas
empapaditas
en este lienzo
podrás mirar...*

El buen vecino declaró que se marchaba. Iría a llevar la primicia de este inesperado óbito por todas las casas de su amistad.

Salió. Iba contento de su importancia. Iba contento. Y canturreaba:

*Mis lagrimitas
empapaditas
en este lienzo
podrás hallar...*

Comistraje: mezcla extravagante de manjares. — *Bandolas*: armazón provisional. — *Cascajó*: fragmentos de piedra. — *Ludibrio*: desprecio, mofa. — *Denuesto*: injuria grave. — *Pululaban*: abundaban. — *Estentóreos*: con acento muy fuerte. — *Pregones*: publicación de una cosa, hecha en voz alta para que todos la sepan. — *Chicha*: bebida alcohólica que resulta de la fermentación del maíz en agua azucarada. — *Charca*: agua detenida en el terreno. — *Enjaezado*: cabalgadura con adornos de cintas en las crines. — *Penumbroso*: con abundancia de penumbra. — *Sedeño*: semejante a la seda. — *Pebetero*: perfumador. — *Arcones*: cajas grandes de madera. — *Anaje*: hornillo portátil de hierro o barro. — *óleos*: sacramento de la extremaunción que se da a los enfermos graves. — *Primicia*: primera noticia. — *óbito*: fallecimiento de una persona. — “*La manzana de las luces*”: denominó así a esta manzana, “El Argos” en la página 138 del año 1821. “En esa manzana se establecieron la Legislatura, el Crédito Público, el Departamento Topográfico de Ingenieros, nombres desconocidos hasta aquella fecha en nuestro diccionario político y administrativo. Aquella manzana había servido de huerta de hortalizas para la mesa de una comunidad religiosa hasta el año 1767, y después se edificaron en el mismo terreno las casas de temporalidades para proporcionar con sus alquileres la renta necesaria al sostén de los establecimientos de beneficencia fundados por el virrey y el Cabildo de Buenos Aires.” “Juan Cruz Varela, su vida, sus obras, su época”, por Juan María Gutiérrez. “La Cultura Argentina”, 1918, pág. 191.

Pidiendo asilo.

Una noche tocaron al portal de la casa de los monjes recoletos.

¿Quién podía ser a esas horas, en aquel proceloso año de 1818, por tal descampado? Marcaba el relojazo conventual las diez y media; mas la noche era de invierno, y con esto parecía mucho más tarde aún. El cielo anocheció borregoso y soplaba un viento bramador. De nuevo resonó un campanillazo. Alguien llamaba, sí, con urgencia. Había que salir a ver. El lego tomó un farolillo y enderezó por la galería.

—¿Quién es?

—Un náufrago.

—¿Qué pide?

—Confesión.

¡Confesión!... Pero eso dicen todos a media noche, hasta los bandidos y traidores a Dios, al golpear en la portería de una casa de frailes. El lego se sobrepuso al temor, y abriendo, miró a la luz de su farolillo. Había en el umbral un hombre hecho sopa que tiritaba de frío en la noche de invierno.

—¿Su gracia, hermano?

Dijo ser el doctor don Pedro José de Agrelo.

¿Cómo? ¿Y no estaba desterrado el doctor Agrelo por orden del señor Director? Sí, sí y otro sí. Pero él era el mismo doctor Agrelo y preguntaba con instancia por el reverendo padre Castañeda.

El lego entró con las nuevas. Miráronse los religiosos, unos a otros.

—Que pase — dijo el prelado.

Era en efecto el doctor Agrelo. Periodista y jurisconsulto de los de Chuquisaca; redactor que fué de *La Gaceta* y juez sumariante en la famosa conjuración de Alzaga, y, para más alto honor, miembro de la gran Asamblea del año 13. Contaba ya 42 años, y muchos trabajos por la patria tenía cumplidos, incluso ese destierro a Norte América de donde volvía jugándose la vida, pidiendo asilo entre los monjes recoletos, a medianoche, en el desamparo de aquella negra costa azotada del río y del viento...

Contó el episodio del naufragio. Llegado su buque a la rada, traspasáronle a un bote en la obscuridad. Bogaron hacia la orilla. Después se levantó viento recio, anduvo a tumbos, zozobró, cayó al agua, y con la ayuda del Señor, logró ganar la ribera. Por eso estaba ahí, empapado, tiritando, pidiendo socorro.

Recoletos: religiosos que practican ciertas costumbres muy severas. — *Proceloso*: este adjetivo está usado en sentido traslaticio y significa borrascoso, tormentoso, tempestuoso. — *Conventual*: perteneciente al convento. — *Borregoso*: cubierto el cielo de nubes blanquecinas y revueltas a modo de vellones de lana. — *Bramador*: que produce ruido grande. — *Lego*: que no tiene órdenes clericales. — *Conjuración*: movimiento hecho contra la autoridad. — *Episodio*: incidente; un conjunto de sucesos enlazados con otros. — *Rada*: bahía, ensenada, donde las naves pueden estar ancladas al abrigo de algunos vientos. — *Recio*: veloz, impetuoso. — *Zozobró*: perdióse la embarcación por la fuerza y contraste de los vientos. — *Pedro José Agrelo*: fué éste uno de los abogados de mayor reputación que actuó en la época revolucionaria. Nació en Buenos Aires, el día 28 de junio de 1776. Se educó en el Colegio de San Carlos y

pasó a la Universidad de Chuquisaca donde se doctoró. A su regreso, escribió en la "Gaceta". Fué juez. En el año 1818 lo deportaron. Después de su destierro, fué profesor de la Universidad, auditor de guerra y ministro. Falleció en Montevideo el 23 de julio de 1846, donde, años antes, perseguido por Rosas, se había radicado.

Viejas estampas porteñas

La primavera es un maravilloso regalo en Buenos Aires. Da gusto andar por la ciudad, que huele a flores... Da gusto ver en los jardines fronteros, con piso de mármoles blancos y negros, a las lindas niñas, regando sus diamelas, sus rosas, sus claveles; si es que no lo hacen muy andaluzas en la ventana de rejas que da a la calle. ¡Y de noche! De noche se sacan las sillas a la acera y se toca la guitarra y se entonan vidalitas. Pero no salgamos del centro, porque fuera de su radio cunde un detestable olor a fritura. En las esquinas de las afueras el ancho brasero y la humeante sartén se roban respectivamente la acera y la atmósfera.

*

* *

Triunfó la primavera, y hasta se abrasa y agosta ahora, 8 de diciembre, a los soles del inminente verano. Es el día de la Inmaculada Concepción, fecha que inicia en Buenos Aires la estación de los baños. Conforme se pone el sol, van llegando al río las familias por la bajada de los mercedarios, seguidas de la servidumbre. El sol se oculta detrás de la



ciudad. Bulle en la ribera, abigarrada multitud femenina. Obscurece.

Las porteñas se visten de bañador y entran con desconfiado pie al agua. El agua está fresca y sin brillo. En el aire dulce y pálido se desdibujan los contornos de los bañistas. Ésta canta. Aquélla lanza un grito. La otra arroja agua con las manos alegres. Huye el tiempo. Se dijera que huye en el viento del río. Ahora reina completa obscuridad. Ahora las últimas risas se pierden, sueltas, laxas, en el triste rumor de las anochecidas olas... Como no hay luna, las esclavas, en la ribera, encendieron cien

farolillos a vela de sebo. Ya se visten a su amortiguada luz las porteñas. Ya salen alborozadas en grupos. Ya suben la cuesta de los mercedarios. Ya vuelven a sus casas. Ya ríen a la noche, la cabellera a la espalda, las canciones al viento...

Por la noche habrá alguna tertulia. Ignoramos si en casa de Escalada o de Riglos, de Alvear o de Oromí, de Barquín o de Soler, de Sarratea o de Rondeau. Conocemos, a través de algunas obras esos salones familiares.

La casona del baile es inmensa. Desbordan los jóvenes en el ancho zaguán. Se instalan en los sillones y sofás las señoras. El salón es más largo que ancho. Éste es el salón del piano y del arpa, de la araña de plata bruñida y de los candelabros resplandecientes; el salón de los muros blanqueados y de los espejos venecianos; el de las butacas de amarillo brocado, y del sahumador, y del florero. Este es, acaso, aquel mismo salón de 1813, donde se cantó por la primera vez "a la faz de la tierra": *Oíd mortales, el grito sagrado...*

Suena el piano: un piano de Francia. Se toca una sonata de Adam. En eso, la niña de la casa entra. Con la primavera está bellísima, con su falda sembrada de flores, con su bata de anchas mangas, con su diamela prendida sobre el corazón, con su peinetón de un rojizo brillo, con su abanico muy gentil. Todos se adelantan a saludarla.

Rompe el piano y ya bailan. Cuando la contradanza se deshace, fórmanse los grupos de la conversación. Entre baile y baile hay siempre un lapso

de diálogo. Llega más gente: entre otros, un señor de levitón muy largo y esclavina, bota granadera con borlas, y bastón con puño de oro. Es el médico Gafarot. Luego, otro personaje: de frente alta y nariz rubicunda. Es don Pedro de Angelis.

Y la tertulia continúa.

Vidalita: canción popular, por lo general de carácter triste, que se acompaña con la guitarra. — *Fritura*: conjunto de cosas fritas. Fritada. — *Agosta*: inflexión del verbo agostar. Secar o abrasar las plantas por el excesivo calor. — *Bulle*: este vocablo está tomado en su sentido figurado. Agitarse una persona con viveza excesiva; no parar, no estarse quieta en ninguna parte. — *Laxas*: flojas o que no tienen la tensión que naturalmente deben tener. — *Vela de sebo*: cilindro de sebo con pabilo en el eje para que pueda encenderse y dar luz. — *Sahumador*: perfumador. Vaso o aparato para quemar perfumes y esparcirlos. — *Adam (Adolfo)*: compositor francés; nació en París en 1803 y murió en el año 1856. — *Contradanza*: baile de figuras, que ejecutan muchas parejas a un tiempo. — *Esclavina*: pieza sobrepuesta que cubre los hombros. — *Rubicunda*: este adjetivo significa que la nariz tira a rojo. — *Pedro de Angelis*: según Ricardo Rojas, el único prócer de la literatura rosista. Nació en Nápoles el 29 de junio de 1784 y llegó a Buenos Aires durante la presidencia de Rivadavia. Fué publicista y periodista y su pluma estuvo incondicionalmente al servicio de Rosas. Caído éste, sintió el vacío y el desprecio. En el año 1854 se embarcó para el Brasil. Su principal obra es la intitulada: "*Colección de obras y documentos relativos a las historias antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata ilustradas con notas y disertaciones*".

Llega un poeta.

Brilla sin fuerza el sol de Julio en Buenos Aires. Es exactamente el 8 de Julio de 1830. Se acaban de desayunar los señores — el señor y la señora —, y Luisa. Es la hora de leer la *Gaceta*, en rueda familiar, alrededor del brasero, la *Gaceta Mercantil*, que dedica ese día su número a los patrióticos regocijos de las fiestas julias.

Cierto. Mañana, 9 de Julio de 1830. Hay que celebrar este gran día. La *Gaceta* cubre una plana con la transcripción del Acta de 1816. ¡Que nadie recuerde otros nombres que los muy sagrados de las batallas y de las asambleas de la libertad!

En rueda familiar, mientras se toma el mate, Luisa lee. De pronto exclama con júbilo:

—¿Saben que hay versos? Empiezan así:

¡Oh, patria, patria, nombre sacrosanto!

El señor pregunta de quién son. Luisa responde que no traen firma y que los precede esta nota explicativa: “La siguiente composición métrica, cuyo mérito literario nos ha decidido a publicarla, es obra de uno de los jóvenes recientemente llegados de Europa”. Los tres repiten:

—¿De uno de los jóvenes, recientemente llegados de Europa?

La madre arguye que debe haber un error. Los jóvenes argentinos recientemente llegados de Europa — ¡quién no lo sabe! — son los cirujanos Fonseca

y Portela, que no hacen versos. El uno atiende a su clientela en la calle de Suipacha; el otro, en la calle de las Piedras. Sólo que haya llegado otro joven más... aunque sería tan raro.

En esto llaman a la puerta. Resuena el golpe, en el aire, sin un solo ruido.

Luego se oye que tocan las manos en el zaguán. Ladra a los fondos el perro, dando la enhorabuena a la visita... Sí, es doña Ana, *misea* Ana, la matrona, muy de rebozo con ancho ribete de seda, y peinetón, que volviendo de su cotidiana misa, hace lo menos tres cumplidas estaciones antes de reintegrarse a su casa. Ya está dentro. Viene muy dichosa, con la *Gaceta Mercantil* doblada en el devocionario. Se sienta. Le brindan un mate con bizcochos y dulces, y apenas ha sorbido la bombilla, doña Ana pregunta:

—Qué, ¿no han leído los versos de la *Gaceta*?

Claro que sí, y los hallan hermosos. Pero, ¿de quién son? ¿Qué otro joven argentino ha llegado de Europa, no tratándose de Fonseca o de...?

Doña Ana cobra una inmensa importancia al ir a contestar. Se ofende y se enfurruña con esto que sólo se mencione a los cirujanos. ¿Que de quién son los versos? Pues, de Esteban Echeverría, el hijo de su gran amiga doña María Espinosa, que Dios tenga en su gloria. Viene de Francia, adonde ha estado cinco años estudiando ciencias y letras. Va a cumplir, en septiembre, veinticinco años. Le aguarda con seguridad un porvenir extraordinario. ¡Y quién le hubiera dicho a don José Domingo, el

honrado vasco, que su hijo había de llegar a tales cumbres!

Doña Ana ha dicho cuanto quería decir. Están muy ricos los bizcochos, pero se va.

Esa tarde, en la Recova y en la Alameda se comentan los versos del día. Van y vienen las niñas del brazo. Vienen y van los galanes en fila. Otros están muy firmes en las esquinas.

De pronto, doña Ana, que toca en el hombro a su compañera, dice:

—Mira... Esteban Echeverría.

En ese propio instante un joven alto, delgado, de regulares facciones, de ovalado rostro, se coloca el monóculo de engarce de oro y saluda a doña Ana. Se vuelca hasta la rodilla el hondo sombrero del bardo, en rendido ademán.

Esteban Echeverría, pasa así, impresionando a todos, con su monóculo, con su capa, con su gran sombrero, con sus guedejas negras, con su fisonomía un poco triste, con su aire soñador...

La Gaceta Mercantil: este periódico fué el diario oficial del tirano. En sus páginas se publicaban los documentos de gobierno, los edictos judiciales, los avisos del fisco, las cuentas de la Tesorería General y algunos datos estadísticos. — *Plana*: una cara o página del periódico. — *Acta*: relación escrita, fehaciente, del suceso. — *Júbilo*: viva alegría y especialmente la que se manifiesta con signos exteriores. — *Versos*: conjunto de palabras sujeto a cierta medida y cadencia. — *Sacrosanto*: que reúne las cualidades de sagrado, venerable. — *Precede*: antecede. — *Arguye*: descubre, prueba. — *Enhorabuena*: con felicidad. — *Rebozo*: manto con el cual se cubre casi todo el rostro. — *Cotidiana*: diaria. — *Devocionario*: libro que contiene varias oraciones para uso de los fieles. — *Se enfurruña*: se puso enfadada. — *Recova*: obra de mampostería construida para defender algunas cosas de las inclemencias del tiempo, y también, pasaje público donde se venden ciertos artículos. La pla-

za principal de Buenos Aires estuvo dividida por la Recova Vieja en dos fracciones hasta el año 1884, fecha de su demolición. El 25 de Mayo de ese año pudieron celebrarse las fiestas patrias en la plaza Mayor, despejada y libre. La Recova, "colocada entre el Fuerte y el Cabildo, dos centros del movimiento político del país, permaneció allí, mudo testigo, dejando pasar bajo su arco central, "con igual impassibilidad, míseros esclavos, humildes obreros, ricos vecinos, ilustres generales, grandes damas, virreyes y gobernadores" ("Buenos Aires Colonial, edificios y costumbres". Estudios históricos por D. José Antonio Pillado. Pág. 31. 1910). — *Alameda*: denominábase así un paseo que ocupaba una extensión como de doscientos metros de terreno, situado en la parte Norte de la Fortaleza, frente al río. Como adorno tenía ese paseo, creado por el virrey Vértiz, dos hileras de ombúes y unos pocos bancos o asientos de ladrillos. Era la Alameda, en las tardes calurosas, el paseo obligado de la población. — *Bardo*: poeta. — *Guedejas*: cabellera larga.

Pregones.

No hay oficio que no haya sido ennoblecido por los árabes. Tenían un modo realmente encantador de ofrecer sus mercaderías o de brindar sus servicios.

El barbero le dice al parroquiano después de hacerle la barba: ¡Que te sirva de delicia y frescura!

El bañero a su cliente: ¡Séate leve y bendito el baño!

El aguador va voceando por las calles: ¡Vendo un agua que es miel!



El tortero

Y hasta el pordiosero tiene una manera noble de pedir: ¡Abre tu mano, oh generoso!

Cosa muy parecida pasaba con los vendedores porteños hasta los tiempos de Rosas. Cada uno pregonaba su oficio o su mercancía con alguna graciosa cantinela:

Según se acercaba la hora de almorzar echábanse a la calle los vendedores de golosinas y ricos bocaditos. Iban de chaqueta y chiripá, con anchos calzoncillos de flecos, delantal y chancletas.

El vendedor de grasa gritaba de puerta en puerta: ¡Grasa, grasa, *pa* el alivio de tu casa!

El mazamorrero — un negro — enseñando como muestra sus blanquísimos dientes:

—Mazamorra, mazamorra, para quitar la modorra.

El duraznero:

—Duraznito de los montes — amarillo y abridor — para las niñas que tienen calor.

El pastelero:

—Ya se acaba, ya se acaba. ¿Quién te llama, pastelito?

O bien:

—Tortas calientes, para las viejas sin dientes.



Moreno mazamorrero

Pregones.: Alabanza en voz alta, hecha en público, de alguna persona o cosa. — *Parroquiano*: Persona que vive en determinada parroquia. — *Aguador*: Persona que tiene por oficio llevar o vender agua. — *Graciosa*: Chistosa, aguda. — *Cantinel*: Cantar breve. — *Chaqueta*: Prenda exterior de vestir, con mangas y sin faldoles, que se ajusta al cuerpo y pasa poco de la cintura. — *Chiripá*: Desde fines del siglo XVIII hasta la expansión, en estos últimos años, de la colonización europea, el chiripá ha sido la prenda característica de vestir del gaucho. Consiste en un paño burdo y liviano, de hasta tres varas de largo, pasado por entre las piernas, sobre calzoncillos lisos o de extremos cribados, y sujeto a la cintura con un cinto de cuero que llaman "tirador". Esta holgura del chiripá permitía al gaucho el libre juego de sus movimientos a caballo y en los duelos a cuchillo.

.....
"El gusto gauchesco prefirió siempre el color negro u oscuro para el chiripá. Sólo lo cambió, por convicciones transitorias, en "el período de la dictadura (1835-1852...) "Martín Fierro, comentado y anotado". Eleuterio F. Tiscornia, tomo I, 1925, pág. 183. — *Chancletas*: Alpargatas viejas y deshechas. — *Mazamorra*: Comida que consiste en maíz molido y sin afrecho, hervido en agua sin sal y bien mecido, con un poco de lejía, que la hace gustosa al paladar. Cuando está bien triturado, limpio y cocido el grano, y se mece mucho desde que empieza a ponerse blando, la mazamorra sale muy espesa, resultando un manjar muy delicado. Se come fría o caliente, por lo general sin azúcar. Con leche es un plato muy exquisito. ("Diccionario argentino", por Tobías Garzón, 1910.) — *Abridor*: Abridero, variedad de durazno que se abre por medio y suelta el hueso con facilidad, limpio de carne.

El héroe civil de la conquista del desierto.

En rigor, no puede haber una historia de los indios, a menos que se trate de los mayas, de los aztecas, de los incas. Ellos tuvieron historia; el resto de los aborígenes, no. Tampoco la había de tener el indio araucano de la pampa, cuyos malones asolaban las fronteras cristianas. La historia es

construcción, y este indio no construye nada; sólo sabe destruir y deshacer. La historia es acción; esto es, concertada inteligencia que realiza obra; y el malón, que es todo lo que sabe organizar el indio, es solamente una fuerza arrasadora.

Cuando se vive solamente para la guerra, se es una fiera, y no se tiene historia. La historia se caracteriza además por ser un proceso; idea, sentimiento, acción en marcha, en tanto que toda la vida del salvaje no representa ni vale más que un ciclón o una borrasca.

De este modo, según iban sucediéndose los malones del indio, en las pampas de Buenos Aires o de Córdoba, sólo se engendraba una historia: la del blanco. El malón era siempre el mismo: un huracán en la noche; repetido cien veces, mil veces, siempre igual, incapaz de variación, de orientación, de rumbo moral. Incapaz de historia. En cambio, la víctima ensayaba nuevos recursos y defensas y estaba siempre por crear algo nuevo. La línea de la historia se trazaba así sobre la propia línea de los fortines.

Todo esto ha sido contado magistralmente en un libro magistral: *La dinastía de los Piedra*, por ese verdadero héroe civil de la conquista del desierto, que fué el doctor Estanislao S. Zeballos.

Sólo Zeballos pudo escribir esa crónica animada de la lucha nacional con el indio araucano; sólo él la pudo contar. Vivió de niño las angustias del acecho salvaje en una posta de frontera, donde supo lo que era despertar en la noche entre ensordecedora

alarida del bárbaro; oyó cien historias de cautivos; asistió al desastre y asistió a la victoria; anduvo en pos de los ejércitos de la patria y fué el primero en recorrer, con fines científicos, el camino que abrieron las armas. Conoció de cerca a los terribles caciques; se sentó en su mesa y los sentó a la suya; oyó sus confidencias y sus relatos; oyó las narraciones de los jefes de la Nación; tuvo en sus manos documentos preciosos, y escuchó la palabra de los últimos ancianos. Así recogió toda la crónica de la ciudad, y no perdió ni una sola resonancia del desierto.

Mayas: indígenas de la América Septentrional en la época precolombina. Vivían en la península de Yucatán (Méjico). Aun hoy, en medio de ruinas, se observan sus monumentos que alcanzaron vastas proporciones. — *Aztecas*: indígenas que se establecieron en el valle de Méjico. Formaron un pueblo agrícola e industrial; constituyeron sólidas viviendas y buenos templos; se dieron leyes e instituciones. Floreció, con él, una civilización. — *Incas*: raza indígena de América que formó una poderosa nacionalidad. Tuvieron lengua propia, una religión y crearon sus instituciones. — *Concertada*: ordenada. — *Arrasadora*: que destroza, arruina. — *Magistralmente*: con maestría. — *Crónica*: historia escrita. — *Cautivos*: individuos sometidos al capricho de los caciques. — *Confidencias*: revelaciones secretas. — *Zeballos, Estanislao Severo*: nació en Rosario el 27 de julio de 1854 y murió en 1923. Se graduó de abogado en la Universidad de Buenos Aires en 1874. Perteneció al cuerpo de redactores del diario "La Prensa" y fundó varias revistas científicas. Fué profesor del Colegio Nacional y de la Universidad de Buenos Aires. Ha sido diputado al Parlamento Nacional y varias veces Ministro de Relaciones Exteriores. Fué miembro activo de innumerables instituciones de cultura y escribió muchos libros de grandes méritos. Por servir al país y defender sus ideales, se ausentó enfermo a los Estados Unidos, a sabiendas de que moriría. Este es uno de los más hermosos rasgos de su patriotismo.

Elegía cívica.

*En el enterramiento del doctor
Estanislao S. Zeballos.*

*Banderas de los buques y de las fortalezas:
Banderas argentinas que al aire azul flameáis:
Plegaos sobre el asta, que gran patricio ha muerto.
Los cielos enlutad.*

*Servicio de la Patria nos le llevó muy lejos,
y en ataúd sombrío nos le devuelve el mar.
Pero palabras tuyas, en nombre de la Patria,
aun resonando están.*

*Para decir el verbo de un fraternal Derecho,
se alzó como una rara presencia tutelar.
América, a su acento, se sonrosó de aurora...
¡Y esto era a la nevada luz de la ancianidad!*

*Altas y fuertes voces de Buenos Aires: voces
gigantes de cien pueblos: languideced, callad.
Ríos, corred sin ruido; y tú, plañendo corre;
tú, de su cuna arrullo, inmenso Paraná.*

*Ya vienen. Ya le traen. Ya frente al vasto pueblo
el túmulo pusieron, que fué poner altar.
Y se llenó la Plaza de las antiguas sombras:
aquéllas del Cabildo y las de Tucumán.*

*¡Ah, que robusto tronco de un árbol argentino
no le haya dado caja para dormir en paz!
Árboles que le hubierais sido final reposo:
al viento lamentad.*

*Por la ciudad de luto, ya marchan, ya le llevan.
¡Solemnes, los tambores, la marcha acompasad!
¡Sombrías, las banderas, plegaos a media asta!
¡Agudos, los clarines, clamores levantad!*

Elegía: recibe este nombre una composición poética en que se lamenta la muerte de una persona o cualquier otro episodio, privado o público, digno de ser llorado. — *Túmulo*: armazón de madera vestido de paños fúnebres que se levanta para la celebración de las exequias del difunto. — *Cabildo*: el poeta se refiere a las figuras que actuaron con el Cabildo como escenario, situado frente a la plaza Mayor, y que en los días 22, 23, 24 y 25 de Mayo de 1810 se reunieron para procurar hasta conseguirlo con la Junta, la designación de las personas que representarían al pueblo nativo. — *Tucumán*: se alude a los próceres, que reunidos en el Congreso de Tucumán, declararon el 9 de Julio de 1816, la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Corrientes y sus leyendas.

Corrientes no es una ciudad cerrada como un capullo. Nunca vi, muy al contrario, ciudad tan abierta.

La provincia toda viene a ella cargada de ecos y de visiones, que la ciudad abierta recoge. Una historia magnífica y una geografía fabulosa rodean, envuelven y fascinan los días y las noches de Corrientes. Han soplado unos vientos de la historia tan extraños sobre esta ciudad heroica, y ha levantado unos tales asombros y sustos su crónica geográfica, que no tiene nada de fácil decir: esto es Corrientes. Del confín de sus bosques llegan incesan-



temente los ecos de una historia inverosímil y los espejismos de una geografía fantástica.

Escuchad algunos de éstos:

La laguna Iberá echaba incesantemente sobre la ciudad en cierne sus encantadas brumas, sus muy sutiles efluvios. De tiempo en tiempo, llegaba algún viajero, de vuelta, siempre con extrañas nuevas que contar. ¿Había navegado por la misteriosa laguna, cubierta de camalotes y acuática flora, o siquiera había avanzado a la deriva de un tronco

transformado en canoa, más allá de los movedizos tremedales? Esto era lo de menos. El viajero, como si todo lo hubiera hecho, venía contando de islas en que se apretaban espesas arboledas, morada de desconocidos seres, y de un archipiélago de islotes flotantes, que fuera como una escuadra de encantamiento; y de tigres, y de boas y de caimanes que le salieron al paso. ¡Estanque de prodigio aquél, y pantano de brujería! Otro alardeaba de haber llegado hasta el centro mismo de la laguna y de haber escuchado las recónditas voces de sus aguas y los lamentos de sus selvas entre repiques de fabulosas campanas. De esta suerte se partía entre dos testimonios la fama de la laguna Iberá: lo que sabían los ojos; lo que sabían los oídos. Y trabajando en concertar estos dos testimonios, la palabra mentía a su placer como una buena enredadora.

Flotaba en mil hechizos la visión de estas aguas encantadas sobre los sueños de la ciudad naciente. Para mayor fascinación, ni aún se les daba nombre cierto. “Laguna del fondo blanco” se le llamaba con inseguras palabras en un circunloquio que rehuía el nombre verdadero. Entretanto, crecía la curiosidad de conocer y algo se conocía. No faltaba quién precisara detalles sobre la ronda fantástica de los islotes. Quién había explorado islas de hasta dos leguas de circunferencia; quién podía precisar que no eran colinas sino setos de caña esas alturas que a lo lejos se divisaban.

Durante mucho tiempo más, no tuvo nombre válido la laguna. Llamarle “Laguna de los Caracarás”,

era aumentar el temor de las gentes sin aportar aún, con la claridad toponímica, la eficacia posesiva. Tenían fama los caracarás de ser pérfidos. Se sabía que en 1535 habían hecho perecer traidoramente a buen número de españoles. Mas, también se supo que éstos jamás pudieron pelear con los caracarás. Talar sus mieses, tomar sus vituallas y arrear con sus caballos, todo se logró, menos hallarse cara a cara con ellos. Saltando de isla en isla, el nunca habido caracará, fué escondiéndose en las profundas marañas hasta que lo tragó el misterio de la laguna innominada.

Al fin nació el hombre anhelado: Iberá. De *Igh*, agua, y *berá*, brillante, salió la palabra fija. Ya tenía nombre seguro — siquiera esto — aquel archipiélago de ensueño, donde silbaban las boas y los monos.

Al decir de las crónicas, los primeros denodados exploradores fueron los jesuítas. El jesuíta se atrevió, primero que nadie, o más que otro alguno, a penetrar; y penetró resuelto a quedarse por aquellos confines de tupidas malezas y oscilantes ciénagas. Todavía hoy quedan vestigios de las antiguas viviendas jesuíticas; y hacia la parte de Ituzaingó, dos Zanjones, el de Loreto y el de San Miguel, señalan los cauces por donde aquéllos idearon verter las aguas de los esteros en el caudal del Paraná.

Interrumpida la obra iniciada por las misiones jesuíticas, Corrientes siguió situando en aquella zona de misterios, todos los inventos de la imaginación.

D'Orbigny, que no fué de los primeros exploradores, quedó sobrecogido ante la verde plenitud de los juncos acuáticos en las riberas de los esteros. Daba vértigo verlos ondear al soplo del viento. Por lo demás, la paz salvaje que allí reinaba imprimía un sentimiento casi casi de terror. Se aventuró por el juncal. No había tierra debajo: sólo había agua muerta.

La gente no cesaba de relatar cosas raras. Decían, como un siglo atrás, que en las noches de tormenta se oían lamentos que partían el alma, por toda la ribera del lago. En cuanto a los indios más viejos, contaban haber oído hablar del *Padre de la Laguna*, el cual no era sino un repugnante enano de melena roja, vestido con un traje de piel de carpincho.

Después vinieron los exploradores concienzudos, los geógrafos y los sabios. Azara, el propio naturalista, allá por el año 1787, oyó contar cuentos quiméricos de los muchos que corrían por las llanuras y selvas, y aún leyó "en algunas historias manuscritas" de los Padres de la Compañía, haber en el interior de los esteros una tribu de indios enanos.

Azara leyó y sonrió. Él que era un sabio podía decir, como también se dijo el cronista: Pero todo esto es mentira.

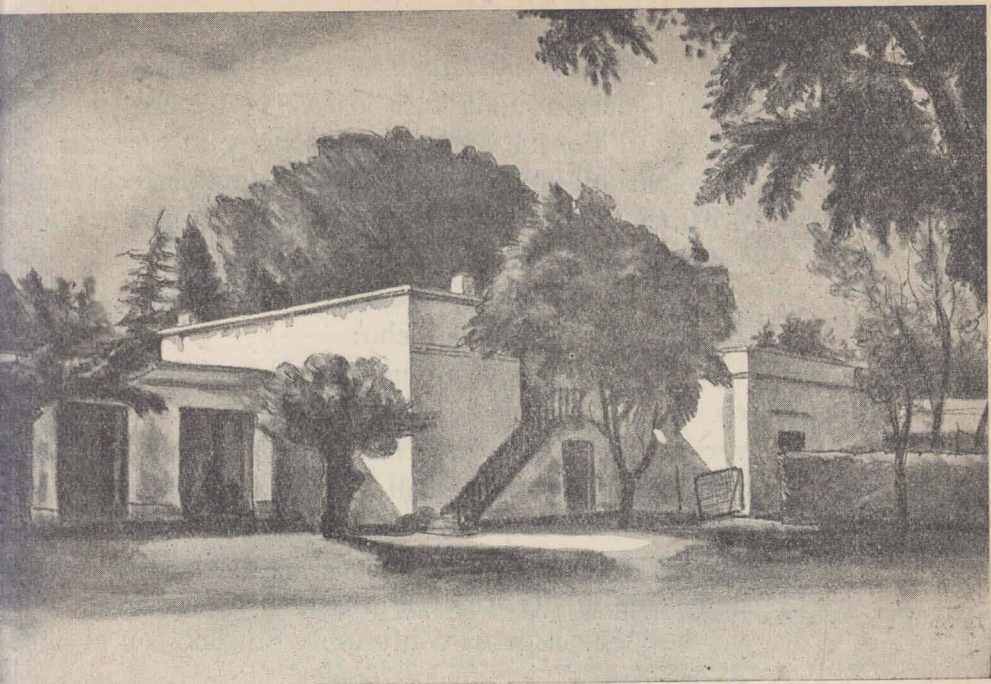
¿Y el *yasy - yateré*, qué es: un pájaro, acaso? Nadie juzgue por su grito semejante al de un ave perdida. El *yasy - yateré* no es un pájaro: es un pigmeo rubio. Un pigmeo rubio que anda tocado con un sombrero de paja y porta bastón de oro en la mano...

Tremedales: sitio cenagoso que, con poco movimiento que se haga, retiembla. — *Encantamiento*: que encanta, que cautiva y seduce. — *Circunloquio*: rodeo, empleo de palabras ociosas. — *Seto*: cercado de varas entretejidas; cerca, vallado. — *Innominado*: que no tiene nombre especial. — *Esteros*: terrenos bajos, extensos, pantanosos. — *Concienzudos*: que procedían según los dictados de la conciencia. — *Naturalista*: persona que cultiva la historia natural. — *Quiméricos*: fabulosos, fingidos. — *Azara, Félix de*: explorador y naturalista español; nació en el año 1746 y murió en 1811. En 1781 fué enviado a América para ejecutar la demarcación de límites de las posesiones de España y Portugal. Catorce años invirtió en esa tarea. De ese viaje dió cuenta en su obra "Viaje a la América Meridional desde 1781 hasta 1801". Periódicamente remitía a su hermano José Nicolás, a la sazón embajador en París, el resultado de sus observaciones científicas, con las cuales aquél le publicó su obra "Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata". — *D'Orbigny, Alcides Dessalines*: fué un naturalista francés que nació en 1802 y murió en 1857. En el año 1826 emprendió un viaje a la América Meridional con el objeto de hacer estudios de Historia Natural. Después de ocho años de exploraciones regresó a Francia, donde publicó el resultado de éstas en una obra intitulada "Viaje de la América Meridional" y en cuya preparación dedicó trece años.

El señor de Samay Huasi.

Mientras recorremos en Chilecito los viales de Samay Huasi, el poeta Arturo Marasso, chilecitenio, nos explica, embargado de emoción, cómo corría la vida de Joaquín V. González, en esta su residencia de "la casa del reposo": que esto mismo significa Samay Huasi en lengua quichua.

El lo vió allí muchas veces. Vivió a su lado; se arrimó a sus meditaciones; contempló los ejemplos; fué su más fervoroso discípulo. Delante de una piedra, a propósito de una planta, con motivo del vuelo de un pájaro, Marasso tiene algo que contar de Gon-



zález. Nos va explicando cada cosa ante las cosas mismas; palabras del maestro, enseñanzas de su vida.

Nos enteramos, así, de que este retiro de la montaña era solamente un rincón de agreste aspereza cuando él lo adquiriera. No se llamaba tampoco Samay Huasi. Él lo bautizó de este modo y lo fué embelleciendo día a día. ¿Quién sino él sembró las rosas que ahora trepan por este emparrado? ¿Y aquella gradería blanca que sube la montaña? El propio don Joaquín cavó la tierra para el empotramiento de cada peldaño.

Así descansaba él en la casa del reposo. Como amaba la historia y se recreaba en la evocación, quiso

que hubiera en este sitio esas puertas etruscas, y construyó, hacia aquella otra parte, la tribuna de Demóstenes. Porque amaba la historia y se recreaba en la evocación, aunque bien cierto es que prefería siempre una tradición de sus montañas a todas las mayores noticias de la tierra.

En su famoso prólogo al libro intitulado *Cien Poemas de Kabir*, ha dicho:

“Nunca pude desprenderme de esas tierras áridas, rocosas y erizadas de arbustos bravíos... Soñé volver un día a vivir en ellas la vida de mi infancia, para cerrar yo también mi ciclo; y allí estoy cuidando un naranjo, una parra y un rosal, porque son puntos de cita de los pájaros que me traen la diaria confianza de la tierra donde duermen mis padres, y así yo estoy en perpetua confesión y unísono con el alma de las cosas.”

Aquí pasaba los veranos y casi siempre las fechas de la patria. Él plantaba, él regaba, él podaba las plantas. Era un noble amigo de los árboles. Marasso nos señala un pino que González amaba con devoción. Como quien cumple un acto de justicia, había traer plantas y árboles salvajes para redimirlos. Quería incorporarlos a la civilización y a la patria...

Puesto que por iniciativa suya se fundara en Chilecito la Escuela Normal, llamaba a esta escuela, su hija. Era muy bello lo que pasaba por 25 de Mayo o 9 de Julio. Entonces venían los niños de la escuela a saludarlo, y él los exhortaba. Y tenía pensado para los días de una extrema vejez hacer subir a los niños, de blanco los unos, de azul los otros, a lo alto del cerro próximo, no más que por embanderarlo todo

con los colores argentinos. Acaso entonces, los clarines de la patria resonarían allá lejos, en la plaza del pueblo. Acaso ese día, él se habría levantado al toque de diana, sacerdote del mayor culto cívico.

Así era este hombre que tantos y tan graves negocios públicos tuvo entre manos, incluso gravísimas cosas de paz y guerra.

Joaquín V. González: escritor y político argentino. Nació en Chilecito (Ríoja) el año 1863 y murió en la Capital Federal en 1923. En la Universidad de Córdoba se recibió de abogado el año 1886. Fué el fundador de la Universidad de La Plata. Sus numerosas obras abarcan las distintas ramas del saber y es entre los escritores argentinos uno de los más fecundos. Fué miembro del Parlamento y Ministro del Gobierno Nacional. — *Arturo Marasso*: nació en Chilecito, provincia de La Rioja, en el año 1890. Desde el año 1911 está radicado en la Capital Federal. Es profesor de la Universidad de La Plata y ha publicado varias obras en prosa y verso, muy apreciadas por la crítica. Debido al mérito de su producción ha obtenido varios premios. Actualmente es el Secretario de la Academia Argentina de Letras. — *Viales*: calles formadas por dos filas paralelas de árboles. — *Agreste*: rústica, tosca. — *Empotramiento*: acción de empotrar, meter en el suelo. — *Etruscas*: similares a las que hacían los etruscos, pueblo de Italia antigua. — *Exhortaba*: alentaba, animaba.

Atravesando el desierto.

Sigamos la enloquecida carrera de una mensajería por los años en que el indio era el señor de las llanuras del Sur de Córdoba. Envuelta en polvo y resonante de cascabeles, rueda la mensajería con sus tres tiros de caballos a todo correr. Viajan de diez a doce pasajeros, todos con el sobresalto de no saber si llegarán a su destino. Del seno de cualquier polvareda puede surgir una patrulla de indios al galope.



Todo puede acontecer: que maten o que roben, o que se conformen con el azúcar y el aguardiente. ¡Dando aguardiente... Dando *achúcar*... Dando, *che*, pistola...

Así, todos tenían un pensamiento fijo: el Sur... el Sur... Los hombres revisaban las armas. Las mujeres rezaban a la Virgen. Fué terrible la última etapa del día cuando, de pronto, el mayoral y los posillones se pusieron a escudriñar la soledad.

—¿Qué pasa, mayoral?

Y esa contestación que hiela la sangre:

—El campo está en movimiento.

Hay que preparar las armas. “El campo está en

movimiento". Un poco de humo, un grito perdido, el revuelo de un ave lo denunciaron. El salvaje acecha en algún punto. "El campo está en movimiento". Esa tropilla de gamos o esa carrera de avestruces son signos siniestros. "El campo está en movimiento". El martinete ha volado del pajonal. Esta señal es terrible.

La galera vuela por los campos.

—¡Castiguen! ¡Castiguen, muchachos!

Este es el único grito del mayoral. Y vuelto a los pasajeros:

—Carguen las armas, señores.

En eso, los postillones de adelante sacan los facones para cortar las cuartas y huir.

El mayoral lo adivina y grita:

—*¡Ahijuna! Cuantito juyan cuando los volteio a tiros!*

Y uno huye. Y se hace fuego sobre él. Y las señoras lanzan lastimeros lamentos mientras los niños se esconden estremecidos en el materno seno.

Siguen corriendo. ¿Cuándo, cuándo llegarán a la posta de la Cabeza del Tigre? Falta todavía una legua y está queriendo anochecer. Parece que no llegarán nunca a la posta. Y el campo está en movimiento...

Por fin llegaron.

—¡Bendito sea Dios, Nuestro Señor, y la Virgen Santísima!

Patrulla: reducido número de indios. — *Mayoral*: la persona que gobierna el tiro de los caballos. — *Escudriñar*: examinar, investigar. — *Gamos*: animales mamíferos, rumiantes, de color leo-

nado vivo, salpicado de manchas chicas y que tienen cerca de un metro de altura, desde la cruz al suelo. — *Avestruz*: ave de dos varas de altura; la cabeza y el cuello, que es muy largo, están desnudos. Las patas son largas, fuertes y sin plumas. Las alas son bastante grandes, pero impropias para volar. Las plumas son lacias y crespas. Con sus largas patas puede trasladarse de un punto a otro, con una gran velocidad.

Canción de los carreteros.

*El carretero ya va a partir.
¡Quién fuera firme como el ombú!
Adiós, patrones. Vamos muy lejos.
Tal vez lleguemos hasta el Perú.*

*Cuando anochece y alto hay que hacer,
junto a los carros arde el fogón.
Dicen que vienen los indios malos,
y estamos lejos de población.*

*Es cosa dura la soledad...
Da miedo el mundo, sufre el varón...
Nada es más triste por esas pampas
que las carretas en procesión.*

*El carretero ya va a partir
haciendo rumbo por Tucumán.
Por los caminos van los arrieros
y nadie sabe si volverán.*

Ombú: árbol corpulento, coposo, de madera fofa e inútil y cuyo tronco es muy grueso. Muchos escritores nacionales como Bartolomé Mitre, Luis Domínguez y Juan María Gutiérrez se ins-

piraron en ese árbol de la pampa para escribir composiciones poéticas. — *Fogón*: fuego hecho con leña en el suelo y generalmente durante un largo viaje. — *Carretas*: especie de carros que usaron nuestros campesinos para transporte; tienen dos ruedas sin llanta, las cuales presentan en lugar de ésta pinas superpuestas. La carreta está cerrada por sus costados, y arriba por un toldo o cubierta de forma de bóveda. Iban tiradas casi siempre por varias yuntas de bueyes. Con esos vehículos se transportaban productos del país y, a veces, hasta familias enteras. Domingo Faustino Sarmiento en su obra "Facundo", ha dicho en el capítulo primero, referente a una tropa de ellas, lo siguiente: "La tropa de carretas lleva "además armamento, un fusil o dos por carreta, y a veces un cañoncito giratorio en la que va a la delantera. Si los bárbaros la "asaltan, forma un círculo atando unas carretas con otras, y casi "siempre resisten victoriosamente a la codicia de los salvajes, ávidos de sangre y de pillaje". — *Arriero*: el que con bestias de carga conduce mercaderías de un lugar a otro.

El padre Castañeda.

En medio de una gran polvareda va llegando la diligencia a Buenos Aires, por el camino real que viene de Córdoba del Tucumán. Llega de Córdoba precisamente la diligencia. Por fortuna, los ríos estaban vadeables, y más aquí, tanto el arroyo de Maldonado como el de Medrano, le dieron paso. Pero con la falta de lluvias las polvaredas subían hasta el cielo. Así va entrando la galera entre una espesa y ciega nube de polvo, en cuyo turbio seno restallan los látigos y los gritos del mayoral y de los postillones, animando las caballerías. Todos los viajeros de la galera están grises de polvo. Pero hay uno de ellos que de tan polvoriento, ya va como disuelto en la turbiedad que lo envuelve. El sayal que viste tiene la culpa, el antiguo sayal franciscano, antaño de un

color gris, idéntico al de las tolvaneras de los caminos. El viajero en cuestión es un fraile. Un fraile de San Francisco. Se llama Fray Francisco de Paula Castañeda.

Vuelve de Córdoba. Allí se fué por 1798 vistiendo ya el hábito de la comunidad, aunque no ordenado sacerdote. Lo ordenó en la iglesia cordobesa, el señor Obispo Moscoso en el año 1800. Tenía veinticuatro años el misacantano.

Iba, pues, entrando la diligencia al sólido trote de los ocho caballos de la última remuda. Ya estaban a la vista las primeras casas sin revocar.

*

* *

Tenía por buen signo el viajero, encontrar de Virrey en Buenos Aires al Marqués de Sobremonte, gobernador intendente que fuera, con universal aplauso, en la ciudad de Córdoba.

De tal linajuda ciudad venía el Padre Castañeda, dispuesto a hacerlo valer. Y miraba las calles porteñas, después de tanta ausencia, y no las hallaba en nada mejores que las de Córdoba.

Con todo, se alegraba del traslado.

Tal iba entrando por las calles de Buenos Aires fray Francisco de Paula Castañeda, después de rodar ciento cuarenta y dos leguas, en interminable viaje.

Enderezaron al fin hacia las calles céntricas, para ir dejando cada pasajero en su puerta, y fué grato

empezar a reconocer este umbral, aquel zócalo, en las estrechas aceras que rejas, pilares y escalones invadían portal a portal, en diabólica sucesión de obstáculos.

—¿Y su Paternidad? ¿A los Recoletos o al Convento de la Observancia?

—Al Convento de la Observancia.

Dejaron la calle de las Torres (Rivadavia) y tomando para el Sur, se detuvo la galera, lloviendo polvo, frente al atrio de los franciscanos.

Allí se apeó Fray Francisco, y luego vió reunidos en torno suyo los legos y los porteros de la iglesia, lo propio que un buen gentío, formado como de la nada, que le miraba sin caer en quien fuese, mientras sacristanes y mozos de cordel bajaban sus equipajes.

El más viejo le dijo:

—Está Vuestra Reverencia el mismo que de novicio.

Y se quedó mirándole. ¡Qué Padre Castañeda! Como siempre, había algo chocante en su fisonomía, tan chocante como su voz chillona. Era de una hiriente y descarada fealdad, toda su cara un descaro. Vivos los ojos, casi en punta las cejas, sardónico el labio; atrevida, desvergonzada, insolente la nariz; despeinado el flequillo, enorme la tonsura. Estaba descubierto y se hacía aire con la teja, mientras daba y pedía nuevas. El cuello largo y desnudo le bailaba en la esclavina. Tenía saliente la barbilla, groseros los pómulos, y ambos rasgos le daban un acabado aspecto socarrón. Polvoriento, desgredado, sucia la so-

tana, mal ceñido el cordón, desnudos los morenos pies en las sandalias, estaba parecidísimo a los santos de palo.

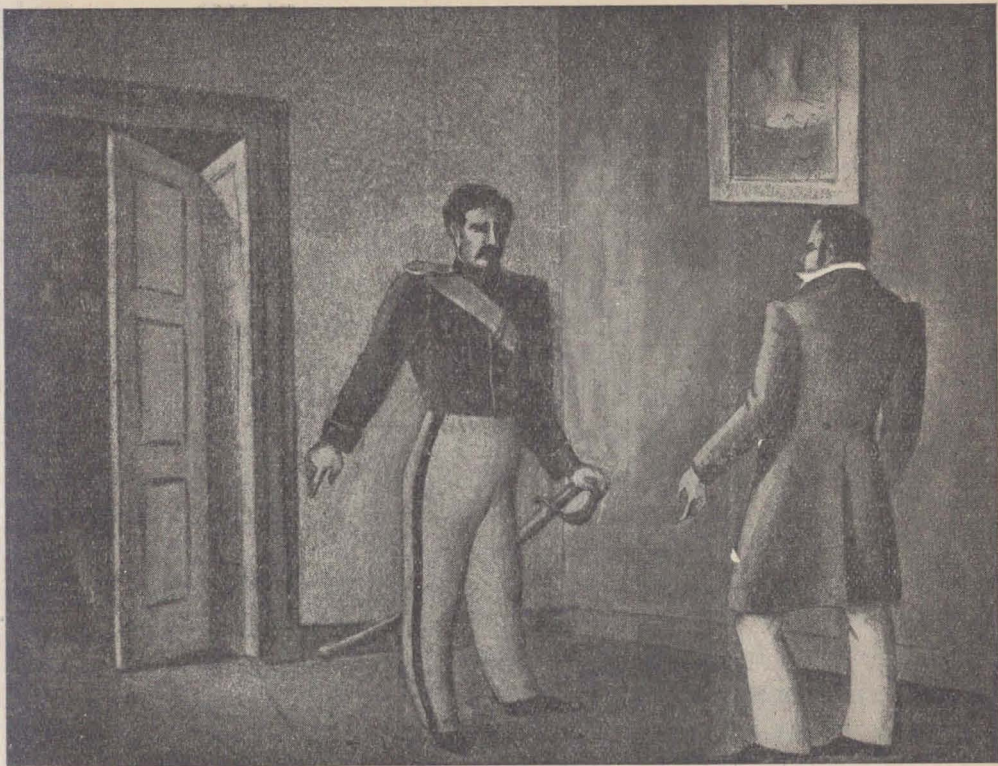
Camino real: camino más ancho que otros y que pone comunicación entre poblaciones de cierta importancia. — *Sayal*: tela labrada de lana burda y con la cual se confecciona el hábito. — *Tolvanera*: remolino de polvo. — *Misacantano*: sacerdote que dice su primera misa. — *Linajuda*: de gran linaje, que tiene muchos méritos por su pasado histórico. — *Paternidad*: tratamiento que se da a ciertos religiosos. — *Lego*: que no tiene órdenes clericales. — *Novicio*: persona que tomó el hábito, pero que todavía no ha profesado. — *Tonsura*: corte de cabello en la corona del cuero cabelludo. — *Esclavina*: cuello postizo y suelto, con una falda de tela corta pegada alrededor y que usan los eclesiásticos. — *Socarrón*: astuto, bellaco.

La vuelta y expulsión de Rivadavia.

Bernardino Rivadavia vuelve a su patria el día 28 de abril de 1834. Ese día amaneció borrasco y frío.

—Señor — habíale advertido al prócer, el capitán de su buque — no está buena la mañana para desembarcar: Hay mucha niebla para ir en bote a la orilla. Mejor sería esperar.

Pero Rivadavia no se resigna a la espera. Allí en tierra están los suyos; allá en la parroquia de la Concepción está su quinta, con sus nogales, sus olivos, sus robles, sus ombúes, a cuya sombra se propone, lejos del rebullicio político, vivir unos días de plácida y austera calma doméstica. Poca gente irá a visitarle. La quinta queda bastante apartada, ya por las afueras de Buenos Aires, al Sur...



Son las ocho y media de la mañana cuando el viajero desembarca. Entre la Capitanía y el Fuerte, un espectable vecino, don Vicente Casares, le descubre, y le saluda, abriendo tamaños ojos.

Don Vicente Casares corre a contar al vecindario lo que a poco le aconteciera: “¡Acabo de saludar al señor Rivadavia!” La gente lo escucha, lela. Ahora viene a saberse que había, tácito, un decreto de proscripción contra Rivadavia. Su vuelta era la violación de esa ley hasta entonces no sabida. Del ostracismo no se vuelve. El ostracismo debe ser más infranqueable que la muerte.

No es el único que corre, don Vicente Casares. Corren los caporales del Gobierno, de la Capitanía a la casa del Jefe de Policía. Corren de la Policía a la casa del Gobernador. Corren de la casa del Gobernador a la del presidente de la Legislatura. Todos andan con las caras espantadas y con los ojos que se les saltan de asombro, todos comprenden que el señor Rivadavia ha venido a romper el equilibrio inestable de la situación, sostenido por el celo, por la prudencia, por el patriotismo tranquilo del General Viamonte que a la sazón gobernaba. La llegada de Rivadavia introduciría la perturbación en los espíritus.

A todo esto, el señor Rivadavia, ignorábalo todo. Ha recorrido en su volanta los tres cuartos de legua que van del puerto a su quinta; ha llegado a su casa, a su vieja y austera casa, sombreada de añosos árboles, y se ha recogido, sin sospechar daño alguno, en el seno de sus deudos.

Pero apenas se disponía a hablar, empezaron a venir sus amigos, no tanto para saludarle cuanto para referirle el revuelo de la ciudad con su arribo. Acaso lo más impresionante para el recién llegado no eran las palabras con que le advertían sino el sigilo de la conducta de todos.

Allá en el centro, la mañana pasó agitadísima. Fué un solo entrar y salir gente en la casa del gobernador. A las once y media se hizo llamar a Mansilla, jefe de Policía, “y se le dijo de ponerse en un coche para ir a significar al señor Rivadavia que debía reembarcarse.” Medida provisional. Medida que originaba de inmediato una consulta a la Legislatura.

Apenas, pues, el ilustre patriota ha respirado el

aire de su hogar y ha descansado los ojos en la contemplación soñadora de los muebles, de los cuadros, de los objetos queridos; apenas ha pasado bajo los ombúes y ha probado la jícara del chocolate habitual de la casa, cuando se ha sentido el rodar de un carruaje acompasado por el trotar de una recia yunta de caballos. Es justamente mediodía. El carruaje se para a la puerta de la finca solariega. Baja de él un militar muy apuesto con vistosos entorchados en la casaca. Es Mansilla, el Jefe de Policía. Apéanse también tres comisarios que venían con él. Salen los criados a enterarse.

—¿El señor Rivadavia?

Mansilla pasa a la sala de recibo. Los comisarios permanecen en el portal. Acude Rivadavia al recibimiento. Cierra la puerta tras de sí. Mansilla se dirige a él casi en secreto. Le informa que debe abandonar el país. El Jefe de Policía sólo admite una respuesta: obedecer. Reloj en mano, Rivadavia no ha permanecido ni cuatro horas en su casa. Dice adiós a los suyos, y parte. El dolor que se concreta detrás de él es ya una pena en que sufre la patria; la patria argentina que él soñó grande y libre.

Rivadavia dirige una postrera mirada a la casa, a la quinta. Mansilla, cediéndole la derecha, le invita a ocupar el mejor asiento del carruaje. Se instalan además los tres comisarios. El cochero recoge las riendas.

—A la Capitanía.

Y el carruaje echa a rodar en la dirección del río.

Rebullicio: bullicio grande. -- *Plácida*: quieta, sosegada, grata, sin perturbación. — *Austera*: severa, rígida. — *Capitanía*: oficina del capitán de puerto, cerca del fondeadero. — *Fuerte*: lugar resguardado con obras de defensa que le hacen capaz de resistir los ataques del enemigo. — *Espectable*: conspicuo, notable, digno de la consideración o estimación pública. — *Lela*: con asombro. — *Tácito*: que no se dice claramente, sino que se supone e infiere. — *Decreto*: resolución, decisión o determinación del gobierno. — *Proscripción*: resolución en virtud de la cual debe abandonar el territorio de su patria. — *Ostracismo*: destierro. — *Infranqueable*: imposible o difícil de abrir camino. — *Caporales*: los funcionarios principales. — *Perturbación*: inquietud, desconcierto. — *Volanta*: coche con varas muy largas y ruedas de gran diámetro y cuya cubierta no puede plegarse. — *Deudos*: parientes. — *Sigilo*: secreto que guardaban. — *Provisional*: interina, que se aplica por algún tiempo. — *Jicara*: vasija pequeña, generalmente de loza, que suele emplearse para tomar chocolate. — *Recia*: fuerte, robusta, vigorosa. — *Solariega*: la casa más antigua de la familia. — *Apuesto*: ataviado, de gentil disposición en la persona. — *Entorchados*: bordado en oro o plata, que como distintivo llevan en las vueltas de las mangas del uniforme. — *Casaca*: vestidura ceñida al cuerpo, con mangas que llegan hasta la muñeca y con faldones hasta las caderas. — *Apéanse*: bajan. — *Postrema*: última. — *Lucio Mansilla*: militar de larga actuación. Nació en Buenos Aires en 1792. Figuró en las batallas de Chacabuco y Maipú y se encontró también en la guerra con el Brasil. Durante varios períodos formó parte de la legislatura de Buenos Aires, siendo también Jefe de Policía en el gobierno de Rosas. Caído el tirano, se retiró a la vida privada. Vivió muchos años en París. Tenía 79 años cuando murió en Buenos Aires.

Un prócer de la compasión.

A veces solía llegar a la ciudad, caballero en una mula, un hombre de tras de la sierra, cuya fama cundía ya: un santo cura montañés, el santo cura Brochero, verdadero flor de aquellas piedras. Brochero, que era humilde como una hierba del campo, no desdenaba la compañía de los humildes. Bajaba a Cór-

6

doba por necesidades y penurias de feligresía. Alarmaba al obispo, azoraba al gobernador, comprometía a los ministros, apalabraba a los diputados y se volvía a su montaña, no sin haber predicado por misa de once en la Catedral al pie de un altar de la nave derecha del templo.

Allí lo oí predicar. “Predica el cura Brochero” se decía y corría la gente a la espera de un sermón truculento. Porque eran los tiempos, aunque no la precisa ocasión, en que el buen cura exaltaba la gloria de Dios con las más rústicas metáforas. Ello es que daba una sensación de primitivos candores cristianos, aquel cura Brochero, todo tallado en quebracho. Era flaco y desmedrado, pero de una flacura enérgica; ni de mucha talla, sino de poca, con arreglo a lo que pide una andariega mula serrana para su caballero.

Ahora se ha vuelto de piedra, él que fuera de quebracho. Está sobre un pedestal en la plaza de la vieja villa del Tránsito, a la cual el santo hijo vino a quitarle finalmente el nombre, dándole el suyo. Y aquí me doleré de que el escultor lo haya inmortalizado de pie. Iniquidad manifiesta no haber esculpido la figura de este prócer de la compasión, montado en su mula, con el viático en las manos y la plegaria en los labios, ambos — mula y párroco — un poco alados con la prisa de socorrer y de salvar...

Prócer: persona eminente que se destaca por sus virtudes. — *Caballero*: que cabalga, y anda así. — *Penurias*: escasez, falta de las cosas más precisas o de alguna de ellas. — *Feligresía*: conjunto de feligreses de una determinada parroquia. — *Azoraba*: con-

turbaba, sobresaltaba, irritaba. — *Apalabraba*: inflexión del verbo apalabrar. Citar a una persona, quedando de acuerdo con ella para tratar o efectuar alguna cosa. — *Catedral*: iglesia principal en que reside el obispo o arzobispo. — *Nave*: cada uno de los espacios que entre muros o filas de arcadas se extienden a lo largo de las iglesias u otros edificios importantes. — *Sermón*: discurso cristiano u oración evangélica que se predica para la enseñanza de la buena doctrina, para la enmienda de los vicios, o en elogio de los buenos para la imitación de sus virtudes. — *Truculento*: tremendo, inesperado. — *Exaltaba*: realzaba, elevaba. — *Metáforas*: comparaciones abreviadas. — *Candores*: sinceridad, sencillez y pureza del ánimo. — *Desmeдрado*: descaecido. — *Viático*: Sacramento de la Eucaristía, que se administra a los enfermos que están en peligro de muerte. — *Plegaria*: ruego o súplica humilde o ferviente para pedir una cosa. — *Párroco*: cura.

La fundación de la ciudad de La Plata.

LA PIEDRA FUNDAMENTAL

Ciudad de La Plata, ciudad más joven que muchos de tus moradores, quiero ahora contarte cómo fué que se pronunciaron sobre tu suelta gleba las palabras augurales de la fundación.

Naturalmente, se eligió para bendecirte un domingo: un día del Señor y una fiesta de todos. Era un 19: el 19 de noviembre de 1882.

Extraña fiesta en el desierto. Flameaban gallardetes y grímpolas. La bandera argentina tremolaba al tope de los improvisados quioscos. Se había delineado un vasto círculo limitado por tribunas y palcos. Esto, en lo que mañana sería, queriéndolo Dios, la plaza mayor de La Plata. En medio de este círculo

habíase practicado una excavación de tres varas y media por cada lado y tres de profundidad para colocar en ella la piedra fundamental. ¿Queréis saber el sitio exacto? Contad un metro y medio justo desde el centro mismo de la plaza principal, en la dirección del Noroeste.

Estaban presentes los diplomáticos de las naciones amigas, y rodeaban al fundador las primeras figuras oficiales. El fundador contemplaba arrobado el cuadro de la ceremonia en que él era el primer sacerdote. Se erguía allí con el orgullo de su limpia historia de soldado y ciudadano, llenos de luz sus ojos claros y transparentes. Había sido teniente de marina en 1859, apenas cumplidos sus 21 años. Había sido jefe del 5º batallón de la división Buenos Aires, en 1865, a sus 27 años pródigos y valerosos. Era un valiente. Corría fama de que en los combates daba y recibía órdenes, siempre con la misma sonrisa; y todos sabían que en la batalla del Paso de la Patria cargó tres veces a la bayoneta, con asombro del enemigo. Después, dejando las armas, estudió leyes, se doctoró en derecho. Paralelamente hubo de ser político. Político de gran visión: por eso fundaba La Plata. Político de gran acción: por eso había prometido, al asumir el gobierno de Buenos Aires, “un kilómetro de vía férrea por cada día de gobierno”. Y lo estaba cumpliendo. Político de bendición; de los que mucho más que a un partido pertenecen a la patria. Por eso es alguien en la historia.

Fuerzas de las tres armas de antaño hacían guardia de honor, vestidos los soldados de toda gala. Eran soldados que harto sabían de luchas fraticidas, y po-

co, muy poco, de hacer guardia ante los símbolos de la unión sacratísima de la patria. Desde tres días antes se había visto avanzar la artillería a tomar posiciones en las lomadas como para un asedio; y se había visto desembarcar en Tolosa el 8 de infantería de línea, como para un asalto; y se tenían noticias de haberse puesto en marcha el 6 de caballería, como en una operación de reconocimiento. Mas ya no para Pavón ni para Cepeda, sino para la fiesta de la efectiva fraternidad argentina.

Y también iban llegando comitivas a caballo de todos los partidos de la provincia; los lindos gauchos bonaerenses de la leyenda y de la historia.

Ved ahora al medio del círculo de los quioscos y palcos, una cabria; y en ella, suspendido de la polea del vértice, un monolito veteado, color rosa pálido, de las canteras del Azul; enorme caja pétrea en forma de paralelepípedo rectangular que había de ser la piedra fundamental de la nueva urbe. En esta caja de piedra colocóse una urna de plomo y, dentro de la urna de plomo, un cofre de cristal. Letras de oro decían sobre este cofre la leyenda de la concordia: *El pueblo argentino unido y fuerte declaró capital de la Nación a la ciudad de Buenos Aires. El pueblo de la Provincia levanta la ciudad de La Plata en testimonio de amor por la unión argentina.*

Ahora bien; en este cofre fueron depositados, a manera de amuletos y emblemas, todas estas cosas: la Constitución Nacional, la Constitución de la Provincia, porción de medallas conmemorativas, copias de las leyes madres, el plano de la ciudad futura, los

periódicos porteños del día, el canto inédito de una poetisa y uno de los dos únicos pergaminos que contenían el acta de la fundación. Hay que decir la verdad toda entera. Fuera de esto, se depositó, para los posibles brindis centenarios de 1982, un cajón de botellas de vino de la marca nacional "Chateau Cordero"...

Una voz de clarín. Un arzobispo de la Iglesia de Roma bendijo tu piedra, y el ministro de gobierno leyó el acta, que empezaba diciendo: *En las Lomas de la Ensenada de Barragán, provincia de Buenos Aires, a los diez y nueve días del mes de noviembre del año del Señor de mil ochocientos ochenta y dos...*

HABLA EL FUNDADOR, DON DARDO ROCHA

Otro grito de clarín. Habla ahora el fundador. Hace un mes y veintidós días que cumplió los cuarenta y cuatro años de su edad; mas tiene aún rubio el cabello y la barba rojiza.

Es en todo y por todo el varón fuerte, digno en todo y por todo de su bello destino. Su misión oratoria, y aun diré litúrgica, fué mostrar aquella tarde en los celajes de la atmósfera el advenimiento de la ciudad bendecible. Todos la vieron, hecha como de divinos metales, descender de los celestes espacios. Y de pronto, vencidos de la ilusión, todos se sintieron allí los habitantes de una nueva gran metrópoli. ¡Pero qué!... ¿Acaso pisaba mármoles el fundador? El

fundador, mientras mostraba la ciudad en el aire de la evidencia, pisaba como un pastor el vano polvo y el tierno pasto del suelo. Más allá de los arcos triunfales y de los quioscos y de las bandas militares, imperaban mudos y desiertos los campos.

Habla después un ministro de la Nación. Estos son sus finales augurios para la ciudad que va a nacer: que la felicidad se albergue en su seno. Que el progreso sea su numen y las libertades su culto.

Tercer grito de clarín. La enorme piedra descendiendo al foso que la debe guardar como se guarda el paladión de la urbe. Al punto suenan los acordes del himno patrio, y pueblo y gobernantes lo entonan; “¡Oíd mortales, el grito sagrado!... Es un himno entrecortado por el estampido de los cañones que disparan sus salvas gloriosas.

Eran las 5 de la tarde. Retumbaba la artillería, resonaba el himno, y se extendía por pabellón de la tierra, un cielo azul cruzado de nubes blancas. Y aun dijo un cronista: “El sol se había oscurecido y derramaba en los aires una luz opaca y misteriosa”. Era un sol asombrado.

A esta luz opaca y misteriosa se cumplió la postrera liturgia. A saber: cerrar el foso. En una artesa de caoba se había vertido la mezcla de arena y cal; artesa de caoba maciza con asas de ébano y oro. Y se había dispuesto además una cuchara de albañil, también de oro, en cuyo mango de ébano resplandecían ocho brillantes. Fué una dama — la señora de Rocha — quien la tomó con su mano enguantada para indicar que la operación empezaba. Y acto seguido,

pusieron manos a la obra los más antiguos maestros mayores de la provincia.

.....Y LA CIUDAD SE HIZO

Tú naciste, limpia ciudad de La Plata, porque te necesitaba la historia. Comisiones de sabios anduvieron a la busca del sitio más propicio, y lo hallaron aquí, entre la Ensenada de Barragán y las Lomas de Tolosa. Luego fuiste trazada toda entera como por obra de magos; y tus calles, orientadas a medio rumbo: el mejor consejo de que fué capaz para tal empresa la buena rosa de los vientos.

Las ranas habían hecho muy mal de alegrarse tanto, y con aquella alharaca, cuando cumplidos los ritos inaugurales de la fundación, la tormenta de la noche pareció devolverles para siempre su tranquilo pantano bajo los eucaliptos. Y de pronto, tu futuro recinto se llenó de ruido, de tráfigo, de herramientas, de máquinas, de aparejadas piedras, de pilas de ladrillos, de montes de cal, de colinas de arena, de albañiles, de maestros...

Era que te levantabas de una vez y para siempre. Las últimas ovejas del último rebaño huyeron azoradas con el azoramiento de aquel milagro. Millares de obreros repiqueteaban entretanto, como en atolondrado ritmo, la canción del progreso; millares de obreros que trabajaban para ti, día y noche, alzándote de sobre la haz de los campos.

El día en que al fin albergaste a los hombres de tu gobierno, entró un pueblo inmenso en pos de tu fundador. Llegaba éste, con insigne boato a ocupar

los palacios de la metrópoli, erigidos sobre una planicie hasta ayer maldecida de cicutas y cardos.

Así fuiste alhajada de suntuosidad. Edificios públicos — que mejores no los poseía Buenos Aires — fueron remaneciendo sobre el desierto para el evidente porvenir. Allí estaba Aladino con su lámpara. Fueron bañadas tus noches de luz eléctrica, de gas, de kerosene:

Como en los cuentos orientales de esos príncipes que cumplen insignes hazañas para alcanzar la mano de una princesa maravillosa, el pueblo argentino, que se había enamorado de la princesa Libertad, también llamada Blanca Azul, en memorable alegoría, consumó para alcanzarla, proezas sin cuento. Pero nos faltaba una proeza más; hacer una ciudad de la noche a la mañana. Y te hicimos. De esta suerte, tú eres el mejor de los testimonios argentinos, ciudad grata a los ojos y dulce al corazón.

Gleba: terrón que se levanta con el arado. — *Grimpolas*: bandera larga y estrecha que hace punta. — *Próvidos*: propicios. — *Pavón*: el día 17 de septiembre de 1861, el ejército nacional al mando de Urquiza, se enfrentó con el ejército de Buenos Aires que comandaba el general Mitre. Ambos lucharon ese mismo día en los campos de Pavón. Pavón representó un decisivo triunfo militar del general Mitre. Según el historiador Ricardo Levene, "la batalla de Pavón significa la unión definitiva de todas las provincias argentinas". — *Cepeda*: la provincia de Buenos Aires había formado un estado aparte. El resto de las provincias formaron la Confederación Argentina, cuya presidencia ejercía desde el 5 de marzo de 1854 el general Justo José de Urquiza, con asiento en la ciudad de Paraná, designada capital de aquélla. Ambas fuerzas, la de la Confederación y la provincia de Buenos Aires, se midieron por hondos antagonismos, el 23 de octubre de 1859 en la cañada de Cepeda, próxima a los límites con Santa Fe. El ejército de la

provincia de Buenos Aires, comandado por su ministro de guerra, el general Bartolomé Mitre, fué dispersado, retirándose su jefe a la ciudad de San Nicolás, de donde se dirigió a la Capital. El general Urquiza, vencedor, "avanzó hasta San José de Flores; "impuso como condición para arribar a un avenimiento, la renuncia "del gobernador de Buenos Aires, que fué presentada acto continuo, "aceptada por la legislatura."

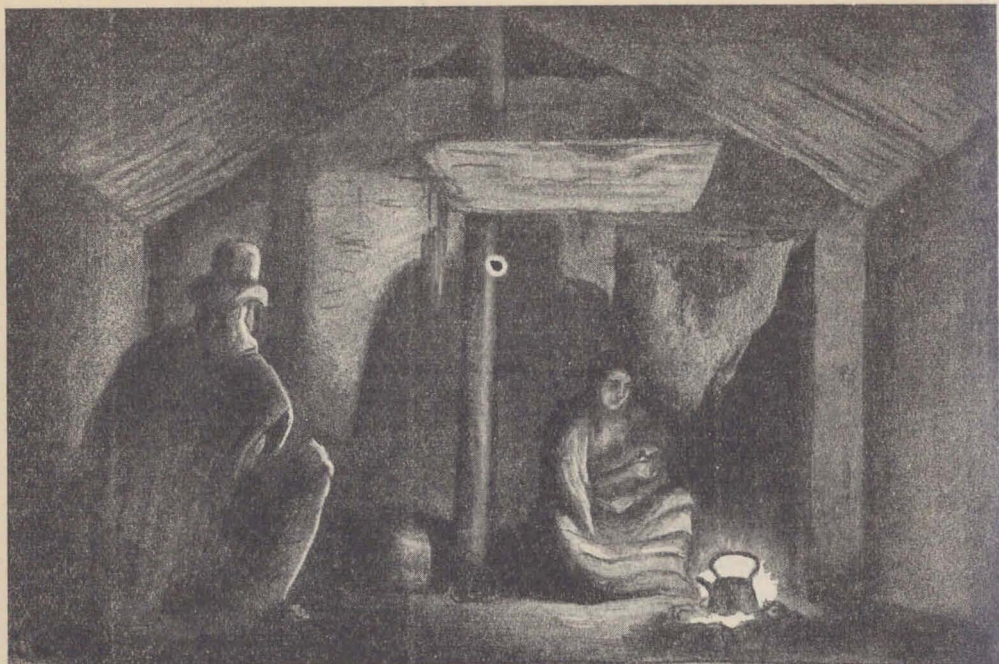
"El pacto de San José de Flores, firmado el 11 de noviembre, "establecía la incorporación de Buenos Aires a la Confederación "Argentina, con la sola condición de que en el término de veinte "días se reuniría una convención provincial de Buenos Aires, que "propondría las reformas convenientes a la Constitución Nacional "dictada por el Congreso de Santa Fe, y que a su vez serían sometidas a la sanción definitiva de una convención nacional." *Leciones de Historia Argentina*"; Ricardo Levene, t. II, pág. 423, 1922.

El 21 de octubre de 1860 se juraba en Buenos Aires la Constitución reformada, celebrando solemnemente la unión de todas las provincias argentinas. — *Cabria*: máquina para levantar grandes pesos. — *Monolito*: piedra de una sola pieza.

Ayer no mas.

¡Qué gran satisfacción para el patriotismo ver cómo la inmediata historia de ayer, la que vivieron nuestros padres, parece hoy una inverosímil fábula!

En ese cercano pasado había palabras terribles. Por ejemplo, frontera. Por ejemplo, tierra adentro. Frontera significa de suyo inseguridad y riesgo. La frontera pertenece en ese tiempo a un gaucho degenerado, bastante más salvaje que el propio ranquel. Mora en un rancho sin puertas donde padres, hermanos e hijos viven revueltos en la promiscuidad. Todo su asiento es una cabeza de vaca disecada. No tiene utensillos de comer. Carece de olla en que hacer el puchero. Todo su jarro es un cuerno de buey. "Una caldera no falta jamás, porque hay que calen-



tar agua para tomar mate. Nunca tiene tapa. Es un trabajo taparla y destaparla. . .” Todavía algo más: “Es el criollo errante que hoy está aquí, mañana allá; jugador pendenciero, enemigo de toda disciplina; que huye del servicio cuando le toca, que se refugia entre los indios. . .” *Una excursión al país de los indios ranqueles.* (Lucio V. Mansilla. Tomo I. Cap. XXXV, y tomo II, Cap. XV.)

Entretanto, quien decía Tierra Adentro, decía misterio y limbo. En esa zona había caciques de una espantosa fama; así el indio Blanco. Y aquel imperio tenía su capital: Seubucó. Y su palacio real: el toldo. Y su emperador: Mariano. Y su flora peculiar: el espinillo, el algarrobo, el chañar; vegetación espi-

nosa, que araña, que ataja, que enreda. Sólo el indio pasaba como una flecha por esa selva, a caballo.

El indio armado es una viva imagen de barbarie. Su arma es la lanza y su vehículo la caballería. Es un acróbata de la lanza y del caballo. Avanza entre cabriolas del animal y molinetes de la lanza. O se queda firme, de pie sobre la rudimental montura, apoyando la lanza en tierra. Un gran penacho encarnado, de plumas de flamenco, eleva aún más su figura desnuda. Ya no es el indio que España conoció y redujo. Aquél tenía por arma la flecha y peleaba a pie; aquél se agazapaba y se escondía; éste por el contrario, sale y provoca. El caballo le ha dado una arrogancia y una insolencia nuevas. Aquél se apresuraba a aprender el castellano; éste no quiere aprenderlo. Aquél podía ser vencido peleando; éste debería ser vencido con la locomotora y el telégrafo. Sin estos medios, su imperio no hubiera tenido fin.

¡Huinca! ¡Huinca! ¡Matando! Este es su grito de combate. Las bocas lanzan un estentóreo alarido y las manos golpean este alarido en las bocas. Lo golpean y lo rompen. Y lo arrojan como un viento despedazado que crispera de terror. Hasta en los festines el alarido es su *¡hurrah!* Su tarea habitual es la caza de guanacos; la realiza a caballo, a media rienda, al aire las boleadoras. Ranqueles, puelches, pehuenches, patagones y araucanos, todos son una misma ignominia de la civilización, donde reina, como exclusivo método de vida el robo en sus distintos grados. Primer grado: robar maneadas; segundo, robar ovejas; tercero, robar caballos y vacas; cuarto, cautivar cristianos.

A todo esto, el país se ha transformado maravillosamente y el indio ha desaparecido sin matanzas, o por haber inmigrado o por natural absorción. Ya pasaron para siempre los Catriel y los Cachul. Sólo quedan ahora pacíficos descendientes suyos que el sentimiento nacional acoge con simpatía.

¡Con cuánta emoción no vi yo mismo, hace poco, en un salón familiar, a Painevilu Calfucurá, descendiente de fieros caciques, bailando plácidas zambas con una gentileza muy rendida, entre muchas reverencias, muy expresiva y decidora la mano del pañuelo, y puesta la otra sobre el corazón.

Inverosímil: que no tienen apariencias de verdad. — *Fábula*: relación falsa. — *Frontera*: región donde comenzaba la vida de los indios salvajes. — *Perdenciero*: dispuesto a riñas y pendencias. — *Limbo*: este vocablo, tomado en sentido traslativo, significa un lugar extremadamente apartado. — *Cabriolas*: brincos cruzando los pies. — *Molinete*: movimiento circular con la lanza sobre la cabeza. — ¡*Huinca!*: con este vocablo los indios designaban a los cristianos. — *Ranqueles*: estos indígenas “constituían una parcialidad pehuelche sublevada y separada del tronco originario entre los años 1777-1780. Posteriormente fueron extendiéndose sobre la región “llana del país y allí los encontró el ejército vencedor del desierto.” “Los primitivos habitantes del territorio argentino”. 1930. Antonio Serrano. Pág. 148. — *Puelches*: indios nómades y cazadores, ocupaban parte de la Provincia de Buenos Aires, Gobernación de La Pampa, Sur de Mendoza y San Luis, parte de Córdoba y la zona Sur de la Gobernación de Río Negro. — *Pehuenches*: tribus nómades y cazadoras que vivían en los valles de la Cordillera. — *Patagones*: habitaban estos indios nómades la región de la Patagonia. — *Araucanos*: indígenas que se desplazaron siguiendo el Limay y Río Negro y también hacia el Sur, sobre la cordillera. — *Ignominia*: deshonra, infamia. — *Absorción*: atracción por completo. — *Flamenco*: ave palmípeda del tamaño de la cigüeña. Su cuerpo es esbelto, cubierto de un plumaje blanco matizado de rosa, cuello largo, la cabeza grande, el pico más largo que ésta, las patas son extraordinariamente largas y delgadas. Es ave errante que vive cerca de los

lagos, pero se adapta a la vida cautiva. — *Cautivar*: aprisionar enemigos. — *Catriel*: “Catriel, lanceado en Olavarría (P. de B. A.) en “1874, era el cacique más civilizado y de mejor índole de la pampa. “Tenía una casa en el Azul (P. de B. A.) y su vanidad se halagaba “con todo el aparato de la civilización. Gobernaba a los salteadores “de sus tribus con mano de acero y se batía como un bravo al lado “del ejército de línea contra las hordas de los invasores.” “La conquista de quince mil leguas”, 1878. Por Estanislao S. Zeballos; pág. 244.

Un gran señor.

Un día todos leyeron en “La Nación” una ardiente réplica firmada por un desconocido (por un tal Francisco Grandmontagne) a cierto hermoso artículo de Miguel Cané, escritor consagrado y hombre de gran posición social. Se quejaba Cané de que iban desapareciendo en Buenos Aires, los sirvientes humildes de otros tiempos. La ardiente réplica del desconocido encomiaba, en cambio, esa virtud dignificadora de la Argentina, que pronto convierte en personas de garbo a tantos pobres inmigrantes que llegan sirvientes.

Este Francisco Grandmontagne, pobre de todo, como no fuese de talento y voluntad, vivía frente a la desaparecida plaza de Lorea, en una infeliz casucha, entre cuyas buhardillas alquilaba un chiribitil sin otros muebles que un catre, una mesa y una silla.

Cané leyó el artículo; se entusiasmó con el estilo, y lejos de molestarse por la réplica de su crítico, sólo atendió al mérito del trabajo, que por lo demás guardaba todas las debidas formas del respeto. Miguel

Cané averiguó la dirección del mozo, y una mañana, en que Grandmontagne estaba todavía en cama, recibe todo avergonzado la visita de Cané que venía no sólo a felicitarlo sino a darle la razón y a preguntarle en qué podía serle útil.

Y así comenzó la carrera literaria de Grandmontagne, el famoso corresponsal de "La Prensa" en España; gracias a un gran señor.

Cané Miguel: nació en Buenos Aires el año 1853. Fué profesor de la Universidad; miembro del Congreso Nacional y representó al Gobierno en los principales países. Desde todos sus cargos, contribuyó a acrecentar los prestigios de la Nación. Escritor elegante, dejó varias obras, entre las cuales "Juvenilia" se destaca. En ella refleja con mucha gracia, la vida de los alumnos que cursaron en las aulas del Colegio de San Carlos. Murió en el año 1905. — *Garbo*: gallardía, bizarría. — *Casucha*: casa pequeña y maltratada. — *Buhardillas*: la parte más alta de la casa, que está a tejavana; desván. — *Chiribitil*: habitación muy pequeña; zaquizamí. — *La Plaza Lorea*: "La plaza de este nombre perpetúa el del vecino Isidoro Lorea, muerto junto con su esposa, durante la defensa de la ciudad contra las tropas inglesas en 1807. El sitio era conocido desde años atrás por "hueco de Lorea", por ser él, el donante del terreno para la plaza, lugar en que paraban las carretas de las chacras de los alrededores de esta ciudad, con cargamento del fruto del país. El virrey Sobremonte, al recibir el terreno cedido por el señor Lorea firmó un acta dándole "ad perpetuum" la denominación de Plaza Lorea". — Plazas y calles de Buenos Aires por Adrián Beccar Varela y Enrique Udaondo. Buenos Aires, 1910. Tomo II, pág. 46. — *Grandmontagne, Francisco*: escritor español contemporáneo. Nació en Burgos el 1º de octubre de 1866. Siendo joven se trasladó a la República Argentina donde actuó como periodista. Colaboró en "La Nación", "El País", "El Tiempo" y "Caras y Caretas". Escribió "La Maldonada" y un libro interesante sobre costumbres argentinas, titulado "Vivos, tilingos y locos lindos". En 1902 regresó a España como corresponsal del diario "La Prensa", en donde periódicamente aparecen sus originales trabajos. — *La Prensa*: el primer número de este diario que se publica en la Capital Federal, apareció el día 18 de octubre de 1869. Fué su fundador el doctor José C. Paz. El núme-

ro inicial salió por la tarde y lo formaba una sola hoja de papel. En él se dijeron, a manera de saludo, las siguientes palabras: "La independencia, el respeto al hombre privado, el ataque razonado al hombre público y no a la personalidad individual, formarán nuestro credo". Entre sus primeros redactores figuraron don Carlos Pellegrini, D. Onésimo Leguizamón, D. Delfín Gallo y D. José A. Terry. Junto a éstos, merecen destacarse los doctores Adolfo E. Dávila, Estanislao S. Zeballos y don José Manuel Eizaguirre que en distintas épocas, ocuparon en el diario, los puestos de mayor responsabilidad. Actualmente, dirige "La Prensa", el doctor Ezequiel P. Paz. — "La Nación": título de otro de los grandes diarios que aparecen en la capital de la República. El general Bartolomé Mitre lo fundó en el año 1870. Su primer número, formado por 4 páginas, salió a la luz el día 4 de enero de aquel año. Al aparecer el diario, dijo el General, desde sus columnas, que "La Nación" será una tribuna de doctrina", queriendo decir con eso que los artículos insertos ahí, serían para defender las instituciones y las ideas democráticas de gobierno, y no para atacar a las personas. En ese periódico han colaborado grandes escritores extranjeros y nacionales. Fué su primer director D. José Antonio Ojeda. Luego ocupó ese cargo don Bartolomé Mitre y Vedia, mucho más conocido por "Bartolito". Más tarde lo reemplazó don Emilio Mitre, hijo también del general Mitre. El señor Jorge Mitre fué también su director. Son propietarios de "La Nación" los herederos del general Mitre. Es actualmente director del diario, el doctor Luis Mitre.

Una época de nuestra historia.

- I.—LA PRIMERA DANZA VA A EMPEZAR.
- II.—MANUELITA CUMPLE AÑOS.
- III.—EL 25 DE MAYO DE 1851.
- IV.—UN NUEVO GRITO DE ODIÓ.
- V.—EN LA PRIMERA MESA DEL AMBIGÚ.
- VI.—EL 9 DE JULIO DE 1851.
- VII.—EN PLENA DANZA FEDERAL.
- VIII.—AURORA DE LIBERTAD.
- IX.—POCOS DÍAS DESPUÉS DE CASEROS.
- X.—VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS DE CASEROS.

NOTA. — Las diez lecturas que se insertan bajo la denominación genérica de *Una época de nuestra historia*, están encaminadas a producir en el niño una visión global de ella y a formar en él, el hábito de la lectura orgánica, distribuida en capítulos. A este ensayo debe sucederle la lectura de un libro que encierre la totalización de un asunto, ya novelesco, ya poemático. Entre nosotros, *Juvenilia*, de Miguel Cané, como otras tantas obras nacionales, en prosa o verso, podría ser una acabada expresión de ese tipo de obra para que el alumno o grupos de alumnos lean íntegramente. Al mismo tiempo, este conjunto de temas interpolados, presenta en algunos pasajes las fuentes de la historia, documentos que el niño, en su segunda infancia, necesita observar para desprender de ellos profundas enseñanzas y también, para vivir con su imaginación creadora, la época y el ambiente de pretéritos acontecimientos históricos.

I. — LA PRIMERA DANZA VA A EMPEZAR

Ni antes ni después de las 8, mas, a punto que sonaban en las vibrantes campanas de la Catedral, se vió elevarse desde las azoteas del Coliseo un globo “majestuoso”. Soplabá una suave brisa de la parte del río, con lo que, tan majestuoso como ya se dijo, tomó el inflado tafetán la dirección del Oeste, subiendo y ladeándose y empequeñeciéndose con la distancia. Y la luz que encerraba no pareció muy pronto sino una de tantas estrellas perdidas como las otras, en la divina inmensidad.

Pero abrámonos paso, en carruaje tirado por briosa yunta alazana, que es como vienen los más elegantes y lleguemos por entre los gendarmes de camiseta punzó hasta las puertas iluminadas, donde echan lumbre y humo, alineadas en todo el contorno de las cornisas, unas candilejas de barro cocido — como en las conmemoraciones patrias — alimentadas con grasa de potro.

Llegamos a tiempo. Van entrando los invitados. Llevan chal las señoras y capa los caballeros. Suena adentro una de las cinco bandas de música que acompañarán la danza. Manuelita misma acaba de descender de su carruaje, y allá entra, entre vítores varoniles, a los amplios acordes de una marcha triunfal.

Mientras ella descansa un instante en el tocador, crucemos el extenso vestíbulo y entremos a la brillante sala, que es de forma circular. Suspéndense los ojos ante su magnificencia. Está toda tapizada de blanco y de punzó. ¡Da maravilla! ¿Quién cuenta el número de los grandes espejos de marco labrado?

¿Quién las consolas? ¿Quién los jarrones de porcelana china? ¿Quién los búcaros rebosantes de flores?

Nunca se vió más deslumbrante salón en Buenos Aires. Admiremos, por de pronto, esta colosal araña de trescientas luces que alumbra al centro de la sala; colosal araña de trescientas blancas luces, cuyo movedizo fulgor irisa vagamente los finísimos caireles del artefacto. Contemos ahora seis arañas más a su alrededor. Veamos cómo la luz inunda el ambiente de la fiesta. Consideremos, amén de esto, qué buen acierto hubo en los menores detalles; en esas cintas, en esas guirnaldas que cuelgan de los candelabros...

Y van y vienen, en continuo bullir, las parejas federales, y se nos llena de ensueños la fantasía en la olorosa noche primaveral, entre tantas lindas doncellitas; vestidas — cierto es — con fea monotonía para conformarse con la moda rosista; siempre blanca y roja, siempre roja y blanca... Y en aquella falda caen tules albos sobre raso granate, y en aquella otra, níveas blondas sobre viso rosa. Y aquel moño parece una flor de ceibo. Y aquel adorno es del color de las guindas. Y lo que no es rojo es blanco. Y lo que no es blanco es rojo.

Y allí está, finalmente, ocupando su estrado, la reina de la fiesta, Manuelita de Rosas y Ezcurra. Viste traje de color de púrpura, bordado de hilo de oro. Luce, prendida a la divisa, una diadema de brillantes en la altiva cabeza y resplandécele una rosa que es llama viva cerca del medido escote.

Parece que la primera danza va a empezar. Los

bastoneros, muy diligentes, abren el necesario espacio. Se les conoce por el lazo bermejo que se han atado en la manga izquierda.

En efecto, la fiesta va a comenzar. En el anfiteatro de la orquesta, que afina los instrumentos, han colocado un tarjetón que anuncia:

Minué federal

Briosa: que tiene brío, desembarazo, pujanza. — *Gendarmes*: militares destinados a mantener el orden y la seguridad pública. — *Chal*: paño de seda o lana, mucho más largo que ancho, y que, puesto en los hombros, sirve a las mujeres como abrigo o adorno. — *Magnificencia*: ostentación, grandeza. — *Búcaro*: vasija. — *Fulgor*: resplandor y brillantez con luz propia. — *Irisa*: del verbo irisar. Presentar un cuerpo fajas variadas o reflejos de luz, con todos los colores del arco iris, o algunos de ellos. — *Caireles*: guarnición que queda colgando a los extremos de algunos artefactos. — *Amén*: a más, además. — *Candelabros*: candeleros de dos o más brazos, que se sustenta sobre su pie o sujeto en la pared. — *Albos*: blancos. — *Niveo*: de nieve; por su blancura, semejante a ella. — *Blondas*: encaje de seda de que se hacen y guarnecen vestidos de mujer y otras ropas. — *Estrado*: lugar principal de la sala adornado especialmente. — *Diadema*: adorno femenino de cabeza, en forma de media corona abierta por detrás. — *Bastoneros*: las personas que designan el lugar que han de ocupar las parejas y el orden en que han de bailar. — *Bermejo*: rojizo. — *Anfiteatro*: conjunto de asientos, colocados en gradas semicirculares. — *Minué*: baile para dos personas que ejecutan diversas figuras y mudanzas.

Manuelita Rosas. — Nació el 24 de mayo de 1817. Muerta la esposa de Rosas, doña Encarnación Ezcurra, el día 19 de octubre de 1838, su hija Manuelita, que a la sazón tenía veintiún años, pasó a ocupar en la escena pública un lugar preponderante. Según Carlos Ibarguren, le había faltado al Dictador un hada bondadosa. Ese vacío fué llenado por Manuelita. Su padre la utilizaba “como “agente diplomático y político para los trances que elegía, y hacía “firmar a la niña las cartas que él mismo redactaba, en los casos “en que la voz de su hija podía producir el efecto calculado.” “Manuelita Rosas”. Carlos Ibarguren. Editorial “La Facultad”, 1933; pág. 30.

II.—MANUELITA CUMPLE AÑOS

La conmemoración nacional de los federales realizábase más bien el 24 que el 25 de Mayo, por ser el 24 día de Manuelita.

Sonada, pues, la media noche del 23 de mayo de 1851 oyéronse de pronto, por toda la ciudad, sones alegres de rondallas y serenatas. Era que, como todos los años, entusiastas orfeones se aprestaban a saludar, más madrugadores que la madrugada, el día de la “benemérita y esclarecida argentina Manuelita”. No faltaban, por cierto, a la cita cívica jóvenes de la más distinguida sociedad, ni tampoco una que otra barba blanca, malamente encanecida.

En acabándose de formar la columna — tal vez en la plaza de la Victoria — se puso en marcha en dirección a la casa urbana del tirano (hoy Moreno y Bolívar), entonando a gran voz el famoso himno del Restaurador de las Leyes, “Loor eterno al magnánimo Rosas”, cuya estrofa más saliente pregona así:

*¡Sepa el mundo que existe el gran Rosas,
fiel baluarte de nuestra nación!*

Así cantaban en la fría noche, a mal andar por aquellas calzadas de pésimo empedrado, que desde los tiempos de Rivadavia fueron viniendo siempre a menos, bajo el peso de las ordinarias carretas y por la acción combinada de lluvias y de años.

Y venían todos trayendo vistosos farolillos que relucían extrañamente en medio de la tenebrosa noche, boyando sobre la negra ola de la procesión.

Y pasaban. Y la luz de las linternas iluminaba

acá y allá rostros cobrizos, semblantes africanos, gestos hoscos y siniestras pupilas.

Y pasaban. Y tras ellos, la calle se quedaba de nuevo sumida en las tinieblas; boca de lobo donde blanqueaba acaso, como afilado colmillo, la mísera lumbre de algún sórdido farol.

Acercábase la ronda al balcón de Manuelita, cuando, acabado el himno, los mandolines y las guitarras preludiaron un aire de trova que todos se apresuraron a acompañar.

Y la canción era ésta:

*En el Prado de Palermo
hay esbelta y olorosa,
entre nardos una rosa,
y es de carmín su color.*

Y luego, ya junto a la ancha puerta de la casona:

*Buenos Aires tiene
también su heroína,
su flor argentina,
su Virgen del Sol.*

A lo que el coro contestaba:

*Cantad, argentinos,
el día dichoso,
natal venturoso
de un ángel de Luz.*

Por fin, muy gastada la noche y cuando ya las trémulas velas del alumbrado público chorreaban su última gota de triste sebo, íbase aquella gente de librea, cantando siempre bajo el relente:

*Viva, viva Manuelita,
rosa que mayo nos dió.
El sol mismo que libres nos viera
su feliz natalicio alumbró.*

Mientras tanto, en el suburbio, una chusma envilecida por más de quince años de tiranía, bailaba la resbalosa acompañando el baile con la célebre estrofa de los mazorqueros, alusivas a los acostumbrados degüellos:

*Al que con salvajes
tenga relación,
varazo y degüello
por esta traición.
Que el santo sistema
de Federación
les da a los salvajes
violín y violón...*

Pero los que no eran sanguinarios preferían esta otra copla:

*Allá va esa rosa,
allá va esa flor.
La manda el Gran Rosas
para el vencedor.
Viva, viva Manuelita
rosa que mayo nos dió.*

Semblantes africanos; se alude a los negros que siempre se asociaron a los festejos en honor de Rosas. "Los negros residían agrupados en los suburbios y formaban colonias designadas con el nombre de *Barrios del Tambor*, por el infernal ruido de los candombes. Estaban organizados por nacionalidades:

congos, mozambiques, minas, mandingas, bengueles, y cada "Nación" tenía su rey, su reina y sus autoridades. Se desparramaban por la ciudad para vender escobas y plumeros, o tortas, alfajores, roquetas y aceitunas condimentadas que llevaban en bateas de madera sujetas por correa de suela. Con un silbido especial, que recogíjaba a los niños, se anunciaban y penetraban en las casas con sus golosinas para enterarse de todo lo que hacían los amos. "Eran los espías más eficaces." "Manuelita Rosas". Carlos Ibarguren. Editorial "La Facultad", 1933, pág. 20. — *Rondalla*: reunión nocturna de mozos para tocar y cantar por las calles. — *Serenata*: música en la calle o al aire libre y durante la noche, para festejar a una persona. — *Orfeones*: sociedades de cantantes en coro, sin instrumentos que los acompañen. — *Benemérita*: digna de premios y recompensas por sus méritos y servicios. — *Urbana*: perteneciente a la ciudad. — *Himno*: poesía cuyo objeto es honrar a un grande hombre, celebrar una victoria u otro suceso memorable, o expresar fogosamente, con cualquier motivo, impetuoso júbilo o desapoderado entusiasmo. — *Loor*: alabanza. — *Magnánimo*: que tiene grandeza y elevación de ánimo. — *Estrofa*: en una composición poética, una de las partes compuestas de cierto número de versos. — *Tenebrosa*: oscura, cubierta de tinieblas. — *Hoscós*: ceñudos, ásperos, intratables. — *Misera*: miserable. — *Sórdido*: sucio. — *Ronda*: rondalla. — *Preludiaron*: probaron, ensayaron los instrumentos antes de comenzar la pieza principal. — *Trova*: verso escrito generalmente para canto. — *Trémulas*: que tienen un movimiento o agitación semejante al temblor. — *Librea*: que usan distintivos. — *Retente*: humedad que en noches serenas se nota en la atmósfera. — *Chusma*: muchedumbre de gente soez, indigna, grosera. — *Envilecida*: abatida, despreciada, vil. — *Resbalosa*: la expresión popular era "refalosa", forma que usábase para indicar la necesidad de practicar un "degüello". — *Mazorquero*: que pertenecía a "La Mazorca". Recibía este nombre un club que se organizó bajo la denominación de Sociedad Popular Restauradora, formado por adeptos incondicionales de Rosas. Fué su presidente, un compadre del tirano, llamado Pedro Burgos y su vicepresidente, Julián González Salomón. Tenía de tesorero a Tiburcio Ochotero y de secretario a José María Boneo. Todos los días se reunían sus miembros en una casa que para ese objeto tenían alquilada. Rosas, dando prueba de su aprecio a la Sociedad Restauradora, le obsequió con una mazorca de maíz, cosechada en su estancia del Azul. Desde entonces, aquélla fué más conocida con el nombre de "La Mazorca". A este título se le puede considerar como un símbolo de unión. Los miembros de la Sociedad Popular estaban tan unidos, como los granos del maíz en el marlo de la planta.

III.—EL 25 DE MAYO DE 1851

Por las adyacencias de la plaza de la Victoria, habíanse tendido grandes lienzos con letreros bermejos, que recordaban los antiguos “santos” usados por Rosas en la campaña del desierto, para contraseña de las guardias nocturnas. Constaban de tres palabras, ni una más ni una menos, y aludían casi todos a los salvajes unitarios. Pretendíase que encerraban una profunda filosofía cívica. Al decir del *Diario de la Tarde*, resumían todo un programa de orden y de gloria. Ello es que entre otros santos se destacaban éstos: Federación Muro Argentina... Unitarios Mancharon Historia... Subordinación Alma Militar... Luz Federal Encendida...

Concluída la formación y pasado el tedeum, llenóse el Paseo de Julio de elegante gente de a pie. Por el camino de la Alameda, iban y venían, entre tanto, jinetes en briosos caballos, los galanes de la época, ya a loco galope, ya a tardo y majestuoso paso. El río, ahí cerca, golpeaba monótono y opaco la sólida muralla de contención, con un rumor acariciante. Y un sol de oro brillaba hacia el poniente, tocando ya las azoteas.

De vez en cuando oíase, entre alarido y clamor, la voz tonante de la muchedumbre que a esas horas se divertía en otro sitio con su juego de sortijas y su palo jabonado.

No del todo atardecido, vinieron las esbeltas porteñas, y entre ellas Manuelita, a pasearse bajo las arcadas de la Recova Vieja, con sus anchas faldas, sus puños de encaje, sus manos enguantadas y sus

cales de cachemira, luciendo más que los trajes nuevos, los grandes moños colorados de los lindos sombreros, mientras los hombres, por su parte, colgaban de la solapa doce pulgadas de divisa federal. Hasta que se hizo de noche...

Y a la noche, acaso, se elevó lento y vacilante algún melancólico globo conmemorativo por los cielos fríos y solitarios; melancólico globo en que por cierto, se leía la inscripción infaltable: ¡Viva el Gran Rosas!

Y se hizo noche negra y, como siempre, cantó el sereno, de esquina en esquina, sus horas, sus vivas y sus mueras...

Campaña del desierto: El 22 de marzo de 1833, Rosas se puso en marcha hacia los desiertos del Sur para cumplir su plan de exterminar al indio. De esa expedición, formó parte, también, Facundo Quiroga. — *Diario de la Tarde:* periódico que se publicaba en esa época y que siguió apareciendo hasta el año 1852. — *Alameda:* ver la pág. 133. — *Juego de sortijas:* ver la pág. 195. — *Palo jabonado:* ver la misma pág. — *Recova vieja:* ver la pág. 132. — *Chales de cachemira:* paños de lana, mucho más largos que anchos, y que, puestos en los hombres sirven a las mujeres como abrigo o adorno.

IV.—UN NUEVO GRITO DE ODIO

Sabido es que Rosas se mantuvo respecto de Urquiza en una sufrida expectativa hasta que irreparables acontecimientos lo acabaron de desengañar. Entonces el odio le revolvió las entrañas. De su orgullo herido brotó hiel. Se dijera que el déspota silbó en la noche llamando a sus jaurías. La fama, el nombre, el honor, toda la vida de Urquiza fué entregada, como a galgos hambrientos, a la injuria, a la calum-

nia, a la mordacidad, a los más bajos y pequeños crímenes. . .

Urquiza era considerado como un vil tráfuga, a quien debía depararse horrible suplicio y muerte afrentosa. Era considerado un perverso, e insultado de ignorante, de nulo, de ruin cobarde en todos los diarios del tirano.

Pero, en el fondo, Rosas no estaba satisfecho. Faltaba algo. ¿Qué cosa? Faltaba inventar un nuevo grito de odio contra Urquiza para que los serenos lo repitiesen de noche en noche al cantar las horas.

Rosas paseábase, pues, por su quinta de Palermo, con sus ya pesados sesenta años, en las pocas mañanas con sol de ese mes de mayo, llamando en la soledad la inspiración. Buscaba un tremendo anate-ma capaz por sí solo de horrorizar a sus enemigos; quería encerrar en una fórmula lo que había de llamarse “la nueva aspiración nacional”.

Hacia el 20 de mayo — consta en los diarios — la división de Palermo dejó oír el nuevo grito de odio federal en estos términos todavía provisionales:

—¡Muera el salvaje unitario, traidor, loco Urquiza!

Rosas siguió estudiando. Así no sonaba bien el rabioso clamor. Carecía de cadencia. La memoria, quizá, lo retendría mal. Como quien pule un verso, él pulía aquel grito. El 23 de mayo — también consta en las gacetas — la chusma porteña ensayó la “aspiración”, ligeramente corregida:

—¡Muera el traidor, salvaje unitario, loco Urquiza!

Siempre a un paso de la perfección tan deseada, don Juan Manuel no acertaba aún a dar con ella. Las palabras exactas eran ésas entregadas ya al viento de la popularidad; pero faltaba concertarlas, ajustarlas, imprimirles una resonancia voladora.

Por fin, un día, respiró con fruición. Ya estaba. Había dado con la más perfecta distribución silábica. Había conseguido, mediante adecuada acentuación y correcta cesura, el máximo efecto verbal:

—¡Muera el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza!

Y de noche, la ciudad a oscuras, cuyo espantoso silencio turbaba solamente el paso de las patrullas, oía de hora en hora, con sobresalto trágico, la lúgubre voz de los serenos que cantaban en las esquinas su lamentoso canto de muerte, conforme al rito federal. Canto pausado. Canto fatídico. Canto que hacía temblar:

¡Viva la Confederación Argentina!

¡Mueran los salvajes, asquerosos unitarios!

¡Muera el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza!

¡Las doce han dado y sereno!

¡Vivid, Representación!

Canto pausado. Canto fatídico. Canto que hacía temblar.

Los que dormían, se despertaban. Los que se despertaban, se estremecían bajo el frío del terror.

Galgos: casta de perro muy ligero, con la cabeza pequeña, los ojos grandes, el hocico puntiagudo, las orejas delgadas y colgantes, el cuerpo delgado y el cuello, la cola y las patas largas. — *Injuria*: agravio. Se ofendía con palabras soeces a la honra y fama

de Urquiza. — *Calumnia*: acusación falsa, hecha maliciosamente para causarle daño. — *Mordacidad*: malignidad. — *Vil*: indigno, torpe, infame. — *Tránsfuga*: persona que pasa de un partido a otro. — *Afrentosa*: que causa vergüenza y deshonor. — *Perverso*: sumamente malo. — *Sereno*: personas encargadas de rondar de noche por las calles para velar por la seguridad del vecindario y de la propiedad; solían cantar en voz alta la hora y el tiempo que hacía. — *Anatema*: maldición, imprecación. — *Horrorizar*: causar horror, movimiento del alma causado por una cosa terrible y espantosa y ordinariamente acompañado de estremecimiento y de terror. — *Aspiración*: pretensión. — *Clamor*: fama pública. — *Cadencia*: proporcionada y grata distribución o combinación de los acentos y de las pausas, en una reunión de palabras que tienen sentido completo. — *Pule*: compone, perfecciona. — *Gacetas*: publicaciones periódicas en que se dan noticias de todo orden. — *Chusma*: muchedumbre de gente soez. — *Popularidad*: aceptación y aplauso del pueblo. — *Concertarlas*: ordenarlas, ajustarlas, componerlas. — *Resonancia*: gran divulgación o propagación. — *Voladora*: que corra y se propague con ligereza. — *Fruición*: con goce muy vivo. — *Cesura*: pausa que se hace en el verso después de uno de sus acentos. — *Patrulla*: partida de soldados o gente armada, en corto número, que ronda para mantener el orden y seguridad. — *Trágico*: infausto, muy desgraciado, capaz de infundir terror y lástima. — *Lúgubre*: triste, funesto, melancólico. — *Rito*: costumbre, ceremonia. — *Fatídico*: que anuncia desgracia.

V.—EN LA PRIMERA MESA DEL AMBIGÜ

Era la una de la mañana, cuando a una señal de los bastoneros, señoras y señores, viejos y jóvenes, se dispusieron a cumplir uno de tantos actos de servilismo a que don Juan Manuel de Rosas tenía más que habituada a la gente. Manuelita acababa de ocupar el sitio de su estrado, pronta a recibir la nueva ofrenda idolátrica. La concurrencia se había repartido en dos masas corales, como chicos de colegio, como partiquinos de zarzuela. Iban a cantar. Iban a cantar su himno en loor de Manuelita. Se habían

distribuído y alineado los coristas y la miraban faz a faz como nunca hubieran osado mirar al Restaurador. Si Rosas era un sol demasiado ardiente, Manuelita era, en cambio, un arrebol rosado. Y ya se sabe que el arrebol de una nube se deja contemplar hasta por las pupilas de los niños.

A un golpe de batuta, todos cantaron así:

*Salud, ninfa hechicera,
prenda de paz y amor.
A tus virtudes, gloria;
gloria y eterno honor.*

En acabado el canto y acallados los vítores y los mueras que le sucedieron, el caballero Mr. Southern se inclinó ante Manuelita, le dió el brazo y la condujo, seguido de cincuenta parejas, al bien servido comedor. Era la hora de la primera mesa del ambigú.

Como quien meramente se conforma con las exterioridades de las cosas, atendamos más bien a los adornos con que hermosearon el recinto del comedor. Veamos esta Diana Cazadora. Consideremos esa guirnalda que pende de la techumbre; fijémonos en esa cenefa escarlata y en esos ovalados escudos donde se muestra, finamente perfilada la inicial de Manuelita, ¡ay! que es también la de la Muerte...

A todo esto han pasado muchas horas, entre sorbetes, chocolates, licores y reposterías, y se ha levantado ya la tercera y última mesa. Otras constelaciones brillan ahora en el cenit, y pronto amanecerá.

En el jardín que rodea el salón de baile se ha esparcido la muchedumbre de los invitados. Vense acá y allá, bajo toldos de follaje, pabellones y refugios.

¿Pero qué pabellón es aquél que aún no hemos visto? Allí está Manuelita, sustraída un momento a sus cien atenciones de estado. Una lámpara caprichosa alumbraba entre rojas borlas el cuadro de su felicidad. Trinan en jaulas de bronce, con una voz de cristal, los canarios que aquí pusieron para que la alegraran. Óyese no lejos el claro ruido de un surtidor. Y si la niña mueve su abanico, la acaricia un aire que huele a cedrón, a clavel, a rosas, a hierbas...

Los canarios cantan de un modo particular: es que entra el alba...

Ambigú: comida, por lo regular nocturna, compuesta de manjares calientes y fríos con que se cubre de una vez la mesa. — *Bastoneros*: las personas que designan el lugar que han de ocupar las parejas y el orden en que han de bailar. — *Servilismo*: ciega y baja adhesión. — *Estrado*: tarima cubierta con alfombra. — *Ofrenda*: servicio en muestra de adhesión. — *Partiquinos*: cantantes que ejecutan en las óperas parte muy breve o de muy escasa importancia. — *Batuta*: bastón corto con que el director de la orquesta marca el compás de la música. — *Ninfa*: joven hermosa. — *Hechicera*: que por su hermosura, gracias o buenas prendas atrae y cautiva la voluntad y cariño de las gentes. — *Sorbetes*: refresco de zumo de frutas con azúcar, o de agua, leche o yemas de huevo azucaradas y aromatizadas con esencias u otras sustancias agradables, que forma un copete en los vasos de cristal en que habitualmente se sirve. — *Reposterías*: conjunto de fiambres, dulces y bebidas. — *Constelaciones*: conjunto de varias estrellas fijas. — *Cenit*: punto del hemisferio celeste superior al horizonte. — *Alba*: primera luz del día antes de salir el sol.

VI.—EL 9 DE JULIO DE 1851

En la parada militar del 9 de julio, Rosas mismo comandó las fuerzas. Su división de Palermo, formada por la más bizarra tropa criolla, se tendió en

batalla a lo largo del Paseo de Julio. Acentuando vigorosamente el “nacionalismo” del Restaurador, aquellos granaderos federales vestían poncho colorado y hacían gala de los lazos y bolas que caracterizaban su equipo.

El Héroe del Desierto, que ostentaba uniforme azul y gorra de cuartel, se enorgullecía al frente de su hueste indígena. En sus ojos claros chispeaba el instinto de la dominación. Seis subalternos de órdenes lo seguían. Don Máximo Terrero, al lado suyo, actuaba de ayudante de campo. Era de verlo de chaqueta, calzoncillo, chiripá y espuela grande.

Como aquella formación pretendía ser “una manifestación de fuerzas”, soldados de las tres armas vinieron de Santos Lugares a la ciudad. Entre todos, llamaba la atención el regimiento de artilleros del coronel Chilavert, que llegó a gran galope, entre el fragor y la polvareda que levantaban 43 cañones a todo rodar y correr.

Una multitud enorme recorría las filas, embriagados los ojos con aquel esplendor.

Atraía y fascinaba la gallardía de los infantes, cuyo gorrete colorado completaba la nota de sangre de la camiseta roja y del pantalón punzó. Pero las miradas se dirigían con preferencia hacia los escuadrones de la caballería. Allí estaban los bravos soldados de las cargas legendarias: amplio y rojo el chiripá; punzó la camiseta; nazarenas las espuelas; brillante la lanza; corvo el sable; segura la tercerola que iba terciada a la espalda.

Eran las once cuando, de pronto, se levantó tor-

menta y comenzó a llover; “una fuerte lluvia se desgajaba a torrentes”, según la hermosa expresión de *El Agente Comercial del Plata*.

Desde la Fortaleza (esquina de la antigua Aduana), hasta la caserna del Retiro, la calle era un solo barro pegajoso. No obstante, la muchedumbre se agolpaba alrededor de su héroe, bajo la lluvia torrencial. Por el vecindario, puertas, balcones y miradores se llenaban de mujeres y niños. Mezclábanse al tumulto marineros de todos los países, dando hurras atroadores. Un ciudadano federal se abrió paso a empujones y consiguió estrechar la mano de Su Excelencia. Otro fué más resuelto y llegó a darle un abrazo.

Mas la lluvia seguía “desgajándose a torrentes” sin que ese hombre de sesenta años férreos se dejara arredrar; aunque falta saber (seamos maliciosos) si en la ocasión no llevaba, para preservarse de la intemperie, aquél su famoso poncho de piel de toro “sobado como un guante”, con que solía arteramente jugar con los amigos a quien se mojaba más...

“Rosas — dice una crónica — con semblante a la vez risueño y militar, saludaba marcialmente al pueblo que lo vitoreaba”. El *Diario de Avisos* añade, a este respecto, su fervorosa admiración “por el porte sencillo del hombre que ha dictado a las primeras naciones europeas los términos de los tratados que reglan el intercurso entre los pueblos civilizados”.

Acabando estaba el tedeum (al que nunca asistió Rosas), cuando la lluvia amainó. Al poco rato es-

campaba y el nublado se rasgaba acá y allá. Entonces, mientras las campanas repicaban jubilosas, volteando y volando, y en tanto que sonaban por doquier las bandas lisas de los regimientos, el Ilustre Restaurador de las Leyes dió una voz de mando, y a esta voz el corneta de órdenes estremeció los aires con un toque solemne, a tiempo que las cajas de los tambores se ponían interminablemente a resonar. Al instante corrió por toda la tropa un estremecimiento y los soldados se pusieron firmes.

Había dejado de llover. En el cielo de julio el nublado se iba echando hacia el Este fluvial, bajo el impulso de un aire fuerte y frío que entumecía las manos y agitaba las banderas.

En el acto, el gran Rosas, atravesó a pie el arco central de la Recova, seguido de una guardia de honor, y vuelto el rostro hacia la Pirámide de Mayo exclamó, con la espada extendida, imprecando y conjurando:

“¡A la tierra argentina, salud! ¡Gloria perdurable a los patriotas ilustres que acordaron virtuosos el juramento santo de nuestra independencia de los reyes de España y de toda otra dominación extranjera!”

Y entrando al campo de las exclamaciones, que era el suyo, agregó:

“¡Viva el 9 de julio de 1816!

“¡Viva la independencia americana!

“¡Viva la Confederación Argentina!

“¡Viva la honorable Junta de Representantes!

“¡Muera el desertor de la causa americana, Santa Cruz!

“¡Muera el desertor de la sagrada causa americana, Flores!

“¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!

“¡Muera, muera, muera el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza!”

Y como en todas las fiestas patrias, hubo palo jabonado y juego de sortijas; y ya anochecido, globo de papel que se llevó la brisa.

Hueste: conjunto de sus partidarios. — *Ayudante de campo*: puede decirse también ayudante general, ayudante mayor, ayudante de plaza. Recibe esa designación el oficial destinado personalmente a las órdenes de un general o jefe superior. — *Espueta*: espiga de metal terminada comúnmente en una rodajita con puntas y unida por el otro extremo a unas ramas en semicírculo que se ajustan al calcañar, y se sujetan al pie con correas, para picar a la cabalgadura. — *Tercerola*: arma de fuego usada por la caballería; es un tercio más corta que la carabina. — *Terciada*: puesta diagonalmente sobre la espalda. — *Caserna*: construcción destinada a alojar soldados, almacenar víveres y otras cosas. — *Bandas lisas*: conjunto de tambores y cornetas que pertenecen a regimientos. — *Desertor*: soldado que desampara su bandera. — *Tedéum*: acto religioso que la iglesia celebra. Este vocablo proviene de las dos primeras palabras de un himno religioso que comienza: *Te Deum laudamos* y con cuyo cántico, la Iglesia da gracias a Dios por algún beneficio.

En esta lectura se citan dos periódicos que aparecieron durante la tiranía de Rosas.

Uno es el *Agente Comercial del Plata*. Fué fundado el 16 de junio de 1851 y su editor responsable se llamaba Ruperto Martínez. Esta hoja, como toda la prensa porteña de esa época, no podía hacer ningún comentario sobre la cosa pública. En la primera plana y casi siempre, también, en la segunda, se transcribían artículos tomados de los diarios extranjeros, especialmente france-

ses. Entre los temas locales, daban los datos del calendario y alguna información sobre el movimiento del puerto.

El otro periódico que se menciona es el *Diario de los Avisos*, hoja comercial y literaria. Su propietario y editor era don José Arzac. Las oficinas estaban en la calle de Cuyo (hoy de Sarmiento) N° 76. Como el anterior, muy poca es la información local que suministraba.—*Juego de sortijas*: ejercicio de destreza que consiste en ensartar en la punta de la lanza o de una vara, y corriendo a caballo, una sortija (anillo) pendiente de una cinta a cierta altura.—*Palo jabonado*: palo largo, hincado verticalmente en el suelo, untado de jabón, por el cual se ha de trepar para tomar, como premio, un objeto atado a su extremidad. La palabra *cucaña* tiene el mismo significado.

VII.—EN PLENA DANZA FEDERAL

Sin más demora, el general don Agustín de Pinedo atravesó la sala, toda alfombrada de rojo, subió gallardamente la gradería del estrado, y con reverente ademán ofreció el brazo a Manuelita, que accediendo, apoyó la fina mano enguantada en el firme brazo del militar. Descendieron las gradas, y al cadencioso compás de un minué de Francia, que en ese momento se iniciaba, bailó la niña, llena de gracia, el baile arrobador, con cien figuras y mudanzas, mano a mano con su general. Y todo pasó con arreglo a la canción que dice:

*El minué, baile serio y tranquilo,
respirando decencia y honor,
con sus pasos medidos y graves,
se bailaba tan sólo entre dos.*

Todos, casi en éxtasis, admiraban tan hechicero donaire — la elegancia de la niña, la bizarría del militar — y alguno, más erudito que los otros, concretaba su placentera emoción en este rápido juicio: ¡Qué delicia tan siglo XVIII francés!

Y ya en su punto, la fiesta asumió su plena gala y su completo esplendor, de valse en valse, de cuadrilla en cuadrilla, de contradanza en contradanza. Y también se bailó con exacerbado celo nacionalista, el minué federal, que se danzaba por tandas, las cuales, después de muchas rítmicas vueltas, poníanse frente a frente: de aquel lado las damas, de este otro los caballeros. Y se saludaban por filas, inclinándose con lenta genuflexión. Ellas se recogían ligeramente la ancha falda de alforzas y avanzaban cautivantes el diminuto pie, en tanto que ellos, parsimoniosos y solemnes, extendían la diestra saludando en una actitud de ofrenda, rendimiento y ruego. Y de nuevo se tomaban de la mano y daban concertadas vueltas.

Mas era el valse — ¡qué boga entonces la del valse! — la danza preferida. Sonaban en sus raudos giros rasos y sedas. Volaban las parejas. La orquesta llenaba de música el salón. Exhalaban los búcaros el aliento mismo de la primavera. De blondas y tules subía un efluvio de esencias exquisitas. Y pasaba en apretados círculos el armonioso tumulto del valse.

Añádase solamente que los innumerables espejos, copiándose los unos a los otros las mismas temblorosas imágenes, volvían infinita la fiesta en su ilusorio fondo de falacia, poesía y vaguedad...

Gallardamente: con bizarría, buen aire, especialmente en el manejo del cuerpo. — *Minué*: baile para dos personas, que ejecutan diversas figuras y mudanzas, y que estuvo de moda en el siglo XVII. — *Arrobador*: que enajena, cautiva. — *Éxtasis*: estado del alma enteramente dominada por intenso y grato sentimiento de admiración. — *Hechicero*: que por su hermosura, gracias o buenas prendas atrae y cautiva la voluntad y cariño de las gentes. — *Donaire*: gallardía, gentileza, soltura y agilidad del cuerpo para andar y danzar. — *Bizarria*: lucimiento, esplendor. — *Erudito*: instruido en varias ciencias, artes y otras materias. — *Contradanza*: baile de figuras, que realizan muchas parejas a un tiempo. — *Exacerbado*: avivado, animado, encendido. — *Tandas*: grupos que se alternaban en el baile. — *Genuflexión*: acción y efecto de doblar la rodilla, bajándola hacia el suelo, ordinariamente en señal de reverencia. — *Alforzas*: pliegue o doblez horizontal que se hace como adorno alrededor y por la parte inferior de las faldas. — *Parsimoniosos*: con mucha atención, prudencia, cordura, seriedad, gravedad. — *Raudos*: rápidos, violentos, precipitados. — *Búcaros*: vasija hecha con arcilla. — *Blondas*: encajes de seda. — *Tumulto*: confusión agitada. — *Falacia*: engaño.

VIII.—AURORA DE LIBERTAD

Con el pronunciamiento de Urquiza, el terror aumentó. Entonces, para salvar la cabeza, la gente no omitía muestra alguna de adhesión al Tirano, siendo de rigor improvisar manifestaciones patrióticas al menor pretexto. Manifestaciones en que no podía faltar el ovillejo de moda contra el “loco traidor salvaje unitario Urquiza”.

Y era éste:

¿A quién le espera un buen susto?

A Justo.

Por ser loco, bien se ve,

José,

el oprobio se eterniza

de Urquiza.

*Mal la vida finaliza
quien a ser traidor empieza.
Le cortarán la cabeza
a Justo José de Urquiza.*

Mientras tanto, Urquiza había organizado su campaña libertadora y con su ejército, después de cruzar el río Paraná, se dirigía a Buenos Aires.

Ya que la batalla es inevitable, va a suceder, al menos tal como el déspota quería; el combate se dará a un galope de aquella ciudad.

Dijérase que todo su propósito se contrajo a procurarse una fuga estratégica; a no desear más que estar cerca de su centro habitual, para obtener, si derrotado, evasión cómoda; si vencedor, persecución horrible.

Sus gacetas decían que la guerra se iba a reducir a un solo encuentro. “Que se paguen todos los delitos en un solo castigo”, era la fórmula corriente; lo que Rosas llamaba “el golpe total”.

Con mira de asestarlo, no cesaban de partir, desde mediados de enero, los batallones rosistas en dirección a Santos Lugares.

Iban allí milicias de la ciudad, de Luján, de Chivilcoy, de 25 de Mayo, de la frontera del Sur.

Sólo quedaban, esperando al brigadier, el batallón de serenos, el de tenientes alcaldes y la escolta del Restaurador, que justamente en la tarde del 27 recibieron orden de marchar.

Pero antes quiso el Gran Rosas, “tranquilo y afable”, mandar hacer evoluciones a la tropa. Estaba majestuoso y gallardo. Aquí tengo en el *Agente*

Comercial esta pintura del guerrero: “El semblante es, a no dudarlo, fiel intérprete de nuestras sensaciones, y en el del general Rosas veíase retratada esa firme energía que caracteriza todos sus actos y esa serena calma que acompañó siempre a los grandes guerreros en vísperas de conseguir una nueva victoria”.

Eran las 6. Mandó hacer alto y en su lugar, descansó; y encaminándose hacia donde Manuelita estaba, le dió lleno de ternura un abrazo, mientras ella lo cubría de besos. Luego montó a caballo, y puesto al frente de su guardia de honor, arrancó a galope entre una nube de polvo. En pos, aclamándolo, caminaban las tropas de infantería.

Hacía calor, un mortificante calor, que algo dulcificaba la brisa del río.

Manuelita había salido al camino para mirar, y allá se había quedado, ensimismada y silenciosa. Habíase quedado mirando aquel camino que llevaba al campo de batalla, fijos los ojos en la lejanía. Y así quedó mirando con ensimismamiento, hasta que, atardecido, no se vió nada ya — ni la sombra de un hombre — en los solitarios horizontes cerúleos...

Y pasaron siete días mortales, y al octavo se levantó, alegrando los cielos, la aurora del 3 de febrero, aurora de libertad, sobre la ondulada y desde entonces famosa planicie de Morón.

Divisa: señal exterior que consistía en una cintilla roja. — *Plebe*: populacho. — *Arrabales*: suburbios. — *Payador*: gaucha que canta acompañándose de la guitarra. — *Pronunciamento de Urquiza*: se designa con esta expresión la declaración formulada por el gobierno de Entre Ríos el día 1º de Mayo de 1851 y en virtud de la cual aquél aprovechando una de las tantas renunciaciones que

hiciera Rosas, a causa del mal estado de su salud, declaró que la "consideraba aceptada y reasumía, en consecuencia, la plenitud de su soberanía, hasta la reunión de un congreso al que concurrirían todas las provincias y se organizase un gobierno común". — *Caseros*: este es el nombre de la batalla librada en los campos del mismo nombre (Pcia. de B. A.) entre las fuerzas que comandaba el general Justo José de Urquiza formadas por soldados entrerrianos, santafecinos y correntinos, una división de uruguayos y otra de brasileños, y las que dirigía don Juan Manuel de Rosas. Ambas se midieron el 3 de febrero de 1852, decidiéndose la victoria a favor de Urquiza. Caseros puso fin a la sangrienta dictadura que durante tantos años soportó el país.

Ese mismo día, Rosas, herido levemente en la mano derecha, huyó del país en una nave de la marina inglesa. Vivió humildemente en una chacra cerca de Southampton (Inglaterra). Murió el 14 de marzo de 1877, después de haber vivido cerca de veinticinco años en el destierro. — *Ovillejo*: combinación métrica que consta de tres versos octosílabos, seguidos cada uno de ellos de un pie quebrado (en este caso, trisílabo) que con él forma consonancia, (...susto... Justo), y de una redondilla cuyo último verso se compone de los tres pies quebrados (a Justo José de Urquiza).

Obsérvese en el texto de la lectura, que la redondilla es una estrofa de cuatro versos octosílabos, de los cuales el primero rima con el último y el segundo con el tercero.

IX.—POCOS DÍAS DESPUÉS DE CASEROS

Cuando el 10 de febrero el general Urquiza recibió en su alojamiento de Palermo los diarios de Buenos Aires, debió leer con el debido interés en el *Agente Comercial del Plata* un suelto concebido así:

"Una de las dudas que teníamos, era sobre la conducta y destino de Rosas en la batalla del 3; ya hemos salido de ella. Desde el principio del combate, y cuando vió que eran arrollados sus primeros cuerpos, dejó a sus soldados desembrollarse como pudieran y se puso en salvo, haciendo un gran rodeo para evitar que descubrieran su intención de fugar.

Tan presto quería andar, que rodó su caballo y le estropeó una mano, única, deshonrosa herida que sacó del campo de batalla. Vino entonces al pueblo, encontró lo que con su hija había preparado de antemano para la fuga, que ha sido su única idea verdadera desde que el general Urquiza atravesó el Paraná. Allí estaba el vestido de marinero inglés que se puso luego, y con el cual se embarcó, yendo descalzo para aumentar el disfraz.”

“Estos actos de repugnante vileza han puesto un digno fin a la vida pública de ese hombre. . .”

¡Cómo cambiaron las costumbres y las fiestas después de Caseros!

En los salones porteños que la Federación vistió de rojo y que la liberación vestía con preferencia de azul, la tertulia familiar se dignificaba con versos alusivos a la gran victoria.

Y alguna linda muchacha cantaba al compás del piano:

*La más bella corona de gloria,
el más verde laurel de guerrero
se ha ceñido el magnánimo Urquiza
en los altos de Monte Caseros.*

Y todos agregaban a coro, juramentándose:

*Ya no hay cadenas,
no hay tiranía.
¡La patria es mía!
¡Libre será!*

X.—VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS DE CASEROS

En marzo de 1877, los vecinos de Southampton pudieron ver un féretro en cuya chapa de bronce se leía esta inscripción: “Juan Manuel de Rosas. Nació el 30 de marzo de 1793. Falleció el 14 de marzo de 1877 (a los 83 años, 11 meses y 16 días).

*

* *

El 17 de ese mismo marzo, *La Prensa* difundía por el país la sensacional noticia, en estas palabras severas, que iniciaban, en nombre del pueblo, el juicio de la Historia:

“El hombre que subyugó a la República Argentina, dominándola durante veinte largos años con la más luctuosa tiranía que recuerdan los pueblos americanos, acaba de exhalar el último aliento en el destierro.

Que Dios le haya perdonado sus atentados contra la humanidad y que su conducta no encuentre ejemplo en nuestra patria.”

Southampton.—Puerto situado al Sud de Inglaterra y que se encuentra a 110 kms. de Londres. Rosas pasó su destierro ahí, en la chacra de Burgess. En una carta que dirigió a doña Josefa Gómez, ha dicho: “Hay en este condado una floresta completamente “desierta. Abundan en ella los ciervos, liebres y pájaros. Sus campos, arroyo, pastos y árboles son deliciosos. Allí, en esas inalterables soledades y en ese no interrumpido silencio, encuentro mis “únicas distracciones, como que mi vida es completamente privada. “Y porque a esta clase de retiro se reducen todas mis aspiraciones, “elegí para mi refugio este lugar donde admirablemente se encuentra ese campo público.”

Subyugó.—Dominó violentamente con la fuerza.

La conquista del desierto.

Después de muchas tentativas infructuosas, desde el año 1864, iba ganando terreno la idea de realizar una campaña grande contra las violentas invasiones de los indios del Sur. Ya entonces proponía Paunero avanzar hasta el Río Colorado, batiendo al indio con dos columnas, una que partiera desde Villa Mercedes, otra desde Buenos Aires, hasta obligarlo a replegarse sobre la margen del Limay, tomándole finalmente la llave estratégica de Choele-Choel. En 1867 el Congreso votaba la ley de la conquista del desierto y ocupación del Río Negro. Había de pasar, sin embargo, mucho tiempo aun en la inacción o en la defensiva infructuosa. Pero los tiempos comenzaban a madurar. Roca, el hombre predestinado, sostenía largas conversaciones con Baigorria en los fortines fronterizos. Día a día se enteraba con mayor precisión de las cosas del araucano. Hasta que en 1875 pudo decir en documento memorable: "Yo me comprometería, señor ministro, ante el gobierno y ante el país, a dejar realizado esto que dejo expuesto, en dos años: uno para prepararme, otro para efectuarlo." No, ya no trascurrirán otros lamentables tres años de estériles sacrificios en la tarea de practicar una zanja inútil y un parapeto ilusorio.

La campaña de Roca consistió realmente en un solo relámpago dominador. Veinte mil leguas fecundas fueron barridas de barbarie en sólo tres meses de

operaciones, después de una también brevísima campaña preliminar. Nada de artillería, nada de pesados convoyes, nada de entorpecedoras corazas, nada de superfluo bagaje personal. Contra el centauro, el centauro: esa fué la fórmula.

El General, entretanto, no se da descanso. El telégrafo no cesa de llevar sus mensajes a todas las líneas. Originando la emulación del heroísmo, telegrafía a los unos la buena diligencia de los otros. Y vuelan los mensajes, lacónicos, perentorios, categóricos. Estimula. Felicita. Alienta. Otorga ascensos en el campo de batalla. Para cada uno tiene la palabra justa, siempre incitadora. “Es necesario perseguir hasta los toldos”... “No deje aburrirse a la tropa en los cuarteles”... “Mándeme los prisioneros; no quiero aglomeración de indios en la frontera; los haremos agricultores o marinos”... “Mande invadir sin pérdida de tiempo”... “Quiero una batida más”... “Lleve itinerario de sus marchas y mande copia”... “Persiga lo más lejos posible”... “Pequeñas expediciones completas: no hay otra táctica”... Y Racedo, y Winter, y Levalle, y Freyre, y Uriburu, y Lagos, y Godoy realizan maravillas de precisión y de acierto. Cada día, un problema resuelto, una dificultad vencida, un misterio acabado. Así fué rasgada en tres meses una tiniebla de tres siglos. Así voló victorioso ese relámpago.

Y, premio enorme: el tal desierto no era tal desierto. Roto el encantamiento de los centauros, la pampa se convirtió en vergel; y el Sur, hasta la vis-

pera tenebroso, mostraba entre jardines deliciosos, los más bellos paisajes del mundo.

Infructuosas: inútiles, ineficaces. — *Predestinado*: destinado anticipadamente a ese fin. — *Fortines*: obras defensivas; pequeños fuertes. — *Parapeto*: pared o baranda puesta como defensa. — *Centauro*: monstruo fingido, mitad hombre, mitad caballo. Se dice también del hombre que monta muy bien a caballo. — *Emulación*: estado del espíritu que excita a imitar y aun a exceder a los otros. — *Paunero*, *Wenceslao*: general argentino, de origen uruguayo, pues nació en Montevideo. Actuó en las luchas contra la tiranía y en la guerra del Paraguay. Fué nombrado plenipotenciario argentino en la corte del Brasil, donde murió en 1871. — *Araucanos*: indígenas que ocuparon primitivamente la gobernación del Neuquén y Sudoeste de la provincia de Mendoza; luego a mediados del siglo XVIII ocuparon la parte Sur y Oeste de la provincia de Buenos Aires. "Representan los elementos indígenas de mayor cultura de la República". Los aborígenes de la R. A. 1910. Félix F. Outes y Carlos Bruch.

Las tumbas de la barbarie.

Apenas consumada la conquista del desierto por las armas de la república, el doctor Estanislao S. Zeballos, muy joven a la sazón, tuvo la bella osadía de lanzarse a la exploración científica de aquellas regiones, queriendo que un argentino fuese el primero en revelar al mundo los pormenores de las nuevas tierras conquistadas.

Como la empresa era por demás arriesgada, el general Levalle facilitó al joven explorador una escolta de veteranos que lo acompañasen.

Se internaron en la selva. Encontraban numerosas tolderías abandonadas donde Zeballos recogía

los más típicos utensilios del indio. Al propio tiempo, cavaba en los cementerios indígenas y abría las tumbas de los antiguos caciques.

Un día, mientras Zeballos cavaba esa tierra sagrada, el teniente Bustamante, apiadándose, le recitó estos versos:

*¡Pobres indios! sus bosques y el collado
donde al sol adoraban, son ya ajenos;
y nada, nada se les ha dejado...
¡que les queden sus tumbas a lo menos!*

A lo que replicó sin demora el explorador:

—No, teniente. Si la civilización ha exigido que ustedes ganen entorchados conquistando estas tierras, la ciencia exige de mí que yo la sirva llevando estos cráneos a los museos. La barbarie está mal-dita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos.

Tolderías: campamento formado por toldos de indios. “Un toldo es un galpón de madera y cuero. Las cumbreras, horcones y costaneras son de madera; el techo y las paredes de cuero de potro, cosido con venta de avestruz. El mojinete tiene una gran abertura: por allí sale el humo y entra la ventilación”. Lucio V. Mansilla. “Una excursión a los indios ranqueles”. Buenos Aires, 1870, pág. 32. — *Cementerio indígena*: terrenos destinados a enterrar los cadáveres de los indios. — *Entorchados*: insignias que representan, según sus colores y formas, diversos grados en la milicia. — *Museos*: lugares en que se guardan objetos notables.

La muerte de Rivadavia.

Quiso el destino que don Bernardino Rivadavia hubiese de acabar sus días en España, en la ciudad de Cádiz, esa punta española tan relacionada con la historia general de América.

Debió sentirse muy a su gusto el expatriado. Un panorama de buques llevábale la imaginación a los cielos de su país lejano. La iglesia de San Francisco algo le decía de la Buenos Aires que dejó.

Poco salía Rivadavia por esas calles de Cádiz. Harto le pesaban ya sus fatigados sesenta y cuatro años, después de tantas andanzas. Mucho más le placía quedarse en su habitación. Había alquilado en la calle de Murquía un lindo piso en una casa que hacía esquina. Ocupaba el primer piso de los tres. Su dormitorio, muy cómodo, no era otro que el gran aposento que daba — y todavía da — a un balcón voladizo. Vivía muy a lo señor, que fué siempre su manera de vida. Disponía el patricio, aparte de otros recursos, de una renta mensual de cien duros que le redituaban en Río de Janeiro unos papeles del crédito público. Comía en vajilla de plata labrada y con cubiertos de ébano y oro. Tres sirvientes lo atendían.

Dos amigos de incomparable nobleza, don Nicolás y don Francisco de Achával le ayudaban a vivir. Estos señores no siempre lo pasaban en Cádiz; pero, de estar en la ciudad, eran infaltables a la vera

de su lecho y los seguros contertulios de su tresillo.

No siguieron bien las cosas para Rivadavia. Un día se puso resueltamente malo. Volvía la primavera, mas no para sus acabadas venas.

El 14 de abril se sintió tan flaco de salud y de esperanzas que hizo llamar al escribano. Arrebujaado en la cama y temblorosas las manos, dictó sus voluntades.

Dispuso ante el buen notario todas las futuras cláusulas testamentarias. Las dictaba postrado, con voz debilísima. Cuando el escribano don Joaquín Rubio, finalizada la escritura, puso la pluma en manos del testador, para que la firmase, verificóse que no lo pudo "por impedírsele la flaqueza del pulso".

Pasó la crisis. Con el verano fué mejorando el enfermo. Pero llegaron los calores de agosto, y, su mal se reagravó. El sacerdote y el médico le visitaban con reveladora frecuencia.

Agosto corrió en un solo sobresalto, y cuando entró septiembre no había nada que esperar. Viejo y solo estaba el grande hombre. Andaban sus hijos por apartadas tierras. Algunos amigos, muy pocos, se acercaban a su lecho de enfermo. Pero, ¡qué tristeza en los rostros y qué melancólicos anuncios en cada entrar y salir! Rivadavia comprendió que se acercaban sus postreros instantes, y llamando al sacerdote, que apenas se alejaba de él, le instó a recibir quince duros de limosna.

Iba entrando la mañana del 2 de septiembre de 1845. Se acababa sin remedio aquella vida.

Al marcar el reloj las seis y media, fallecía el prohombre. Todos se arrodillaron.

Expatriado: desterrado. — *Harto*: bastante. — *Aposento*: cuarto o pieza de la casa. — *Voladizo*: que sobresale. — *Patricio*: que por sus virtudes descuella entre sus ciudadanos. — *Redituaban*: rendían, producían una utilidad periódica. — *Vajilla*: conjunto de platos, fuentes, vasos, tazas, jarros, etc., que se destinan al servicio de la mesa. — *Vera*: orilla. — *Contertulio*: compañero de tertulia. — *Tresillo*: juego de naipes carteado que se juega entre tres personas. — *Flaco*: endeble, sin vigor para resistir. — *Arrebujado*: cubierto bien y envuelto con la ropa de la cama. — *Voluntades*: intención, resolución, consentimiento. — *Notario*: escribano, funcionario público autorizado para dar fe de los contratos, testamentos y otros actos que se realizan conforme a las leyes. — *Instó*: repitió el ofrecimiento. — *Prohombre*: digno, por sus virtudes, de una especial consideración.

Un sabio.

Nueve años antes de que apareciera en la ciudad aquel león que llevó por nombre Almafuerte, allegóse a La Plata un hombre que era verdaderamente un sabio: Florentino Ameghino.

Apareció como uno de tantos viajeros, desaliñado el vestir, desbaratado el andar; como uno de tantos presurosos viajeros de los que venían para aposentarse en los términos de la ciudad nueva. Lo primero que vió la gente, y quizás lo único en el recién llegado, fué un rostro lleno de serenidad y armonía. Aquel hombre más bien menudo, ágil, ligero, de no cumplidos siete lustros, tenía el transparente aire de

un niño, su propia risa, su misma felicidad. Era su vida sana, limpia. Su corazón, vaso de dulzura. Podía llamársele sin mentir, el infinitamente bueno.

Movedizo también como un niño, andaba todo el día, andaba sin cesar, desde la aurora hasta que cerraba la noche. ¿Cómo? La alegría va delante de sus pasos. Es para jurar que silfos del campo lo incitan a que juegue con ellos: los silfos del campo que han mirado sus ojos y han descubierto en su azul una claridad dichosísima. Es para jurar que tales seres del aire le dicen, le cantan: Síguenos, síguenos. . .

Después vienen los tiempos de sus lejanas exploraciones; una y otra vez se pierde errante en la desolación patagónica. Son los tiempos de sus exploraciones hacia los siglos, hacia los milenarios que fueron. Si por el camino adelante avanza leguas, hacia lo hondo de los yacimientos desciende inmensas edades. Su ojo se vuelve adivino. Las piedras son testimonios para él, y cuando toma barro entre las manos, acontece que en ese barro empieza a palpar la vida. Un día encuentra en una cañada, vasos, cuernos, flechas, punzones. Se estremece de adivinación. Rehacía las aniquiladas formas. Reconstruía como en éxtasis las edades que un día fueron. Asceta de un nuevo tipo, pasábase las horas y las horas, connaturalizado con los elementos, sumergido en el agua de las cañadas.

Es el genio de la verdad en marcha, el portador de esa antorcha de la ciencia, a cuya luz suele alegrarse más la inteligencia que delante de un firmamento estrellado; luz de amor, coloreada de coraje

y encendida de honradez, si capaz de yerro, incapaz de capciosidad ni de embuste.

Florentino Ameghino nació en Luján (B. A.) el 18 de septiembre de 1854. Hizo sus primeros estudios en la escuela de su pueblo natal. Desde ahí comenzó a mostrar las facultades de su extraordinaria inteligencia. Prestaba muchísimo interés a la palabra de su maestro, don Carlos D'Aste, atendía sin descanso, respondía con rapidez y exactitud todas las preguntas, tenía una gran memoria y mucho le agradaba las ciencias naturales y la geografía. Se recibió de subpreceptor y se empleó de maestro de escuela en Mercedes (Pcia. de B. A.). Después llegó a ser director. En esta ciudad comenzó a destacarse como un notable hombre de ciencia. Publicó muchas obras, hizo largas exploraciones, viajó por Europa; en París se casó con doña Leontina Poirier y al regresar del Viejo Continente instaló una librería en la ciudad de La Plata, con el nombre de "El Glyptodon". Aquí escribe su famosa obra "Filogenia" y como él lo dijo: "Atendiendo mi negocio de librería, escribo cada renglón entre la venta de cuatro reales de plumas y un peso de papel". Escribió cerca de veinte mil páginas de observaciones originales. Falleció en La Plata el 6 de agosto de 1911 a las 8.20 horas. — *Almafuerte*: es el seudónimo de Pedro B. Palacios, poeta argentino nacido en San Justo (P. de B. A.) el 13 de mayo de 1854 y muerto en la ciudad de La Plata el 28 de febrero de 1917. Como maestro de escuela comenzó a ganarse la vida. Más tarde, sus publicaciones en prosa y en verso le dieron celebridad. Murió siendo muy pobre, pero lleno de gloria. — *Desaliñado*: descuidado. — *Lustro*: espacio de cinco años. — *Silfos*: seres fantásticos. — *Milenario*: espacio de mil años. — *Testimonios*: pruebas de la verdad de una cosa. — *Yerro*: equivocación. — *Capciosidad*: engaño. — *Embuste*: mentira, enredo.

Civilización.

He aquí en las mismas regiones que ayer pertenecieran al salvaje, el ferrocarril, las colonias, los pueblos y las prósperas estaciones. He aquí los galpones de trigo y los convoyes de chatas cargadas de bolsas. He aquí en todo el horizonte de estos campos de Río Cuarto, ayer del indio, parvas y parvas y parvas entre los terciopelos de la alfalfa, y maíz, maíz, maíz, hasta donde van los ojos. He aquí los desiertos de ayer convertidos para siempre en tierras de pastores.

¡Da júbilo patriótico este espectáculo magnífico!

Ya no hay indio aquí, ni sombra de indio. Ahora, por el campo de sus correrías, pasan trepidando las máquinas agrícolas, y con su alta locomotora adelante va descubriendo horizontes por el camino de los rastrojos el fecundo tren de la trilladora.

Y pensar que hubo un tiempo “en que no se podía cruzar de Río Cuarto a Achiras sin hacer testamento”... Dormían infecundas extensiones inmensas de las más feraces tierras, entre cañadas, arroyos, lagunas y manantiales desperdiciados. Las invasiones del salvaje se echaban sobre los incipientes pueblos. El malón caía como una borrasca, de noche, sin dar tiempo a la defensa. Caía como una tromba y huía conseguido el botín, como el mismo viento. Al otro día, el recuerdo del malón parecía cosa de pesadilla: en la soledad sin límites, ni siquiera una huella...

Hay todavía ancianos que se acuerdan de aque-

llos tiempos en que los indios mandaban embajadas a Río Cuarto para firmar tratados de potencia a potencia con el gobierno. Andaban estos diplomáticos del desierto con aire de vencedores, inspirando a la vez en los buenos argentinos, un sentimiento de repugnancia. Fumaban y escupían en los despachos, mientras el lenguaraz discutía las condiciones de la paz: más yerba, más tabaco, más yeguas, más aguar-diente.

Y no era solamente allá en provincias donde el indio gozaba de tales honores. También en Buenos Aires se vieron insolentes caciques recibidos con toda pompa en la Casa Rosada.

Júbilo: alegría, gozo, regocijo. — *Malón*: este es un vocablo de procedencia indígena y que significa "asalto de indios, con saqueo de ciudades y depredación (robo con violencia) de campos". Hasta cerca de fines del siglo pasado, el malón era un azote en la región Sud de nuestro país. — *Lenguaraz*: persona que conoce dos o más lenguas. — *Casa Rosada*: edificio donde tiene su despacho oficial el presidente de la República, y también, sus ministros. La razón del adjetivo que acompaña al vocablo *casa*, está en el color *rosado* de la pintura exterior del palacio.

Tercera Parte

Sugestiones Cívicas y Morales

Buscando la perfección.

Cuando un pueblo fija una frontera no significa decir: "por aquí no se entra", sino, "por aquí se pasa".

Crear una patria vale por encender un nuevo hogar para bien de la humanidad. Nadie se disgusta ni duda de la humana solidaridad, cuando la ciudad gana una casa. Nadie debe dudar tampoco del amor solidario cuando el mundo gana una patria. Y, recíprocamente, así como nada infunde más pena en la ciudad que la casa derruída, nada duele tanto en la tierra como la patria acabada.

Cuando la tierra se enriquece con una patria más, ya pueden los hombres alegrarse. Buena o mala, no importa. Siempre será capaz de volverse mejor, y este afán de mejorar las cosas es el que por excelencia ennoblece las labores humanas. Y todo en una patria puede hacerse mejor: las costumbres, la ley, la institución y el hombre.

Recordaré que las patrias no se fundan para la inmutabilidad, sino para la vida, que es una renovación incesante. Por eso, dicho en verdad, los buenos patriotas son los que quieren renovar o reformar, y los enemigos más grandes de la patria son los que quieren cristalizar e inmovilizar, ora se trate de la costumbre, ora de la ley o de la institución.

Nada tan antipatriótico, por lo tanto, como el patriotismo del fanático, que empieza por suponer que

la patria es perfecta. Las patrias, felizmente, no son nunca perfectas, y por eso es que viven. Viven perfeccionándose, y cuando en un país faltan hombres que clamen, luchen o sucumban por una renovación; cuando ya no hay quien oiga el aldabonazo del espíritu de la patria, puede afirmarse que la tal patria está bien muerta y que aquel espíritu ya se ha ido para siempre.

Solidaridad: unión. — *Costumbres*: conjunto de hábitos y usos que durante mucho tiempo y continuamente, han sido practicados. — *Ley*: norma dictada por el Congreso Nacional (ley nacional), o legislaturas provinciales (ley provincial), nacida de las condiciones y necesidades del pueblo y por la cual se manda o prohíbe una cosa para bien de los habitantes y progreso de la nación. — *Institución*: órgano del Estado. — *Inmutabilidad*: condición de invariable. — *Cristalizar*: reducir a formas fijas, como los cristales que adoptan figuras geométricas inalterables. — *Fanático*: que defiende con tenacidad sus opiniones; entusiasmado ciegamente. — *Sucumban*: se rindan, perezcan. — *Renovación*: cambio, modificación. — *Aldabonazo*: golpe dado a la puerta.

Nocturno de sabiduría.

Cierra tu puerta bien. El sabio es sordo.
No asomes la cabeza a la ventana.
Oro de Ofir te ofrecerán: no escuches.
Oro de Ofir te mostrarán: no salgas.

¡Más oro tienes tú, mucho más oro!
Que son de oro los muros de tu casa.
No lo trueques por ese del camino...
¡Por el bien de tu vida, no te vayas!

*Somos como las lámparas. Alumbra
en el alma una luz, una luz blanca.
Cuidado, que corriendo no te quemes
y el propio corazón se te alce en llamas.*

*Por pobre dicha que en tu casa tengas,
alúmbrala, protégela y ampárala.
Por pequeño jardín que tú cultives
con una rosa más siempre se agranda.*

*Pero las voces, las falaces voces,
¡cómo resuenan y clamando llaman!
¡Por la paz de tus horas, que no escuches!
¡Por el bien de tu vida, que no salgas!*

*Siempre buscando lo que está remoto!
¡Siempre el hechizo de las lontananzas!
¡Siempre en el aire las falaces voces
que nos llaman! . . .*

Ofir: país del Oriente, adónde iban las flotas de Salomón a cargar oro. Según unos, es la costa de Sofala en Africa, según otros, el litoral de la Arabia Feliz o la región de la India. No falta quien lo haya situado en el Perú. — *Falaces*: engañosas, que atraen con falsas apariencias. — *Hechizo*: encanto, seducción.

Hay un orden para cada desorden.

Anhelamos para nuestra patria, una resonante victoria. Aspiramos a obtener de cada uno de nosotros, todo el rendimiento de nuestra individualidad.

Sabemos cómo se inicia la derrota en el campo de batalla y no queremos nada parecido.

No comienza en el batallón, la derrota; comienza, brusca, en el soldado. De pronto, sin que se vea por qué, el equilibrio de la batalla se rompe. Parecía que ningún bando debía salir vencedor y ahora habrá vencedores y vencidos. ¿Qué fué lo que pasó? El batallón era bueno, pero no en cada uno de sus soldados. Basta que en uno de éstos pueda asomar el pavor para que pueda asomar en todos y sea el arrojar las armas y el correr a la desbandada. Por eso necesitamos del individuo pleno. No hay rasgo de carácter ni apenas signo de voluntad bien dirigida que no nos interese desarrollar hasta la última de las consecuencias.

No vinimos de veras, a un mundo irremediablemente perdido. Muy al revés. No podemos siquiera aceptar en esta patria nueva, ninguna idea contra la vida: ni contra su belleza, ni contra su verdad, ni contra su bien, ni contra su armonía. Sabemos que para cada pregunta hay una satisfactoria respuesta. Nuestra esperanza argentina está fundada en hechos; en hechos macizos. Se ha descubierto la causa de la desdicha social; se ha descubierto la causa de la desdicha física; se ha descubierto la causa de la desdicha moral. Se ha visto o se ha entrevisto ya que los males

son remediables. El aire de nuestra patria está vibrando siempre de voces llenas de salud y de fuerza. Hay un camino seguro para la dicha social: la organización de la libertad. Hay un camino seguro para la dicha física: la obediencia de la naturaleza. Hay un camino seguro para la dicha moral: la palabra deber ha sido como inventda de nuevo y ofrecida por plomada en la construcción de la conducta. ¡Hay un orden para cada desorden!

Orden: colocación de las cosas en el lugar que les corresponde. — *Anhelamos*: queremos con vehemencia. — *Bando*: facción, grupo. — *Pavor*: temor con espanto. — *Desbandada*: huida en desorden. — *Pleno*: completo. — *De veras*: frase adverbial que significa *con verdad*. — *Desdicha*: desgracia, miseria, pobreza. — *Social*: perteneciente a la sociedad. — *Plomada*: guía.

De viaje.

Honda emoción de despedida, de ausencia que comienza, de soledad que vino ya.

El enorme barco, poco a poco, fué alejándose del murallón de la dársena; entró luego por la línea de los canales; movió después su hélice en las aguas libres.

Al otro día, a la semana siguiente, ¿por dónde sería el bogar y cómo sería? . . .

Preguntárselo daba congoja; pues el espíritu estaba lleno de la ansiedad de la partida, y el corazón se rompía en dos, porque a la vez se iba y se quedaba.

Soplaba una fresca brisa.

El viento decía: Buen viaje . . .

¿Qué hora sonó en el reloj? . . . Era la media noche y cundía por el aire frío una bruma espesa. En la alta noche, nuestro vapor trasatlántico navegaba con medrosa lentitud. Se sentía que el miedo se había apoderado del barco. Se comprendía bien que este miedo hacía más lúgubre el ruido del agua a cada bandazo.

Alguien pretendió que, a causa de la bruma, podíamos chocar con otro buque. Alguien afirmó que nuestra vida se encontraba en peligro.

¡Qué pesadumbre contagiarse! Seguían pretendiendo los más entendidos que en esos momentos corríamos peligro. ¡En esos momentos! A la verdad, los entendidos ignoraban que la vida es peligro siempre, igual y parejo, nunca mayor ni menor.

*

* *

Pero oíase sonar la sirena, a cada instante, sin cesar, como si en realidad corriésemos inminente y espantoso riesgo. Y se oía, cuando nuestra sirena callaba, la de otro vapor que navegaba en la contraria dirección. Eran dos bramidos en la noche; dos terrores en la obscuridad.

De pronto nuestro buque se detuvo. Se sentía que el miedo lo había hecho pararse, de golpe; el miedo a la noche tenebrosa y a la bruma ciega.

Toda el agua estaba en sombras. Todo el cielo estaba opaco. La bruma iba y venía, allí mismo, en el buque, sobre cubierta, en medio de nosotros, melancólica y gris, pesada y húmeda, palpable y concreta como un ser.

Entretanto — y ya tardaba en decirlo — un marinero viejo encendió su pipa, se montó en el bauprés y se puso a cantar barcarolas.

De este mismo valiente se contaba que se pasó una vez, cuando era mozo, cantando en lo alto del palo mayor, en una noche de tormenta, mientras el mar quebrado se abría en nunca vistos abismos.

*

* *

Decidme ahora cómo es acaso este otro viaje de la vida que vamos haciendo...

Averiguadme cómo está el cielo, cómo el mar... Decidme ahora si no hay una ilimitada bruma que nos borra los horizontes. Tratad de saber, en medio de esta cerrada niebla, cuál es la proa, cuál la popa.

Buscad ahora si hay quien se anime, en esta nave, a montarse en el bauprés y a ponerse a cantar, mientras la nave avanza por las tinieblas del destino... Sí, muchos lo hacen; porque son sencillos y buenos y tienen confianza en el Timonel. Así, el premio de su confianza es la felicidad.

Medrosa: temerosa, como que tuviera miedo. — *Bandazo*: tumbado repentino que da un buque hacia uno de sus costados. — *Bruma*: niebla que se levanta en el mar. — *Bauprés*: palo grueso que se coloca en la proa de las embarcaciones y que sirve para asegurar las velas. — *Barcarolas*: canciones italianas propias de los marineros. — *Timonel*: la persona que gobierna la nave con el timón. En este caso, es imagen de la Providencia; por eso va con mayúscula.

Cosas, cualidades y acciones.

Substantivo, adjetivo y verbo: he ahí todo el idioma y también toda la vida. Lo demás es meramente expletivo. Nada hay en consecuencia, ya en el mundo real, ya en el lenguaje, fuera de las cosas, sus cualidades y su manera de obrar.

Hombres y pueblos serios cuidaron siempre sus palabras, las hicieron firmes, claras y pulcras, como quien se da cuenta de que el alma se manifiesta por medio del idioma. Cuidando las palabras, cuidaban el espíritu. Hay en esto una íntima verdad. No es posible decir palabras bellas sin tener un alma bella, ni palabras santas sin tener un alma santa. Que haya, sin embargo, quienes lo hagan por obra artificiosa, significa bien poco; luego no más se ve que la palabra de éstos no es duradera, ni tiene resonancia, ni prende en otro corazón, ni crea nada.

Atender el idioma es asimismo el modo más directo de atender a cada pensamiento. Una palabra clara revela un pensamiento claro. Me explico por qué Demóstenes, ceceoso como es fama, corrigió su mal. Fué trabajo exclusivo de su mente; cada idea es un alma y la palabra su envoltura; y como cada ser concluye por dar con el organismo que mejor le conviene, la idea demosteniana obtuvo un día, por su limpidez y justeza, palabra límpida y justa, arrebatadora y deleitosa.

En los idiomas lo capital está en el verbo. De él

depende el tiempo, todos los tiempos. Un río al correr conjuga su propio verbo. Lo mismo digo del viento, del trueno, de las resacas del mar. Por eso la onomatopeya primitivamente fué la imitación del verbo de los elementos. Y he citado ex profeso la onomatopeya, porque ésta, siendo armonía imitativa, constituye el verdadero lenguaje universal.

El canto de los pájaros es también onomatopéyico. Estos divinos cantores pertenecen, según su clase, a una o a otra escuela. Y en el bosque hay muchas...

Digámoslo siempre. En las palabras, más que en las mismas armas, radica la fuerza verdadera del hombre.

Expletivo: este adjetivo aplicase a las voces o partículas que, sin ser necesarias para el sentido, se emplean para hacer más llana o armoniosa la frase. — *Pulcras*: bellas, delicadas. — *Demóstenes*: célebre orador griego. Vivió 385 años antes de Jesucristo. Con sus esfuerzos perseverantes adquirió las extraordinarias cualidades de orador que sus contemporáneos y la posteridad, más tarde, le han reconocido. Cerca de setenta discursos han llegado hasta nosotros. — *Ceceo*: que pronuncia la *s* como *c*. — *Artificiosa*: hecha con ciertos procedimientos ingeniosos, fuera de los ordinarios, para lograr un fin con mayor facilidad. — *Arrebatadora*: que cautiva la atención. — *Delectosa*: que causa placer del ánimo. — *Resaca*: movimiento en retroceso de las olas después que han chocado en la orilla. — *Onomatopeya*: imitación del sonido de una cosa en el vocablo que se forma para significarla. Las voces onomatopéyicas imitan el sonido de las cosas nombradas por ellas. — *Murmullo, zumbido, rugido, gorgorito*, son voces onomatopéyicas. — *Armonía imitativa*: es un artificio del lenguaje, que, como la onomatopeya, consiste en imitar, por medio de las palabras, otros sonidos, ciertos movimientos, o las emociones del ánimo.

El siglo del árbol.

El siglo XVIII puede llamarse el siglo del árbol. Linneo — el gran botánico — es más que un hombre, un símbolo. Desde recién nacido, se adivina su destino. La naturaleza parece alegrarse de su nacimiento. Nace Linneo en pleno mayo florido. En la cuna, la nodriza lo distrae poniendo flores en sus pequeñas manos. Crece en medio del paterno jardín. Su padre, que sabe botánica, lo inicia, niño aun, en los misterios de la nomenclatura. Por las rutas campesinas, el placer de este niño es averiguar los nombres de las plantas. Aprende a leer en libros de botánica.

Y aquel Linneo que de niño preguntaba en los caminos por los nombres de las plantas, cruzaría después la tierra en procura de vegetales raros, soñando con un nuevo sistema de clasificación, hasta realizar maravillosamente su sueño.

Veámoslo ahora viejo. Linneo viejo cae en el candor de los niños. Sábese que Linneo, en la chochez de sus años postreros, releía sus propias obras, sin la menor idea de que fuesen propias. Y dicen que decía, asombrado de su estilo, al concluir las lecturas: ¡Quién me hubiera dado escribir tan bellas páginas!

Linneo, Carlos: célebre naturalista sueco. Nació en una antigua provincia de la Suecia meridional. Murió en el año 1778, a los 71 años, en Upsal. Ayudado por hombres generosos, pudo dedicarse al estudio de la Botánica. Descolló por sus trabajos científ-

ficos y especialmente, por su sistema de clasificar las plantas. — *Simbolo*: figura que materialmente representa algún concepto moral o intelectual. — *Nomenclatura*: conjunto de voces técnicas, es decir, pertenecientes a la ciencia. — *Rutas*: itinerarios. — *Sistema*: conjunto de principios sobre la manera de establecer una clasificación. — *Candor*: sencillez y pureza de ánimo. — *Chochez*: con las facultades mentales algo debilitadas por la edad. — *Postereros*: últimos. — *Estilo*: manera individual de expresar los pensamientos.

Bendición a la casa.

*Desde aquel rudo tiempo en que la roca nueva
dábale al hombre casa, como quien dice cueva,
cada hombre hirsuto y basto, al erigirla en dote,
cumplió siempre una previa misión de sacerdote.
Tomar casa era tanto como elevar altares
y encender lumbre para los dioses tutelares,
de modo que viviera la simbólica llama
como ser que en efecto piensa, palpita y ama.
Por eso le ofrendaban en religiosas fechas
primicias del ganado y flor de las cosechas,
arroz y leche y tortas de miel clarificada,
la fruta del verano, la mies de la otoñada...
Y los hombres vivían de los más sabios modos,
y era su casa alegre y abierta para todos.*

*Yo también, cuando un día prudentes albañiles,
de los que bien consultan la ley de los ediles,
levanten poco a poco los eurítmicos muros
que a un mismo tiempo sean hermosos y seguros;
frente al prodigio sacro de arcilla y de argamasa,
diré místicamente: Yo te bendigo, casa.*

Casa mía, mi esfuerzo te edificó: tú eres gloria de mis afanes, prez de mis quehaceres. Yo mismo he sido un poco tu albañil. Mis desvelos ya previeron tus lisos ladrillos paralelos. Mi constancia de todos los días regulares trazó en ideales líneas tus perpendiculares, porque fué mi constancia como justa plomada vertical sobre el plano del agua reposada.

Miran hacia el oriente tus puertas y balcones y hasta en eso traduces mis viejas aficiones. Yo te bendigo ahora y noble fe me abrasa ¡oh mi vida hecha piedra, oh mi verso hecho casa!

Esto diré. Entre tanto no ha llegado la hora; pero siembro en mis campos a la luz de la aurora, lleno de la sapiente voz del Eclesiastés: el sembrar es primero y el cosechar después.

Hirsuto: cubierto de pelo disperso y duro. — *Basto*: grosero, tosco. — *Tutelares*: que amparan y protegen. — *Primicias*: primeros frutos. — *Édiles*: funcionarios encargados de velar por el progreso de la ciudad. — *Euritmicos*: armoniosos; que guardan sus partes una agradable proporción. — *Sacro*: sagrado. — *Prez*: honor. — *Eclesiastés*: libro del Antiguo Testamento. En él se habla de la verdadera fuente de la felicidad y se critica la vanidad de las cosas humanas.



La maravillosa lámpara de Aladino.

Cuando Aladino, el héroe casquivano de *Las mil y una noches*, se sintió próximo a morir, notó que por la primera vez, acaso, le brotaba del alma una amarga reflexión.

Habíase quedado en soledad. Atardecía; una penumbra sutil invadía la regia alcoba, rica de toda suerte de primores. Cerca de sí, abandonada como objeto inútil, para que nadie ardiera en la codicia de poseerla, estaba la lámpara de las maravillas, que lo hizo dueño de las bellezas del mundo.

Brotábale del alma una amarga reflexión. ¿De qué le había servido, en suma, su vida extraordinaria? ¿Qué hechos verdaderamente grandes había cumplido? ¿Cuál podía llamarse su obra? Veíase primero en la infancia lejana, remiso a todo buen consejo, voluntarioso y holgazán. Recordaba luego la aventura capital de su vida: aquella su amistad con el mago africano, aquel paseo misterioso por las afueras de la ciudad, aquel arribo al campo solitario, aquel conjuro del hechicero... Veíase después, cruzar las galerías encantadas de aquel palacio subterráneo, en busca de la lámpara maravillosa, olvidada en la hornacina del muro. Recordaba aquel jardín de brujería que daba flores de oro, de plata, de diamantes. Luego la torpeza del mago: su ira, su perfidia... Después, la posesión de la lámpara: cómo un buen día, mientras la madre frotábala para limpiarla de su polvo milenario, surgió de improviso el genio protector que se le ofrecía por esclavo...

Veíase Aladino, rico y poderoso en plena juventud, dueño de todos los tesoros de la tierra servido por el gigante y por el gnomo, dominador de toda cosa, domeñador de toda fuerza...

¿Pero, con eso y con más, valía algo su vida? ¿Qué dió de sí mismo para alcanzar gloria y fortuna? Un azar puso en sus manos la lámpara de prodigio, otro azar trájole a su presencia el genio tutelar...

Más valía, por cierto, el pobre alfarero de su vecindad, que sólo hizo una ánfora, pero por sus propias manos, que él — vanidoso Aladino — que todo cuanto hizo fué por maña de manos ajenas.

Y aun más se ahondaba su tristeza, al sentir que hasta esa extraña labor fué fruto de su egoísmo. ¿Cuándo pensó seriamente en el dolor del hermano? En vez de exigir de los genios la tarea de caridad, les impuso mezquinos menesteres. Hizo un palacio, que mejor no hubo en el mundo, en el transcurso de una noche. Pero no supo hacer un bien ni a lo largo de cien años.

Entre tanto, Aladino sentía que la vida se le iba en el respiro. ¿Qué haría ahora con su lámpara mágica? ¿A quién la dejaría, que siendo lo bastante sabio, se olvidara de sí mismo para servir a los demás? ¿Habría alguno en la tierra?... ¿Y si lo había, dónde hallar otro después de ése?... ¡Oh, que sería difícil hacer brotar de la tierra, por obra de los genios, la planta del bien, o regar el árbol de la paz, o corregir la balanza de la justicia!... Aladino, desengañado de sí mismo, habíase desengañado también de los otros. No habría nadie capaz del sacrificio. Todos harían con su hermano, como el necio que enceguece a los pájaros para que le canten mejor... Entonces tomó la lámpara de las maravillas, realizó el conjuro mágico, y habiendo comparecido el genio servicial, le dijo, mientras se le apagaba la vida:

—Te he llamado, esclavo, para que cumplas mi postrera voluntad. Tú ves que la vida me deja y que no quiero que tú me la prolongues. Harto estoy de vivir y quiero irme en mi hora. Este es mi mandato: llévate la lámpara para siempre. Que no haya poder que la descubra, ni en toda la magia fórmula que la rescate. Llégatela para siempre, que cualquiera que

sea su dueño, hará como yo hice. Nadie será tan sabio que te diga: Siembra la paz entre los hombres... Iguala las fortunas... Suprime de raíz los árboles del mal... Llévate la lámpara para siempre.

Esto oyó el genio y respondió: — Aladino, ¿y por qué más bien no me mandas que realice todo eso, en vez de lamentarte así de los demás? Te estás muriendo, es el momento de la sabiduría. Dime: Sea la caridad. Y será la caridad. Sea la dicha en el mundo, y será.

Pero Aladino, en ese instante, sin tiempo de mudar el mandato, cerraba los mortales ojos.

“*Las mil y una noches*”: compilación árabe de cuentos procedentes de los más diversos orígenes y realizada a mediados del siglo XIII. De esta obra se han hecho ediciones en todos los idiomas; unas tomadas directamente del árabe y otras, como las españolas, tomadas de las inglesas, alemanas, etc. Es la obra más popular y difundida de las escritas en lengua arábiga. — *Casquivano*: que procede sin reflexión. — *Regia*: suntuosa, grande, magnífica. — *Primores*: cuidados excelentes. — *Codicia*: deseo vehemente. — *Mago*: que ejerce la magia, arte que enseña a hacer cosas extraordinarias y admirables. — *Conjuro*: invocaciones supersticiosas. — *Hechicero*: que practica el arte supersticioso de hechizar. — *Hornacina*: hueco en forma de arco. — *Ira*: furia, violencia. — *Milenario*: espacio de mil años. — *Gnomo*: ser fantástico con figura de enano. — *Domeñador*: que sujeta o rinde. — *Alfarero*: fabricante de vasijas de barro. — *Anfora*: cántaro alto con asas. — *Maña*: habilidad y destreza. — *Menesteres*: ejercicios, empleos. — *Migajas*: porciones muy pequeñas. — *Postrera*: última. — *Caridad*: Auxilio que se presta a los necesitados.

El deber alegre.

Es fama que los antiguos caledonios decían siempre en sus fiestas guerreras: Aceleremos el nacimiento de los héroes. No de otro modo nos urge decir: Aceleremos el nacimiento de los héroes. Sólo que no lo diremos en fiesta guerrera sino día a día en las varias faenas que nos hemos propuesto; porque no son héroes de guerra los que habremos menester, sino próceres de laboriosa paz.

Aceleremos el nacimiento de estos héroes. Pero ¿cuáles van a ser sus dotes? Para los caledonios era fácil dotar a los suyos: bastábales que amasen el combate y los cantos que lo celebran. Para los persas la cosa era fácil; manejar el arco, andar a caballo, decir la verdad. Para un asirio la cosa era fácil: ser tan buen cazador de fieras como de hombres. No menos lo era para un espartano: sufrir con valor, paladear el caldo negro y organizar matanzas secretas entre los ilotas. ¡Pues, albricias! Para nosotros también es fácil la enseñanza de los héroes. Toda ella cabe en la más simple noción; en la muy simple y muy clara noción del deber alegre.

Mucho habremos ganado cuando toda la gente se enamore de sus deberes cotidianos y sencillos, cada uno del suyo, cotidiano, sencillo, monótono. Cotidiano. Sencillo. Monótono. Así. Cuentas claras. No tenemos ningún deber esplendoroso que proponer. Nos limitamos a proponer el humilde y cotidiano deber de

ser buen padre, buen hijo, buen hermano, buen marido, buen amigo, buen ciudadano, buen obrero, buen empleado, buen maestro, buen deudor. Tan humilde como todo esto es lo que proponemos. Y, con todo, por la suma de esos deberes cotidianos, sencillos, monótonos, brillan con esplendor el honor y la virtud, el coraje y la fuerza, el heroísmo y la generosidad, la ciencia y el arte, y es la tierra una estrella en el cielo.

No de otro modo el pundonor profesional resucita los mejores tiempos del trabajo alegre y trae consigo la riqueza pública. No de otro modo el pundonor doméstico vuelve sagrado el mundo y trae consigo la salud y la belleza. No de otro modo el pundonor ciudadano hace intangible a la patria y trae consigo la abundancia y el respeto.

Cumplimos el deber, y el pecho se nos levanta con el aire de la confianza.

El que descubrió la ley del deber (hombre o pueblo) y entusiasta y libre se la impuso, encontró la senda única del laberinto o el camino de la historia. Ya no se andará haciendo a la izquierda o a la derecha, sin saber nunca lo que sea mejor. Ni vendrá tercero que lo mande. Sabrá por sí solo su ruta. Su debilidad se habrá trocado en sólida robustez.

Se podrá decir de él (hombre o pueblo) que se bañó en el manantial de la fuerza.

Lo mismo ocurre con el cumplimiento de un pequeño deber que con el de un gran deber; pues no vale el deber por su tamaño y aparatosidad sino por su calidad preciosa. Ni se piense que el deber quede muy lejos, por ásperas y abruptas cuestas, casi en lo

inaccesible de la vida; ni que para empezar su ejercicio tengan que ocurrir extraordinarios hechos. Rara vez nos queda tan lejos el deber que hayamos de hacer algún apresto para alcanzarle.

Casi siempre nos queda en nuestra casa misma. En todo caso, queda enfrente y se va a pie.

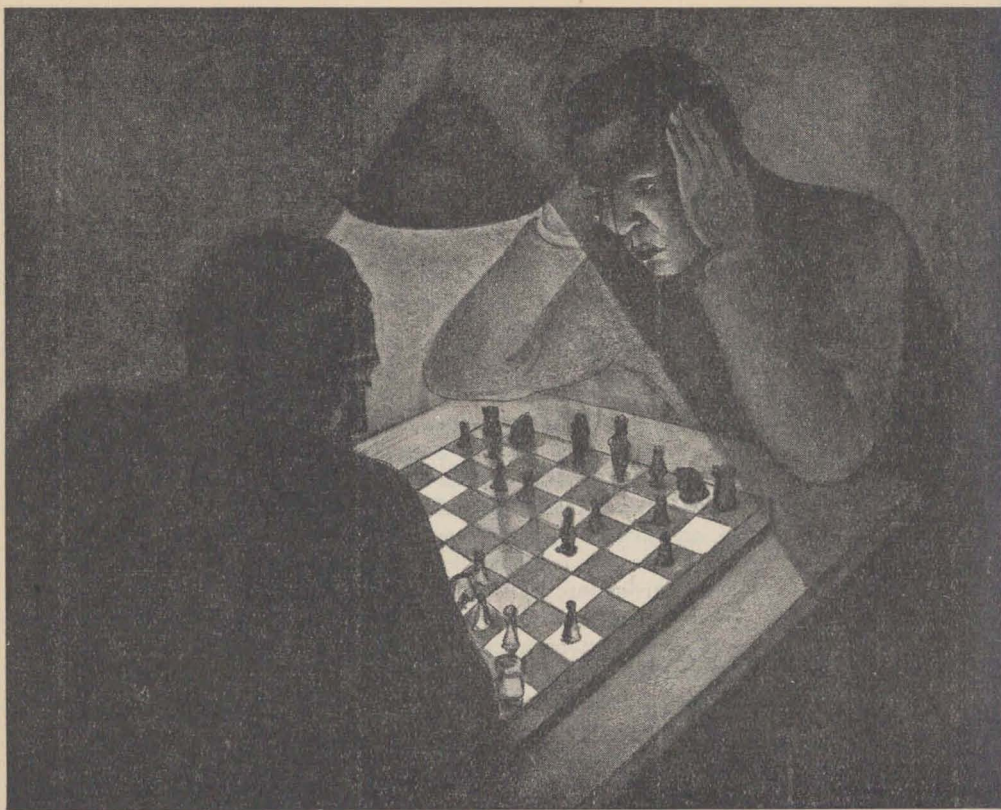
Cada uno tendrá que edificar la torre de su deber, la fortaleza de su seguridad.

Asirio: perteneciente al país de Asiria, comarca del Asia Antigua. Su principal río era el Tigris y su principal ciudad Ninive, la capital. El pueblo gastaba las fuerzas en continuas guerras. — *Espartano*: natural de Esparta, ciudad de Grecia antigua. — *Notas*: antiguamente, llamábanse así, a los habitantes de Helos, reducidos por los lacedemonios a la esclavitud. Los espartanos los exterminaban porque dado su número, eran un peligro para ellos. — *Caledonios*: pueblo antiguo que vivió en la región septentrional de Escocia, perteneciente a la raza céltica. A principios del siglo III invadieron la Bretaña romana. — *Persa*: perteneciente a Persia, región S. O. de Asia y que en la antigüedad fué un poderoso imperio. — *Cotidiano*: diario. — *Honor*: condición moral que nos lleva al severo cumplimiento de nuestros deberes. — *Virtud*: el hábito de las buenas acciones. — *Intangible*: que no se puede tocar. — *Laberinto*: cosa confusa y enredada.

Una lección de ajedrez.

Un mérito singular tuvieron los árabes: el de jugar el ajedrez. Fastuosos y opulentos, era su tablero de ébano y marfil con cantoneras de oro; las piezas blancas, de cristal de roca; las rojas, de rubí.

Pero no vamos a hablar de los árabes, sino del ajedrez; mejor dicho, de la gran lección que el ajedrez nos da sobre la vida.



Los dos jugadores de ajedrez están frente a frente, dotados de idénticas posibilidades. Peones, caballos, alfiles: todo es igual. ¿Cuál triunfará? Uno resultará muy pronto superior al otro; pero esta superioridad no será ni casual ni arbitraria, sino perfectamente justa. El que resuelva mejor sus problemas será siempre superior.

Lo mismo en la vida. Todo es problema en ella; pero todo es equidad y todo es ley.

Hemos jugado nuestra pieza. ¿Qué hará el ad-

versario? El mero paso de un peón, puede modificar completamente las posiciones y ser causa de victoria o de derrota. Lección incomparable que nos muestra que todo acto en la vida debe ser bien meditado.

Cristal de roca: cuarzo cristalizado, incoloro y transparente. — *Rubi*: piedra preciosa de color rojo y brillo intenso. — *Fastuosos*: ostentosos, amigos del lujo extraordinario. — *Opulentos*: ricos, con abundancia y sobra de bienes. — *Cantoneiras*: pieza que se pone en las esquinas de libros, muebles u otros objetos, como refuerzo o adorno. — *Arbitraria*: contraria a la justicia, la razón o las leyes. — *Equidad*: justicia natural. — *Meditar*: aplicar con profunda atención el pensamiento a la consideración de una cosa, o discurrir sobre los medios de conocerla o conseguirla.

América.

Ninguna empresa fué tan difícil como la del descubrimiento de América.

Hasta el siglo XV, que es el propio siglo del descubrimiento, se prolongó la leyenda del mar tenebroso, que atemorizaba a los marinos. Lisboa era por aquel entonces la ciudad en que más se hablaba de la existencia de un continente nunca explorado. Pero de Flandes, de Alemania, de más lejos, venía la gente a referir aterradoras fábulas que helaban el entusiasmo de los más valientes. Por ejemplo, la leyenda de cierto rey, al que se le atribuía haber enviado tres navíos a explorar el negro océano del Sur, con tan horrible resultado que en el único navío que volvió, al cabo de tristes meses, tornaron blancos de

canas, “como árboles cargados de nieve”, siendo la mayor tragedia de esta mísera gente que nadie los reconociera más. Tan distintos los había dejado el diabólico hechizo de una isla prohibida a la que por su mal arribaron.

Los sabios, sin embargo, no descansaban; y Lisboa hervía de anhelos. No solamente acudían los sabios; también llegaban los soñadores y los aventureros; también los grandes comerciantes y empresarios.

A esta Lisboa fué adonde acudió Colón, con más fundada esperanza. Pero nadie lo oyó. En cambio los reyes de España creyeron en él, y España tuvo por premio un mundo nuevo.

Pero nada muestra tanto el heroísmo de Colón, como ese diario de navegación que iba escribiendo a bordo. Rómpele el timón de *La Pinta*: se sigue bogando. Llamas y humo del volcán de Tenerife espantan los ánimos: se sigue bogando. La aguja se desvía hacia el Oeste con siniestro pronóstico: se sigue bogando. La mar se espesa entre apresadoras algas: se sigue bogando. No ha soplado un solo día viento contrario y la tripulación se pasa este clamor: ¡No hay vientos en estos mares para volver a España! El viento muda, se puede retornar, pero se sigue adelante bogando. Pinzón grita un día desde la gavia: ¡Tierra! ¡Tierra! Y no es verdad, sino burla de las aguas: pero se sigue bogando. El piloto, de oído en oído, derrama estas palabras letales: Estamos a 578 leguas de las Canarias (y estaban a 707), pero se sigue bogando. Se sigue bogando...

Hasta que un día se oyó exclamar: ¡Tierra!
¡Tierra! Y era verdad.

Tenebroso: obscuro, cubierto de tinieblas — *Explorar*: recorrer y estudiar comarcas ignoradas. — *Diabólico*: excesivamente malo. — *Aventureros*: personas que buscan riesgos, peligros inopinados. — *Heroísmo*: conjunto de cualidades y acciones eminentes. — *Algas*: plantas acuáticas. — *Gavia*: vela que se coloca en el mastelero mayor. — *Letales*: mortíferas.

El tú y el vos.

Todo buen alumno de Castellano debe saber que el pronombre vos, empleado en la conversación familiar argentina, debe reemplazarse por el tú. El vos es un pronombre anticuado que ya nadie usa en España y que tampoco se emplea en los centros cultos de América.

Es una verdadera mancha del lenguaje argentino el voseo. Y parece extraño que un pueblo tan hermosamente orgulloso de su personalidad como el nuestro, haya venido a singularizarse con tan calamitoso rasgo. Porque ¡ay! es demasiado pintoresco el voseo argentino para fundar en él una satisfacción patriótica... Ese mazacote del pronombre vos entreverado con los enclíticos y posesivos del tú (*Callate vos... Venite aquí con tu libro... A vos te hablo... Ite, que me incomodás...*) constituye de por sí un atentado contra la lógica. Ni habla bien el que piensa mal, ni piensa bien el que mal habla. Hablar así es verdaderamente una caída en el caos.

El pensamiento no puede salir incólume, a la postre. Dejar de hablar así es al contrario una adquisición luminosa. Bien lo sé yo. Cuando por el cariño de una venerada memoria yo adopté el tú, siendo todavía muchacho, sentí como que se aclaraba mi espíritu. Las ideas cobraban con esto solo una mayor cohesión. El pensamiento se fortalecía y se limpiaba. *Cállate vos... Venite aquí con tu libro... A vos te hablo... Ite, que me incomodás...* vinieron a ser fórmulas insensatas, ya para siempre inaguantables. Me avergonzaba de haber podido hablar así alguna vez, como hoy me avergüenza oír hablar de ese modo a mis compatriotas.

Ahora bien, dondequiera que hubo una gran nación hubo un gran rey que propendió a la pureza del idioma. Conocido es el caso de Luis XIV. Habló y escribió siempre lo mejor que pudo. Amaba y cuidaba su prosa y sentía la necesidad espiritual de hacer versos.

Bien ha dicho Bertrand: “Más que el mismo Boileau, enseñó a su nación el poder de una palabra exacta”. Y muy merecida celebridad alcanzó por toda Europa esta frase con que un día se pintara al gran rey en la Academia Francesa: “Dos cosas no puede sufrir Su Majestad: un soldado fuera de su fila; una palabra fuera de su lugar”.

Calamitoso: que causa males. — *Rasgo*: expresión. — *Mazacote*: mezcla. — *Enclíticos*: pronombres pospuestos al verbo y que con éste forman una sola palabra; ejem.: *pególe*, *díjome*. — *Lógica*: conocimiento verdadero, legítimo. — *Caos*: confusión, desorden. — *Incólume*: sano, sin lesión. — *A la postre*: frase adverbial que significa *al fin*, *a lo último*. — *Cohesión*: unión. — *Fórmulas*:

maneras o modos de expresión. — *Insensatas*: sin sentido. — *Pureza*: cualidad del idioma que consiste en expresarse con palabras y expresiones pertenecientes a él. — *Luis XIV*: este monarca fué rey de Francia desde 1643 a 1715. Durante su reinado se perfeccionaron las letras y las artes de aquella nación. Grandes escritores aparecieron en esa época, cuyas obras son verdaderos modelos de expresión artística. Fué también, Luis XIV un protector de los escritores y los artistas. — *Bertrand Luis*: escritor francés nacido en el año 1866. Es miembro de la Academia Francesa. — *Boileau*: célebre crítico y poeta francés que vivió a fines del siglo XVII y principio del XVIII. — *Academia francesa*: institución fundada en el siglo XVII y constituida por 40 miembros. Está encargada de velar por el perfeccionamiento y la pureza de las artes y las letras.

A la orilla del mar.

PESCA

Los pescadores se recortan en líneas netas a la orilla del mar. Vinieron a pescar, mañaneros, en el mar generoso. Echan un cesto de alambre a la ola y lo sacan brillante de pesca. Brillan al sol los pescados en la cesta como relucientes hojas de cuchillos, o saltan convulsos, coleando sobre las rocas.

VEN Y MIRA

Ven y mira. Allá donde uno solo no podía sostenerse por la fuerza de la rompiente, vinieron tres, cuatro, seis, se tomaron de la mano y lograron hacer pie. Ahora se ríen felices ante la ola que vanamente pretende arrollarlos.

Dime cuándo no será bueno que dos, que tres, que cuantos se pueda, se tomen de la mano y se sostengan en las rompientes de este mar de la vida.



ARENA

De todas las grandezas del océano, la que más me confunde es ésta de sus playas cubiertas de mínima arena.

Hay que pensarlo muchas veces: Estas arenas fueron un día roca maciza y ahora no son más que gránulos que traen y llevan las olas para que jueguen los niños. El mar las saca de su tenebroso lecho y las muestra de juguete a los niños, de enseñanza a los hombres...

Y la enseñanza dice: Estas sueltas arenas fueron un día roca maciza que el rayo mismo no pudo partir.

¿De qué se enorgullece, pues, la fortaleza del hombre?

PALOMAS ASENTADAS

El mar está picado.

La inmensa extensión, hasta el límite del cielo, está salpicada de violentas espumas.

Diríase, sin embargo, que se ha asentado sobre el mar una bandada de palomas.

Es que el mar hasta en sus mayores iras sabe revestirse de pureza y dignidad.

COMO EN UN SUEÑO

Hoy las nubes arrojan sobre el mar grandes sombras violetas.

He visto desfilar, una en pos de otra, las lanchas pescadoras de velas tostadas, volviendo de pescar.

Bogaban como en un sueño, sobre el mar sereno, manchado acá y allá de grandes sombras violetas.

Soplaba una alegre brisa, y una bandada de gaviotas hacía curvas entre las nubes y el mar.

He anotado en elogio de la vida la ufana verdad que como en sueños estaban viendo mis ojos. He anotado sin quitar ni poner, según la estricta realidad.

Y ésta es la anotación:

“Es posible en el mundo viajar en una barca de hermosas velas tostadas, por un mar sereno, sombreado acá y allá de grandes y bellas manchas violetas. Yo lo vi.”

Iras: con mucha furia. — *Ufana*: con mucha presuntuosidad. — *Gránulos*: diminutivo de granos.

Labor y constancia.

No esperemos nada que no surja por la virtud de nuestra constancia y por la gracia de nuestra fuerza tranquila. Tierras y cielos, campos y mares nos invitan a grandeza. ¡Mal haya cualquier doctrina que llame a mendicidad! ¡Mal haya cualquier incitación a la pereza!

Necesitamos hombres que digan frente a las más grandes ciudades: Somos capaces de levantar mayores ciudades todavía.

La patria no pide discursos sino labor buena y útil y se la embellece con las obras del entusiasmo generoso: abrir caminos, plantar árboles, levantar ciudades, construir puentes, fundar escuelas, sembrar la tierra, difundir la belleza, realizar la justicia, trazar acequias, decir la verdad, enseñarla, limpiar los campos de malezas y alimañas, vestir el desierto, ennoblecer la fuerza, promover la abundancia: hacer de la tierra el jardín de la vida.

En fin, necesitamos hombres dispuestos a embellecerla y servirla, en jornadas bien cumplidas. Hombres de honor y responsabilidad con los demás; de honor y responsabilidad consigo mismos, con plena conciencia de su hermosa adhesión.

Necesitamos, con urgencia, ese linaje de gente.

Constancia: perseverancia en la ejecución de las cosas. — *Doctrina*: opinión de uno o varios autores sobre alguna materia. — *Mendicidad*: estado de pobreza. — *Dilatado*: extenso, vasto. — *Di-*

fundir: extender, derramar. — *Malezas*: abundancia de malas hierbas. — *Alimañas*: animales perjudiciales. — *Honor*: condición moral que lleva al severo cumplimiento de los deberes. — *Linaje*: clase de personas.

Madrecita.

*Dí, ¿quién será tan bueno
que si dijera yo:
Dadme una estrella, al punto
fuera a traerme dos?*

*Sólo la madre lo hace,
fuente de todo amor.*

*¡Dame una estrella, madre!
Y ella me daba dos:
sus ojos como estrellas
profundas del Señor.*

El arte de vivir.

La vida de un hombre no es, su resumen, sino un conjunto de actos, de variadísimos actos, entendiendo por tales aquellas acciones que responden a un móvil moral, a un mandato del discernimiento. Como tierra pelada sería la obra de un hombre, omitidos los actos. En cambio, la vida de un hombre es,

por virtud de los actos, como un gigantesco y dilatado bosque.

Cada acto, según su importancia y calidad, es a manera de árbol, de arbusto, de planta o de hierba en esta espesura. Realizar un acto equivale por consiguiente, a plantar un árbol o siquiera a sembrar simiente de hierbecilla, de esas que no tienen nombre ni manifiesto destino.

El hombre, así, va por su vida como viajero que atraviesa un bosque. Y ese viaje será cómodo o penoso, jornada plácida o trágico afán, en razón de la ciencia y del arte que el mismo hombre haya puesto en el cumplimiento de sus actos; esto es, en la plantación de tales árboles.

Según se haya vivido y de conformidad a cómo se siga viviendo, atravesaremos selva o parque, huerto o vergel; acaso riente boscaje cruzado por anchos caminos, alegrado por amenos claros; o bien, acaso, agria maraña sin luz, toda erizada de zarzas y matas. Allá va dichoso el paso del caminante. Acá, señalado por su negra sangre.

Todo esto puede ser la vida conforme al arte que se ponga en vivirla.

Mandato: orden que se da para su cumplimiento. — *Discernimiento*: juicio, razonamiento. — *Omitidos*: dejados sin ejecutar. — *Simiente*: semilla. — *Jornada*: tiempo de la vida. — *Trágico*: desgraciado, triste. — *Afán*: anhelo. — *Agria*: áspera. — *Maraña*: abundancia de hierbas silvestres, maleza. — *Zarzas*: plantas espinosas. — *Matas*: plantas que duran vivas más de dos años y cuyo tronco es leñoso, pero sin gemas.

El centenario de la emancipación.

Cuando los cañones de una patria saludan el centenario de una emancipación, parecería que sus bocas horribles dejando de serlo, se hubieran hecho solamente para eso. No hallamos nada de malo en su poder. En el eco del Centenario se santifica su estampido. Se cree oír en el trueno del cañón la voz de la fuerza rindiéndose a la justicia, haciendo juramento a la libertad. Y el mundo se congrega y unifica para escuchar el juramento solemne.

De un modo o de otro, los hombres han dado proporciones de hecho enorme a las fiestas seculares de una patria. Los pueblos en ellas se levantan fraternales. Pasa por el planeta algo que es más grande que todo. La voz del clarín llena el cielo. Se asiste a una consumación.

Por un día entero la tierra se transfigura. El sol dilata por sobre la haz de las naciones un anuncio de mejores tiempos. Las escuadras de todos los mares confúndense en una sola escuadra frente a las radas de fiesta. Los ejércitos de todas las banderas desfilan en un solo ejército de apoteosis. Las armas dejan de ser un peligro. Son solamente una majestad.

Si vuestros padres tuvieron oportunidad de contemplar el gran desfile del 25 de mayo de 1910, decídesles que os lo describan.

Iban de vanguardia tropas de Alemania, de Austria de Chile, de España, de Francia, de Italia, del

Uruguay, del Japón; y marinería de Portugal, de Holanda, de los Estados Unidos. Oíase la alta voz de los clarines y el profundo eco de los tambores. Los batallones, en columnas de honor, daban vuelta por la plaza, brillantes las armas y entraban marciales a la Avenida, entre el aplauso y las aclamaciones de las multitudes. Estas negreaban y serpeaban formidables, y blanqueaban los rostros al sol.

Fiestas como las del Centenario, sólo se hacen para prestar, ante los siglos, juramentos supremos.

Santifica: hace venerable. — *Seculares*: que se suceden o repiten cada siglo. — *Fraternales*: propio de hermanos. — *Consumación*: acción de dar cumplimiento a un gran acto. — *Radás*: ensenadas donde las naves están ancladas. — *Apoteosis*: ensalzamiento con grandes honores. — *Majestad*: algo grave, sublime que infunde admiración y respeto. — *Marinerías*: conjunto de marineros. — *Marciales*: bizarros, varoniles. — *Supremos*: los más altos. — *La haz*: como quien dice la faz.

El elogio de las cosas.

Hay que saber elogiar. Cuando elogiamos nos engrandecemos. Los pueblos que más gloria alcanzaron supieron siempre elogiar. El caso de los árabes no puede ser más concluyente.

No tendrán nunca los huertos mejor visitante que un árabe. Se detiene frente a cada fruta, delante de cada flor, para dejar testimonio de su emoción, si quiera en un rasgo, en un verso, en un armonioso decir. Siente toda la gama de los colores y distingue

a perfección los más leves matices. Es, además, el maestro de los sabores y el doctor de los perfumes.

Entresaquemos algunos ejemplos de *Las Mil y una Noches*:

Tiene dicho a las granadas: ¡Oh, cúpulas, cuando os miro aprendo arquitectura!

A las almendras: Vuestro corazón tan a menudo doble y compartido, permanece siempre blanco.

A las naranjas: Sois globos de fuego y encerráis la frescura de la nieve.

A los limones: Sois plata que se convierte en oro.

A los dátiles: Beduínos de carne morena, hijos del sol.

Y a las palmeras: Quien haya disfrutado del reposo a la sombra de vuestras palmas, os ama para toda la vida y anhela todavía oíros murmurar sobre su tumba...

Callar un merecido elogio es cometer una injusticia.

Las mil y una noches: Ver "La maravillosa lámpara de Aladino". — *Beduínos*: Árabes del desierto, errantes.



Hombres sin patria.

Van pasando los gitanos: los jefes con sus casas de astracán, de grandes botones y alamares de plata; las mujeres con el traje chillón de cien volados, todo volados de la cintura al ruedo; pañolón de seda a la cabeza, y en las orejas, como ya lo adivináis, inmensos aros de oro. Van los unos a pie, los otros al lento rodar de las carretas. ¿De dónde salieron? ¿A dónde van? Se podría precisar con exactitud el

camino, pero no hay para qué: luego se borran los rastros de esa chusma sin nombre. Cuando lleguen, si es invierno, encenderán altas hogueras, de noche, para resguardarse y dormir. Si no tienen como hacerla, se refugiarán en el quicio de una puerta, en el granero de una casa abandonada, o se agruparán bajo una tienda en hilachas, y el frío de cada uno se abrigará en el respiro de todos.

Ahora, helos aquí, como en toda comarca, vestidos de harapos y envueltos en misteriosa miseria, si no más bien, en miserable misterio. Inútil es que la ciencia invente un término muy grave — la tzigano-logía — para estudiarlos. Vayan a donde fueren, los acompañarán, aislándolos y desfigurándolos, sus pintorescos andrajos: andrajos de vestiduras, andrajos de tradiciones, andrajos de antiguos y extraños misterios. Si para el cuerpo los tienen inconfundibles, también los poseen para la palabra. Y son las jergas, los *argots*, las jeringozas, cien jirones del idioma con que disfrazan el pensamiento; jirones abigarrados y sucios como sus trapos de mendigos.

Todos empleamos un idioma para mostrar en él nuestra alma. El gitano emplea una jerga para ocultar la suya.

La jerga es realmente un disfraz de su pensamiento: un disfraz y un escondite. Oculto detrás de las palabras, el gitano atisha la vida. Si acaso toma algún vocablo de los países en que habita, al punto lo deforma, lo trastrueca, lo torna o ruín o baladí. Lo disfraz. La jerigonza del gitano es siempre escondrijo. Así, no hay palabra que quede intacta. Se

la tuerce, se la rompe, se la estruja, su gesto se vuelve mueca. Se trasponen, se invierten las sílabas, o siquiera las letras. Hay enfermedades de los idiomas, sin duda, pero en este caso no se trata de enfermedad sino de traicionero atentado, tal vez de crimen contra la palabra. De consiguiente, no hay palabra que en sus labios no devenga enigmática. Palabras que sonreían en su idioma original cobran en caló extrañísimos esguinces. Palabras que bendecían, ofenden y burlan. Palabras que afirmaban, niegan.

Si por ventura, la savia que hace crecer el árbol de un idioma es el amor a la verdad, y si las hojas de ese árbol — hojas que son las palabras — aman sobre todo la luz, con la jerigonza no pasa nada de esto. Su savia es por entero astucia, malicia y efugio, y sus hojas se doblan siempre del lado de la sombra. El aire de la sinceridad no agitará nunca sus ramas.

Entretanto, ignoran el diálogo: ignoran totalmente ese diálogo que lleva por fin el esclarecimiento de una verdad. Ellos no conocen más que la charla: el embriagarse en ella, el enloquecerse con la garrrulería de las palabras, y el echarlas de su alma como en bandadas de vocingleras urracas a los cielos de una libertad sin objeto.

Con todo lo cual se tendría la más acabada prueba del grande ocio de estas almas: pues siendo la palabra, tardía flor de un largo trabajo espiritual; flor y fruto de la más íntima y profunda labor del espíritu... ¿cómo no habrían de renegar de la palabra, ellos, los mayores y más constantes renegadores del trabajo?

Sí, allá va la horda. No se sabe de dónde salieron, y van sin rumbo por la tierra. Y son siempre los mismos, los mismos pobres gitanos de todos los climas y tiempos, que nada tienen, que nada pueden, que nada quieren.

Pobres bohemios, ladrones de racimos o de polluelos, nunca de un cabal tesoro; trágicamente buenos o inocentemente malos, como harto lo sabe el oso, esa sombra del pasado que es su perenne sombra, y harto también el mono, ese torvo juglar que les hace locos chistes en el circo del alma.

Casacas: vestidura ceñida al cuerpo, con mangas que llegan hasta la muñeca y con faldones. — *Astracán*: tejido de lana o pelo de cabra, de mucho cuerpo y que en la superficie exterior forma rizos. — *Alamares*: presilla y botón, que se cose, por lo común, a la orilla del traje y sirve para abotonarse, o simplemente para adorno. — *Chillón*: con colores demasiado vivos o mal combinados. — *Chusma*: muchedumbre de gente soez, grosera. — *Jerga*: jergonza, lenguaje de mal gusto, complicado y difícil de entender. — “*Argots*”: este vocablo francés, es el plural de “*argot*” término cuya significación equivale a la voz jerga, de nuestro idioma. — *Atisba*: mira, observa con cuidado. — *Escondrijo*: lugar oculto para esconder y guardar en él alguna cosa. — *Enigmática*: que no se alcanza a comprender, de significación obscura y difícil de penetrar. — *Caló*: lenguaje o dialecto de los gitanos. — *Esguinces*: en sentido recto, este vocablo significa cierto ademán que se hace con el cuerpo para evitar una caída. Pero aquí tiene un sentido traslaticio; expresa la alteración violenta que en su significado cobran ciertas palabras cuando pasan a formar parte del vocabulario de los gitanos. — *Garrulería*: charla. — *Vocingleras*: que da muchas voces. — *Urraca*: pájaro que se domestica con facilidad, muy vocinglero y que remeda palabras y trozos cortos de música. — *Horda*: reunión de salvajes que forman comunidad y no tienen domicilio. — *Bohemios*: gitanos. — *Cabal*: completo, acabado. — *Perenne*: continuo, incesante. — *Torvo*: fiero, espantoso. — *Juglar*: el que divierte con sus bailes y cantos. — *Efugio*: recurso para huir de alguna dificultad.

Patria.

(Romance del retorno)

*Y otra vez, otra vez entre luces
azules y blancas
los arcos triunfales
de la fiesta patria.
Y en la fría noche
de las remembranzas
estas muchedumbres
inmensas que pasan.*

*Algunos vinieron
de grandes distancias:
de Ukranias y Rusias,
de Egiptos y Arabias;
otros de las tierras
alegres de Italia;
otros de la dulce,
de la dulce Francia;
otros de los lares
de la madre España.*

*Todos son ahora
linaje del Plata
para enormes hechos
que el destino aguarda.*

*Trocaron sus cielos,
sus mares, sus playas:
todos sus recuerdos
por una esperanza.*

*Hijos que tuvieron,
las sendas les marcan.
allá por los Andes,
aquí por las pampas:
¡Una vida recta
y una senda clara,
desde los amores
hasta las batallas!*

*Hoy fué como siempre.
Cañón de la patria
saludó las nubes
cerúleas del alba.
Veintiún cañonazos
oyó la mañana,
todavía en sueños
por las lontananzas.*

*Veintiún cañonazos
que a misa llamaban,
llamándonos misa
de fe ciudadana.
Se rompió la noche,
se aclaraba el alba,
reía la aurora,
la luz se doraba.*

*Hoy fué como siempre
para fiesta patria.
Sombras del Cabildo
de la gran jornada,
convocadas fueron
de nuevo a la Plaza.*

*Hoy fué como siempre.
Cantaban las dianas,
y los regimientos,
a las doce dadas,
a un signo del jefe
presentaron armas.
Nadie se movía,
de piedra las caras,
de bronce los cuerpos,
de hierro las almas.
Juramento heroico
los pechos juraban
y el himno de todos,
por todos cantaba.*

*Pasad muchedumbres
de la nueva raza,
bajo aquestas luces
azules y blancas.
Pasad, muchedumbres
de la nueva raza.
¡Para todos, gloria!
¡Para todos, patria!*

Remembranzas: recuerdos. — *Lares*: hogar. — *Signo*: señal. —
Aquestas: estas.

Himno Nacional.

1º

*Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad, Libertad, Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
ved en trono a la noble igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
una nueva y gloriosa Nación,
coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido un León.*

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir,
coronados de gloria, vivamos,
o juremos con gloria morir.*

2º

*De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar;
la grandeza se anida en sus pechos,
a su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
y en sus huesos revive el ardor,
lo que ve renovado a sus hijos
de la Patria el antiguo esplendor.*

Sean eternos los laureles, etc.

*Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor:
todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
escupió su pestífera hiel,
su estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.*

Sean eternos los laureles, etc.

*¿No los veis sobre Méjico y Quito
arrojarse con saña tenaz
y cuál lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto y llantos, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?*

Sean eternos los laureles, etc.

*A vosotros se atreve, Argentinos,
el orgullo del vil invasor:
vuestros campos ya pisa contando
tantas glorias hollar vencedor.*

*Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener,
a esos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.*

Sean eternos los laureles, etc.

6º

*¡El valiente argentino a las armas
corre ardiendo con brío y valor!
El clarín de la guerra, cual trueno
en los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone a la frente
de los pueblos de la ínclita unión
y con brazos robustos desgarran
al ibérico altivo León.*

Sean eternos los laureles, etc.

7º

*San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
la Colonia y las mismas murallas
del tirano en la Banda Oriental,
son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó;
aquí, el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló.*

Sean eternos los laureles, etc.

*La victoria al guerrero argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado a su vista el Tirano
con infamia a la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas, se rinden
por trofeos a la libertad,
y sobre alas de gloria alza el Pueblo
trono digno a su gran majestad.*

Sean eternos los laureles, etc.

*Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite: ¡Mortales, oíd!
Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud,
y los libres del mundo responden:
¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!*

Sean eternos los laureles, etc.

Mayo 14 de 1813.

La letra del "Himno Nacional" que se transcribe, ha sido tomada de "La Lira Argentina", obra que apareció en la ciudad de Buenos Aires el año 1824. Es una antología donde aparecen las principales composiciones de los poetas argentinos que cantaron las glorias inmarcesibles de la patria en su período de formación. Se ha tratado de ajustar la versión a la ortografía actualmente en uso.





Palabras preliminares, por *Julián García Velloso*. VII.
 Introducción, por *Arturo Capdevila*.XIII.

PRIMERA PARTE

VISIONES Y DESCRIPCIONES DE LA PATRIA

1.—Infancia.	1
2.—Juguets.	3
3.—Recuerdos de la escuela.	5
4.—Carnaval.	7
5.—Leyendas de Córdoba.	9
6.—Baño Serrano (<i>composición en verso</i>) . .	11
7.—Temas del mar:	
I.—Pobres peñas.	13
II.—Densa lluvia.	13
III.—Audaz hidroavión.	14
IV.—Niños en la playa.	14
8.—Alta Gracia.	15
9.—Rosario.	17
10.—Retiro.	21
11.—Jujuy.	23
12.—Una tempestad de granizo.	26
13.—Los pescadores y su pueblecito.	28
14.—Tres estampas riojanas.	30
15.—Ushuaia.	33

16.—San Luis.	35
17.—Campo amanecido.	37
18.—Formosa.	39
19.—Ayer, fortines; hoy, ciudades.	42
20.—Celia Rivas.	45
21.—El Zonda.	46
22.—La Plata y sus barrios más lejanos. ..	48
23.—Catamarca.	52
24.—La montaña.	55
25.—Villa Mercedes de San Luis.	57
26.—Tormenta. (<i>composición en verso</i>) ..	60
27.—Una puerta de la Libertad.	61
28.—Una balsa me llevó.	64
29.—La sierra de Pie de Palo.	66
30.—La dulce Rioja.	68
31.—Amanecer en el mar.	71
32.—Un hijo de la sierra grande.	72
33.—Córdoba de los aguilones:	
I.—El huracán.	75
II.—Pasa la tormenta.	76
34.—Cruzando el Paraná.	77
35.—Desde el tren, (<i>composición en verso</i>)	80
36.—Canciones riojanas.	81
37.—Corrientes asomada a su río.	86
38.—Patria en el mar.	90
39.—Mendoza y la catástrofe del año 61. ..	91
40.—Tucumán:	
I.—¡Adiós!	93
II.—En Tucumán.	95

41.—Santiago del Estero.	97
42.—El viejo paseo de Julio y la ribera	100

SEGUNDA PARTE

LECTURAS HISTÓRICAS Y EVOCACIONES

43.—La tertulia de Manuel Belgrano.	105
44.—Mariano Moreno.	108
45.—La casa colonial.	110
46.—Cómo se viajaba antaño al interior. ...	115
47.—Evocación.	118
48.—Pidiendo asilo.	124
49.—Viejas estampas porteñas.	126
50.—Llega un poeta.	130
51.—Pregones.	133
52.—El héroe civil de la conquista del desierto	135
53.—Elegía cívica. (<i>composición en verso</i>) .	138
54.—Corrientes y sus leyendas.	139
55.—El señor de Samay Huasi.	144
56.—Atravesando el desierto.	147
57.—Canción de los carreteros (<i>composición en verso</i>).	150
58.—El padre Castañeda.	151
59.—La vuelta y expulsión de Rivadavia. ..	154
60.—Un prócer de la compasión.	158
61.—La fundación de la ciudad de La Plata:	
I.—La piedra fundamental.	160
II.—Habla el fundador.	163
III.—Y la ciudad se hizo.	165

62.—	Ayer no mas.	167
63.—	Un gran señor.	171
	UNA ÉPOCA DE NUESTRA HISTORIA.	175
64.—	I.—La primera danza va a em- pezar	177
65.—	II.—Manuelita cumple años...	180
66.—	III.—El 25 de Mayo de 1851..	184
67.—	IV.—Un nuevo grito de odio..	185
68.—	V.—En la primera mesa del ambigú.	188
69.—	VI.—El 9 de Julio de 1851...	190
70.—	VII.—En plena danza federal...	195
71.—	VIII.—Aurora de libertad.....	197
72.—	IX.—Pocos días después de Ca- seros	200
73.—	X.—Veinticinco años después de Caseros	202
74.—	La conquista del desierto.	203
75.—	Las tumbas de la barbarie	205
76.—	La muerte de Rivadavia.	207
77.—	Un sabio.	209
78.—	Civilización.	212

TERCERA PARTE

SUGESTIONES CÍVICAS Y MORALES

79.—	Buscando la perfección.	217
80.—	Nocturno de Sabiduría. (<i>composición</i>)	

	PÁG.
<i>en verso</i>).	218
81.—Hay un orden para cada desorden.	220
82.—De viaje.	221
83.—Cosas, cualidades y acciones.	224
84.—El siglo del árbol.	226
85.—Bendición a la casa (<i>composición en verso</i>).	227
86.—La maravillosa lámpara de Aladino.	229
87.—El deber alegre.	233
88.—Una lección de ajedrez.	235
89.—América.	237
90.—El tú y el vos.	239
91.—A la orilla del mar:	
I.—Pesca.	241
II.—Ven y mira.	241
III.—Arena.	242
IV.—Palomas asentadas.	243
V.—Como en un sueño	243
92.—Labor y constancia.	244
93.—Madrecita (<i>composición en verso</i>).	245
94.—El arte de vivir.	245
95.—El centenario de la emancipación.	247
96.—El elogio de las cosas.	248
97.—Hombres sin patria.	250
98.—Patria. (<i>composición en verso</i>)	254
HIMNO NACIONAL.	257



